

SIDNEY SHELDON



ePUB

LA CONSPIRACIÓN DEL
JUICIO FINAL

Al comandante Robert Bellamy, agente de la Inteligencia Naval, le encargan por medio de la Agencia Nacional de Seguridad, la localización de un grupo de turistas que presenciaron la caída de un extraño globo sonda en un remoto paraje de los Alpes Suizos. La absurda misión se ira complicando cuando el agente, uno de los mejores, descubra que, una vez que informa a sus superiores del paradero de los testigos, la Agencia acaba con ellos sin miramientos. El comandante empieza a darse cuenta del misterioso complot del que nadie parece saber nada. Y lo peor, intuye quien ha de ser la ultima victima de la lista: él mismo. Es entonces cuando comienza a actuar por sí mismo viéndose de inmediato perseguido por los Servicios Secretos de medio mundo. Lo que había en el misterioso globo, o el porque de tantos asesinatos, son algunas de las cuestiones que ira descubriendo al tiempo que las posibilidades de escapatoria se van desvaneciendo. Atrapado en una conspiración a gran escala y de desconocidas consecuencias Bellamy acaba descubriendo que en aquel globo había alguien o, mejor algo... que no interesa sea descubierto.



Sidney Sheldon

La conspiración del Juicio Final

ePub r1.0

Titivillus 24.07.2018

Título original: *The Doomsday Conspiracy*
Sidney Sheldon, 1991
Traducción: Nora Watson
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

Para Jerry Davis.

Quiero expresar mi agradecimiento a James J. Hurtak, doctor en filosofía, y a su esposa Desirée, por poner a mi disposición sus inestimables conocimientos técnicos.

Que vivas en tiempo de mudanza

Antiguo proverbio chino

Prólogo

Uetendorf, Suiza.

Domingo, 14 de octubre, 15.00 horas

Los testigos que se encontraban en el límite del campo presenciaban el espectáculo en medio de un silencio horrorizado, demasiado impresionados para hablar. La escena que tenía lugar ante sus ojos era grotesca, una pesadilla primitiva extraída de las profundidades tenebrosas del inconsciente colectivo del hombre. Cada uno de los presentes tuvo una reacción diferente. Uno se desmayó. Otro vomitó. Una mujer temblaba sin poder dominarse. Otro pensó: *¡Voy a tener un infarto!* El anciano sacerdote se aferró a su rosario y se persignó. *Ayúdame, Padre. Ayúdanos a todos. Protégenos de esta encarnación del mal. Finalmente hemos visto el rostro de Satanás. Es el fin del mundo. Ha llegado el día del Juicio Final.*

Armagedón está aquí... Armagedón... Armagedón...

LIBRO UNO

El cazador

Domingo, 14 de octubre, 21.00 horas

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

NSA A SUBDIRECTOR DEL COMSEC

CONFIDENCIAL

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

MENSAJE: ACTIVAR

NOTIFICAR A NORAD, CIRVIS, GEPAN, DIS, GHG, VSAF, INS.

FIN DEL MENSAJE

Domingo, 14 de octubre, 21.15 horas

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

NSA A SUBDIRECTOR DEL DISTRITO 17

DE INTELIGENCIA NAVAL

CONFIDENCIAL

REFERENCIA: COMANDANTE ROBERT BELLAMY
DISPONER SEA TRANSFERIDO A ESTA AGENCIA,
CON EFECTO INMEDIATO.

CONTAMOS CON SU COOPERACIÓN
PARA EL CUMPLIMIENTO DE ESTA ORDEN.

FIN DEL MENSAJE

Capítulo 1

Día uno.

Lunes, 15 de octubre

Estaba otra vez en el atestado pabellón del hospital de la base Cu Chi de Vietnam, y Susan se inclinaba sobre su cama, hermosa con su uniforme blanco y almidonado de enfermera, y le murmuraba: «Despierta, marinero. Tú no quieres morir».

Y cuando él oyó la magia de aquella voz, casi olvidó el dolor. Ella le susurró algo más al oído, pero las campanadas que empezaban a sonar en aquel momento le impidieron entender con claridad lo que le decía. Extendió los brazos para atraerla hacia sí, pero sus manos arañaron el aire.

El sonido del timbre del teléfono fue lo que despertó definitivamente a Robert Bellamy. Abrió los ojos de mala gana, pues no quería perder aquel sueño. Pero el teléfono que tenía junto a la cama seguía sonando con insistencia. Miró el reloj. Las cuatro de la mañana. Levantó el auricular con brusquedad, furioso de que alguien hubiera interrumpido su sueño.

—¿Sabe qué hora es?

—¿Comandante Bellamy? —preguntó una voz profunda y masculina.

—Sí...

—Tengo un mensaje para usted, comandante. Se le ordena presentarse ante el general Hilliard, en el cuartel general de la Agencia de Seguridad Nacional en Fort Meade, a las seis de la mañana. ¿Ha entendido el mensaje, comandante?

—Sí. —Y *no. Sobre todo, no.*

El comandante Robert Bellamy volvió a colocar despacio el auricular en su lugar, intrigado. ¿Qué demonios podía querer la NSA de él? Estaba asignado a la ONI, la Oficina Naval de Inteligencia. ¿Y qué podía ser tan urgente como para mantener una reunión a las seis de la mañana? Volvió a recostarse y cerró los ojos, tratando de recuperar aquel sueño. Había sido tan real... Sabía, por supuesto, qué lo había desencadenado: la llamada telefónica de Susan de la noche anterior.

—Robert...

El sonido de su voz tuvo sobre él el efecto de siempre.

—Hola, Susan —contestó él con voz no muy firme.

—¿Estás bien, Robert?

—Sí, estupendamente. ¿Cómo está el Ricachón?

—Por favor, no lo llames así.

—Está bien. ¿Cómo está Monte Banks?

Le resultaba imposible decir *tu marido*. Él era su marido.

—Muy bien. Sólo quería comunicarte que estaremos ausentes una temporada. No quería que te preocuparas.

Típico de Susan. Él luchó por mantener serena su voz.

—¿Adónde vais esta vez?

—A Brasil.

En el 727 privado del Ricachón.

—Monte tiene algunos intereses comerciales allí.

—¿Ah, sí? Yo creía que era el dueño del país.

—Basta, Robert. Por favor.

—Perdona.

Se hizo una pausa.

—Esperaba encontrarte más contento.

—Si te tuviera aquí conmigo, lo estaría.

—Quiero que encuentres una mujer maravillosa y seas feliz.

—Ya encontré una mujer maravillosa, Susan. —El maldito nudo que tenía en la garganta le hacía difícil hablar—. ¿Y sabes qué pasó? La perdí.

—Si sigues así, no te llamaré más.

Lo inundó un pánico terrible.

—No digas eso. Por favor. —Ella era su tabla de salvación. No podía soportar la idea de no volver a hablar con ella. Trató de parecer animado—. Saldré a buscar una rubia despampanante y sensual y haremos el amor hasta matarnos.

—En serio, quiero que encuentres a alguien.

—Te lo prometo.

—Me preocupas, querido.

—No veo por qué. Estoy muy bien.

La mentira le provocó náuseas. Si por lo menos ella supiera la verdad. Pero era algo que no deseaba compartir con ninguna otra persona. Y menos con Susan. La posibilidad de que ella pudiera tenerle lástima le resultaba intolerable.

—Te llamaré por teléfono desde Brasil —dijo Susan.

Se hizo un silencio prolongado. Ninguno de los dos podía dejar al otro porque tenían demasiadas cosas que decirse, demasiadas cosas que era mejor no decir, que era preciso no decir.

—Ahora tengo que irme, Robert.

—¿Susan?

—¿Sí?

—Te quiero, nena. Siempre te querré.

—Ya lo sé. Y yo también te quiero, Robert.

Y en eso residía la ironía, lo dulce y amargo a la vez. Que los dos siguieran amándose tanto.

«Vosotros dos formáis un matrimonio perfecto», solían decir todos los amigos. ¿Qué había pasado, entonces?

El comandante Robert Bellamy se levantó de la cama y caminó con los pies descalzos por el salón silencioso. La habitación clamaba a gritos la ausencia

de Susan. Había docenas de fotografías de los dos en cualquier parte del mundo, momentos congelados en el tiempo: pescando en los Highlands de Escocia, de pie frente a una estatua de Buda cerca de un *klong tai*, paseando en un carruaje descubierto bajo la lluvia en los jardines de Villa Borghese, en Roma. Y en cada fotografía sonreían y se abrazaban como dos seres apasionadamente enamorados.

Fue a la cocina y puso a calentar agua para el café. El reloj de la pared señalaba las cuatro y cuarto de la mañana. Dudó un momento y después marcó un número. El timbre sonó seis veces y por último oyó la voz del almirante Whittaker al otro extremo de la línea.

—Diga.

—Almirante...

—¿Sí?

—Soy Robert. Lamento muchísimo despertarlo, señor, pero acabo de recibir una llamada muy extraña de la Agencia Nacional de Seguridad.

—¿La NSA? ¿Qué querían?

—No lo sé. Se me ha ordenado que me presente ante el general Hilliard a las seis de la mañana.

Hubo un silencio pensativo.

—Tal vez piensen trasladarte allí.

—No puede ser. No tiene sentido. ¿Por qué habrían ellos de...?

—Es obvio que se trata de algo urgente, Robert. ¿Por qué no me llamas después de la reunión?

—Así lo haré. Gracias, señor.

La comunicación se cortó. *No debería haber molestado al viejo*, pensó Robert. El almirante se había retirado como director de la Inteligencia Naval dos años antes. Aunque sería más exacto decir que lo habían obligado a retirarse. Corría el rumor de que, como compensación, la Marina le había dado un pequeño despacho en alguna parte y le encomendaba tareas insignificantes. El almirante no tendría ni idea de las actividades actuales de Inteligencia. Pero era el consejero de Robert. Estaba más cerca de él que ninguna otra persona en el mundo, salvo, claro está, Susan. Y Robert había sentido la necesidad de hablar con alguien. Con Susan de viaje, tenía la sensación de estar viviendo en un tiempo distorsionado. Fantaseaba que en

algún lugar, en otra dimensión del tiempo y del espacio, él y Susan seguirían siendo felices en su matrimonio, sonrientes, despreocupados de todo y muy enamorados. O *tal vez no*, pensó Robert fatigado. *Tal vez lo que pasa es que no sé cuándo dar por terminada una relación.*

El café estaba listo. Tenía un sabor amargo. Robert se preguntó si sería café del Brasil.

Se llevó la taza al cuarto de baño y estudió su imagen en el espejo. Estaba viendo a un hombre de poco más de cuarenta años, alto y delgado, en buena forma, los rasgos marcados, el mentón poderoso, el pelo negro y los ojos inteligentes de mirada penetrante. Tenía una cicatriz larga y profunda en el pecho, recuerdo de un accidente de aviación. Pero aquello era el ayer. Aquello era Susan. Esto era hoy. Sin Susan. Después de ducharse y afeitarse se dirigió al armario. *¿Qué me pongo?*, se preguntó. *¿El uniforme de la Marina o ropa de civil? Y por otro lado, a quién demonios le importa?* Se puso un traje gris marengo, camisa blanca y corbata gris de seda. Sabía muy poco sobre la Agencia Nacional de Seguridad —apodada Palacio Enigma—, sólo que estaba por encima de todas las demás agencias de Inteligencia de los Estados Unidos y que era la más impenetrable de todas. *¿Qué querrán de mí? Pronto lo sabré.*

Capítulo 2

La Agencia Nacional de Seguridad estaba discretamente oculta en un terreno irregular de treinta y tres hectáreas en Fort Meade (Maryland), en dos edificios que, juntos, doblaban las dimensiones del complejo que la CIA posee en Langley (Virginia). La Agencia, creada para proporcionar soporte técnico a la protección de las comunicaciones de los Estados Unidos y adquirir datos de inteligencia electrónicos de todo el mundo, emplea a miles de personas que, a través de sus operaciones, suministran auténticos cúmulos de información que, a su vez, generan cuarenta toneladas de documentos por día.

Todavía estaba oscuro cuando el comandante Robert Bellamy llegó al primer portalón. Se acercó a la verja Cyclone de dos metros y medio de altura con alambre de espino en la parte superior. Allí había una garita de vigilancia, con dos guardias armados. Uno de ellos permaneció en el interior mirando, mientras el otro se acercaba al coche.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Soy el comandante Bellamy y vengo a ver al general Hilliard.

—¿Me permite ver su identificación, comandante?

Robert Bellamy sacó su cartera y extrajo de ella su tarjeta de

identificación del Distrito 17 de Inteligencia Naval. El guardia la estudió con atención y se la devolvió.

—Gracias, comandante.

Dirigió un gesto de conformidad al guardia de la garita y el portalón se abrió de par en par. El guardia de la garita cogió un teléfono.

—El comandante Bellamy va para allá —dijo.

Momentos más tarde, Robert Bellamy se acercaba con su automóvil a un portalón cerrado, electrificado.

Un guardia armado se acercó al vehículo.

—¿Comandante Bellamy?

—Sí.

—¿Puedo ver su identificación, por favor?

Estuvo a punto de protestar. *Pero qué más da*, pensó. *Tengo que bailar a su son*. Volvió a sacar la cartera y mostró su identificación al guardia.

—Muchas gracias, comandante —dijo éste. Hizo una seña casi imperceptible y el portalón se abrió.

Cuando Robert Bellamy siguió avanzando, vio frente a él una tercera verja Cyclone. *Dios mío*, pensó, *estoy en el reino de Oz*.

Otro guardia uniformado se acercó al coche. Cuando se disponía una vez más a sacar la cartera, el guardia miró la matrícula del coche y dijo:

—Por favor, siga hasta el edificio de la administración, comandante. Allí habrá alguien esperándolo.

—Gracias.

El portalón se abrió y Robert siguió el sendero hasta un enorme edificio blanco. Un hombre con ropa de civil lo esperaba en el exterior, temblando por el aire fresco de octubre.

—Puede dejar su automóvil aquí mismo, comandante —le gritó—. Nosotros nos ocuparemos de él.

Dejó las llaves en el coche y se bajó. El hombre que lo recibió aparentaba treinta y pico de años, era alto, delgado y de tez amarillenta. Parecía que no le hubiera tocado el sol en años.

—Soy Harrison Keller. Yo lo conduciré a la oficina del general Hilliard.

Entraron en un vestíbulo grande y de techo muy alto. Un hombre vestido de paisano se encontraba sentado frente a un escritorio.

—Comandante Bellamy...

Robert Bellamy se dio media vuelta y oyó el clic de una cámara fotográfica.

—Gracias, señor.

Robert Bellamy se volvió hacia Keller.

—¿Qué...?

—Es cuestión de un minuto —le aseguró Harrison Keller.

Sesenta segundos después le entregaron una tarjeta de identificación azul y blanca con su fotografía.

—Por favor, llévela en todo momento mientras se encuentre en el edificio, comandante.

—De acuerdo.

Echaron a andar por un corredor blanco muy largo. Robert Bellamy notó que a ambos lados de la pared y a intervalos de seis metros había cámaras de seguridad.

—¿Qué dimensiones tiene el edificio?

—Algo más de seiscientos mil metros cuadrados, comandante.

—¿Qué?

—Sí. Este pasillo es el más largo del mundo: mide trescientos metros. Aquí tenemos una autonomía total. Contamos con un centro comercial, cafeterías, correos, ocho restaurantes, un hospital completo con quirófano, consultorio odontológico, una sucursal del State Bank de Laurel, tintorería, barbería y algunas otras cosas más.

Es como un hogar lejos del hogar, pensó Robert. Y le resultó curiosamente deprimente.

Pasaron por una inmensa sala llena de ordenadores. Robert se detuvo, maravillado.

—Impresionante, ¿verdad? Ésta no es más que una de nuestras salas de ordenadores. El complejo contiene sistemas informáticos y decodificadoras por valor de tres mil millones de dólares.

—¿Cuántas personas trabajan aquí?

—Alrededor de dieciséis mil.

¿Entonces para qué demonios me necesitan a mí?, se preguntó Robert Bellamy.

Lo condujeron a un ascensor privado que Keller puso en funcionamiento con una llave. Subieron un piso y echaron a andar por otro largo corredor hasta llegar a las oficinas.

—Por aquí, comandante.

Entraron en una amplia sala de recepción con escritorios para cuatro secretarías. Dos de ellas ya habían empezado la jornada de trabajo. Harrison Keller le hizo un gesto de asentimiento a una y ella oprimió un botón, después de lo cual una puerta que conducía a una oficina interior se abrió con un chasquido.

—Pasen, por favor, caballeros. El general los espera.

Harrison Keller dijo:

—Por aquí.

Robert Bellamy lo siguió al despacho particular. Era un despacho amplio, cuyo techo y paredes estaban insonorizados. Tenía unos muebles cómodos y estaba repleto de fotografías y recuerdos personales. Era evidente que el hombre que se sentaba tras aquel escritorio pasaba gran parte de su tiempo allí.

El general Mark Hilliard, subdirector de la NSA, era un hombre de unos cincuenta y cinco años, muy alto, la cara como tallada en piedra, ojos de mirada glacial y postura erguida y rígida. Llevaba traje gris, camisa blanca y corbata gris. *No me be equivocado*, pensó Robert.

Harrison Keller dijo:

—General Hilliard, éste es el comandante Bellamy.

—Gracias por venir, comandante.

Como si se tratara de una invitación a tomar el té.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Tome asiento. Apuesto a que le vendría bien una taza de café.

Aquel tipo era vidente.

—Sí, señor.

—¿Harrison?

—No, muchas gracias —respondió, y se sentó en una silla del rincón.

El general pulsó un botón, la puerta se abrió y un oriental con chaqueta corta entró llevando una bandeja con café y galletas danesas. Robert advirtió que no usaba tarjeta de identificación. *Vergonzoso*, pensó. Sirvió el café. Olía

muy bien.

—¿Quiere leche? —preguntó el general Hilliard.

—No, gracias. —El café estaba delicioso.

Los dos hombres se encontraban sentados frente a frente en mullidos sillones de cuero.

—El director me pidió que me entrevistara con usted.

El director. Edward Sanderson. Un hombre legendario en los círculos de espionaje. Un titiritero brillante e implacable, de quien se decía que había llevado a cabo con maestría decenas de golpes audaces por todo el mundo. Un hombre al que pocas veces se veía en público y de quien se hablaba en voz baja en privado.

—¿Cuánto hace que está en el Grupo de Inteligencia Naval del Distrito 17, capitán? —preguntó el general Hilliard.

Robert no se anduvo con rodeos.

—Quince años. —Habría apostado el sueldo de un mes a que el general podría haberle dicho con toda precisión la hora en que había entrado a formar parte de la organización.

—Tengo entendido que estuvo al mando de un escuadrón aéreo de la Marina en Vietnam.

—Sí, señor.

—Y lo derribaron. Nadie creyó que sobreviviría.

El médico decía: «Olvídense de él. No lo conseguirá». Y él había deseado morir. El dolor era intolerable. Pero después, Susan se había inclinado sobre él. «Abre los ojos, marinero, tú no quieres morir.» Lo había obligado a abrir los ojos y, por entre la bruma del dolor, se encontró mirando a la mujer más hermosa que había visto en su vida. Tenía un rostro ovalado y dulce y una cabellera negra y espesa, ojos brillantes color castaño y una sonrisa que era una bendición. Él intentó hablar, pero el esfuerzo fue demasiado grande.

El general Hilliard le decía algo.

Robert Bellamy obligó a su mente a volver al presente.

—¿Decía usted, general?

—Tenemos un problema. Necesitamos su ayuda.

—¿Sí, señor?

El general se puso en pie y empezó a caminar por la habitación.

—Lo que voy a decirle es algo extremadamente reservado. Es incluso más que ultrasecreto.

—Sí, señor.

—Ayer cayó un globo sonda de la OTAN en los Alpes suizos. En el globo había equipo militar experimental absolutamente secreto.

Robert se descubrió preguntándose adonde conduciría todo aquello.

—El gobierno suizo ha recogido los restos del globo, pero por desgracia parece que hubo testigos de la caída. Es de vital importancia que ninguno de ellos hable con nadie de lo que vio. Eso podría proporcionar una información muy valiosa a determinados países. ¿Me sigue usted?

—Eso creo, señor. Usted quiere que hable con los testigos y les advierta que no deben mencionar a nadie lo que vieron.

—No exactamente, comandante.

—Entonces no entien...

—Lo que quiero que haga es sencillamente encontrar a esos testigos. Otros hablarán con ellos sobre la necesidad de su silencio.

—Entiendo. ¿Todos los testigos están en Suiza?

El general Hilliard se detuvo frente a Robert.

—Ése es nuestro problema, capitán. Verá usted, no tenemos la menor idea de cuál es su paradero. Ni de quiénes son.

Robert tuvo la impresión de haberse perdido alguna frase.

—¿Cómo dice?

—La única información que tenemos es que esas personas estaban en un autocar que realizaba una gira turística. Por casualidad pasaban por el lugar del hecho en el momento en que el globo sonda se precipitaba a tierra cerca de un pequeño pueblo llamado... —Miró a Harrison Keller.

—Uetendorf.

El general volvió a dirigirse a Robert.

—Los pasajeros bajaron del autocar durante unos minutos para ver qué ocurría y después prosiguieron el viaje. Cuando éste llegó a su fin, los pasajeros se dispersaron.

Robert dijo lentamente:

—General Hilliard, ¿me está diciendo usted que no existe ningún registro de quiénes son esas personas ni hacia dónde se dirigieron?

—Correcto.

—¿Y usted quiere que yo las encuentre?

—Exactamente. Nos lo han recomendado muy especialmente para esta misión. Me han dicho que habla con fluidez media docena de idiomas, y que tiene unos antecedentes extraordinarios. El director ha hecho los arreglos necesarios para que usted sea trasladado provisionalmente a la NSA.

Fantástico.

—Debo entender que voy a trabajar con el gobierno suizo en esta misión. ¿Es así?

—No, usted trabajará solo.

—¿Solo? Pero...

—No debemos involucrar a nadie más en esto. La importancia de lo que había en ese globo es crucial, comandante. Y también lo es el tiempo. Quiero que me informe todos los días de los progresos de su investigación.

El general escribió un número en una tarjeta y se la entregó a Robert.

—En este número me podrá localizar día y noche. Hay un avión que lo espera para llevarlo a Zurich. Lo acompañarán hasta su apartamento, para que pueda meter lo necesario en una maleta, y después lo llevarán al aeropuerto.

¿Qué te parece? Así que «Gracias por venir». Robert se sintió tentado de preguntar: «¿Alguien se ocupará de darle de comer a mis peces de colores durante mi ausencia?». Pero tuvo la sensación de que la respuesta sería: «Usted no tiene peces de colores».

—Si usted trabaja en la ONI, comandante, supongo que contará con contactos de Inteligencia en el exterior.

—Así es, señor. Tengo bastantes amigos que podrían serme de utilidad...

—No debe ponerse en contacto con ninguno de ellos. No está autorizado a establecer ningún contacto en absoluto. Los testigos que busca son sin duda ciudadanos de varios países. —El general se volvió hacia Keller—. Harrison...

Keller se dirigió a un enorme archivador que había en un rincón y lo abrió con una llave. Sacó de él un sobre grande de papel manila y se lo entregó a Robert.

—Aquí hay cincuenta mil dólares en diferentes monedas europeas y otros veinte mil en dólares estadounidenses. También encontrará varios juegos de

identificación falsa que pueden resultarle de gran utilidad.

El general Hilliard le extendió una tarjeta de plástico negro, gruesa y brillante, con una franja blanca.

—Aquí tiene una tarjeta de crédito que...

—Dudo mucho que llegue a necesitarla, general. Lo que me ha dado será suficiente y, además, tengo una tarjeta de crédito de la ONI.

—Cójala.

—Muy bien. —Robert examinó la tarjeta. Correspondía a un banco del que nunca había oído hablar. En su parte inferior figuraba un número de teléfono—. Esta tarjeta no lleva ningún nombre —dijo Robert.

—Es el equivalente a un cheque en blanco. No requiere ninguna identificación. Sólo haga que ellos llamen al número de teléfono que figura en la tarjeta cuando usted realice una compra. Es muy importante que la lleve siempre consigo.

—De acuerdo.

—Y, comandante...

—¿Señor?

—Debe usted encontrar a esos testigos. A todos. Informaré al director de que ha iniciado la misión.

La reunión había llegado a su fin.

Harrison Keller acompañó a Robert a la oficina exterior. Un miembro de la infantería de marina se encontraba sentado allí. Se puso en pie cuando los dos hombres entraron.

—Éste es el capitán Dougherty. Él lo llevará al aeropuerto. Buena suerte.

—Gracias.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Keller dio media vuelta y regresó a la oficina del general Hilliard.

—¿Está listo, comandante? —preguntó el capitán Dougherty.

—Sí.

Pero ¿listo para qué? Había llevado a cabo misiones de inteligencia muy difíciles en el pasado, pero nunca una locura como ésa. Se esperaba de él que rastreara el paradero de testigos desconocidos de países desconocidos.

¿Cuáles son las probabilidades de que lo logre?, se preguntó Robert.

Me siento como la Reina Blanca de A través del espejo: «*A veces he creído en hasta seis cosas imposibles antes del desayuno*». *Bueno, ésas eran las seis.*

—Tengo orden de llevarlo directamente a su apartamento y después a la base Andrews de la Fuerza Aérea —dijo el capitán Dougherty—. Hay un avión que lo espera para...

Robert sacudió la cabeza.

—Primero tengo que pasar por mi oficina.

Dougherty vaciló.

—Está bien. Lo acompañaré y lo esperaré.

Era como si no confiaran en él y no quisieran perderlo de vista. ¿Porque sabía que un globo sonda se había precipitado a tierra? No tenía sentido. Entregó su placa en el escritorio de recepción y salió al exterior, al frío amanecer. Su automóvil había desaparecido. En su lugar había una limusina larguísima.

—Su vehículo estará bien cuidado, comandante —le informó el capitán Dougherty—. Nosotros viajaremos en éste.

Había una cierta arbitrariedad y altanería en todo aquello que a Robert le resultaba vagamente perturbadora.

—Muy bien —dijo.

Y emprendieron la marcha a la Oficina Naval de Inteligencia. El pálido sol de la mañana desaparecía detrás de nubes de lluvia. Sería un día pésimo. *En más de un sentido*, pensó Robert.

Capítulo 3

Ottawa, Canadá
24.00 horas

Su nombre en clave era Janus. Se dirigía a doce hombres reunidos en la habitación fuertemente custodiada de un complejo militar.

—Como se les ha informado, la Operación Juicio Final ha sido activada. Hay una serie de testigos que deben ser encontrados lo antes posible y con la mayor discreción. No podemos intentar localizarlos a través de los canales de seguridad tradicionales por el peligro de una filtración.

—¿A quién estamos utilizando? —El ruso. Corpulento. Colérico.

—¿Cómo fue seleccionado? —El alemán. Aristocrático. Implacable.

—El comandante fue elegido después de una concienzuda búsqueda por ordenador en los archivos de la CIA, el FBI y media docena de agencias de seguridad.

—Por favor, ¿puedo preguntar cuál es su cualificación? —El japonés. Cortés. Taimado.

—El comandante Bellamy es un oficial experimentado que habla con fluidez seis idiomas y tiene un historial ejemplar. Repetidamente ha

demostrado que es un hombre de recursos. No tiene familiares vivos.

—¿Está enterado de la urgencia de esta operación? —El inglés. Presuntuoso. Peligroso.

—Lo está. Tenemos una confianza absoluta en que será capaz de localizar con rapidez a todos los testigos.

—¿Conoce el propósito de su misión? —El francés. Discutidor. Obstinado.

—No.

—¿Y cuando haya encontrado a los testigos? —El chino. Sagaz. Paciente.

—Será convenientemente recompensado.

Capítulo 4

El cuartel central de la Oficina Naval de Inteligencia ocupa la totalidad del quinto piso del Pentágono, un enclave en medio del edificio de oficinas más grande del mundo, con veintisiete kilómetros de corredores y veintinueve mil empleados militares y civiles.

El interior de la Oficina Naval de Inteligencia refleja sus tradiciones marinas. Los escritorios y los muebles de archivo son, o bien color verde oliva, de la época de la Segunda Guerra Mundial, o bien gris acorazado, de la época de Vietnam. Las paredes y los techos están pintados de color amarillo o *beige*. En un principio, Robert había quedado desconcertado por la decoración espartana, pero ya hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a ella.

Ahora, al entrar en el edificio y acercarse al escritorio de recepción, el guardia que estaba continuamente apostado allí le dijo:

—Buenos días, comandante. ¿Puedo ver su pase?

Robert trabajaba allí desde hacía siete años, pero el ritual no se alteraba jamás. Obediente, le mostró el pase.

—Muchas gracias, comandante.

Camino de su oficina, Robert pensó en el capitán Dougherty, que lo

esperaba en la zona de aparcamiento de la entrada que daba al río. Esperando para escoltarlo al avión que lo llevaría a Suiza a iniciar una cacería imposible.

Cuando Robert llegó a su oficina, Bárbara, su secretaria, ya se encontraba allí.

—Buenos días, comandante. El subdirector desea verlo en su oficina.

—Que espere. Póngame con el almirante Whittaker, por favor.

—Sí, señor.

Un minuto después, Robert hablaba con el almirante.

—Supongo que tu reunión ha terminado. ¿Es así, Robert?

—Sí, hace unos minutos.

—¿Cómo ha ido?

—Ha sido... interesante. ¿Tiene un momento libre para desayunar conmigo, almirante? —Procuró que su voz sonara desenfadada.

No hubo vacilación.

—Sí. ¿Quieres que nos encontremos ahí?

—Perfecto. Le dejaré un pase de visitante.

—Muy bien. Nos veremos dentro de una hora.

Robert colgó el auricular y pensó en lo irónico que era tener que dejar un pase de visitante para el almirante. Pocos años antes, él era el más respetado en aquel lugar, tenía a su cargo la Inteligencia Naval. ¿Cómo se sentiría ahora?

Robert pulsó el botón de su interfono para hablar con su secretaria.

—¿Sí, comandante?

—Espero al almirante Whittaker. Disponga que le preparen un pase.

—En seguida.

Era hora de presentarse ante el subdirector. El maldito Dustin Thornton.

Capítulo 5

Dustin «Dusty» Thornton, subdirector de la Oficina Naval de Inteligencia, se había ganado la fama de ser uno de los atletas más completos salidos de Annapolis. Thornton debía su encumbrada posición actual a un partido de fútbol americano. Para ser más exactos, a un partido disputado entre los equipos del Ejército y de la Marina. En su último año en Annapolis, Thornton, un individuo alto y corpulento, jugó de zaguero en el partido más importante del año para la Marina. Al principio del último tiempo, con el Ejército ganando por 13 a 0, dos *touchdowns* y una conversión de ventaja, el destino decidió intervenir y cambió la vida de Dustin Thornton. Thornton interceptó un pase del Ejército, dio media vuelta e inició una carga por entre la delantera del Ejército para conseguir un *touchdown*. La Marina falló el tanto extra pero pronto convirtió un *field goal*. El marcador estaba aún en Ejército 13, Marina 9, y el reloj seguía su ritmo implacable.

Cuando se reinició el juego, le pasaron el balón a Thornton, que quedó sepultado bajo una avalancha de uniformes del equipo del Ejército. Tardó un buen rato en ponerse en pie. Un médico entró corriendo en el campo de juego, pero Thornton, furioso, le hizo señas de que se alejara.

Cuando faltaban segundos para la finalización del partido, se hizo un pase

lateral. Thornton lo recibió en su línea de diez yardas y se lanzó a correr. Era imparable. Cargó como un tanque por entre los contrarios, arrojando al suelo a todos los que tuvieron la mala suerte de ponerse en su camino. Faltando apenas dos segundos, Thornton cruzó la línea de meta con el *touchdown* definitivo, y la Marina se anotó su primera victoria contra el Ejército en cuatro años. El acontecimiento, en sí mismo, habría tenido poco efecto en la vida de Thornton. Lo que hizo que resultase significativo fue que, sentados en un palco reservado a las autoridades, estaban Willard Stone y su hija Eleanor. Cuando los asistentes se pusieron en pie y aclamaron con entusiasmo a su nuevo héroe de la Marina, Eleanor miró a su padre y le dijo en voz baja: «Quiero conocerlo».

Eleanor Stone era una mujer de grandes apetitos. De rostro carente de belleza, tenía un cuerpo voluptuoso y una libido insaciable. Al observar cómo Dustin Thornton se abría paso impetuosamente en el campo de juego, fantaseó lo que sería en la cama. Si su virilidad era tan imponente como el resto de su cuerpo... Y no quedó decepcionada.

Seis meses más tarde, Eleanor y Dustin Thornton se casaron. Eso fue el principio. Dustin Thornton empezó a trabajar para su suegro y fue conducido a un mundo arcano cuya existencia ni siquiera soñaba.

Willard Stone, el flamante suegro de Thornton, era un hombre lleno de secretos. Multimillonario, con poderosos contactos políticos y un pasado envuelto en el misterio, era una figura tenebrosa que movía los hilos en las capitales de todo el mundo. Rondaba los setenta y era un individuo meticuloso cuyos movimientos eran siempre precisos y metódicos. Tenía los rasgos afilados y unos ojos velados que no revelaban sus pensamientos. Willard Stone no era partidario de malgastar palabras ni emociones, y se mostraba implacable cuando se trataba de obtener lo que deseaba.

Los rumores que corrían sobre él eran fascinantes. Se decía que había asesinado a un rival en Malasia y que había tenido una tórrida aventura con la esposa favorita de un emir. Se decía que había respaldado con éxito una revolución en Nigeria. El gobierno le había interpuesto media docena de procesos, pero cada vez cayeron misteriosamente en el olvido. Se hablaba de cohechos, de senadores sobornados, de espionaje industrial y de testigos desaparecidos. Stone era asesor de presidentes y de reyes. En una palabra, era

el poder. Entre sus muchas posesiones figuraba una finca inmensa y aislada, en las montañas de Colorado, donde, todos los años, científicos, capitostes de la industria y líderes mundiales se reunían para asistir a conferencias. Unos guardias armados mantenían alejados a los visitantes indeseados.

Willard Stone no sólo aprobó el matrimonio de su hija, sino que lo alentó. Su nuevo yerno era un hombre brillante, ambicioso y, lo que era más importante aún, maleable.

Doce años después de la boda, Stone consiguió que Dustin fuera nombrado embajador en Corea del Sur. Varios años más tarde, el presidente lo nombró embajador ante las Naciones Unidas. Cuando el almirante Ralph Whittaker fue repentinamente alejado de su cargo de director de la ONI, Thornton ocupó su lugar.

Aquel día, Willard Stone hizo llamar a su hijo político.

—Esto no es más que el comienzo —prometió Stone—. Tengo proyectos más importantes para ti, Dustin. Grandes proyectos. —Y pasó a describírselos.

Dos años antes, Robert había tenido su primera reunión con el nuevo director de la ONI.

—Tome asiento, comandante. —No existía ninguna cordialidad en la voz de Dustin Thornton—. Por su hoja de servicios, veo que es usted bastante rebelde.

¿Qué demonios querrá decir con eso?, se preguntó Robert. Decidió mantener la boca cerrada.

Thornton levantó la mirada.

—No sé cómo dirigía este departamento el almirante Whittaker, pero de ahora en adelante se hará todo como es debido, según los reglamentos. Espero que mis órdenes sean cumplidas al pie de la letra. ¿Está claro?

Dios mío, pensó Robert. *La que nos espera.*

—¿Me ha entendido, comandante?

—Sí. Usted espera que sus órdenes sean cumplidas al pie de la letra. —Se preguntó si esperarían también que le hiciera una reverencia.

—Es todo.

Pero no fue todo.

Una semana más tarde, Robert fue enviado a Alemania Oriental a buscar a un científico que quería desertar. Era una misión difícil porque la STASI, la policía secreta de Alemania Oriental, se había enterado de sus planes y vigilaba muy de cerca al científico. Pese a ello, Robert logró que el individuo pasara la frontera clandestinamente y llegara a un refugio de seguridad. Estaba haciendo las gestiones necesarias para llevarlo a Washington cuando recibió una llamada de Dustin Thornton comunicándole que la situación había cambiado y se le ordenaba no seguir adelante con la misión.

—No podemos dejarlo abandonado allí —había protestado Robert—. Lo matarán.

—Eso es su problema —fue la respuesta de Thornton—. Sus órdenes son regresar aquí.

A la mierda si voy a hacerlo, pensó Robert. *No tengo ninguna intención de abandonarlo*. Llamó a un amigo suyo de la MI6, la Inteligencia Británica, y le expuso la situación.

—Si regresa a Alemania del Este —dijo Robert—, lo harán pedazos. ¿Podéis ocuparos de él?

—Veremos lo que se puede hacer. Tráelo aquí.

Y al científico se le concedió asilo político en Inglaterra.

Dustin Thornton nunca le perdonó a Robert que hubiera desobedecido sus órdenes. A partir de aquel momento, existió una franca hostilidad entre los dos hombres. Thornton había comentado el incidente con su suegro.

—Los individuos como Bellamy son peligrosos —le advirtió Stone—. Suponen un riesgo para la seguridad. De hombres así siempre se puede prescindir. Recuérdalo.

Y Thornton no lo había olvidado.

Ahora, mientras recorría el pasillo hacia la oficina de Dustin Thornton, Robert no pudo evitar pensar en la diferencia que existía entre Thornton y Whittaker. En un trabajo como ése, la confianza era condición *sine qua non*. Y él no confiaba en Dustin Thornton.

Thornton estaba sentado detrás de su escritorio cuando Robert entró en su

oficina.

—¿Quería usted verme?

—Sí. Tome asiento, comandante. —La relación de ambos jamás había llegado al punto de llamarlo Robert—. Se me ha informado que acaban de trasladarlo temporalmente a la Agencia Nacional de Seguridad. Cuando regrese, tengo una...

—No volveré. Ésta es mi última misión.

—¿Cómo ha dicho?

—Que renuncio.

Reflexionando después sobre aquella conversación, Robert no estaba muy seguro de qué reacción había esperado de su superior. Alguna clase de escena. Dustin Thornton podía haber discutido, podía haber demostrado sorpresa, o enfado, o alivio. En cambio, se limitó a mirar a Robert y asentir.

—Eso es todo, entonces.

Cuando Robert regresó a su propio despacho, le dijo a su secretaria:

—Estaré un tiempo ausente. Salgo dentro de una hora.

—¿Se le puede localizar en algún sitio?

Robert recordó las órdenes del general Hilliard.

—No.

—Hay algunas reuniones que usted...

—Anúlelas.

Consultó su reloj. Era hora de reunirse con el almirante Whittaker.

Desayunaron en el patio central del Pentágono, en el Ground Zero Café, llamado así porque en algún momento se pensó que el Pentágono sería el primer blanco de un ataque con armas nucleares contra los Estados Unidos. Robert había elegido una mesa en un rincón, donde podían gozar de cierto grado de intimidad. El almirante Whittaker fue puntual, y mientras Robert lo miraba acercarse a la mesa, lo encontró más viejo y más pequeño, como si en cierto modo su retiro lo hubiera envejecido y encogido. Pero seguía siendo un hombre que llamaba la atención, con rasgos marcados, nariz romana, pómulos pronunciados y una aureola de pelo plateado. Robert había servido bajo las órdenes del almirante en Vietnam y más tarde en la Oficina Naval de

Inteligencia y lo apreciaba mucho. *Bueno, es algo más que aprecio*, reconoció Robert para sí. El almirante Whittaker era como su segundo padre.

El almirante se sentó.

—Buenos días, Robert. ¿Así que te han trasladado a la NSA?

Robert asintió.

—Temporalmente.

Llegó la camarera y los dos hombres se concentraron en el menú.

—Había olvidado lo mala que es la comida aquí —dijo el almirante Whittaker sonriendo. Paseó la vista por el lugar, y su cara reflejó una nostalgia no expresada.

Desearía poder volver aquí, pensó Robert. *Ojalá así fuera.*

Pidieron lo que querían. Cuando la camarera estuvo lo suficientemente lejos como para no poder oírlos, Robert dijo:

—Almirante, el general Hilliard me ordena hacer un viaje urgente de casi cinco mil kilómetros para localizar a unos testigos que vieron cómo caía un globo sonda. Le confieso que lo encuentro extraño. Y hay algo todavía más extraño. «El tiempo es esencial», ha dicho textualmente el general, pero a la vez me ha ordenado que no utilice a ninguno de mis contactos de inteligencia en el extranjero para que cooperen conmigo.

El almirante puso cara de asombro.

—Supongo que el general tendrá sus razones.

—No puedo imaginar cuáles son —dijo Robert.

El almirante Whittaker observó a Robert. El comandante Bellamy había servido bajo sus órdenes en Vietnam y era el mejor piloto del escuadrón. Edward, el hijo del almirante, era el artillero de Robert, y el día terrible en que su avión fue derribado, Edward perdió la vida. Robert casi no sobrevivió. El almirante había ido al hospital a visitarlo.

—No lo logrará —le dijeron los médicos.

Robert, tendido en la cama y con dolores atroces, le había susurrado:

—Lamento lo de Edward... Lo siento tanto.

El almirante Whittaker había apretado la mano de Robert.

—Sé que hiciste todo lo que estaba en tu mano. Tienes que recuperarte. Te pondrás bien.

Deseaba desesperadamente que Robert viviera. Porque, para el almirante,

Robert era su hijo, el hijo que ocuparía el lugar dejado por Edward.

Y Robert se recuperó.

—Robert...

—¿Sí, almirante?

—Espero que tu misión en Suiza tenga éxito.

—También yo. Es la última.

—¿Sigues decidido a dejar este trabajo?

El almirante era la única persona a la que Robert había confiado sus planes.

—He tenido suficiente.

—¿Thornton?

—No es sólo él. Soy yo. Estoy cansado de entrometerme en la vida de los demás.

Estoy cansado de las mentiras y las trampas, y de las promesas rotas que jamás se pensó en cumplir. Estoy cansado de manipular a gente y de ser manipulado. Estoy cansado de los juegos y del peligro y de las traiciones. Me ha hecho perder todo lo que realmente me importaba.

—¿Tienes alguna idea de lo que vas a hacer?

—Trataré de encontrar algo útil que hacer con mi vida, algo positivo.

—¿Qué pasará si no te dejan marchar?

—No tienen otra opción, ¿no es así? —dijo Robert.

Capítulo 6

La limusina estaba esperando en la zona de aparcamiento que daba al río.

—¿Listo, comandante? —preguntó el capitán Dougherty.

Tan listo como no lo estaré nunca, pensó Robert.

—Sí.

El capitán Dougherty acompañó a Robert a su apartamento para que pudiera preparar su equipaje. Robert no tenía la menor idea de cuántos días estaría ausente. ¿Cuánto tiempo se tarda en cumplir una misión imposible? Metió en la maleta suficiente ropa para una semana y, en el último minuto, también una fotografía enmarcada de Susan. Se quedó mirándola un rato largo y se preguntó si lo estaría pasando bien en Brasil. *Espero que no. Espero que lo pase francamente mal*, pensó. Y en seguida se avergonzó de sí mismo.

Cuando la limusina llegó a la base militar de Andrews, el avión ya estaba aguardando. Era un *jet* C2OA de las Fuerzas Aéreas.

El capitán Dougherty le tendió la mano.

—Buena suerte, comandante.

—Gracias.

La necesitaré.

Robert subió a la cabina. En el interior, la tripulación estaba realizando la verificación previa al despegue. Había un piloto, un copiloto, un auxiliar de vuelo y un camarero, todos con uniforme de las Fuerzas Aéreas. Robert estaba familiarizado con aquel avión, totalmente equipado con instrumental electrónico. En el exterior, cerca de la cola, había una antena de alta frecuencia que parecía una enorme caña de pescar. Dentro de la cabina había doce teléfonos rojos en las paredes y un teléfono blanco movable. Las transmisiones por radio se hacían en clave y el radar de la aeronave estaba en frecuencia militar. El color que primaba en el interior era el azul de las fuerzas aéreas, y la cabina estaba acondicionada con butacas amplias y cómodas.

Robert descubrió que era el único pasajero. El piloto lo saludó.

—Bienvenido a bordo, comandante. Si se abrocha el cinturón de seguridad, estaremos listos para el despegue.

Robert se colocó el cinturón y se reclinó en su asiento mientras el avión carreteaba por la pista. Un minuto después, sintió la familiar presión de la gravedad mientras el *jet* cobraba altura. No había pilotado un avión desde el accidente, momento en que le dijeron que jamás volvería a volar. *Volar de nuevo, ni hablar*, pensó Robert, *dijeron que no viviría. Fue un milagro... No, fue Susan...*

Vietnam. Lo habían mandado allí con el rango de capitán de corbeta, apostado en el portaaviones *Ranger* como oficial táctico, responsable del entrenamiento de los pilotos de combate y de planificar la estrategia del ataque. Estaba al mando de un escuadrón de bombarderos A-6A Intruders, y el tiempo asignado para olvidarse un poco de las presiones de la lucha era escaso. Durante uno de los pocos permisos que le concedieron, pasó una semana de descanso y recuperación en Bangkok, y en todos aquellos días no se molestó en dormir ni un solo momento. La ciudad era una Disneylandia diseñada para el placer del animal macho. Conoció a una exquisita muchacha tai durante su primera hora de estancia en la ciudad, y ella se quedó a su lado todo el tiempo y le enseñó algunas frases en su lengua. Aquel idioma le pareció a Robert suave y dulce.

Buenos días. *Arun sawasdi.*

¿De dónde es usted? *Khun na chak nai?*

¿Adónde va ahora? *Khun kamrant chain pai?*

Ella también le enseñó otras frases, pero no quiso decirle cuál era su significado, y cuando él las pronunciaba, ella se ponía a reír.

Cuando Robert regresó al *Ranger*, Bangkok le pareció un sueño lejano. La realidad era la guerra y era el horror. Alguien le mostró algunas de las octavillas que los infantes de marina dejaban caer sobre Vietnam del Norte. Decían así:

Queridos ciudadanos:

La Infantería de Marina de los Estados Unidos está luchando junto a las fuerzas de Vietnam del Sur en Duc Pho a fin de brindar al pueblo vietnamita la oportunidad de tener una vida feliz y en libertad, sin miedo al hambre y al sufrimiento. Pero muchos vietnamitas han pagado con sus vidas y sus hogares han sido destruidos porque ayudaron a los vietcong.

Las aldeas de Hai Mon, Hai Tan, Sa Binh, Ta Binh y muchas otras han sido destruidas por ese motivo. No vacilaremos en destruir cada aldea que ayude a los vietcong, que no tienen medios suficientes para oponerse al poder conjunto de la GVN y sus aliados. La elección es vuestra. Si no permitís que los vietcong utilicen vuestros pueblos y aldeas como campo de batalla, vuestros hogares y vuestras vidas se encontrarán a salvo.

Vaya si estamos salvando a esos pobres desgraciados, pensó Robert con amargura. Lo único que estamos haciendo es destruir su país.

El portaaviones *Ranger* estaba equipado con toda la tecnología que fue posible instalarle. El barco era la base y hogar de dieciséis aviones, cuarenta oficiales y trescientos cincuenta reclutas. Los planes de vuelo eran entregados tres o cuatro horas antes del primer ataque del día.

En el sector de estrategia del centro de inteligencia del barco, la última

información y las fotos de reconocimiento eran entregadas a los artilleros, quienes entonces trazaban sus planes de vuelo.

—Vaya maravilla nos han dado esta mañana —dijo Edward Whittaker, el artillero de Robert.

Edward Whittaker parecía una versión más joven de su padre, pero tenía una personalidad completamente diferente. Allí donde el almirante era una figura formidable, austera y señorial, su hijo era realista, cálido y amable. Se había ganado el lugar que ocupaba como si fuera «un muchacho del montón». Los otros soldados de las Fuerzas Aéreas le perdonaron el hecho de ser el hijo de su comandante. Era el mejor artillero del escuadrón, y él y Robert se habían hecho muy amigos.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Robert.

—Por nuestros pecados, nos ha tocado el Lote Seis.

Era la misión más peligrosa de todas. Significaba volar hacia el norte a Hanoi, Haiphong y subir por el delta del río Rojo, donde el fuego antiaéreo era más intenso. Existía un problema: no les estaba permitido bombardear ningún blanco estratégico si en los alrededores había civiles, y los norvietnamitas, que sabían muy bien lo que se hacían, inmediatamente pusieron civiles cerca de todas sus instalaciones militares. Hubo muchas protestas entre las fuerzas aliadas, pero el presidente Lyndon Johnson, de regreso y a salvo en Washington, era quien había dado esa orden.

Los doce años en que las tropas de los Estados Unidos lucharon en Vietnam representaban el período más prolongado en que esa nación estuvo en guerra. Robert Bellamy se incorporó a la contienda a finales de 1972, momento en que la Navy pasaba por una situación realmente crítica. Sus escuadrones de F-4 estaban siendo destruidos. Pese a que sus aviones eran superiores a los MiG rusos, la Marina de los Estados Unidos perdía un F-4 por cada dos MiG derribados; una proporción inaceptable.

Robert fue convocado al cuartel central del almirante Whittaker.

—¿Me ha mandado llamar, almirante?

—Tiene fama de ser un piloto brillante, comandante. Necesito su ayuda.

—¿Sí, señor?

—Ese maldito enemigo nos está aplastando. He mandado hacer un análisis exhaustivo de la situación. Nuestros aviones no tienen ningún

problema; el problema radica en los hombres que los pilotan. ¿Entiende usted lo que quiero decir?

—Sí, señor.

—Quiero que seleccione a un grupo de hombres y los entrene en maniobras y empleo de armamento y proyectiles...

El nuevo grupo se llamaba Top Gun, y antes de que el entrenamiento concluyera la proporción de aviones abatidos pasó de dos por uno a doce por uno. Por cada dos F-4 perdidos, se derribaban veinticuatro MiG. La misión había requerido ocho semanas de entrenamiento intensivo, y el comandante Bellamy finalmente regresó a su barco. El almirante Whittaker estaba allí para recibirlo.

—Ha sido un trabajo excelente, comandante.

—Gracias, almirante.

—Ahora, volvamos a nuestra tarea.

—Estoy listo, señor.

Robert había realizado veinticuatro misiones de bombardeo desde el *Ranger* sin ningún incidente.

Su misión número veinticinco era el Lote Seis.

Habían pasado Hanoi y enfilaban hacia el noroeste en dirección a Phu Tho y Yen Bai. El fuego de artillería antiaérea era cada vez más intenso. Edward Whittaker iba sentado a la derecha de Robert, los ojos fijos en la pantalla del radar, oyendo los amenazadores tonos graves de los radares de búsqueda del enemigo que barrían el cielo.

Exactamente frente a ellos, el cielo ofrecía el mismo aspecto que la noche de celebración del Cuatro de Julio, con las franjas de humo blanco procedente del fuego antiaéreo, los estallidos gris oscuro de los proyectiles de mortero de cincuenta y cinco milímetros, las nubes negras de los de cien milímetros y las estelas de colores del fuego pesado de las ametralladoras.

—Nos estamos acercando al blanco —dijo Edward. Por los auriculares, su voz sonó extrañamente lejana.

—Entendido.

El A-6A Intruder volaba a 450 nudos y, a esta velocidad, incluso con la resistencia al avance y el peso de la carga de bombas, se dejaba dominar bastante bien y avanzaba demasiado rápido como para que los enemigos le siguieran el rastro.

Robert encendió el mecanismo de bombardeo. Las doce bombas de 250 kg estaban ahora listas para ser arrojadas. El avión iba directamente al blanco.

Una voz por radio le dijo:

—Romeo... tiene un intruso a las cuatro en punto de altitud.

Robert giró la cabeza para mirar. Un MiG se les acercaba a toda velocidad, saliendo del sol. Robert viró e hizo que el avión descendiera en picado. Tenía al MiG en la cola. Soltó un proyectil. Robert comprobó el tablero de mandos. El misil se aproximaba con rapidez. Estaba a trescientos metros... doscientos... cien...

—¡Mierda! —gritó Edward—. ¿A qué estamos esperando?

Robert esperó hasta el último momento y entonces soltó un chorro de virutas metálicas y realizó un viraje violento en ascenso, dejando que el misil siguiera aquella chatarra y se precipitara a tierra.

—Gracias, Dios mío —dijo Edward—. Y también a ti, compañero.

Robert continuó el ascenso y se colocó detrás del MiG. El piloto inició una acción evasiva, pero era demasiado tarde. Robert soltó un misil Sidewinder y lo observó acercarse a la cola del MiG y explotar. Un instante después, por el cielo voló una lluvia de fragmentos de metal.

Por el intercomunicador se oyó una voz:

—Buen trabajo, Romeo.

Ahora el avión se encontraba sobre el blanco.

—Allá vamos —dijo Edward. Pulsó el botón rojo que soltaba las bombas y las vio caer hacia el blanco. Misión cumplida. Robert dirigió el avión hacia el portaaviones. En aquel preciso instante sintió un fuerte golpe, y el veloz y armonioso bombardero se volvió de pronto muy lento y perezoso.

—¡Nos han dado! —gritó Edward.

Las dos luces rojas de alarma de incendio destellaban insistentemente. El avión se movía en forma errática, fuera de control.

Se oyó una voz por la radio.

—Aquí Tigre. ¿Quieres que te cubramos?

Robert tomó una decisión instantánea.

—No, seguid con vuestros objetivos. Yo trataré de regresar a la base.

El avión había reducido la velocidad y cada vez era más difícil controlarlo.

—Vamos, más rápido —dijo Edward nerviosamente—, o llegaremos tarde para el almuerzo.

Robert miró el altímetro. La aguja descendía con rapidez. Activó el micrófono de su transmisor de radio.

—Romeo a base. Nos han dado.

—Base a Romeo. ¿Cuál es la gravedad del daño?

—No estoy seguro. Creo que podré llegar a la base.

—Un momento —dijo la voz, y un instante después regresó—. Su señal es «Charlie está llegando».

Eso significaba que todo estaba listo para que aterrizaran en seguida en el portaaviones.

—Entendido.

—Buena suerte.

El avión comenzaba a girar. Robert se esforzó por corregirlo e intentó ganar altura.

—Vamos, puedes hacerlo. —El rostro de Robert estaba tenso. También estaban perdiendo mucha altura—. ¿Cuál es nuestra hora estimada de llegada?

Edward observó la carta de navegación.

—Siete minutos.

—Te juro que llegaremos a punto para el almuerzo —dijo Robert. Pilotaba el avión poniendo en juego toda su habilidad; usaba el regulador de combustible y el timón para tratar de mantener el rumbo. La altitud seguía disminuyendo en forma alarmante. Hasta que, finalmente, allí delante, Robert alcanzó a ver las aguas azules y relucientes del golfo de Tonkin.

—Ya casi estamos en casa —dijo Robert—. Sólo faltan unos kilómetros.

—Fantástico. Ni por un momento dudé que...

De pronto, como saliendo de la nada, dos MiG se abalanzaron sobre el

avión con un rugido atronador y los proyectiles comenzaron a estrellarse contra el fuselaje.

—¡Eddie! ¡Salta! —gritó. Se volvió para mirarlo. Edward estaba hundido en su asiento, caído sobre su cinturón de seguridad, con el lado derecho desgarrado y la sangre salpicando la carlinga.

—¡No! —gritó Robert.

Segundos después, Robert sintió un impacto tremendamente doloroso en el pecho. Su traje de vuelo quedó empapado de sangre inmediatamente. El avión inició un brusco descenso en espiral. Sintió que se desmayaba. Con las últimas fuerzas que le quedaban, se soltó el cinturón de seguridad. Volvió la cabeza para mirar por última vez a Edward. *Lo siento*, murmuró. Después, perdió el conocimiento y más tarde no pudo recordar en absoluto cómo había hecho para lanzarse del avión y caer en paracaídas al agua. Desde el portaaviones habían lanzado una señal de socorro y un helicóptero Sikorsky SH-3A Sea King, del USS Yorktown, empezó a describir círculos sobrevolando el lugar, esperando para recogerlo. A lo lejos, la tripulación vio una serie de juncos chinos que se acercaban con rapidez para matar al piloto, pero llegarían demasiado tarde.

Cuando cargaron a Robert en el helicóptero, un médico echó un vistazo a su cuerpo herido y dijo:

—Dios mío, ni siquiera llegará con vida al hospital.

Le pusieron una inyección de morfina, le hicieron un vendaje de presión sobre el pecho y lo transportaron al Hospital de Evacuación número 12 en la base Cu Chi.

El centro «Evac 12», que atendía las bases de Cu Chi, Tay Ninh y Dau Tieng, tenía cuatrocientas camas en una docena de salas, distribuidas en un complejo de cabañas prefabricadas Quonset, de planchas corrugadas y techo semicilíndrico. Dichas cabañas se encontraban comunicadas por pasillos cubiertos. El hospital contaba con dos unidades de cuidados intensivos, una para casos quirúrgicos, la otra para quemados, y en las dos había exceso de pacientes.

Cuando llevaron allí a Robert, dejó un rastro rojo y brillante de sangre por el suelo del hospital.

Un cirujano se apresuró a cortarle los vendajes del pecho. Echó una

mirada a la herida y dijo con aire cansado:

—No lo lograré. Llévelo otra vez a la cámara frigorífica.

Y el médico prosiguió con su recorrido.

Robert, que entraba y salía de la inconsciencia, oyó desde muy lejos la voz del médico. *Bueno, se acabó, pensó. Qué manera tan espantosa de morir.*

—Tú no quieres morir, ¿no es verdad, marinero? Abre los ojos. Vamos.

Él abrió los ojos y vio la imagen borrosa de un uniforme blanco y una cara de mujer. Ella le decía algo más, pero él no pudo entender las palabras. En la sala había un ruido infernal, con los alaridos y gemidos de los pacientes, los médicos que daban órdenes a gritos y las enfermeras que corrían frenéticamente de un lado a otro para atender los cuerpos destrozados que yacían allí.

Lo que Robert recordaba de las siguientes cuarenta y ocho horas era una mezcla de dolor y de delirio. Sólo más tarde se enteró de que la enfermera, Susan Ward, había persuadido al médico de que lo operara y había donado su propia sangre para la transfusión. Luchando para mantenerlo con vida, le hicieron tres transfusiones simultáneas que bombearon sangre permanentemente durante toda la intervención.

Cuando la operación concluyó, el cirujano suspiró.

—Ha sido una pérdida de tiempo. No creo que tenga más de un diez por ciento de posibilidades de sobrevivir.

Pero el médico no conocía a Robert Bellamy. Y tampoco a Susan Ward. Robert tuvo la impresión de que cada vez que abría los ojos Susan estaba allí, sosteniéndole la mano, acariciándole la frente, cuidándolo, luchando para que sobreviviera. Él desvariaba casi todo el tiempo. Susan permaneció sentada en silencio junto a él en la sala a oscuras a lo largo de muchas noches solitarias, y escuchó las palabras que pronunciaba en su delirio.

—El ángulo no es correcto, no podéis enfilar el objetivo perpendicularmente, os vais a estrellar contra el río... Diles que modifiquen el ángulo de ataque, unos grados más allá del blanco... Diles... —farfulló Robert.

Susan dijo con tono tranquilizador:

—Se lo diré.

Robert tenía el cuerpo empapado de sudor. Ella se lo iba secando con una esponja.

—Hay que extraer todas las clavijas de seguridad porque de lo contrario el asiento no se eyectará... Verificadlo...

—Está bien. Ahora vuélvase a dormir.

—El mecanismo de eyección funcionó mal... Sólo Dios sabe dónde cayeron las bombas...

La mitad de las veces, Susan no entendía de qué hablaba su paciente.

Susan Ward era la jefa de enfermeras del quirófano de la sala de urgencias. Provenía de un pueblo de Idaho y había crecido junto a su pequeño vecino, Frank Prescott, el hijo del alcalde. En el pueblo todos daban por sentado que algún día se casarían.

Susan tenía un hermano menor, Michael, al que adoraba. Cuando él cumplió dieciocho años, se incorporó al Ejército y fue enviado a Vietnam, y Susan le escribía todos los días. Tres meses después de que él se hubiera alistado, la familia recibió un telegrama y ella en seguida supo qué decía antes de abrirlo.

Cuando Frank Prescott se enteró de la noticia, fue a verla.

—No sabes cuánto lo siento, Susan. Yo apreciaba mucho a Michael. —Y a continuación cometió el error de decirle—: Casémonos en seguida.

Susan lo miró y tomó una decisión.

—No puedo, tengo algo más importante que hacer.

—¡Por el amor de Dios! ¿No crees que hay algo más importante que casarte conmigo?

La respuesta era Vietnam.

Susan Ward entró en la escuela de enfermeras.

Llevaba once meses en Vietnam, trabajando incansablemente, cuando trasladaron allí a Robert Bellamy y lo sentenciaron a morir.

En los hospitales de evacuación de urgencia, era práctica común que los médicos examinaran a dos o tres pacientes e hicieran una evaluación sumaria de a cuál de ellos tratarían de salvar. Por motivos que jamás entendió del todo, Susan miró el cuerpo destrozado de Robert Bellamy y supo que no

podía dejar que muriera. ¿Era en realidad a su hermano al que trataba de salvar? ¿O era otra cosa? Estaba agotada por el trabajo excesivo, pero en lugar de descansar, dedicó todos sus momentos libres a cuidarle.

Susan había leído la hoja de servicios de su paciente. Un verdadero campeón en su calidad de piloto e instructor, Robert Bellamy se había ganado la Cruz Naval. Era oriundo de Harvey (Illinois) una pequeña ciudad industrial al sur de Chicago. Se enroló en la Marina después de terminar sus estudios y recibió su entrenamiento en Pensacola. No estaba casado.

Cada día, a medida que Robert Bellamy se recuperaba y avanzaba a tientas por la débil línea que separa la vida de la muerte, Susan le susurraba:

—Vamos, marinero. Te estoy esperando.

Cierta noche, seis días después de ser llevado al hospital, Robert estaba inmerso en sus delirios, pero de pronto se incorporó en la cama, miró a Susan y dijo con toda claridad:

—Entonces no es un sueño. Usted es real.

Susan sintió que el corazón le daba un salto.

—Sí —dijo ella con ternura—. Soy real.

—Creí que estaba soñando. Que había ido al Cielo y que Dios me había confiado a usted.

Ella miró a Robert a los ojos y dijo, muy seria:

—Si te hubieras muerto, te habría matado.

Robert paseó la mirada por la sala atestada de gente. —¿Dónde... dónde estoy?

—En el Hospital de Evacuación número 12 de Cu Chi. —¿Cuánto hace que estoy aquí?

—Seis días.

—Eddie... él...

—Lo siento.

—Tengo que decírselo al almirante.

Ella cogió la mano de Robert y le dijo con dulzura:

—Él ya lo sabe. Ha venido a visitarle.

A Robert se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Odio esta maldita guerra. No puedo decirle cuánto la odio.

A partir de aquel momento, la mejoría de Robert asombró a los médicos. Todos sus signos vitales se habían estabilizado.

—Muy pronto lo daremos de alta —le dijeron a Susan. Y ella se estremeció.

Robert no sabía con exactitud cuándo se había enamorado de Susan Ward. Tal vez fue en el momento en que ella le vendaba las heridas y oyeron las bombas del enemigo que caían muy cerca, y ella murmuró: «Están tocando nuestra canción». O tal vez fue cuando le dijeron a Robert que ya estaba suficientemente bien como para ser trasladado al Walter Reed Hospital de Washington para terminar allí su convalecencia, y Susan dijo: «¿Crees que voy a permitir que otra enfermera se ocupe de ese cuerpo maravilloso? Nada de eso. Removeré cielo y tierra para poder ir contigo».

Se casaron dos semanas más tarde. Robert tardó un año en sanar por completo, y Susan atendió todas sus necesidades, noche y día. Él jamás había conocido a nadie como ella, ni había soñado que pudiera querer tanto a una persona. Amaba su compasión y sensibilidad, su pasión y su vitalidad. Amaba su belleza y su sentido del humor.

El día de su primer aniversario, él le dijo: «Eres el ser humano más hermoso, más maravilloso, más dulce del mundo. En esta tierra no hay nadie que tenga tu calidez, tu ingenio y tu inteligencia».

Y Susan lo abrazó con fuerza y susurró con la voz nasal de una muchacha del coro: «Yo opino lo mismo de ti. Te lo aseguro».

Compartieron más que el amor. Cada uno sentía por el otro un genuino respeto y admiración. Todos los amigos los envidiaban, y con razón. Cada vez que se hablaba sobre el matrimonio perfecto, siempre tomaban como ejemplo a Robert y Susan. Eran compatibles en todo sentido, casi podría decirse almas gemelas. Susan era la mujer más sensual que Robert había conocido, y cada uno podía encender la pasión del otro con sólo un roce, una palabra. Cierta noche en que iban a asistir a una cena de compromiso, Robert estaba duchándose cuando Susan entró en el cuarto de baño perfectamente maquillada y con un precioso vestido de noche sin tirantes.

—Dios mío, qué atractiva estás —dijo Robert—. Es una pena que no

tengamos más tiempo.

—Por eso no te preocupes —murmuró ella. Y un momento después se había quitado la ropa y estaba junto a Robert debajo de la ducha.

No hace falta decir que no fueron a la fiesta.

Susan intuía las necesidades de Robert incluso antes de que él tuviera conciencia de ellas, y se ocupaba de satisfacerlas. Y Robert se mostraba igualmente atento con ella. Susan encontraba notas cariñosas encima del tocador o dentro de sus zapatos, y con la menor excusa le llegaban flores y pequeños regalos.

Y la risa que compartían. Aquella risa maravillosa...

Por el intercomunicador se oyó la voz del piloto.

—Aterrizaremos en Zurich dentro de diez minutos, comandante.

Robert Bellamy abandonó bruscamente sus pensamientos para regresar al presente, a su misión. En los quince años que llevaba en la Inteligencia Naval, se había visto envuelto en decenas de casos difíciles, pero éste prometía ser el más extraño y complicado de todos. Se dirigía a Suiza para tratar de encontrar a un grupo de pasajeros de un autocar turístico, testigos anónimos que habían desaparecido sin dejar rastro. *Y después hablan de buscar una aguja en un pajar. Yo ni siquiera sé dónde está el pajar. ¿Dónde estás, Sherlock Holmes, justo ahora que te necesito?*

—Tenga la amabilidad de abrocharse el cinturón de seguridad.

El C2OA volaba sobre bosques oscuros, y un momento más tarde tocó tierra sobre la pista iluminada por las luces de aterrizaje del Aeropuerto Internacional de Zurich. El avión carreteó hacia el sector este del aeropuerto y enfiló hacia el pequeño edificio de aviación general, lejos de la terminal principal. En el asfalto todavía había charcos de una tormenta reciente, pero el cielo nocturno estaba despejado.

—Qué tiempo tan loco —comentó el piloto—. El domingo hacía un sol

radiante, hoy ha estado lloviendo todo el día y por la noche ha aclarado. Aquí no hace falta reloj. Lo que se necesita es un barómetro. ¿Quiere que le consiga un automóvil, comandante?

—No, gracias.

A partir de aquel momento, empezaba a actuar por su cuenta. Robert esperó a que el avión volviera a carretear y se alejara, y después cogió el microbús hasta el hotel del aeropuerto, donde se desplomó y se sumergió en un sueño sin sueños.

Capítulo 7

Día dos.

08.00 horas.

A la mañana siguiente, Robert se acercó al empleado que estaba detrás del mostrador de Europcar.

—*Guten Tag.*

El saludo le recordó que estaba en el sector de Suiza en que se habla alemán.

—*Guten Tag.* ¿Tiene un automóvil disponible?

—Sí, señor, lo tenemos. ¿Por cuánto tiempo lo necesita?

Buena pregunta. ¿Una hora? ¿Un mes? ¿Tal vez un año o dos?

—No estoy seguro.

—¿Tiene pensado devolver el coche en este aeropuerto?

—Es posible.

El empleado lo miró de manera extraña.

—Muy bien. ¿Puede llenar estos formularios, por favor?

Robert pagó el alquiler con la tarjeta de crédito negra especial que el general Hilliard le había entregado. El empleado la examinó con perplejidad,

y luego dijo:

—Perdone un momento.

Desapareció en una oficina interior. Cuando regresó, Robert le preguntó:

—¿Algún problema?

—No, señor. Ninguno en absoluto.

El coche era un Opel Omega color gris. Robert tomó la autopista del aeropuerto y enfiló hacia el centro de Zurich. Le gustaba mucho Suiza. Era uno de los países más hermosos del mundo. Años antes, había esquiado allí. Y en épocas más recientes, había cumplido allí algunas misiones, junto con Espionage Abteilung, la agencia suiza de inteligencia. Durante la Segunda Guerra Mundial, la agencia se había organizado en tres departamentos: D, P e I, que cubrían Alemania, Francia e Italia, respectivamente. En la actualidad, su meta principal estaba relacionada con la detección de operaciones de espionaje clandestinas, realizadas en el interior de diversas organizaciones de las Naciones Unidas en Ginebra. Robert tenía amigos en Espionage Abteilung, pero recordó las palabras del general Hilliard: «No debe ponerse en contacto con ninguno de ellos».

Le llevó veinticinco minutos llegar a la ciudad. Tomó la rampa de salida al centro de Dübendorf y se dirigió al Dolder Grand Hotel. Era exactamente como lo recordaba: un enorme *château* suizo con torretas, majestuoso e imponente, rodeado de verde y con vistas al lago Zurich. Aparcó el coche y se dirigió al vestíbulo. El mostrador de recepción se encontraba a la izquierda.

—*Guten Tag.*

—*Guten Tag. Haben Sie ein Zimmer für eine Nacht?*

—*Ja. Wie möchten Sie bezahlen?*

—*Mit Kreditkarte.* —La tarjeta de crédito negra y blanca que le diera el general Hilliard. Robert pidió un mapa de Suiza y fue escoltado hasta una habitación confortable en el ala nueva del hotel. Tenía un pequeño balcón que daba al lago. Robert se quedó allí un rato, respirando el aire fresco de otoño, y pensó en la misión que debía cumplir.

No tenía ningún punto de referencia. Absolutamente ninguno. Todos los factores de la ecuación eran desconocidos. El nombre de la agencia de turismo. El número de pasajeros. Su nombre y paradero. «¿Todos los testigos

están en Suiza?» «Ése es el problema. No tenemos la menor idea de dónde se encuentran ni de quiénes son.» Y no bastaba con encontrar a algunos de los testigos. «Usted debe encontrar a cada uno de ellos.» La única información que tenía consistía en el lugar y la fecha: Uetendorf, domingo, 14 de octubre.

Necesitaba un punto de referencia, algo donde asirse. Si su memoria no le traicionaba, los autocares que realizaban excursiones turísticas partían solamente de dos ciudades importantes: Zurich y Ginebra. Robert abrió un cajón del escritorio y sacó la voluminosa guía telefónica. *Debería buscar en la M de milagro*, pensó. Figuraban más de media docena de agencias de turismo: Sunshine Tours, Swisstour, Tour Service, Touralpino, Tourisma Reisen... Tendría que verificar en cada una de ellas. Copió las direcciones y se dirigió a las oficinas de la primera de la lista: Tour Service.

Detrás del mostrador había dos empleados que atendían a los turistas. Cuando uno de ellos quedó libre, Robert le dijo:

—Perdone. Mi esposa tomó parte en una de las excursiones de ustedes el domingo pasado, y olvidó el bolso en el autocar. Supongo que fue debido a la emoción de ver el globo sonda que se precipitó a tierra cerca de Uetendorf.

El empleado frunció el entrecejo.

—*Es tut mir viel leid*. Sin duda se trata de un error. Nuestras excursiones no pasan cerca de Uetendorf.

—Oh, lo lamento. —*Primer fracaso*.

La siguiente parada prometía ser más fructífera.

—¿Ustedes organizan excursiones a Uetendorf?

—*Oh, ja* —dijo el empleado, y sonrió—. Nuestras excursiones recorren toda Suiza. Son muy pintorescas. Por ejemplo, tenemos una especial a Zermatt. También hay otras llamadas Expreso Glaciar y Expreso Palma. El Gran Tour Circular sale dentro de quince...

—¿Una de las excursiones que organizan ustedes se detuvo el domingo pasado a observar el globo sonda que se estrelló? Sé que mi esposa llegó tarde al hotel y...

El empleado que estaba detrás del mostrador saltó indignado:

—Nosotros nos enorgullecemos de afirmar que nuestras excursiones jamás llegan tarde. Y tampoco realizamos paradas no previstas en el itinerario.

—¿Entonces uno de sus autocares no se detuvo para observar ese globo sonda?

—Absolutamente no.

—Gracias. —*Segundo fracaso.*

La tercera agencia visitada por Robert se encontraba en la Bahnhofplatz, y el cartel de la entrada rezaba Sunshine Tours. Robert se acercó al mostrador.

—Buenas tardes. Quería formularle algunas preguntas con respecto a una de sus excursiones en autocar. He oído decir que un globo sonda se precipitó a tierra cerca de Uetendorf y que el chófer hizo un alto de una media hora para que los pasajeros pudieran verlo.

—No, no. Sólo se detuvo quince minutos. Nuestros horarios son muy estrictos.

¡Bingo!

—¿Por qué motivo le interesa eso?

Robert sacó una de las tarjetas de identificación que le habían dado.

—Soy periodista —dijo—, y estoy preparando un artículo para *Travel & Leisure* sobre la puntualidad de los autocares en Suiza, en comparación con otros países. ¿Me autorizaría usted a entrevistar al chófer?

—Creo que sería un artículo muy interesante. Sumamente interesante. Nosotros, los suizos, nos sentimos orgullosos de nuestra eficiencia.

—Un orgullo bien merecido, por cierto —le aseguró Robert.

—¿Se mencionaría el nombre de nuestra compañía?

—De forma muy destacada.

El empleado sonrió.

—Bueno, entonces no veo que haya ningún problema.

—¿Podría hablar con él ahora mismo?

—Es su día libre. —Escribió un nombre en un trozo de papel.

Robert Bellamy alcanzó a leerlo aunque lo veía al revés. Hans Beckerman.

El empleado añadió una dirección.

—Vive en Kappel, un pequeño pueblo que queda a unos cuarenta kilómetros de Zurich. Creo que a esta hora lo encontrará en su casa.

Robert Bellamy cogió el papel.

—Se lo agradezco muchísimo. Ah, por cierto —dijo—, y para tener todos los detalles de ese hecho, ¿por casualidad no tendrá un registro de cuántos billetes vendió para esa excursión en particular?

—Desde luego. Llevamos un registro de todas las excursiones. Aguarde un momento. —Levantó un libro que estaba debajo del mostrador y pasó algunas páginas—. Aquí está. Domingo. Hans Beckerman. Hubo siete pasajeros. Ese día llevaba el Iveco, el autocar pequeño.

Siete pasajeros desconocidos y el chófer. Robert decidió lanzar una nueva pregunta a tientas.

—¿Por casualidad no tendrá los nombres de esos pasajeros?

—Señor, la gente entra de la calle, compra el billete y hace la excursión. No les pedimos documentos de identidad.

Fantástico.

—Gracias de nuevo —dijo Robert, y se encaminó a la puerta.

El empleado le dijo en voz alta:

—Espero que nos envíe una copia del artículo.

—Por supuesto —le aseguró Robert.

La primera pieza del rompecabezas era el autocar del *tour*, y Robert condujo el automóvil hasta Talstrasse, de donde partían los vehículos, como si aquello pudiera revelar alguna pista oculta. El Iveco era de color marrón y plateado, lo suficientemente pequeño como para poder recorrer los escarpados caminos alpinos, con asientos para catorce pasajeros. *¿Quiénes son los siete y hacia dónde han desaparecido?* Robert volvió a subir al coche. Consultó el mapa y lo marcó. Cogió Lavessneralle para salir de la ciudad en dirección al Albis, el comienzo de los Alpes, en dirección al pueblo de Kappel. Enfiló hacia el sur, pasó junto a las pequeñas colinas que rodean Zurich y comenzó a ascender por la magnífica cadena de montañas de los Alpes. Pasó por Adliswil y Langnau y Hausen y aldeas sin nombre con chalets y paisajes de tarjeta postal, hasta que casi una hora más tarde llegó a Kappel. El pequeño pueblo estaba constituido por un restaurante, una iglesia, una estafeta de correos y alrededor de una docena de casas diseminadas por las montañas. Robert

aparcó el coche y se dirigió al restaurante. Una camarera estaba despejando una mesa cerca de la puerta.

—*Entschuldigen Sie bitte, Fräulein. Welche Richtung ist das Haus von Herr Beckerman?*

—*Ja* —respondió ella, y señaló hacia el camino—. *An der Kirche rechts.*

—*Danke.*

Robert giró a la derecha al pasar por la iglesia y siguió hasta una modesta casa de piedra de dos plantas, con tejas de cerámica. Se bajó del coche y caminó hasta la puerta. Como no vio ningún timbre, golpeó.

Una mujer corpulenta con una sombra de bigote abrió la puerta.

—*Ja?*

—Lamento molestarla. ¿Está el señor Beckerman?

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Para qué lo quiere?

Robert le dedicó una sonrisa encantadora.

—Usted debe de ser la señora Beckerman —dijo, y sacó a relucir su tarjeta de identificación—. Estoy escribiendo un artículo sobre los conductores de autocar suizos, y su marido fue recomendado calurosamente a mi revista como poseedor de una de las hojas de servicio más brillantes del país en lo relativo a seguridad.

La cara de la mujer se iluminó, y dijo con orgullo:

—Mi Hans es un chófer excelente.

—Eso es lo que dicen todos, señora Beckerman. Me gustaría entrevistarlo.

—¿Una entrevista con mi Hans para una revista? —Estaba aturdida—. Qué bien. Entre, por favor.

Condujo a Robert a una salita limpia y pulcra.

—Espere aquí, *bitte*. Llamaré a Hans.

La casa tenía el techo bajo con vigas, suelo de madera oscura y muebles sencillos de madera. Había un pequeño hogar de piedra y visillos de encaje en las ventanas.

Robert permaneció allí de pie, pensando. Aquélla no sólo era la primera pista que tenía, sino también la única. «La gente entra de la calle, compra el billete y hace la excursión. No les pedimos documentos de identidad...»

Después de aquí, no tengo adonde ir, pensó Robert con pesimismo. Si esto no resulta, siempre me queda la posibilidad de publicar un aviso: Se ruega a los siete pasajeros del autocar que el domingo vieron precipitarse a tierra un globo sonda tengan la bondad de reunirse en mi habitación del hotel mañana, a las nueve de la mañana. Se les servirá el desayuno.

Apareció un hombre delgado y calvo. Tenía la tez muy blanca y llevaba un grueso bigote negro que no pegaba en absoluto con el resto de su persona.

—Buenas tardes, Herr...

—Smith. Buenas tardes —dijo Robert con entusiasmo—. Estaba impaciente por conocerlo, señor Beckerman.

—Mi esposa me ha dicho que está escribiendo un artículo sobre nosotros, los conductores de autocar. —Hablabla con fuerte acento alemán.

Robert sonrió, tratando de ganarse su simpatía.

—Así es. Mi revista está interesada en los antecedentes de seguridad que aparecen en su hoja de servicios y...

—*Scheißdreck* —exclamó con rudeza Beckerman—. Lo que a usted le interesa es esa cosa que se estrelló ayer por la tarde, ¿no?

Robert se las ingenió para parecer avergonzado.

—En realidad, sí, también me interesa que hablemos de eso.

—¿Entonces por qué no me lo dijo sin rodeos? Siéntese.

—Gracias. —Robert tomó asiento en el diván.

—Lamento no poder ofrecerle un trago, pero ya no tenemos *schnapps* en casa. —Se golpeó el estómago—. Úlcera. Los médicos ya no saben qué recetarme para aliviar el dolor. Soy alérgico a todos los medicamentos. —Se sentó frente a Robert—. Pero usted no ha venido aquí a hablar de mi salud, ¿eh? ¿Qué es lo que desea saber?

—Quiero que me hable de los pasajeros que viajaban el domingo en su autocar cuando usted se detuvo un momento cerca de Uetendorf en el lugar en el que cayó el globo sonda.

Hans Beckerman lo miraba fijamente.

—¿Globo sonda? ¿Qué globo sonda? ¿De qué está hablando?

—Del globo que...

—Quiere decir la nave espacial.

Ahora le tocaba a Robert mirarlo fijamente.

—¿La... nave espacial?

—*Ja*, el platillo volante.

Robert tardó un momento en digerir esas palabras. Sintió un repentino escalofrío.

—¿Me está diciendo que vio un platillo volante?

—Sí. Con cuerpos sin vida en él.

«Ayer, en los Alpes suizos, cayó un globo sonda de la OTAN. En el globo había equipo militar experimental absolutamente secreto.»

Robert trató de aparentar tranquilidad.

—Señor Beckerman, ¿está seguro de que lo que vio era un platillo volante?

—Por supuesto. Lo que llaman un ovni.

—¿Y había personas muertas en su interior?

—Personas, no. Seres. Resulta difícil describirlos. —Se estremeció—. Eran muy pequeños, con ojos grandes y extraños. Llevaban unos trajes de color plateado metálico. Daba miedo.

Robert lo escuchaba con la mente convertida en un torbellino.

—¿Sus pasajeros vieron eso?

—Oh, sí. Todos lo vimos. Yo paré allí durante unos quince minutos. Ellos querían que nos quedáramos más, pero la compañía es muy estricta con los horarios.

Robert sabía que la pregunta era inútil aun antes de formularla.

—Señor Beckerman, ¿por casualidad no conoce usted el nombre de alguno de sus pasajeros?

—Señor, yo conduzco un autocar. Los pasajeros compran su billete en Zurich y nosotros hacemos una excursión hacia el suroeste, a Interlaken, y después al noroeste, a Berna. Ellos pueden bajarse en Berna o regresar a Zurich. Nadie da su nombre.

Robert dijo con desesperación:

—¿Entonces no hay ninguna posibilidad de que usted pueda identificar a alguno de los pasajeros?

El chófer pensó un momento.

—Bueno, puedo decirle que en aquel viaje no había niños. Solamente hombres.

—¿Sólo hombres?

Beckerman reflexionó un momento.

—No, no es así. También había una mujer.

Fantástico. Eso simplifica mucho las cosas, pensó Robert. La siguiente pregunta: ¿por qué demonios acepté esta misión?

—¿Lo que usted me está diciendo, señor Beckerman, es que un grupo de turistas subieron a bordo de su autocar en Zurich y que, cuando la excursión terminó, sencillamente se dispersaron?

—Exactamente, señor Smith.

De modo que ni siquiera existe un pajar.

—¿No recuerda nada de los pasajeros? ¿Algo que dijeran o que hicieran?

Beckerman sacudió la cabeza.

—Señor, uno no les presta atención. A menos que causen algún problema. Como por ejemplo aquel alemán.

Robert quedó inmóvil. Preguntó con mucha cautela:

—¿Qué alemán?

—*Affenarsch!* Todos los demás pasajeros estaban muy excitados de ver un ovni y aquellos seres muertos en su interior, pero el viejo no paraba de decir que tenía prisa por llegar a Berna porque debía preparar una conferencia que iba a dar en la facultad a la mañana siguiente...

Un principio.

—¿Recuerda algo más sobre él?

—No.

—¿Nada en absoluto?

—Que llevaba un abrigo negro.

Estupendo.

—Señor Beckerman, quiero pedirle un favor. ¿Le importaría acompañarme a Uetendorf en mi coche?

—Es mi día libre. Estoy atareado con...

—Con mucho gusto le pagaré por las molestias.

—¿Sí?

—Doscientos marcos.

—Yo no...

—Mejor dicho, cuatrocientos marcos.

Beckerman lo pensó un momento.

—¿Por qué no? Es un día precioso para dar un paseo, *¿nicht?*

Se dirigieron hacia el sur, atravesando Lucerna y las pintorescas aldeas de Immensee y Meggen. El paisaje era grandiosamente hermoso, pero Robert tenía otras cosas en la mente. Pasaron por Engelberg, con su antiguo monasterio benedictino, y Brünig, el paso que conducía a Interlaken. También pasaron a toda velocidad por Leissigen y Faulensee, con su precioso lago azul moteado de veleros blancos.

—¿Falta mucho? —preguntó Robert.

—No, muy poco —prometió Hans Beckerman.

Llevaban casi una hora viajando cuando llegaron a Spiez, Hans Beckerman dijo:

—Ahora no queda lejos. Sólo un poco más allá de Thun. Robert sintió que se le aceleraba el pulso. Estaba a punto de presenciar algo que superaba todo lo imaginado: visitantes de otras galaxias. Pasaron por la pequeña aldea de Thun y unos minutos más tarde, cuando se acercaban a un bosquecillo de árboles que había al otro lado de la carretera, Hans Beckerman señaló y dijo:

—¡Allí!

Robert frenó en seco y llevó el coche al arcén.

—Al otro lado de la carretera. Detrás de esos árboles. Robert sintió una creciente excitación.

—Muy bien. Vamos a echar un vistazo.

Un camión avanzaba a toda velocidad. Cuando hubo pasado, Robert y Hans Beckerman cruzaron la carretera. Robert siguió al chófer del autocar por una pequeña cuesta hacia los árboles.

La carretera quedaba completamente fuera de la vista. Cuando entraron en un claro, Beckerman anunció:

—Es exactamente aquí.

Frente a ellos, sobre el terreno, estaban los restos destrozados de un globo sonda.

Capítulo 8

Ya estoy un poco viejo para estas cosas, pensó Robert, cansado. He estado a punto de creerme ese cuento del platillo volante.

Hans Beckerman miraba fijamente y con expresión confusa el objeto que estaba en el suelo.

—*Verfälschen!* No es eso.

Robert suspiró.

—No lo es, ¿verdad?

Beckerman sacudió la cabeza.

—Ayer estaba aquí.

—Lo más probable es que los hombrecillos verdes se lo hayan llevado volando.

Beckerman era obstinado.

—No, no. Los dos estaban *tot...* muertos.

Tot... muertos. Lo mismo podría decirse de mi misión. Mi única pista es un viejo chiflado que ve naves espaciales.

Robert fue hacia el globo para examinarlo más de cerca. Era una gran envoltura de aluminio, de un diámetro de más de cuatro metros, con los bordes serrados allí donde se había desgarrado y roto al chocar contra el

suelo. Todo el equipo había sido retirado, tal como había dicho el general Hilliard. «La importancia de lo que había en ese globo es crucial.»

Robert rodeó el globo desinflado, chapoteando en la hierba mojada, en busca de algo que le diera una pista, aunque fuera pequeña. Nada. Era idéntico a todos los globos sonda que había visto a lo largo de los años.

El viejo todavía no se daba por vencido, con el típico empecinamiento alemán.

—Los extraterrestres... Ellos lo hicieron cambiar de aspecto. Pueden hacer cualquier cosa, como sin duda usted ya sabe.

Aquí no hay nada más que hacer, decidió Robert. Tenía los calcetines mojados de andar por la hierba. Empezó a alejarse, pero vaciló al ocurrírsele algo. Regresó junto al globo.

—Por favor, levante una esquina de esto —dijo.

Beckerman lo miró, sorprendido.

—¿Quiere usted que lo levante?

—*Bitte*.

Beckerman se encogió de hombros. Levantó una punta del material ligero mientras Robert hacía lo mismo con otra punta. Robert sostuvo el trozo de aluminio sobre la cabeza mientras caminaba por debajo del globo hacia el centro. Sus pies se hundieron en la hierba.

—Aquí debajo está mojado —gritó Robert.

—Por supuesto —dijo Beckerman, y se calló lo de *Dummkopf*—. Ayer llovió todo el día. Todo el terreno está empapado.

Robert salió de debajo del globo.

—Debería estar seco.

«Qué tiempo tan loco», había comentado el piloto. «Aquí el domingo hacía un sol radiante, hoy ha estado lloviendo todo el día y por la noche ha aclarado. Aquí no hace falta reloj. Lo que se necesita es un barómetro.»

—¿Qué?

—¿Qué tiempo hacía cuando vieron el ovni?

Beckerman pensó un momento.

—Una tarde estupenda.

—¿Soleada?

—*Ja*. Soleada.

—¿Pero ayer llovió todo el día?

Beckerman lo miraba, intrigado.

—¿Y?

—De modo que si el globo hubiera estado aquí toda la noche, el terreno que está debajo del globo debería estar seco... o, como mucho, húmedo por las filtraciones. Pero está empapado, como el resto de la zona.

Beckerman lo miraba fijamente.

—No entiendo. ¿Qué quiere decir con eso?

—Podría significar —dijo muy lentamente Robert— que alguien colocó este globo aquí ayer después de que comenzara a llover y se llevó lo que ustedes vieron. —¿O acaso existía una explicación más sensata que a él no se le había ocurrido?

—¿Quién iba hacer una locura así?

No es ninguna locura, pensó Robert. El gobierno suizo podría haber colocado esto para engañar a los visitantes curiosos. La primera estrategia cuando se quiere encubrir algo es la desinformación. Robert caminó por la hierba mojada escrutando el terreno y maldiciéndose por ser un idiota rematado. Hans Beckerman observaba a Robert con recelo.

—¿En qué revista dijo que escribía, señor?

—*Travel & Leisure*.

El rostro de Hans Beckerman se iluminó.

—Ah. Entonces supongo que querrá sacarme una fotografía, como hizo el otro hombre.

—¿Qué?

—El fotógrafo que nos sacó las fotos.

Robert se quedó helado.

—¿De qué habla?

—Del fotógrafo. El que nos sacó fotografías en el lugar del hecho. Prometió enviarnos copias a todos. Algunos de los pasajeros también tenían cámaras.

—Un momento —dijo Robert muy despacio—. ¿Me está diciendo que alguien obtuvo una fotografía de los pasajeros aquí, frente al ovni?

—Eso es lo que trato de decirle.

—¿Y prometió enviar una copia a cada uno?

—Así es.

—Entonces debe de haberles tomado el nombre y la dirección.

—Sí, por supuesto. Si no, ¿cómo iba a hacer para mandarlas?

Robert permaneció inmóvil mientras comenzaba a embargarlo una sensación de euforia. *¡Robert, tienes una suerte increíble!* Una misión imposible de pronto se había convertido en pan comido. Ya no necesitaba buscar a siete pasajeros desconocidos. Lo único que tenía que hacer era encontrar a un fotógrafo.

—¿Por qué no me lo mencionó antes, señor Beckerman?

—Usted me preguntó sobre los pasajeros.

—¿Quiere decir que él no era pasajero?

Hans Beckerman sacudió la cabeza.

—*Nein* —dijo—. Su coche se había averiado en la carretera. Una grúa empezaba a llevárselo cuando de pronto se oyó un estrépito y él cruzó la carretera corriendo para ver qué sucedía. Cuando se dio cuenta de lo que era, el hombre volvió corriendo a su coche, cogió sus cámaras fotográficas y volvió. Entonces nos pidió a todos que posáramos frente al platillo volante.

—¿Ese fotógrafo le dijo cómo se llamaba?

—No.

—¿Recuerda algo de él?

Hans Beckerman se concentró.

—Bueno, era extranjero. Norteamericano o inglés.

—¿Y dice usted que una grúa estaba a punto de llevarse su automóvil?

—Sí.

—¿Recuerda qué dirección siguió la grúa?

—Al norte. Supuse que llevaba el coche a Berna. Thun queda más cerca, pero allí todos los talleres mecánicos están cerrados los domingos.

Robert sonrió.

—Gracias. Me ha sido usted de gran ayuda.

—¿No se olvidará de enviarme el artículo cuando esté terminado?

—No. Aquí tiene su dinero y cien marcos extra por su gran colaboración. Lo llevaré a su casa.

Se dirigieron al coche. Cuando Beckerman abría la puerta, se detuvo y se volvió hacia Robert.

—Ha sido muy generoso de su parte. —Se sacó del bolsillo un trozo pequeño y rectangular de metal, del tamaño de un encendedor, que contenía un diminuto cristal blanco.

—¿Qué es esto?

—Lo encontré en el suelo el domingo, antes de que volviéramos a subir al autocar.

Robert examinó aquel objeto extraño. Era ligero como el papel y del color de la arena. El borde áspero de un extremo indicaba que podía formar parte de otra pieza. ¿Parte del instrumental que había en el globo sonda? ¿O parte de un ovni?

—A lo mejor le trae suerte —dijo Beckerman, mientras metía en la cartera el dinero que Robert le había dado—. A mí me la ha dado. —Exhibió una ancha sonrisa y subió al coche.

Había llegado el momento de formularse la pregunta más difícil: *¿Realmente creo en los ovnis?* Había leído tantas historias raras publicadas en los periódicos sobre personas que aseguraban haber viajado en naves espaciales y haber tenido toda clase de experiencias fantásticas, que él siempre atribuyó esos informes a personas que o bien buscaban publicidad o debían ponerse en manos de un buen psiquiatra. Pero en los últimos años habían aparecido informes que no resultaba tan fácil pasar por alto. Informes de ovnis avistados por pilotos de las fuerzas aéreas y funcionarios policiales, personas con credibilidad, que huían de la publicidad. A lo cual se sumó el inquietante informe de un ovni caído en Roswell (Nuevo México), donde supuestamente se habían encontrado cadáveres de seres extraterrestres. Se alegaba que el gobierno lo había mantenido en secreto y había eliminado todas las pruebas. Durante la Segunda Guerra Mundial, algunos pilotos informaron haber visto objetos extraños de lo que llamaron cazas Foo, que volaron muy cerca de ellos y después desaparecieron. Existían relatos de ciudades visitadas por objetos inexplicables que atravesaban el cielo a toda velocidad. *¿Y si realmente existieran seres de otra galaxia venidos en ovnis?*, se preguntó. *¿De qué manera afectarla eso a nuestro mundo? ¿Significarla la paz? ¿La guerra? ¿El fin de la civilización tal como la conocemos?*

De pronto deseó que Hans Beckerman fuera un loco de atar, y que lo que se había precipitado a tierra fuera realmente un globo sonda. Tendría que encontrar a otro testigo que confirmara o refutara la historia de Beckerman. De entrada, el relato parecía increíble, pero había algo que molestaba a Robert. *Si sólo se trataba de un globo sonda caído, aun cuando llevara equipo especial, ¿por qué lo habían convocado a una reunión en la Agencia Nacional de Seguridad a las seis de la mañana y le habían dicho que era absolutamente necesario encontrar a todos los testigos con la mayor rapidez posible? ¿Se estaba encubriendo algo? Y en caso afirmativo... ¿por qué?*

Capítulo 9

Más tarde, aquel mismo día, se ofreció en Ginebra una conferencia de prensa en las austeras oficinas del Bundesgasse, el Ministerio del Interior de Suiza. Había más de cincuenta periodistas en el recinto y un gentío en el corredor. Asistían a ella representantes de la televisión, la radio y la prensa escrita de más de una docena de países, muchos de ellos con micrófonos y cámaras de televisión. Todos parecían hablar al mismo tiempo.

—Tenemos noticias de que no era un globo sonda...

—¿Es verdad que se trataba de un platillo volante?

—Hay rumores de que en la nave había cadáveres de extraterrestres...

—¿Uno de ellos estaba con vida?

—¿El gobierno intenta ocultar la verdad a la población?

El secretario de prensa levantó la voz para controlar la situación.

—Damas y caballeros, ha habido un simple malentendido. Constantemente recibimos llamadas de personas que ven satélites, estrellas fugaces... ¿No resulta interesante que los informes sobre ovnis siempre sean anónimos? Tal vez en esta oportunidad el autor de la noticia realmente creyó que era un ovni, pero lo que se precipitó a tierra era en realidad un globo sonda. Hemos contratado medios de transporte para que les lleven ahora

mismo al lugar del hecho. Si tienen la bondad de seguirme...

Quince minutos después, dos autocares repletos de periodistas y de cámaras de televisión partían rumbo a Uetendorf para ver los restos de un globo sonda caído a tierra. Cuando llegaron, permanecieron de pie en la hierba mojada investigando aquella envoltura metálica destrozada. El secretario de prensa dijo:

—Aquí tienen el misterioso platillo volante. Fue lanzado a la atmósfera desde nuestra base aérea de Vevey. Por lo que sabemos, señoras y señores, no existe ningún objeto volador no identificado que nuestro gobierno no pueda explicar de forma satisfactoria, como tampoco tenemos noticia de la visita de ningún grupo de extraterrestres. La política de nuestro gobierno es que, si llegáramos a encontrar pruebas que lo confirmaran, inmediatamente haríamos pública la información. Si no tienen más preguntas que formular...

Capítulo 10

El hangar 17 de la base de las Fuerzas Aéreas de Langley, en Virginia, estaba cerrado con llave y sometido a medidas estrictas de seguridad. En el exterior, infantes de marina armados montaban guardia sobre el perímetro del edificio, y en el interior tres oficiales navales de alta graduación cumplían guardias consecutivas de ocho horas cada uno, custodiando un recinto sellado dentro del hangar. Ninguno de los oficiales sabía qué había dentro. Además de los científicos y médicos que trabajaban en el interior, sólo se había permitido la entrada de tres visitantes en el recinto sellado.

El cuarto visitante llegaba en ese momento. Fue recibido por el general de brigada Paxton, el oficial a cargo de la seguridad.

—Bienvenido a este zoológico.

—Estaba impaciente por llegar.

—No quedará decepcionado. Acompañeme, por favor.

Junto a la puerta que daba al cuarto sellado había un perchero con cuatro escafandras blancas esterilizadas que cubrían completamente el cuerpo.

—Póngase uno, por favor —pidió el general.

—Desde luego —dijo Janus, y se puso el buzo. Sólo se le veía la cara a través de la máscara transparente. Se cubrió los zapatos con unas fundas

blancas y el general lo condujo a la entrada del recinto cerrado. El infante de marina que montaba guardia se hizo a un lado y el general abrió la puerta.

—Por aquí.

Janus entró en el recinto y lo recorrió con la mirada. En el centro se encontraba la nave espacial. Sobre las mesas de autopsia blancas, en el otro extremo, yacían los cuerpos de los dos extraterrestres. Un patólogo estaba practicando una autopsia a uno de ellos.

El general Paxton dirigió la atención del visitante a la nave espacial.

—Estamos frente a lo que suponemos es una nave de exploración —explicó el general Paxton—. Estamos seguros de que tiene una forma de comunicarse directamente con la nave nodriza.

Los dos hombres se acercaron para examinar la nave espacial, de aproximadamente diez metros de diámetro. Su interior tenía forma de perla y techo expandible, y contenía tres butacas parecidas a los asientos reclinables. Las paredes estaban cubiertas de paneles que contenían discos metálicos vibratorios.

—Aquí hay muchas cosas que todavía no comprendemos —reconoció el general Paxton—. Pero lo que ya hemos descubierto es sorprendente. —Señaló el instrumental colocado en pequeños paneles—. Allí tenemos un sistema óptico integrado de amplio campo de visión, un sistema de comunicación con capacidad para sintetizar la voz y un sistema de navegación que, francamente, nos deja estupefactos. Creemos que funciona por medio de pulsos electromagnéticos.

—¿Había armas en la nave? —preguntó Janus.

El general Paxton extendió las manos en evidente gesto de derrota.

—No estamos seguros. Aquí hay muchos equipos que no tenemos idea de para qué sirven.

—¿Cuál es su fuente de energía?

—Suponemos que emplea hidrógeno monoatómico en un ciclo cerrado para que el producto residual, el agua, pueda ser reciclado continuamente en hidrógeno para producir energía. Y con esa energía perpetua, tiene autonomía de vuelo para recorrer el espacio interplanetario. Es posible que pasen años antes de que logremos descubrir los secretos que aquí vemos. Y hay algo más que nos desconcierta. Los cuerpos de los dos extraterrestres estaban atados a

sus butacas. Pero las hendiduras de la tercera butaca indican que estaba ocupada.

—¿Me está usted diciendo —preguntó Janus— que es posible que falte uno?

—Eso es lo que parece.

Janus permaneció allí de pie un momento, con el entrecejo fruncido.

—Echémosles una mirada a los intrusos.

Los dos hombres se acercaron a las mesas donde yacían los dos extraterrestres. Janus se quedó allí mirando fijamente a aquellas extrañas figuras. Resultaba increíble que cosas tan distintas a las humanas pudieran existir como seres conscientes y sensibles. La frente de los extraterrestres era más ancha de lo que esperaba. Los seres eran completamente calvos y no tenían párpados ni cejas. Sus ojos parecían pelotas de *ping-pong*.

El médico que practicaba la autopsia levantó la vista cuando los dos hombres se acercaron.

—Es fascinante —dijo—. Uno de los extraterrestres tiene una mano seccionada. No hay rastros de sangre, pero sí existen lo que parecen ser venas que contienen un líquido verde. Y da la impresión de que casi todo se hubiese drenado.

—¿Un líquido verde? —preguntó Janus.

—Sí —dijo el médico, y vaciló un momento—. Creemos que estos seres son una forma de vida vegetal.

—¿Vegetales pensantes? ¿Habla usted en serio?

—Observe esto. —El médico cogió una regadera y roció con agua el brazo del extraterrestre al que le faltaba una mano. Por un momento, no sucedió nada. Pero de pronto, por el extremo del brazo comenzó a salir una materia verdosa y lentamente comenzó a formársele una mano.

Los dos hombres se quedaron mirando, aturdidos.

—¡Dios mío! ¿Están muertos o no?

—Una pregunta muy interesante. Estas dos figuras no están vivas, en el sentido humano, pero tampoco encajan en nuestra definición de muerte. Me inclino a pensar que se encuentran en estado latente.

Janus seguía mirando la mano recién formada.

—Muchas plantas exhiben diversas formas de inteligencia.

—¿Inteligencia?

—Sí. Hay plantas que se disfrazan para protegerse. En este momento estamos realizando experimentos sorprendentes sobre la vida vegetal.

—Me gustaría ver esos experimentos —dijo Janus.

—Desde luego que sí. Con mucho gusto haré todos los arreglos que sean necesarios.

El inmenso invernadero laboratorio estaba en un complejo de edificios estatales en las afueras de Washington D. C., a unos cincuenta kilómetros de la ciudad. En la pared colgaba una inscripción que rezaba:

Los arces y los helechos todavía están incorruptos; sin embargo, no cabe duda de que cuando lleguen a la consciencia, también ellos maldecirán y lanzarán improperios.

RALPH WALDO EMERSON

Nature, 1836

El profesor Rachman, que estaba a cargo del complejo, era un hombre bajito, lleno de entusiasmo por su profesión.

—Fue Charles Darwin el primero en percibir la capacidad de pensar de las plantas. Luther Burbank siguió sus enseñanzas y logró comunicarse con ellas.

—¿De verdad cree que es posible?

—Sabemos que sí. George Washington Carver conversó con ellas y le enseñaron muchísimas cosas. Decía Carver: «Cuando toco una flor, estoy tocando el Infinito. Las flores existían mucho antes de que hubiera seres humanos en la Tierra, y seguirán existiendo millones de años después. A través de la flor, me comunico con el Infinito...».

Janus examinó con la mirada el inmenso invernadero. Estaba lleno de plantas y de flores exóticas de todos colores. La mezcla de fragancias era abrumadora.

—Todo lo que se encuentra aquí está vivo —dijo el profesor Rachman—.

Estas plantas son capaces de sentir amor, odio, dolor, excitación... igual que los animales. *Sir Jagadis Chandra Bose* demostró que responden a los tonos de voz.

—¿Cómo se hace para probar una cosa así? —preguntó Janus.

—Tendré mucho gusto en demostrárselo.

Rachman se acercó a una mesa cubierta de plantas. Junto a la mesa había un polígrafo. Rachman cogió uno de los electrodos y lo sujetó a una planta. La aguja del dial del polígrafo no se movía.

—Observe —dijo.

Se acercó más a la planta y le susurró:

—Eres muy hermosa. Más hermosa que todas las otras plantas que están aquí...

Janus vio que la aguja se movía apenas.

De pronto el profesor Rachman se puso a gritarle a la planta.

—¡Eres fea! ¡Vas a morir! ¿Me has oído? ¡Vas a morir!

La aguja empezó a vibrar y de súbito se movió violentamente hacia arriba.

—Dios mío —dijo Janus—. No puedo creerlo.

—Lo que usted está viendo —dijo Rachman— es el equivalente del grito de un ser humano. Las revistas de nuestro país han publicado artículos sobre estos experimentos. Uno de los más interesantes fue realizado con seis estudiantes. Se eligió a uno de ellos, desconocido de los otros, para que entrara en una habitación con dos plantas, una de ellas conectada a un polígrafo. Él destruyó por completo la otra planta. Más tarde, se hizo que los estudiantes entraran por separado en la habitación y pasaran frente a las plantas. Cuando los alumnos inocentes entraron, el polígrafo no registró nada. Pero no bien apareció el culpable, la aguja del polígrafo dio un salto hacia arriba.

—Increíble.

—Pero cierto. También hemos descubierto que las plantas responden a diferentes clases de música.

—¿Diferentes clases?

—Sí. El experimento se llevó a cabo en el Temple Buell College de Denver. Metieron tres plantas en flor en sendas cajas de cristal. Por medio de

un conducto, a una se le transmitió *rock* duro; a la otra, el sonido de una cítara ejecutando una música suave del este de la India, y la tercera no recibió música alguna. Un equipo de filmación de la CBS registró el experimento realizando tomas periódicas de cada una. Al cabo de dos semanas, la planta expuesta a la música *rock* estaba muerta, la que no había recibido ninguna música se desarrollaba normalmente, y la de la música con la cítara se había llenado de capullos y de flores y sus tallos se inclinaban hacia el lugar de donde procedía el sonido. Walter Cronkite pasó la película en su programa. Si desea verificarlo, fue el 26 de octubre de 1970.

—¿Afirma usted que las plantas tienen inteligencia? —Respiran, comen y se reproducen. Pueden experimentar dolor y también utilizar defensas contra sus enemigos. Por ejemplo, algunas plantas emplean terpenos para envenenar la tierra que las rodea y desalentar así la presencia de rivales. Otras plantas exudan alcaloides para que su mal sabor repela a los insectos. Hemos demostrado que las plantas se comunican entre sí a través de feromonas.

—Sí, eso he oído decir —asintió Janus.

—Algunas plantas son carnívoras. Por ejemplo, la *dionea muscípula*. Ciertas orquídeas imitan el aspecto y el olor de las abejas hembra, como señuelo para atraer a las abejas macho. Otras se parecen a las avispa hembra, con el fin de incitar a los machos a visitarlas y recoger el polen. Otro tipo de orquídeas despiden un aroma semejante al olor de la carne podrida, para tentar a las moscas de las inmediaciones. —Janus escuchaba con atención sus palabras—. Otra clase dispone de un labio superior móvil que se cierra en cuanto una abeja aterriza en su interior, atrapándola. La única salida posible es a través de un estrecho conducto que lleva a la parte posterior de la flor, y mientras la abeja se abre paso hacia la libertad queda cubierta de polen. En el noreste existen cinco mil especies de plantas, y cada una tiene sus propias características. De eso no cabe duda. Se ha demostrado repetidamente que las plantas vivas poseen inteligencia.

Janus pensaba: *Y el extraterrestre que falta está suelto en alguna parte.*

Capítulo 11

Día tres.

Berna, Suiza.

Miércoles, 17 de octubre

Berna era una de las ciudades favoritas de Robert. Era elegante, estaba llena de hermosos monumentos y atractivos edificios antiguos de piedra que se remontaban al siglo XVIII. Es la capital de Suiza y una de sus ciudades más prósperas, y Robert se preguntó si el hecho de que los tranvías fueran verdes tendría algo que ver con el color de su dinero. Había descubierto que los berneses eran más despreocupados y tranquilos que los ciudadanos de otras partes de Suiza. Se movían con más lentitud, hablaban más despacio y, en general, parecían más serenos. En el pasado, había trabajado en Berna en varias ocasiones con el Servicio Secreto Suizo, con base de operaciones en sus cuarteles centrales de Waisenhausplatz. Tenía amigos allí que podrían haberle ayudado mucho, pero las instrucciones recibidas eran bien claras. Desconcertantes, pero claras.

Tras quince llamadas telefónicas logró localizar el taller mecánico que había remolcado el automóvil del fotógrafo. Se encontraba en un pequeño

garaje de la Fribourgstrasse, y el mecánico, Fritz Mandel, era también el propietario del taller. Mandel era un hombre de cuarenta y pico de años, rostro macilento y picado por la viruela, cuerpo delgado y una enorme barriga de bebedor de cerveza. Estaba trabajando en el foso de reparación cuando Robert llegó.

—Buenas tardes —dijo Robert en voz alta.

Mandel miró hacia arriba.

—*Guten Tag*. ¿En qué puedo servirle?

—Estoy interesado en un coche que usted remolcó el domingo.

—Aguarde un minuto hasta que termine esto.

Quince minutos después, Mandel salió del foso y se limpió las manos aceitosas con un trapo sucio.

—Usted es el que ha llamado por teléfono esta mañana. ¿Hubo alguna queja por el remolque? —preguntó Mandel—. Yo no soy responsable de...

—No —le aseguró Robert—. En absoluto. Estoy llevando a cabo una investigación, y el que me interesa en realidad es el conductor del coche.

—Venga a mi oficina.

Los dos hombres entraron en un despacho pequeño y Mandel abrió un fichero.

—¿Dice usted el domingo pasado?

—Exacto.

Mandel sacó una ficha.

—Sí. Es el *Arschficker* que nos sacó la fotografía frente al ovni.

De pronto, a Robert se le humedecieron las palmas de las manos.

—¿Usted vio el ovni?

—*Ja*. Casi me *brachte aus*.

—¿Puede describirlo?

Mandel se estremeció.

—Bueno... parecía vivo.

—¿Perdón?

—Quiero decir... había una especie de luz que lo rodeaba. Y cambiaba constantemente de color. Parecía azul... después verde... no sé. Es difícil describirlo. Y dentro había unos seres pequeños. No humanos, sino... —Se interrumpió.

—¿Cuántos eran?

—Dos.

—¿Estaban vivos?

—A mí me parecieron muertos. —Se secó la frente—. Me alegro de que me crea. Intenté contarle lo sucedido a mis amigos, pero todos se me rieron en la cara. Hasta mi esposa pensó que había estado bebiendo. Pero yo sé lo que vi.

—Con respecto al automóvil que remolcó... —dijo Robert.

—*Ja*. El Renault. Tenía una pérdida de aceite y se le fundieron los cojinetes. El remolque costó ciento veinticinco francos. Los domingos cobro el doble.

—¿El conductor le pagó con un cheque o con tarjeta de crédito?

—No. No acepto cheques ni tarjetas de crédito. Me pagó en efectivo.

—¿En francos suizos?

—En libras.

—¿Está seguro?

—Sí. Recuerdo que tuve que consultar el tipo de cambio.

—Señor Mandel, ¿tiene usted por casualidad anotado el número de matrícula del coche?

—Por supuesto —respondió Mandel. Miró la ficha—. Era alquilado. En Avis. Lo alquiló en Ginebra.

—¿Le importaría darme el número de la matrícula?

—¿Por qué no? —Escribió el número en un trozo de papel y se lo entregó a Robert—. ¿A qué viene todo esto? ¿Tiene relación con el ovni?

—No —dijo Robert con su tono más sincero. Sacó la cartera y extrajo de ella una tarjeta de identificación—. Trabajo en el IAC, el Automóvil Club Internacional. Mi empresa está haciendo un estudio sobre las grúas de remolque.

—Oh.

Robert salió del taller y pensó, un poco aturdido: *Parece que tenemos entre manos un maldito ovni con dos extraterrestres muertos*. Entonces, ¿por qué el general Hilliard le había mentado, aun sabiendo que él descubriría que lo que se había precipitado a tierra era un platillo volante?

Sólo podía haber una explicación, y Robert sintió un repentino escalofrío.

Capítulo 12

La enorme nave espacial madre avanzaba sigilosamente por el espacio oscuro, dando la sensación de inmovilidad a pesar de estar viajando a treinta y cinco mil kilómetros por hora, en exacta sincronización con la órbita de la Tierra. Los seis extraterrestres que viajaban a bordo estudiaban la pantalla tridimensional que cubría la totalidad de una pared de la nave. En el monitor, a medida que el planeta Tierra giraba, se veían imágenes holográficas de lo que sucedía allá abajo, mientras un espectrógrafo electrónico analizaba los componentes químicos de las imágenes. La atmósfera de las masas de tierra sobre las que volaban se encontraba fuertemente contaminada. Enormes fábricas ensuciaban el aire con gases venenosos densos y negros, al tiempo que en los vertederos y en el mar se volcaban desechos no biodegradables.

Los extraterrestres observaron los océanos, que una vez fueran prístinos y azules, ahora negros por el derramamiento de petróleo y marrones de residuos y desperdicios. El coral de la Gran Barrera de Arrecifes de Australia se estaba volviendo totalmente blanco, y los peces morían a millones. En la zona lluviosa de la selva del Amazonas donde se habían talado árboles, había un inmenso cráter yermo. El equipo de la nave espacial indicaba que la temperatura de la Tierra se había elevado desde la última exploración

realizada por ellos tres años antes. Alcanzaron a detectar que en el planeta que tenían a sus pies se libraban guerras que envenenaban la atmósfera.

Los extraterrestres se comunicaban por telepatía mental.

—*Nada ha cambiado entre los terrícolas.*

—*Es una pena. No han aprendido nada.*

—*Nosotros les enseñaremos.*

—*¿Has intentado ponerte en contacto con los otros?*

—*Sí. Algo anda mal. No hay respuesta.*

—*Debes seguir intentándolo. Tenemos que encontrar esa nave.*

En la Tierra, siete mil metros más abajo de la órbita de la nave espacial, Robert llamaba al general Hilliard por un teléfono de seguridad. El general respondió inmediatamente a la llamada.

—Buenas tardes, comandante. ¿Tiene algo que comunicarme?

Sí, me gustaría comunicarle que es usted un mentiroso hijo de puta.

—Con respecto a ese globo sonda, general... parece ser que se ha convertido en un ovni. —Robert aguardó.

—Sí, ya lo sé. Había importantes razones de seguridad por las que no se lo pude decir antes.

Lenguaje burocrático ambiguo. Se hizo un breve silencio.

—Le diré algo en estricta reserva, comandante —dijo el general Hilliard—. Nuestro gobierno tuvo un encuentro con extraterrestres hace tres años. Aterrizaron en una de nuestras bases aéreas de la OTAN. Y pudimos comunicarnos con ellos.

Robert sintió de nuevo que el corazón le latía desordenadamente.

—¿Y qué... qué dijeron?

—Que se proponían destruirnos.

Robert se estremeció.

—¿Destruirnos?

—Exactamente. Dijeron que volverían a tomar el control de este planeta y nos convertirían en esclavos suyos, y que no había nada que nosotros pudiéramos hacer para impedirlo. Hasta ahora no, pero estamos buscando la forma de detenerlos. Por eso es absolutamente necesario que evitemos que

cunda el pánico y así podamos ganar tiempo. Creo que comprenderá ahora por qué es tan importante que se advierta a los testigos que no deben hablar de lo que vieron. Si se corriera la voz de la presencia de los Idents, como nosotros los llamamos, sería un desastre a nivel mundial.

—¿No cree que sería mejor preparar a la gente y...?

—Comandante, en 1938, un joven actor llamado Orson Welles transmitió por radio una obra llamada *La guerra de los mundos* sobre extraterrestres que invadían la Tierra. Unos minutos más tarde había cundido el pánico en todas las ciudades de los Estados Unidos. Una población histérica trató de huir de los invasores imaginarios. Las líneas telefónicas quedaron bloqueadas por la cantidad de llamadas, las carreteras quedaron obstruidas. Murió gente. Fue un caos total. No, tenemos que estar preparados para los extraterrestres antes de hablar oficialmente en ese sentido. Queremos que usted encuentre a esos testigos para su propia protección y también para poder mantener la situación bajo control.

Robert se dio cuenta de que estaba transpirando.

—Sí. Lo comprendo.

—Bien. Deduzco que ya ha hablado con uno de los testigos.

—He encontrado a dos.

—¿Sus nombres?

—Hans Beckerman... era el chófer del autocar de la excursión. Vive en Kappel...

—¿Y el segundo?

—Fritz Mandel. Es el dueño de un taller mecánico de Berna. Fue el que remolcó el automóvil de un tercer testigo.

—¿Cuál es el nombre de ese testigo?

—Todavía no lo tengo. Pero estoy tras la pista. ¿Quiere que hable con ellos y les diga que no deben comentar con nadie lo del ovni?

—Respuesta negativa. Su misión es simplemente localizar a los testigos. Después, nosotros dejaremos que sus respectivos gobiernos se ocupen de ellos. ¿Sabe cuál fue el número de testigos?

—Sí. Siete pasajeros en el autocar, más el chófer, el mecánico y otra persona que pasaba en su automóvil.

—Debe localizarlos a todos. A cada uno de los diez testigos que vieron el

accidente. ¿Entendido?

—Sí, general.

Robert colgó el auricular, su mente convertida en un torbellino. Los ovnis eran reales. Los extraterrestres eran enemigos. Era un pensamiento horripilante.

De pronto, la desazón que sintiera antes volvió a inundarlo con intensidad. El general Hilliard le había confiado una misión, pero no se lo había dicho todo. ¿Qué más le estarían ocultando?

La agencia de alquiler de automóviles Avis está situada en el 44 de la Rue de Lausanne, en pleno corazón de Ginebra. Robert entró como una exhalación en la oficina y se acercó a una mujer que estaba detrás del mostrador.

—¿En qué puedo servirle?

Robert le entregó bruscamente un papel con el número de matrícula del Renault.

—Ustedes alquilaron este automóvil la semana pasada. Quiero el nombre de la persona que lo alquiló. —Su voz estaba llena de furia.

La empleada se echó hacia atrás.

—Lo siento, pero no nos está permitido dar esa información.

—Una verdadera pena —fue la contestación de Robert—, porque en ese caso entablaré juicio contra su compañía por una suma de dinero considerable.

—No entiendo. ¿Cuál es el problema?

—Voy a decirle cuál es el problema, señora. El domingo pasado ese automóvil chocó contra el mío en una carretera y me lo dejó destrozado. Tuve tiempo de anotar su número de matrícula, pero el hombre aceleró y desapareció antes de que yo pudiera impedirselo.

—Ajá —dijo la empleada, y estudió a Robert durante un momento—. Perdome un instante, por favor. —Desapareció en una habitación posterior. Minutos después regresó con una ficha—. Según nuestro registro, este coche tuvo un problema con el motor, pero no se informó de ningún accidente.

—Pues bien, yo se lo estoy informando ahora. Y hago responsable a su compañía de lo ocurrido. Tendrán que pagar la reparación de mi automóvil.

Es un Porsche flamante y les costará una fortuna...

—Lo lamento, señor, pero puesto que el accidente no nos fue comunicado, no podemos hacernos responsables.

—Mire —dijo Robert, en un tono de voz más razonable—. Quiero ser justo. No es mi deseo responsabilizar a su compañía. Lo único que quiero es que ese hombre pague los destrozos que hizo en mi automóvil. Después del choque, el conductor se dio a la fuga. Quizá deba involucrar a la policía en esto. Si usted me proporciona el nombre y dirección de ese individuo, puedo hablar directamente con él, arreglar las cosas entre nosotros y mantener a la compañía al margen. ¿Le parece justo?

La empleada se quedó callada, tratando de tomar una decisión.

—Sí, será muchísimo mejor para nosotros. —Miró la ficha que tenía en la mano—. El nombre de la persona que alquiló el coche es Leslie Mothershed.

—¿Y la dirección?

—213 A Grove Road, Whitechapel, Londres, E 3. —La empleada levantó la vista—. ¿Seguro que la compañía no se verá envuelta en ningún pleito?

—Le doy mi palabra —le aseguró Robert—. Esto es un asunto privado entre Leslie Mothershed y yo.

El comandante Robert Bellamy se encontraba entre los pasajeros del siguiente vuelo de Swissair a Londres.

Permaneció sentado a solas en la oscuridad, concentrándose y repasando meticulosamente cada fase del plan, asegurándose de que no hubiera puntos débiles, de que nada pudiera salir mal. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el suave zumbido del timbre del teléfono.

—Habla Janus.

—Janus. Soy el general Hilliard.

—Diga.

—El comandante Bellamy ha localizado a los dos primeros testigos.

—Excelente. Ocúpese en seguida de eso.

—Sí, señor.

—¿Dónde está el comandante en este momento?

—Camino de Londres. Dentro de muy poco deberíamos tener la

confirmación del testigo número tres.

—Alertaré al comité de sus progresos. Continúe manteniéndome informado. Esta operación debe continuar siendo Nova Rojo.

—Comprendido, señor. Yo sugeriría que...

Se había cortado la comunicación.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

NSA A SUBDIRECTOR DE LA BUNDESANWALTSCHAFT

CONFIDENCIAL

PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

1. HANS BECKERMAN - RAPPEL

2. FRITZ MANDEL - BERNA

FIN DEL MENSAJE

Capítulo 13

A medianoche, en una pequeña granja a veinticuatro kilómetros de Uetendorf, la familia Lagenfeld se vio alterada por una serie de extraños acontecimientos. Al hijo mayor lo despertó una luz amarilla trémula que se filtraba por la ventana de su dormitorio. Cuando se levantó a mirar qué ocurría, la luz había desaparecido.

En el patio, *Tozzi*, el pastor alemán de la familia, comenzó a ladrar furiosamente, despertando al anciano Lagenfeld. De mala gana, el granjero se levantó de la cama para calmar al animal, y al salir oyó que las ovejas, asustadas, golpeaban contra el redil, tratando de escapar. Cuando Lagenfeld pasó por el bebedero, que se había llenado hasta los bordes con las lluvias recientes, advirtió que estaba totalmente seco.

Tozzi corrió a su lado, gimoteando. Lagenfeld le acarició la cabeza, distraído.

—Tranquilo, pequeño. Tranquilo.

En aquel momento todas las luces de la casa se apagaron. Cuando el granjero regresó a su casa y levantó el auricular del teléfono para llamar a la compañía eléctrica, la línea estaba cortada.

Si las luces hubieran permanecido encendidas unos segundos más, tal vez

el granjero habría visto a una mujer sorprendentemente hermosa salir del patio de la granja y dirigirse hacia el campo.

Capítulo 14

The Bundesanwaltschaft - Ginebra.
13.00 horas.

El ministro de Gobierno, sentado en su despacho privado del cuartel central de la agencia de inteligencia suiza, observó al subdirector que en aquel momento terminaba de leer el mensaje. Lo colocó en una carpeta rotulada «Ultrasecreto», puso la carpeta en un cajón del escritorio y lo cerró con llave.

—Hans Beckerman *und* Fritz Mandel.

—*Ja.*

—Ningún problema, *Herr* ministro. Nos ocuparemos de ello.

—*Gut.*

—*Wann?*

—*Sofort.* Inmediatamente.

A la mañana siguiente, cuando se dirigía al trabajo, a Hans Beckerman le molestaba la úlcera. *Tendría que haber intentado que el periodista me pagara por aquella cosa que encontré en el suelo. Esas revistas tienen mucho*

dinero. Lo más probable es que me hubiera ganado unos cientos de marcos. Entonces podría haber ido a la consulta de algún médico que me atendiera la úlcera como es debido.

Pasaba en aquel momento por el lago Turler, cuando delante de él, a un lado de la carretera, vio a una mujer haciendo señas para que algún automovilista la llevara. Beckerman redujo la velocidad para poder mirarla mejor. Era joven y atractiva. Hans detuvo el vehículo en el arcén. La mujer se le acercó.

—*Guten Tag* —dijo Beckerman—. ¿Puedo ayudarla? —La muchacha era aún más bonita vista de cerca.

—*Danke* —dijo ella con acento suizo—. Me he peleado con mi novio y me ha dejado plantada en la carretera.

—Caramba, eso es terrible.

—¿Le importaría llevarme a Zurich?

—En absoluto. Suba.

La mujer abrió la puerta y se sentó junto a él.

—Es muy amable de su parte —dijo—. Me llamo Karen.

—Y yo, Hans —respondió él, y puso en marcha el vehículo.

—No sé qué habría hecho si usted no hubiera aparecido, Hans.

—Estoy seguro de que algún otro se habría detenido, siendo usted una mujer tan guapa.

Ella se le acercó.

—Pero seguro que no habría sido tan apuesto como usted.

—¿Ah, sí? —dijo él, mirándola.

—Sí, me parece muy atractivo.

Él sonrió.

—Debería contárselo a mi esposa.

—Oh, está casado. —Su tono fue de decepción—. ¿Por qué será que todos los hombres maravillosos están casados? Además usted parece muy inteligente.

Él se sentó más erguido.

—Si quiere que le diga la verdad, lamento haber sido la novia de ese tipo. —Se removió en su asiento y se le subió la falda, dejando al descubierto sus muslos. Él trató de no mirar—. Me gustan los hombres maduros, Hans. Creo

que son mucho más atractivos que los jóvenes. —Se acurrucó contra él—. ¿A ti te gusta el sexo, Hans?

Hans carraspeó.

—¿Si a mí...? Bueno, ya sabe... soy un hombre...

—Eso ya lo veo —dijo ella. Le acarició el muslo—. ¿Puedo decirte algo? Esa pelea con mi novio me ha excitado. ¿Te gustaría que te hiciera el amor?

Hans no podía creer su buena suerte. La muchacha era una belleza y, por lo que podía apreciar, tenía un cuerpo estupendo. Tragó saliva.

—Bueno, sí, me gustaría, pero estoy de camino al trabajo y...

—No tardaremos más que unos minutos —dijo ella, y sonrió—. Un poco más adelante hay un camino lateral que lleva al bosque. ¿Por qué no paramos allí?

Hans comenzó a excitarse. *Sicher. ¡Espera a que les cuente esto a los muchachos de la oficina! No van a creerme.*

—Claro. ¿Por qué no?

Hans salió de la carretera y tomó el camino de tierra que conducía a un bosquecillo donde no podían ser vistos por los automovilistas que pasaban.

Lentamente, ella subió la mano por el muslo de Hans.

—*Mein Gott*, qué piernas tan fuertes tienes.

—Hacía atletismo cuando era más joven —alardeó Beckerman.

—Empezaremos por quitarte los pantalones.

Le desabrochó el cinturón y lo ayudó a bajarse los pantalones. Él ya estaba excitado.

—*Ach! Ein grosser!* —exclamó la muchacha, y empezó a acariciarlo.

—*Leck mich doch am Schwanz* —gimió él.

—¿Te gusta que te la besen?

—*Ja.* —Su esposa jamás le hacía esas cosas.

—*Gut.* Ahora relájate.

Beckerman suspiró y cerró los ojos. Las manos suaves de ella le acariciaban los genitales. Sintió un pinchazo agudo en el muslo y abrió los ojos de par en par.

—*Wie...?*

Su cuerpo se tensó y tuvo la sensación de que los ojos se le salían de las órbitas. Se ahogaba, no podía respirar. La mujer observó cómo Beckerman

caía sobre el volante. Se bajó del coche, desplazó el cuerpo de él al asiento del acompañante, se instaló al volante y condujo el vehículo por el camino de tierra hasta la carretera. Se detuvo al borde de un escarpado camino de montaña, esperó a que no pasara nadie, abrió la puerta, pisó el acelerador y, cuando el coche empezó a moverse, saltó. Se quedó allí mirando el vehículo que se despeñaba desde las alturas. Cinco minutos después, una limusina negra se detenía junto a ella.

—*Irgendwelche Problem?*

—*Keins.*

Fritz Mandel estaba en su oficina, listo para cerrar el taller, cuando dos hombres se le acercaron.

—Lo siento —dijo él—. Estoy a punto de cerrar. No puedo...

Uno de los hombres lo interrumpió.

—Tenemos el coche averiado en la carretera. *Kaputt!* Necesitamos una grúa.

—Mi esposa me está esperando. Esta noche tenemos invitados. Puedo darles el nombre de otro...

—Le pagaremos doscientos dólares. Tenemos mucha prisa.

—¿Doscientos dólares?

—Sí. Y el coche tiene bastantes problemas. Nos gustaría que lo reparara. Eso probablemente significaría otros doscientos o trescientos.

Mandel comenzaba a interesarse.

—Es un Rolls —dijo uno de los hombres—. Veamos qué clase de equipo tiene aquí. —Entraron en el taller y se quedaron de pie junto al foso—. Según parece, bastante bueno.

—Así es, señor —dijo Mandel con orgullo—. El mejor.

El desconocido sacó la cartera.

—Tome. Puedo darle un poco de dinero por adelantado. —Extrajo unos billetes y se los entregó a Mandel. Al hacerlo, se le cayó la cartera al foso—. *Verflucht!*

—No se preocupe —dijo Mandel—. Se la recogeré.

Bajó al foso. Mientras lo hacía, uno de los hombres se acercó al botón

que accionaba el elevador hidráulico y lo oprimió. El elevador comenzó a descender.

Mandel levantó la vista.

—¡Cuidado! ¿Qué hace?

Trató de subir por el lado. Cuando sus dedos agarraron el borde, el otro hombre le pisó con fuerza la mano, se la destrozó, y lo hizo caer al foso con un alarido. El pesado elevador hidráulico descendía inexorablemente hacia él.

—¡Déjenme salir de aquí! —gritó—. *Hilfe!*

El elevador le golpeó en el hombro y comenzó a aplastarlo contra el suelo de cemento. Algunos minutos después, cuando los espeluznantes gritos cesaron, uno de los hombres pulsó el botón que levantaba el elevador. Su compañero bajó al foso y cogió su cartera, procurando que la ropa no se manchara de sangre. Los dos hombres volvieron a su automóvil y partieron en el silencio de la noche.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

ESPIONAGE ABTEILUNG A SUBDIRECTOR DE LA NSA

PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA

CONFIDENCIAL

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

1. HANS BECKERMAN - ELIMINADO

2. FRITZ MANDEL - ELIMINADO

FIN DEL MENSAJE

Ottawa, Canadá.

24.00 horas.

Janus se dirigía al grupo de doce personas.

—Se están realizando progresos. Dos de los testigos ya han sido silenciados. El comandante Bellamy está sobre la pista de un tercero.

—¿Se ha avanzado algo en el SDI? —El italiano. Impetuoso. Volátil.

—Todavía no, pero confiamos en que la tecnología de la guerra de las galaxias esté lista y en funcionamiento muy pronto.

—Debemos hacer todo lo posible por apresurar ese momento. Si se trata de una cuestión de dinero... —El saudí. Enigmático. Introverso.

—No. Sólo hacen falta algunas pruebas más.

—¿Cuándo se llevará a cabo la siguiente prueba? —El australiano. Directo. Inteligente.

—Dentro de una semana. Volveremos a reunirnos aquí dentro de cuarenta y ocho horas.

Capítulo 15

*Día cuatro - Londres.
Jueves, 18 de octubre*

El ídolo de Leslie Mothershed era Robín Leach. Espectador ávido del programa *Estilos de vida de los ricos y los famosos*, Mothershed estudiaba con atención la forma en que los invitados de Robin Leach andaban, hablaban y vestían, porque sabía que un día él aparecería en ese programa. Desde que era niño, siempre había tenido el presentimiento de que estaba destinado a ser alguien, un hombre rico y famoso.

«Eres muy especial», solía decirle su madre. «Mi pequeño será famoso en todo el mundo.»

Y el chiquillo solía dormirse con esa frase resonándole en los oídos, hasta que llegó a convencerse de ello. A medida que Mothershed fue creciendo, comprendió que se enfrentaba con un problema: no tenía la menor idea de cómo se las arreglaría para convertirse en rico y famoso. Durante una época, jugó con la ilusión de convertirse en un astro de la pantalla, pero era demasiado tímido y vergonzoso. Más tarde, contempló brevemente la posibilidad de llegar a ser un as del fútbol, pero no tenía una complejión

atlética. Pensó en ser un científico famoso o un abogado de categoría que cobrara honorarios astronómicos. Por desgracia, sus calificaciones eran mediocres, de modo que salió de la escuela sin encontrarse más cerca de la fama. La vida no era justa con él. Físicamente era poco atractivo, delgado, pálido y con aspecto enfermizo, a lo cual se sumaba su corta estatura: un metro cincuenta y uno. Mothershed siempre ponía de relieve ese centímetro adicional. Se consolaba con el hecho de que muchos hombres famosos eran bajitos: Dudley Moore, Dustin Hoffman, Peter Falk...

La única profesión que realmente le interesaba a Leslie Mothershed era la fotografía. Sacar fotografías era ridículamente sencillo. Cualquiera podía hacerlo. Bastaba con pulsar un botón. Su madre le había comprado una cámara cuando cumplió los seis años y se había deshecho en elogios de las fotografías obtenidas por él. Cuando Leslie llegó a la adolescencia, ya estaba convencido de ser un fotógrafo brillante. Se dijo que era tan bueno como Ansel Adams, Richard Avedon o Margaret Bourke-White. Gracias a un préstamo de su madre, Leslie Mothershed instaló su propio estudio fotográfico en su apartamento de Whitechapel.

«Comienza con algo pequeño —le aconsejó su madre—, pero piensa a lo grande.» Y eso fue exactamente lo que hizo Leslie Mothershed. Empezó con algo pequeño y pensó a lo grande, pero lamentablemente no tenía talento para la fotografía. Sacaba fotos de desfiles militares, de animales y flores y, lleno de confianza, las enviaba a periódicos y revistas, pero siempre se las devolvían. Mothershed se consolaba pensando en todos los genios que habían sufrido rechazos antes de que se reconociera su talento. Se consideraba un mártir de la falta de cultura. Hasta que, inesperadamente, le llegó la gran oportunidad. El primo de su madre, que trabajaba en la editorial Harper Collins, le confió que proyectaban editar un libro de fotografías turísticas sobre Suiza.

«Todavía no han seleccionado al fotógrafo, Leslie, así que si viajas en seguida a Suiza y vuelves con fotografías de calidad, el libro puede ser tuyo.»

Leslie Mothershed cogió a toda prisa sus cámaras y se dirigió a Suiza. Sabía —realmente sabía— que aquella era la oportunidad tan esperada. Por fin los idiotas no tendrían más remedio que reconocer su talento. Alquiló un coche en Ginebra y recorrió el país sacando fotografías de chalets, cascadas y

picos nevados. Fotografió salidas y puestas de sol y labriegos que trabajaban en los campos. Y entonces, en medio de esa tarea, el destino le había cambiado la vida. Iba de regreso a Berna cuando tuvo una avería en el motor del coche. Lo desvió al arcén, furioso. *¿Por qué a mí?* gimió Mothershed. *¿Por qué siempre me pasan estas cosas?*

Se quedó allí sentado, furioso, pensando en el tiempo perdido y en lo caro que le saldría hacer remolcar el coche. Quince kilómetros más atrás se encontraba el pueblo de Thun. *Conseguiré una grúa allí, pensó. Resultará más barato.*

Hizo señas a un camión cisterna que pasaba.

—Necesito una grúa —explicó Mothershed—. ¿Podría parar en algún taller mecánico de Thun y pedirles que vengan a buscarme?

El chófer del camión sacudió la cabeza.

—Es domingo, señor. El lugar más cercano donde habrá talleres abiertos hoy es Berna.

—¿Berna? Eso queda a cincuenta kilómetros. Me costará una fortuna.

El chófer del camión sonrió.

—*Ja*. Los domingos cobran un ojo de la cara —dijo, y puso la primera.

—Espere. —A Mothershed casi no le salían las palabras—. Está bien, pagaré una grúa de Berna.

—*Gut*. Haré que le manden una.

Leslie Mothershed se quedó sentado, maldiciendo, en su coche averiado. *Esto es lo último que me faltaba*, pensó con amargura. Ya había gastado demasiado dinero en película, y ahora tendría que pagarle a un maldito ladrón para que le remolcara a un taller mecánico. La grúa tardó casi dos horas interminables en llegar. Cuando el mecánico empezaba a sujetar un cable de su camión al automóvil, al otro lado de la carretera se vio un resplandor seguido de una fuerte explosión. Mothershed levantó la mirada y observó lo que parecía ser un objeto brillante que caía del cielo. El único vehículo que había en la carretera era un autocar turístico, que se detuvo detrás de su automóvil. Mothershed vaciló, indeciso entre su curiosidad y su deseo de seguir adelante. Se volvió y siguió a los pasajeros del autocar que en aquel momento cruzaban la carretera. Cuando llegó al escenario del accidente, quedó paralizado. *Dios mío*, pensó. *Esto no puede ser real*. Lo que estaba

viendo era un platillo volante. Leslie Mothershed había oído hablar de platillos volantes y también había leído acerca de ellos, pero jamás había creído en su existencia. Lo miró boquiabierto, aterrorizado por el increíble espectáculo. El impacto había partido la nave, y en su interior se veían dos cuerpos pequeños, con grandes cráneos, ojos hundidos, sin orejas y casi sin barbilla, cubiertos con lo que parecían ser trajes metálicos plateados.

Los integrantes del grupo del autocar turístico se habían agrupado junto a él, mirando el espectáculo en un silencio horrorizado. El hombre que estaba a su lado se desmayó. Otro dio media vuelta y vomitó. Un sacerdote anciano se aferraba a su rosario y farfullaba palabras incoherentes.

—¡Dios mío! —exclamó alguien—. ¡Es un platillo volante!

Y en aquel preciso instante, Mothershed tuvo su epifanía. Se había producido un milagro en sus propias narices. ¡Él, Leslie Mothershed, se encontraba en el lugar del hecho, con sus cámaras para fotografiar el suceso del siglo! No había en el mundo revista ni periódico capaz de rechazar las fotografías que estaba a punto de obtener. ¿Un libro de ilustraciones turísticas de Suiza? Casi se echó a reír en voz alta por la idea. Iba a asombrar al mundo entero. Todos los programas televisivos de opinión suplicarían su asistencia, pero él se presentaría primero en el de Robin Leach. Vendería sus fotografías al *London Times*, al *Sun*, al *Mail*, al *Mirror*... a todos los periódicos ingleses y también a los diarios y revistas del extranjero: *Le Figaro* y *Paris-Match*, *Oggi* y *Der Tag*, *Time* y *USA Today*. La prensa de todo el mundo lucharía por conseguir sus fotografías. Japón y América del Sur y Rusia y China y... la lista era interminable. El corazón de Mothershed palpitaba de prisa por la excitación. *No le daré a nadie la exclusiva. Cada uno de los medios tendrá que pagarme de forma individual. Comenzaré cobrando cien mil libras por copia, o tal vez doscientas mil. Y las venderé una y otra vez.* Mentalmente y con fruición, se puso a sumar todo el dinero que ganaría.

Leslie Mothershed estaba tan atareado calculando su fortuna que casi se olvidó de sacar las fotografías.

—¡Dios mío! Perdona —dijo, a nadie en particular, y cruzó corriendo la carretera para ir a buscar su equipo fotográfico.

El mecánico había terminado de izar la parte delantera de su automóvil y estaba listo para remolcarlo.

—¿Qué pasa allí? —preguntó.

Mothershed estaba ocupado recogiendo su equipo.

—Venga a verlo usted mismo.

Los dos hombres cruzaron la carretera hacia la zona del bosquecillo, y Mothershed se abrió paso por entre el círculo de turistas.

—Perdón —dijo—. Discúlpeme.

Enfocó la cámara y empezó a sacar tomas del ovni y de sus extraños pasajeros. Hizo fotografías en blanco y negro y en color. Cada vez que el obturador hacía clic, Mothershed pensaba: *Un millón de libras... otro millón de libras... otro millón de libras.*

El sacerdote se santiguaba y decía:

—Es el rostro de Satanás.

Satanás, un cuerno, pensaba, exultante, Mothershed. *Es el rostro del dinero. Éstas serán las primeras fotografías que demostrarán que los platillos volantes existen.* Entonces, de pronto, una idea espantosa le cruzó por la mente. *¿Y si las revistas creen que son falsas? Ha habido muchas fotos trucadas de platillos volantes.* Su euforia se desvaneció. *¿Y si no me creen?* En aquel momento, Leslie Mothershed tuvo su segunda inspiración. Había nueve testigos reunidos alrededor de él. Sin que lo supieran, iban a conferir autenticidad a su descubrimiento.

Mothershed se volvió para dirigirse al grupo.

—Damas y caballeros —dijo en voz alta—. Si desean que les saque una fotografía aquí, pónganse en fila y yo con sumo gusto les enviaré una copia, gratis.

Hubo exclamaciones de entusiasmo. Un momento después, todos los pasajeros del autocar, salvo el sacerdote, se encontraban de pie junto a los restos del ovni.

El sacerdote se mostró reacio.

—No puedo —dijo—. ¡Es la imagen del mal!

Pero Mothershed necesitaba su presencia en la fotografía. Sería el testigo más convincente de todos.

—De eso se trata —dijo Mothershed con tono persuasivo—. ¿No lo entiende? Éste será su testimonio de la existencia de espíritus malignos.

Y finalmente logró convencer al sacerdote.

—Échense un poco hacia atrás —ordenó Mothershed— para que aparezca también el platillo volante.

Los testigos cambiaron su posición.

—Eso es. Muy bien. Excelente. Ahora, no se muevan.

Sacó media docena más de fotos y extrajo un lápiz y un papel.

—Si son tan amables de anotar aquí su nombre y dirección, les enviaré una copia a cada uno.

No tenía la menor intención de mandar ninguna copia. Lo único que quería era tener testigos que corroboraran la autenticidad de las fotografías. *¡Que los malditos periódicos y revistas traten ahora de discutírmelo!*

De pronto advirtió que varios integrantes del grupo llevaban una cámara. No podía permitir que existieran otras fotografías aparte de las suyas. Sólo podían existir aquellas que llevaran como crédito la leyenda «Fotografía de Leslie Mothershed».

—Perdonen —dijo a los del grupo—. Aquellos de ustedes que tengan cámaras, si me las entregan, yo les sacaré unas fotos para que tengan algunas obtenidas con su cámara.

Enseguida le entregaron las cámaras. Cuando Mothershed se puso de rodillas para hacer la primera foto, nadie se dio cuenta de que abrió el compartimiento que alojaba la película y dejaba entrar la luz para velarlas. *Eso. La luz del sol se ocupara de estas fotografías. Una pena, amigos míos, pero sólo un profesional puede captar este momento histórico.*

Diez minutos después, Mothershed tenía los nombres y direcciones de todos. Sacó una última instantánea del platillo volante y pensó con alegría: *Mamá tenía razón. Seré rico y famoso.*

Estaba impaciente por volver a Londres y revelar sus preciosas fotografías.

—¿Qué demonios está pasando?

Las comisarías de policía de la zona de Uetendorf recibieron una avalancha de llamadas telefónicas durante la noche. —Alguien merodea alrededor de mi casa...

—He visto luces extrañas en el exterior...

—Mi ganado ha enloquecido. Debe de haber lobos cerca... —Alguien ha secado el bebedero...

Y la llamada más inexplicable de todas:

—Jefe, será mejor que mande enseguida todas las grúas que encuentre a la carretera principal. Es como una pesadilla. Todos los vehículos están detenidos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Nadie lo sabe. Todos los motores se han parado de repente.

Fue una noche que jamás olvidarían.

Capítulo 16

¿Cuánto durará esta misión? se preguntó Robert, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad en su asiento de primera clase del avión de Swissair. Cuando el avión se lanzó a toda velocidad por la pista y sus enormes motores Rolls-Royce devoraron con avidez el aire de la noche, Robert se relajó y cerró los ojos. *¿Es verdad que hace sólo unos pocos años hice este mismo vuelo a Londres con Susan? No. Parece haber ocurrido en otra vida.*

El avión aterrizó en Heathrow a las 18.29. Robert se abrió paso por entre aquel laberinto y cogió un taxi al centro. Pasó por cientos de lugares conocidos, y le pareció oír la voz de Susan haciendo comentarios excitados sobre todo aquello. Eran los buenos tiempos, cuando no importaba en absoluto dónde se encontraban. Les bastaba con estar juntos. Cada uno era la felicidad y la alegría del otro. Su matrimonio era perfecto y duraría para siempre.

Casi.

Los problemas empezaron de un modo bastante inocente con una llamada de larga distancia del almirante Whittaker, cuando Robert y Susan viajaban

por Tailandia. Hacía seis meses que Robert había sido dado de baja en la Marina, y en todo ese tiempo no había hablado con el almirante. La llamada les sorprendió en el Oriental Hotel de Bangkok.

—¿Robert? Habla el almirante Whittaker.

—¡Almirante! Qué alegría oír su voz.

—No ha sido fácil localizarte. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada especial. Tomándome las cosas con calma. Disfrutando de una luna de miel prolongada.

—¿Cómo está Susan? Porque es Susan, ¿verdad?

—Sí. Está muy bien, gracias.

—¿Cuándo es lo más pronto que puedes estar de regreso en Washington?

—¿Cómo dice?

—Todavía no se ha anunciado oficialmente, pero acaban de nombrarme subdirector del Distrito 17 de Inteligencia Naval. Y me gustaría que formaras parte del equipo.

Robert quedó desconcertado.

—¿En la Inteligencia Naval? Almirante, yo no sé nada acerca de...

—Puedes aprender. Prestarías un servicio muy importante a tu patria, Robert. ¿Vendrías para que hablemos de ello cara a cara?

—Bueno...

—Espléndido. Te espero en mi oficina el lunes a las nueve de la mañana. Saluda a Susan de mi parte.

Robert le repitió la conversación a Susan.

—¿La Inteligencia Naval? Parece muy emocionante.

—Puede ser —dijo Robert, no muy convencido—. No tengo la menor idea de lo que representa.

—Entonces debes averiguarlo.

Él la observó un momento.

—¿Quieres que acepte?

Ella lo rodeó con los brazos.

—Quiero que hagas lo que desees. Creo que estás a punto para volver a trabajar. En las últimas semanas te he notado muy inquieto.

—Tengo la sensación de que quieres librarte de mí —bromeó Robert—. Parece que la luna de miel ha terminado.

Susan acercó sus labios a los de Robert.

—Nunca. ¿Te he dicho que estoy loca por ti, marinero? Deja que te lo demuestre...

Reflexionando sobre ello más tarde —demasiado tarde—, Robert decidió que aquello había sido el comienzo del final de su matrimonio. El ofrecimiento le pareció maravilloso en aquel momento, y había regresado a Washington a reunirse con el almirante Whittaker.

—Este trabajo exige inteligencia, valor e iniciativa, Robert. Tú tienes las tres cosas. Nuestro país se ha convertido en un blanco para todos los pequeños dictadores capaces de formar un grupo terrorista o construir una fábrica de armas químicas. Varios de esos países están en este momento construyendo bombas atómicas para ponernos entre la espada y la pared. Mi trabajo consiste en formar una red de inteligencia para descubrir exactamente qué están tramando y tratar de impedirlo. Y quiero que tú me ayudes.

Al final, Robert aceptó trabajar en Inteligencia Naval y, con gran sorpresa por su parte, descubrió que disfrutaba con su trabajo y que reunía las condiciones para llevarlo a cabo. Susan encontró un bonito apartamento en Rosslyn (Virginia) no muy lejos de donde trabajaba Robert, y se encargó de amueblarlo. A Robert lo enviaron a la Granja, el campo de entrenamiento de la CIA para agentes del Servicio Secreto.

Situada en un complejo fuertemente custodiado de la zona rural de Virginia, la Granja ocupa una superficie de treinta y dos kilómetros cuadrados, cubiertos en su mayor parte por un bosque de pinos altos, con los edificios centrales emplazados en un claro de cuatro hectáreas, a tres kilómetros del portalón principal. Por los bosques se ramifican caminos de tierra, con vallas y carteles que prohíben la entrada. Hay una pequeña pista de aterrizaje, adonde llegan y de donde parten aviones sin identificación varias veces por día. La Granja tiene un aspecto engañosamente bucólico, con árboles frondosos, ciervos que corren en libertad y pequeños edificios diseminados a su alrededor. Sin embargo, dentro del complejo existe un mundo completamente distinto.

Robert había supuesto que el resto del grupo pertenecería a la Navy, pero

quedó sorprendido al comprobar que entre los asistentes había personas reclutadas por la CIA, infantes de marina e integrantes del Ejército, la Marina y las Fuerzas Aéreas. A cada alumno se le asignó un número y se lo hospedó en uno de los varios edificios espartanos de dos plantas, con fachada de ladrillo. En el cuartel donde se alojaba Robert, cada uno tenía su propio dormitorio y compartía el baño con otra persona. El comedor se encontraba enfrente, separado del conjunto de edificios de los cuarteles.

El día que llegó Robert, lo escoltaron a un auditorio junto a otros treinta recién llegados. Un coronel negro, alto y corpulento, con el uniforme de las Fuerzas Aéreas, se dirigió al grupo. Aparentaba tener entre cincuenta y sesenta años, y daba la impresión de poseer una inteligencia rápida y fría. Habló con claridad y sin malgastar palabras.

—Soy el coronel Frank Johnson. Quiero darles la bienvenida. Durante su estancia aquí usarán sólo su nombre de pila. A partir de este momento, sus vidas serán como un libro cerrado. Han jurado mantener una reserva total. Les aconsejo que tomen muy en serio este juramento. Jamás deben hablar de su trabajo con nadie, ni siquiera con su esposa, su familia o sus amigos. Han sido seleccionados para venir aquí por los antecedentes especiales que poseen. Tendrán que trabajar arduamente para desarrollar esas cualidades, y no todos lo lograrán. Se verán envueltos en cosas de las que no han oído hablar nunca. No tengo palabras para recalcar la importancia del trabajo que realizarán cuando terminen su entrenamiento aquí. En ciertos círculos liberales se ha puesto de moda atacar nuestros servicios de inteligencia, se trate de la CIA, del Ejército, de la Marina o de las Fuerzas Aéreas, pero puedo asegurarles, caballeros, que sin gente decidida como ustedes, este país tendría que afrontar problemas muy serios. A ustedes les corresponderá contribuir a impedirlo. Los que terminen su entrenamiento con éxito se convertirán en oficiales de enlace. Para decirlo sin rodeos, un oficial de enlace es un espía. Trabaja en la clandestinidad.

»Mientras estén aquí, recibirán el mejor entrenamiento del mundo. Se les adiestrará en vigilancia y contravigilancia. Recibirán cursos de comunicación por radio, codificación, armamento e interpretación de mapas.

»Asistirán a clases de relaciones interpersonales. Se les enseñará a elaborar un expediente, a descubrir las motivaciones individuales, a hacer que

la persona objetivo se sienta confiada.

La clase estaba pendiente de cada palabra.

—Aprenderán a descubrir y a reclutar a un agente. Se les enseñará a asegurarse de que los lugares de encuentro sean seguros. Se les hablará de lugares ocultos donde dejar mensajes y de la manera de comunicarse secretamente con sus contactos. Si tienen éxito en su tarea, llevarán a cabo sus misiones sin ser advertidos ni detectados.

Robert percibía la excitación que flotaba en el aire. —Algunos de ustedes trabajarán bajo una fachada oficial, que puede ser diplomática o militar. Otros lo harán bajo una fachada no oficial, como individuos particulares: hombres de negocios, arqueólogos o novelistas, cualquier profesión que les dé acceso a los sectores y tipos de personas que puedan brindarles la información que buscan. Y ahora les presentaré a sus instructores. Buena suerte.

A Robert, el entrenamiento le resultó fascinante. Los instructores eran profesionales experimentados. Robert asimiló con facilidad toda la información técnica. Además de los cursos mencionados por el coronel Johnson, hubo también repaso de idiomas y un curso sobre codificación de mensajes.

El coronel Johnson era un enigma para Robert. Corría el rumor de que tenía buenos contactos en la Casa Blanca y que estaba implicado en actividades secretas de alto nivel. Solía desaparecer de la Granja durante varios días y reaparecer después repentinamente.

Un agente llamado Ron dictaba una clase.

—Hay seis fases en el proceso operativo clandestino. La primera es el reconocimiento. Cuando sepan qué información necesitan, el primer desafío es identificar y tomar como objetivo a los individuos que tienen acceso a esa información. La segunda fase es la evaluación. Cuando hayan localizado a su objetivo, deben decidir si realmente tiene la información que necesitan, y si es susceptible de ser reclutado. ¿Qué le motiva? ¿Está contento con su trabajo? ¿Siente animosidad contra su jefe? ¿Gasta más de lo que gana o tiene

problemas financieros? Si el candidato es accesible y existe una motivación que pueda ser explotada, pueden pasar a la fase tres.

»La fase tres es el desarrollo. Ustedes establecen una relación con el candidato. Se las ingenian para tropezar con él tan a menudo como sea posible para elaborar un informe. La fase siguiente es el reclutamiento. Cuando consideren que el individuo está listo, comienzan a trabajar psicológicamente en él. Emplean todas las armas psicológicas que poseen: venganza contra su jefe, dinero, la emoción de ser espía. Si el oficial de enlace ha hecho bien su trabajo, lo más probable es que el candidato acepte.

»Hasta aquí, todo bien. Tienen un espía trabajando para ustedes. El paso siguiente es cómo manejarlo. No sólo deben protegerse ustedes, sino también protegerlo a él. Concertarán reuniones secretas y le entrenarán en el uso del microfilm y, cuando corresponda, de radios clandestinas. Le enseñarán a detectar la vigilancia, a responder si le interrogan, etcétera.

»La última fase es la desconexión. Al cabo de cierto tiempo, es posible que la persona reclutada sea trasladada a un trabajo diferente y ya no tenga acceso a la información, o que ya no necesitemos la información a la que esa persona tiene acceso. En cualquiera de los dos casos, la relación llega a su fin, pero es importante concluirla de tal manera que el reclutado no se sienta en absoluto utilizado ni quiera vengarse...

El coronel Johnson tenía razón. No todos lograron completar el curso. Rostros familiares comenzaron a desaparecer del mapa. Algunas personas se daban por vencidas. Nadie sabía por qué. Nadie preguntaba.

Cierto día, cuando un grupo se preparaba para ir a Richmond a realizar un ejercicio de vigilancia, el instructor de Robert dijo:

—Ha llegado el momento de evaluarte, Robert. Enviaré a alguien para que te siga. Quiero que te deshagas de él. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí, señor.

—Buena suerte.

Robert cogió el autobús a Richmond y comenzó a recorrer las calles a pie.

Antes de que hubieran pasado cinco minutos, identificó a sus seguidores. Eran dos hombres. Uno iba a pie, y el otro, en automóvil. Robert trató de quitárselos de encima entrando en tiendas y restaurantes y saliendo a toda prisa por la puerta trasera, pero no lo consiguió. Estaban demasiado bien entrenados. Pasaba el tiempo, ya casi era la hora de volver a la Granja, y todavía no había podido librarse de ellos. Lo vigilaban demasiado de cerca. Entonces Robert entró en unos grandes almacenes, y los dos individuos se instalaron de manera que pudieran tener vigiladas todas las entradas y salidas. Robert subió por la escalera mecánica a la sección de confección para caballero. Bajó treinta minutos más tarde; llevaba un traje diferente, abrigo y sombrero, conversaba con una mujer y llevaba a un bebé en brazos. Pasó junto a sus seguidores sin ser reconocido. Aquel día, fue el único que logró eludir la vigilancia.

La jerga empleada en la Granja era en sí misma un idioma.

—Lo más probable es que no lleguen a utilizar estos términos —les dijo el instructor—, pero es mejor que los conozcan. Hay dos clases diferentes de agentes: un *agente de influencia* y un *agente provocador*. El agente de influencia trata de cambiar la opinión en el país en que opera. Un agente provocador tiene como finalidad causar problemas y crear caos. *Influencia biográfica* es el nombre en clave que la CIA emplea para la extorsión. También hay *trabajos de bolsa negra*, que van desde el soborno al robo. Watergate fue un trabajo de este tipo.

Recorrió con la mirada a sus alumnos para asegurarse de que le prestaban atención. Todos estaban pendientes de sus palabras.

—Es posible que de vez en cuando necesiten un *remendón*; ése es el término para referirse a los que falsifican pasaportes.

Robert se preguntó si alguna vez necesitaría un *remendón*.

—La expresión *degradación máxima* es muy desagradable. Significa castigar con la muerte. Idéntico significado tiene la palabra *terminar*. Si oyen que alguien habla de *la Firma*, es el sobrenombre utilizado para referirse al Servicio Secreto Británico. Si se les pide que *fumiguen* una oficina, lo que deben buscar no son termitas sino dispositivos ocultos de escucha.

Aquellas expresiones arcanas fascinaron a Robert.

—*Damas* es un eufemismo para referirse a mujeres enviadas a comprometer a la oposición. Una *leyenda* es la biografía que se le inventa a un espía para protegerlo y brindarle una cobertura. *Jubilarse* significa dejar el servicio.

El instructor pasó revista visual a la clase.

—¿Alguno de ustedes sabe qué es un *domador de leones*?

Aguardó una respuesta. Silencio.

—Cuando se despide a un agente, éste a veces no se resigna, y es posible que amenace con revelar lo que sabe. Entonces se llama a un *forzado* o *domador de leones* para que le haga entrar en razón. Estoy seguro de que ninguno de ustedes querrá tener que vérselas nunca con un personaje así.

La frase suscitó risas nerviosas.

—Después, tenemos la palabra *sarampión*. Si un objetivo muere de sarampión, significa que ha sido asesinado con tal eficacia que la muerte parece accidental o debida a causas naturales. Un método para inducir el sarampión es utilizar el «Tabun», una solución incolora o de color marrón que produce una parálisis nerviosa al ser absorbida a través de la piel. Si alguien les ofrece una *cajita de música*, lo que les está ofreciendo es un transmisor inalámbrico. El operador que transmite es denominado *músico*. En el futuro, algunos de ustedes operarán *desnudos*. No se apresuren a quitarse la ropa; significa que estarán solos y sin ninguna asistencia.

»Hay una sola cosa más de la que quiero hablarles hoy: la coincidencia. En nuestro trabajo no existe tal cosa. Por lo general equivale a peligro. Si se tropiezan una y otra vez con la misma persona, o ven repetidamente el mismo automóvil cuando están cumpliendo una misión, cuídense las espaldas. Lo más probable es que estén metidos en un buen lío.

»Bueno, eso es todo por hoy, caballeros. Mañana proseguiremos.

El coronel Johnson llamaba a Robert a su oficina con bastante regularidad «para charlar un rato», como decía él. La conversación parecía intrascendente, pero Robert tenía conciencia de que, en realidad, lo estaban sondeando.

—Tengo entendido que es feliz en su matrimonio, Robert.

—Así es.

Pasaron la siguiente media hora hablando del matrimonio, la fidelidad y la confianza.

En otra oportunidad:

—El almirante Whittaker lo considera como a un hijo, Robert. ¿Lo sabía usted?

—Sí. —El dolor por la muerte de Edward era algo que jamás desaparecería.

Hablaron sobre la lealtad, el deber y la muerte.

—Usted se ha enfrentado más de una vez a la muerte, Robert. ¿Tiene miedo a morir?

—No. —*Pero morir por un buen motivo*, pensó Robert. *No estúpidamente.*

Robert vivía esas entrevistas con desaliento porque eran como mirarse en un espejo unidireccional. El coronel Johnson podía verlo con toda claridad, pero permanecía invisible; un enigma oculto por el secreto.

El curso duró dieciséis semanas, y durante ese tiempo no se le permitió a ninguno de los hombres comunicarse con el mundo exterior. Robert echaba de menos desesperadamente a Susan. Nunca habían estado separados durante tanto tiempo. Cuando los cuatro meses llegaron a su fin, el coronel Johnson llamó a Robert a su oficina.

—Le he llamado para despedirme. Ha hecho usted un trabajo excelente, comandante. Creo que su futuro será muy interesante.

—Gracias, señor. Eso espero.

—Buena suerte.

El coronel Johnson lo vio marchar. Se quedó sentado cinco minutos sin moverse y después tomó una decisión. Se acercó a la puerta y la cerró con llave. Después, levantó el auricular del teléfono e hizo una llamada.

Susan lo estaba aguardando. Le abrió la puerta del apartamento con un *negligé* transparente que no ocultaba nada. Corrió a abrazarlo y se quedó apretada contra él.

—Hola, marinero. ¿Quieres pasar un buen rato?

—Ya lo estoy pasando —dijo, feliz, Robert—, con sólo tenerte en los brazos.

—¡Dios mío, cómo te he echado de menos! —Susan se echó hacia atrás y dijo con ferocidad—: Si algo llegara a pasarte, creo que me moriría.

—Jamás me pasará nada.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Ella se quedó mirándolo un momento, preocupada.

—Pareces tan cansado.

—Ha sido un curso muy intenso —reconoció Robert. Con todos los textos y manuales que había que estudiar, además de las clases prácticas, los hombres reclutados sólo podían dormir unas pocas horas cada noche. Pero no hubo demasiadas quejas por una sencilla razón: tenían plena conciencia de que lo que estaban aprendiendo podía, en el futuro, salvarles la vida.

—Sé exactamente lo que necesitas —decidió Susan.

Robert sonrió.

—Ya lo creo —dijo, y se inclinó hacia ella.

—Espera. Dame cinco minutos. Desvístete.

Él la observó mientras se alejaba y pensó: *¿Puede un hombre ser más afortunado que yo?* Empezó a quitarse la ropa.

Susan regresó unos minutos después. Dijo, con ternura:

—Mmmmm. Me gustas así, desnudo.

A él le pareció oír la voz del instructor que les decía: «Algunos de ustedes operarán desnudos. Eso significa que operarán solos y sin ninguna asistencia». *¿En qué me he metido? ¿En qué he metido a Susan?*

Ella lo condujo al cuarto de baño. La bañera estaba llena de agua caliente perfumada, y el cuarto estaba a oscuras, salvo por cuatro velas encendidas sobre el lavabo.

—Bienvenido a casa, amor mío. —Se quitó el *negligé* y se metió en la bañera. Él la siguió.

—Susan...

—No digas nada. Reclínate contra mí.

Él sintió que las manos de ella le acariciaban la espalda y los hombros, y

también sintió las curvas suaves de Susan contra su cuerpo, y olvidó lo cansado que estaba. Hicieron el amor en el agua templada, y cuando terminaron de secarse, Susan dijo:

—Bueno, eso no ha sido más que el preludio. Ahora viene lo bueno.

Hicieron el amor de nuevo, y más tarde, cuando Robert empezaba a quedarse dormido abrazando a Susan, alcanzó a pensar: *Siempre será así. Siempre.*

Capítulo 17

El lunes por la mañana, Robert se presentó para su primera jornada de trabajo en la Oficina del Distrito 17 de Inteligencia Naval, en el Pentágono.

El almirante Whittaker le dijo, con afecto:

—Bienvenido a casa, Robert. Causaste una espléndida impresión al coronel Johnson.

Robert sonrió.

—Él sí que es impresionante.

Mientras tomaban café, el almirante le preguntó:

—¿Estás listo para empezar a trabajar?

—Estoy impaciente por hacerlo.

—Estupendo. Tenemos un problema en Rodesia...

Trabajar en la Oficina Naval de Inteligencia era incluso más emocionante de lo que Robert había imaginado. Cada misión era diferente, y a él le asignaban las más difíciles y delicadas. Trajo a un desertor que reveló detalles sobre la operación de narcotráfico de Noriega en Panamá, desenmascaró a un topo que trabajaba para Marcos en el consulado estadounidense de Manila, y

ayudó a instalar una estación secreta de radio en Marruecos. Tuvo también que cumplir arriesgadas misiones en América del Sur y en las Indias Orientales.

Lo único que le perturbaba era estar tanto tiempo lejos de Susan. Detestaba aquellas separaciones y la echaba muchísimo de menos.

Él, por lo menos, tenía la emoción de su trabajo, pero Susan no tenía nada. El número de casos encomendados a Robert iba en aumento. Cada vez pasaba menos tiempo en casa, y fue entonces cuando los problemas con Susan empezaron a agravarse.

Cada vez que Robert volvía a casa, él y Susan se lanzaban ansiosamente el uno en brazos del otro y hacían el amor apasionadamente. Pero esas ocasiones empezaron a ser cada vez menos frecuentes. Susan tenía la sensación de que tan pronto Robert regresaba de una misión, le encomendaban otra.

Para empeorar aún más las cosas, Robert no podía hablar con ella de su trabajo. Susan no tenía la menor idea de adonde se dirigía ni de qué estaba haciendo. Sabía que de todas formas las misiones eran peligrosas, y le aterraba pensar que tal vez algún día no regresaría. Tampoco se atrevía a hacerle preguntas. Se sentía una extraña, completamente excluida de una parte importante de la vida de Robert. De la vida de ambos. *No puedo seguir así*, decidió Susan.

Cuando Robert volvió de una misión de cuatro semanas en América Central, Susan le dijo:

—Robert, creo que deberíamos hablar.

—¿Cuál es el problema? —preguntó él, aunque sabía perfectamente de qué se trataba.

—Estoy asustada. Nos estamos alejando el uno del otro, y yo no quiero que eso pase. No podría soportarlo.

—Susan...

—Espera. Déjame terminar. ¿Sabes cuánto tiempo hemos estado juntos en los últimos cuatro meses? Menos de dos semanas. Cada vez que vuelves a casa, tengo la sensación de que eres una visita en lugar de mi marido.

Robert la tomó entre sus brazos y la apretó con fuerza.

—Ya sabes cuánto te quiero.

Ella le apoyó la cabeza en el hombro.

—Por favor, no permitas que nos pase nada.

—No lo permitiré —prometió—. Hablaré con el almirante Whittaker.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente.

—El almirante le recibirá ahora, comandante.

—Gracias.

El almirante Whittaker estaba sentado detrás de su escritorio, firmando papeles. Levantó la mirada cuando Robert entró en su despacho y sonrió.

—Bienvenido a casa, Robert, y enhorabuena. Has realizado un trabajo excelente en El Salvador.

—Gracias, señor.

—Siéntate. ¿Quieres tomar un café?

—No, gracias, almirante.

—¿Querías hablar conmigo? Mi secretaria me ha dicho que era urgente. ¿Qué puedo hacer por ti?

Le resultaba difícil empezar.

—Bueno, señor, se trata de algo personal. Hace menos de dos años que estoy casado y...

—Tu elección fue muy acertada, Robert. Susan es una mujer maravillosa.

—Sí, yo pienso lo mismo. El problema es que estoy ausente la mayor parte del tiempo, y eso no la hace nada feliz. —Y se apresuró a agregar—: Y creo que tiene toda la razón. Es una situación bastante irregular.

El almirante Whittaker se reclinó en su asiento y dijo:

—Por supuesto que lo que estás haciendo no tiene nada de común. Y a veces es preciso hacer sacrificios.

—Ya lo sé —dijo Robert, obstinado—, pero no estoy dispuesto a sacrificar mi matrimonio. Significa demasiado para mí.

—Entiendo. ¿Qué es concretamente lo que me pides?

—Tenía la esperanza de que me asignara misiones que no me exigieran estar tanto tiempo lejos de casa. En un operativo de tal envergadura, estoy seguro de que hay mil cosas que yo podría hacer más cerca de mi casa.

—Más cerca de tu casa.

—Sí.

—La verdad es que te lo has ganado —dijo el almirante, despacio—. No veo por qué no podemos encontrarle una solución.

Robert sonrió, aliviado.

—Es muy amable, almirante. Se lo agradecería mucho.

—Sí, decididamente creo que podremos arreglarlo. Dile a Susan de mi parte que el problema está solucionado.

Robert se puso en pie, radiante.

—No sé cómo darle las gracias.

El almirante Whittaker movió la mano como para restarle importancia al asunto.

—Eres un agente demasiado importante como para que permita que te pase algo. Ahora regresa a tu casa y a los brazos de tu esposa.

Susan recibió la noticia con entusiasmo. Lo abrazó y le dijo:

—Querido, es maravilloso.

—Pienso pedir un par de semanas de permiso para que podamos hacer un viaje a alguna parte. Será nuestra segunda luna de miel.

—Ya he olvidado cómo es una luna de miel —murmuró Susan—. Enséñamelo.

Y él la obedeció.

A la mañana siguiente, el almirante Whittaker llamó a Robert a su despacho.

—Quería que supieras que estoy tratando de arreglar el asunto del que estuvimos hablando ayer.

—Gracias, almirante. —Ése era el momento de solicitar un permiso—. Señor...

—Se ha presentado un imprevisto —lo interrumpió el almirante Whittaker, y comenzó a pasearse por la habitación. Cuando volvió a hablar, en su voz había un dejo de preocupación—. Me acaban de informar de que en la CIA hay un infiltrado. Se ha estado divulgando información ultrasecreta.

Lo único que se sabe del espía es que su nombre en clave es el Zorro. En este momento se encuentra en Argentina. Es necesario que alguien que no pertenezca a la agencia dirija la operación. El director de la CIA te ha elegido a ti para esta misión. Quieren que sigas el rastro de ese hombre, que lo encuentres y lo traigas aquí. Yo les he dicho que la decisión debes tomarla tú. ¿Quieres hacerlo?

Robert vaciló.

—Me temo que esta vez no voy a aceptar, señor.

—Respeto tu decisión, Robert. Has estado viajando constantemente y jamás has rechazado una misión. Sé que no ha sido fácil para tu matrimonio.

—Me gustaría aceptar esa misión, señor. Es sólo que...

—No hace falta que digas nada, Robert. La opinión que tengo de tu trabajo y dedicación no se alterará. Sólo tengo un favor más que pedirte.

—¿Cuál, almirante?

—El director de la CIA desea entrevistarse contigo, sea cual sea tu decisión. Pura cortesía. ¿No te importa hacerlo?

—Desde luego que no, señor.

Al día siguiente, Robert fue en su automóvil a Langley para reunirse con el director.

—Tome asiento, comandante —dijo el director cuando Robert entró en la amplia oficina esquinada—. He oído hablar mucho de usted. Siempre positivamente, por supuesto.

—Gracias, señor.

El director era un hombre de poco más de sesenta años, sumamente delgado, con el pelo blanco y muy fino y un pequeño bigote en forma de cepillo que se movía arriba y abajo cada vez que aspiraba de la pipa. Graduado en Yale, se había unido a la OSS durante la Segunda Guerra Mundial y pasó a pertenecer a la CIA desde el momento de su creación, una vez terminado el conflicto bélico. Fue ascendiendo progresivamente de categoría hasta ser nombrado finalmente director de la agencia de inteligencia más poderosa del mundo.

—Quiero que sepa, comandante, que respeto su decisión.

Bellamy asintió.

—Sin embargo, hay un hecho que creo es mi deber comentarle.

—¿Cuál, señor?

—Que el presidente de los Estados Unidos está personalmente interesado en la operación para desenmascarar al Zorro.

—No lo sabía, señor.

—Él considera, y yo también, que se trata de una de las misiones más importantes de esta agencia desde su creación. Estoy al tanto de la situación reinante en su casa, y estoy seguro de que también el presidente la comprende. Como sabe, es un hombre dedicado a su familia. Pero el hecho de que usted no acepte esta misión podría... no sé bien cómo expresarlo... afectar en forma negativa a la ONI y al almirante Whittaker.

—El almirante no tiene nada que ver con mi decisión, señor —dijo Robert.

—Lo comprendo, comandante. Pero ¿lo entenderá también el presidente?

Habrá que postergar la luna de miel, pensó Robert.

Cuando Robert le dio la noticia a Susan, agregó:

—Es mi última misión en el extranjero. Después, me quedaré tanto tiempo aquí que te cansarás de mí.

Ella le sonrió.

—No existe en el mundo tanto tiempo como para que eso ocurra. Estaremos juntos para siempre.

La cacería de el Zorro resultó ser la experiencia más desalentadora por la que hubiera pasado Robert en su vida. Encontró su rastro en Argentina, pero perdió a su presa por un día. El rastro lo condujo a Tokio y a China, y después a Malasia. Quienquiera que fuese el Zorro, dejaba un rastro suficiente como para que Robert supiera dónde había estado, pero jamás dónde se encontraba en aquel momento.

Los días se convirtieron en semanas, las semanas se convirtieron en meses, y el Zorro siempre le llevaba unos pasos de ventaja a Robert. Llamaba por teléfono a Susan casi todos los días. Al principio decía siempre: «Volveré dentro de unos días, querida». Después: «Tal vez esté de regreso la semana

próxima». Y, finalmente: «No estoy muy seguro de cuándo volveré». Hasta que Robert no tuvo más remedio que darse por vencido. Hacía dos meses y medio que perseguía infructuosamente a el Zorro.

Cuando regresó junto a Susan, ella parecía cambiada. Un poco más fría y distante.

—Lo siento, querida —se disculpó Robert—. No tenía idea de que podía prolongarse tanto. Fue sólo que...

—Jamás te soltarán, ¿no es así, Robert?

—¿Qué? Por supuesto que sí.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo creo. He aceptado un trabajo en el Washington Memorial Hospital.

—¿Has hecho qué?

—Trabajaré de nuevo como enfermera. No puedo quedarme sentada en casa esperando a que vuelvas, preguntándome dónde estás, qué haces, si estarás vivo o muerto.

—Susan, yo...

—Está bien, cariño. Por lo menos estaré haciendo algo útil mientras estás ausente. Hará que la espera sea menos penosa.

Robert no supo qué responder.

Informó al almirante Whittaker de su fracaso en la misión. El almirante se mostró comprensivo.

—Yo tengo la culpa, por permitir que aceptaras esa misión. De ahora en adelante, dejaremos que la CIA resuelva sus malditos problemas. Lo lamento, Robert.

Robert le contó que Susan pensaba volver a trabajar de enfermera.

—Creo que es una buena idea —dijo el almirante con aire pensativo—. Contribuirá a eliminar la tensión en vuestro matrimonio. Así, si de vez en cuando aceptas misiones en el extranjero, no será tan grave.

De vez en cuando se convirtió en casi constantemente. Fue entonces cuando su matrimonio empezó realmente a desintegrarse.

Susan trabajaba en el Washington Memorial Hospital como enfermera

quirúrgica, y cuando Robert estaba en casa ella trataba de conseguir permiso para estar con él, pero cada vez estaba más involucrada en su trabajo.

—Realmente disfruto mucho con mi trabajo. Tengo la sensación de estar haciendo algo útil.

Le hablaba a Robert de sus pacientes, y él recordaba cuánto lo había cuidado entonces, cómo lo había ayudado a volver a la vida. Le complacía que ella se entregara a un trabajo importante que al mismo tiempo le gustaba, pero lo cierto era que cada vez se veían menos. La distancia emocional entre los dos crecía. Había entre ambos cierta sensación de incomodidad que antes no existía. Eran como dos extraños que intentaban con desesperación entablar un diálogo.

Cuando Robert volvió a Washington de una misión de seis semanas en Turquía, llevó a Susan a cenar a Sans Souci.

—Tenemos un nuevo paciente en el hospital —dijo Susan—. Tuvo un accidente de aviación muy grave, y los médicos creían que no se salvaría, pero yo me ocuparé de que lo haga. —Sus ojos brillaban con intensidad.

Igual que hizo conmigo, pensó Robert. Y se preguntó si ella también se habría inclinado sobre el nuevo paciente y le habría dicho: «Tienes que curarte. Te estoy esperando». Rechazó el pensamiento.

—Es un hombre tan agradable, Robert. Todas las enfermeras están locas por él.

¿Todas las enfermeras?, se preguntó él.

En el fondo de su mente apareció una duda diminuta y punzante, pero logró librarse de ella.

Pidieron la cena.

El sábado siguiente, Robert partió para Portugal, y cuando regresó tres semanas más tarde, Susan lo recibió muy excitada.

—¡Monte ha andado hoy por primera vez! —exclamó. Su beso fue mecánico e indiferente.

—¿Monte?

—Monte Banks. Así se llama. Se pondrá bien. Los médicos no podían creerlo, pero nosotros no nos dimos por vencidos.

Nosotros.

—Háblame de él.

—Es un encanto. Siempre nos está haciendo regalos. Es un hombre muy rico. Pilota su propio avión y tuvo ese accidente espantoso, y...

—¿Qué clase de regalos?

—Bueno, ya sabes, cosas pequeñas; bombones, flores, libros y discos. Quería regalarnos un reloj muy valioso a cada una, pero por supuesto, no lo aceptamos.

—Por supuesto.

—Tiene un yate, caballos de polo...

Aquel día, Robert comenzó a llamarlo el Ricachón.

Susan no hacía más que hablar de él cuando regresaba a casa del hospital.

—Realmente es un encanto, Robert.

El encanto era peligroso.

—Y tiene tantos detalles. ¿Sabes lo que ha hecho hoy? Ha llamado al Jockey Club para que nos mandaran el almuerzo a todas las enfermeras de la planta.

Ese tipo me da náuseas. Sin poderlo creer, Robert descubrió que comenzaba a irritarse.

—Este paciente tuyo tan maravilloso, ¿está casado?

—No, querido. ¿Por qué?

—Por nada. Curiosidad.

Ella se echó a reír.

—Venga, no estarás celoso, ¿verdad?

—¿De un viejo que está aprendiendo a caminar? Desde luego que no. —*Vaya si lo estoy.* Pero no quería darle a Susan la satisfacción de reconocerlo.

Cuando Robert estaba en casa, Susan trataba de no hablar de su paciente, pero si ella no sacaba el tema, entonces era Robert el que lo hacía.

—¿Cómo anda el viejo Ricachón?

—No se llama Ricachón —le reprendía ella—, sino Monte Banks.

—Da lo mismo. —*Una pena que el hijo de puta no hubiera muerto en el accidente de aviación.*

Al día siguiente era el cumpleaños de Susan.

—Te diré lo que vamos a hacer para celebrarlo —dijo Robert con entusiasmo—. Saldremos y cenaremos en alguna parte y...

—He de estar en el hospital hasta las ocho de la noche.

—Muy bien. Te iré a buscar allí.

—De acuerdo. Monte está deseando conocerte. Le he hablado muchísimo de ti.

—Yo también estoy impaciente por conocer al viejo —le aseguró Robert.

Cuando Robert llegó al hospital, la recepcionista le dijo:

—Buenas noches, comandante. Susan está en la sala de ortopedia del tercer piso. Le está esperando. —Y cogió el teléfono para avisarla.

Cuando Robert salió del ascensor, Susan lo esperaba con su uniforme blanco almidonado, y él sintió que el corazón le daba un salto. Dios mío, qué hermosa era.

—Hola, preciosa.

Susan sonrió, pero se la veía un poco incómoda.

—Hola, Robert. Dentro de unos minutos terminaré mi trabajo. Ven. Te presentaré a Monte.

Estoy impaciente.

Ella lo condujo a una amplia habitación privada llena de libros, flores y cestos de fruta, y dijo:

—Monte, éste es Robert, mi marido.

Robert observó al hombre que estaba en la cama. Tenía tres o cuatro años más que él y se parecía a Paul Newman. Robert lo odió nada más verlo.

—Encantado de conocerlo, comandante. Susan me ha hablado muchísimo de usted.

¿De eso hablan cuando ella se queda junto a su cama en plena noche?

—Está muy orgullosa de usted.

Eso es, compañero, tírame las migajas.

Susan miraba a Robert, deseando que se mostrara cortés. Él hizo el esfuerzo.

—Tengo entendido que le darán de alta muy pronto.

—Sí, gracias sobre todo a su esposa. Consigue milagros.

Vamos, marinero. ¿Crees que voy a permitir que otra enfermera se ocupe de ese cuerpo maravilloso?

—Sí, ésa es su especialidad. —Robert no pudo evitar que en su voz apareciera un dejo de amargura.

La cena de cumpleaños fue un fracaso. Lo único que Susan quería era hablar de su paciente.

—¿Te ha recordado a alguien, querido?

—A Boris Karloff.

—¿Por qué tenías que ser tan grosero con él?

—Pues a mí me parece que he estado de lo más atento —dijo él muy fríamente—. Da la casualidad que ese hombre no me gusta.

Susan lo miró fijamente.

—Si ni siquiera lo conoces. ¿Qué es lo que no te gusta de él?

No me gusta la forma en que te mira. No me gusta cómo lo miras tú. No me gusta la manera en que nuestro matrimonio se está yendo a pique. Dios mío, no quiero perderte.

—Lo siento. Supongo que lo que pasa es que estoy cansado.

Terminaron la cena en silencio.

A la mañana siguiente, cuando Robert se preparaba para ir a la oficina, Susan le dijo:

—Robert, tengo algo que decirte...

Y fue como si a él le hubieran dado un golpe en el estómago. No soportaba que ella expresara en palabras lo que les estaba ocurriendo.

—Susan...

—Sabes que te quiero. Y que siempre te amaré. Eres el hombre más adorable y maravilloso que he conocido jamás.

—Por favor...

—No, déjame terminar. Esto me resulta muy difícil. Este último año hemos pasado muy poco tiempo juntos. Nuestro matrimonio ya no existe. Hemos tomado caminos diferentes.

Cada palabra de Susan era como un cuchillo que se le clavaba.

—Tienes razón —dijo él, desesperado—. Te juro que cambiaré. Dejaré la Agencia. Ahora. Hoy mismo. Nos iremos a alguna parte y...

Ella sacudió la cabeza.

—No, Robert. Los dos sabemos que ésa no es la solución. Tu trabajo te gusta. Si renunciaras a él por mí, nunca te lo perdonarías. No es culpa de nadie. Sólo, bueno... ha ocurrido. Quiero divorciarme de ti.

Fue como si el mundo se hubiera desplomado sobre él.

—No lo dices en serio, Susan. Ya encontraremos la manera de...

—Es demasiado tarde. Lo he estado reflexionando durante mucho tiempo. Cuando estabas lejos y yo me quedaba sentada sola en casa, esperando que volvieras. Hemos estado viviendo existencias separadas. Yo necesito algo más que eso. Necesito algo que tú ya no puedes darme.

Él se quedó callado, luchando por controlar sus sentimientos.

—¿Tiene esto algo que ver con el Ricachón?

Susan vaciló.

—Monte me ha pedido que me case con él.

Él sintió el impacto en sus intestinos.

—¿Y vas a hacerlo?

—Sí.

Era una pesadilla atroz. *Esto no está sucediendo en realidad, pensó. No es posible.* Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Susan lo abrazó y lo apretó con fuerza contra su pecho. —Jamás volveré a sentir por un hombre lo que he sentido por ti. Te he amado con todo mi corazón y con toda mi alma. Y siempre te seguiré queriendo. Eres mi amigo más querido. —Se apartó y le miró a los ojos—. Pero eso no basta. ¿Lo entiendes?

Lo único que entendía era que ella lo estaba apartando de sí con un desgarrón.

—Podríamos intentarlo de nuevo. Empezaremos de cero y...

—Lo siento, Robert —dijo ella con voz entrecortada—. No sabes cuánto lo siento, pero esto se terminó.

Susan cogió un avión a Reno para obtener el divorcio, y el comandante Robert Bellamy estuvo dos semanas borracho perdido.

Los viejos hábitos no se destierran con facilidad. Robert llamó por teléfono a un amigo que trabajaba en el FBI. Al Traynor se había cruzado en su camino

media docena de veces en el pasado, y Robert confiaba en él.

—Tray, necesito que me hagas un favor.

—¿Un favor? Lo que necesitas es un psiquiatra. ¿Cómo demonios has dejado escapar a Susan?

Lo más probable era que la noticia hubiera corrido por toda la ciudad.

—Es una historia larga y triste.

—De veras lo lamento, Robert. Ella era una mujer fuera de serie. Yo... olvídale. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me gustaría que verificaras los datos de una persona en el ordenador.

—Eso está hecho. ¿Cómo se llama?

—Monte Banks. No es más que una averiguación de rutina.

—Muy bien. ¿Qué quieres saber?

—Lo más probable es que ni siquiera figure en tus archivos, Tray, pero si llegara a estar... quiero saber si alguna vez le han puesto una multa por aparcamiento indebido, si golpeó a su perro, si se saltó una señal de tráfico... Lo normal.

—Claro.

—Y tengo curiosidad con respecto al origen de su dinero. Me gustaría conocer sus antecedentes.

—De modo que no es más que un procedimiento de rutina...

—Tray, te ruego que no lo comentes con nadie. Es personal. ¿De acuerdo?

—No te preocupes. Te llamaré por la mañana.

—Gracias. Te debo un almuerzo.

—Una cena.

—Dalo por hecho.

Robert colgó el auricular y pensó: *Retrato de un hombre aferrado a una esperanza. ¿Qué es lo que espero? ¿Que sea Jack el Destripador y que Susan vuelva volando a mis brazos?*

A la mañana siguiente, temprano, Dustin Thornton mandó llamar a Robert.

—¿En qué está trabajando ahora, comandante?

Sabe perfectamente bien en qué estoy trabajando, pensó Robert.

—Estoy terminando mi archivo sobre el diplomático de Singapur y...

—Pues no parece que eso le ocupe todo su tiempo.

—¿Perdón?

—Por si lo ha olvidado, comandante, la Oficina Naval de Inteligencia no tiene como finalidad investigar a ciudadanos norteamericanos.

Robert lo miraba, desconcertado.

—¿Qué me está...?

—El FBI me ha notificado que usted ha estado tratando de obtener cierta información que se encuentra completamente fuera de la jurisdicción de esta agencia.

Robert sintió una oleada de furia. El hijo de puta de Traynor lo había traicionado. Vaya amigo.

—Era un asunto personal —dijo—. Yo...

—Los ordenadores del FBI no están allí para su comodidad, ni para ayudarle a acosar a ciudadanos particulares. ¿Está claro?

—Muy claro.

—Eso es todo.

Robert volvió corriendo a su oficina. Sus dedos temblaban cuando marcó el 202-324-3000.

—FBI —contestó una voz.

—Al Traynor.

—Un momento, por favor.

Un minuto después, al otro lado de la línea, se oyó una voz masculina.

—Hola. ¿En qué puedo servirle?

—Quiero hablar con Al Traynor.

—Lo lamento. El agente Traynor ya no trabaja en esta oficina.

Robert se estremeció de pies a cabeza.

—¿Cómo dice?

—El agente Traynor ha sido trasladado.

—¿Trasladado?

—Sí.

—¿Adónde?

—A Boise. Pero no llegará allí hasta dentro de un tiempo. Un tiempo bastante prolongado, me temo.

—¿Qué quiere decir?

—Anoche, mientras corría por el parque de Rock Creek, fue atropellado por un automovilista que se dio a la fuga. ¿Puede creerlo? Sin duda el sinvergüenza estaba borracho o medio loco. Avanzó con el coche por el sendero para *jogging*. El cuerpo de Traynor fue despedido a más de diez metros de distancia. No es seguro que logre salir de ésta.

Robert colgó el auricular. Su mente era un torbellino. ¿Qué demonios estaba pasando? Monte Banks, el muchachito de ojos azules, estaba siendo protegido. ¿De qué? ¿Por quién? *Dios mío*, pensó Robert, *¿en qué se está metiendo Susan?*

Aquella tarde fue a visitarla.

Susan estaba en su nuevo apartamento, un magnífico dúplex en la calle M, y Robert se preguntó si el Ricachón se lo habría comprado. Hacía semanas que no veía a Susan, y contemplarla le quitó el aliento.

—Perdóname por venir a verte así, tan intempestivamente, Susan. Sé que prometí no hacerlo.

—Has dicho que era algo importante.

—Lo es. —Ahora que estaba allí, no sabía cómo empezar. *¿Susan, be venido a salvarte?* Ella se le reiría en la cara.

—¿Qué ha ocurrido?

—Es sobre Monte.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Qué pasa con él?

Ésa era la parte más difícil. ¿Cómo decirle algo que él mismo ignoraba? Lo único que sabía era que ocurría algo terrible. Monte Banks estaba en los archivos del FBI, eso era obvio, pero con una nota que decía: «No está permitido facilitar ninguna información sin una autorización adecuada». Y la investigación había llegado a oídos de la ONI ¿Por qué?

—Creo que no es... que no es lo que parece.

—No te entiendo.

—Susan... ¿de dónde saca el dinero?

Ella lo miró, sorprendida.

—Monte tiene una empresa muy importante de importación y exportación.

La tapadera más vieja del mundo.

Debería haber tenido suficiente sentido común como para no presentarse allí con una teoría a medio elaborar. Se sintió muy tonto. Susan aguardaba una respuesta, y él no tenía ninguna para darle.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno... sólo quería asegurarme de que era la persona adecuada para ti.

—Oh, Robert. —La voz de Susan estaba llena de decepción—. Supongo que no debería haber venido. —*En eso tienes razón, compañero*—. Lo lamento.

Susan se le acercó y lo abrazó.

—Te entiendo —dijo con ternura.

Pero no entendía que una investigación inocente sobre Monte Banks había sido obstruida y luego referida a la Oficina Naval de Inteligencia, y que al hombre que había intentado obtener esa información casi lo habían enviado al otro barrio.

Existían otras formas de obtener información, y Robert recurrió a ellas con cautela. Llamó por teléfono a un amigo que trabajaba en la revista *Forbes*.

—¡Robert! Hace mucho que no nos vemos. ¿Qué puedo hacer por ti?

Robert se lo dijo.

—¿Monte Banks? Qué curioso que lo menciones. Creemos que debería figurar en nuestra lista de los cuatrocientos hombres más ricos, pero no podemos obtener información concreta sobre él. ¿Tienes algo para nosotros?

Cero.

Robert fue a la biblioteca pública y buscó a Monte Banks en el *Quién es quién*. No figuraba.

Se dirigió a la hemeroteca y repasó los ejemplares del *Washington Post* de la época en que Monte Banks había tenido el accidente de aviación. Había un breve artículo sobre el suceso. Mencionaba a Banks como empresario.

Todo parecía muy inocente. Tal vez *estoy equivocado*, pensó Robert.

Quizá Monte Banks esté limpio. Nuestro gobierno no lo habría protegido si realmente fuera un espía, un delincuente, si traficara con drogas... Lo cierto es que sigo tratando de recuperar a Susan.

Ser de nuevo soltero significaba la soledad, el vacío, un sinfín de días atareados y de noches de insomnio. Cada tanto le embargaba una oleada de desesperación repentina que le hacía llorar. Lloraba por él y por Susan y por todo lo que habían perdido. Susan parecía estar presente en todas partes. El apartamento estaba repleto de cosas que le recordaban a ella. Sobre Robert había caído la maldición del recuerdo permanente, y cada habitación lo atormentaba con la memoria de la voz de Susan, de su risa, de su calidez. Recordaba las suaves colinas y valles de su cuerpo cuando yacía en la cama, desnuda, esperándolo, y el sufrimiento y el dolor que aquello le provocaba era intolerable.

Sus amigos se preocupaban por él.

—No deberías estar solo, Robert.

Y el objetivo de todos se convirtió en: «¡Tengo que conseguirle una novia!».

Las candidatas eran altas y hermosas, bajitas y sensuales. Había modelos, secretarias, ejecutivas de agencias de publicidad, divorciadas y abogadas. Pero ninguna era Susan. Robert no tenía nada en común con ninguna de ellas, y el hecho de tener que mantener conversaciones intrascendentes con desconocidas que no le interesaban en absoluto incrementaba su soledad. No tenía ningún deseo de acostarse con ellas. Quería estar solo. Quería rebobinar la película hasta el comienzo, para volver a escribir el guión. Con esa visión retrospectiva, le resultaba tan fácil comprender sus errores, ver cómo tendría que haberse desarrollado aquella escena con el almirante Whittaker.

Un hombre apodado el Zorro se ha infiltrado en la CIA. El subdirector quiere que tú le sigas el rastro.

—No, almirante, lo lamento. Pienso salir de viaje de segunda luna de miel con mi esposa.

Quería volver a representar su vida y darle un final feliz. Demasiado tarde. La vida no ofrece una segunda oportunidad. Estaba solo.

Hacía sus compras, cocinaba él mismo y, cuando no cumplía ninguna misión, una vez por semana iba a la lavandería de la esquina.

Fue una época solitaria y desdichada en la vida de Robert. Pero todavía faltaba lo peor. Una hermosa diseñadora que había conocido en Washington le llamó por teléfono varias veces para invitarlo a cenar. Robert se había mostrado poco dispuesto, pero finalmente aceptó. Ella preparó una cena deliciosa para los dos a la luz de las velas.

—Eres muy buena cocinera —dijo Robert.

—Soy muy buena en todo —dijo ella, y era imposible no captar el significado de esas palabras. Se acercó a Robert—. Deja que te lo demuestre. —Le apoyó las manos en las caderas y pasó la lengua por sus labios.

Ha pasado mucho tiempo, pensó Robert. Tal vez demasiado.

Fueron a la cama y, con gran consternación por parte de Robert, fue un desastre. Por primera vez en su vida, Robert fue impotente. Se sintió humillado.

—No te preocupes, querido —dijo ella—. Se te pasará.

Se equivocaba.

Robert volvió a su casa sintiéndose avergonzado y mutilado. Sabía que, de una manera absurda y retorcida, había sentido que hacer el amor con otra mujer era traicionar a Susan. *¿Hasta dónde puede llegar mi estupidez?*

Varias semanas después intentó hacer el amor de nuevo con una secretaria de la ONI. Ella se mostró fogosa y apasionada en la cama, le acarició todo el cuerpo y tomó su pene en la boca. Pero fue inútil. Él sólo deseaba a Susan. Después de esa experiencia, dejó de intentarlo. Pensó en consultar a un médico, pero la vergüenza se lo impidió. Sabía cuál era la respuesta a su problema, y no tenía nada que ver con lo que podía aconsejarle un doctor. Transfirió toda su energía al trabajo.

Susan le llamaba por teléfono al menos una vez por semana.

«No te olvides de ir a buscar las camisas a la lavandería», solía decirle. O: «Te mando a la sirvienta para que te limpie el apartamento. Apuesto a que está hecho un desastre».

Cada llamada hacía que la soledad de Robert fuera más intolerable.

Le había telefoneado la noche anterior a su boda.

—Robert, quiero que sepas que mañana me caso.

Tenía un nudo en la garganta y apenas podía respirar.

—Susan...

—Quiero a Monte —dijo ella—, pero también te quiero a ti. Te amaré hasta el día de mi muerte. No quiero que lo olvides.

¿Qué le podía contestar a eso?

—Robert, ¿estás bien?

Pues claro. Estoy maravillosamente bien. Salvo que estoy jodido. Olvida el adjetivo.

—¿Robert?

No podía castigarla con su problema.

—Estoy bien. Hazme un favor, ¿quieres, amor mío? —Cualquier cosa.

—No... no dejes que él te lleve de luna de miel a los lugares en que estuvimos juntos.

Colgó y salió a emborracharse de nuevo.

Eso había ocurrido un año antes. Pertenecía al pasado. No tuvo más remedio que afrontar la realidad de que ahora Susan pertenecía a otra persona. Debía vivir en el presente. Tenía una misión que cumplir. Había llegado el momento de tener una conversación con Leslie Mothershed, el hombre que tenía las fotografías y el nombre de los testigos que a Robert le habían encomendado localizar. Ésta iba a ser su última misión.

Capítulo 18

Leslie Mothershed se encontraba en un estado que iba más allá de la euforia. No bien regresó a Londres con su precioso rollo de película, se metió en la pequeña despensa convertida en cuarto oscuro y comprobó si tenía a mano todo lo que necesitaba: tanque de revelado, termómetro, pinzas de tender la ropa, cuatro cubetas grandes, reloj de laboratorio, líquido para el baño de paro y fijador. Apagó las luces y encendió una pequeña bombilla roja. Las manos le temblaban al abrir los carretes y sacar la película. Respiró hondo varias veces para serenarse. *Nada ha de salir mal esta vez, pensó. Nada. Esto es por ti, mamá.*

Con mucho cuidado, puso la película en las espirales y colocó éstas en el tanque que había llenado con revelador, el primer líquido que iba a utilizar. Se requería una temperatura constante de veinte grados y una agitación periódica. Después de once minutos, vació el contenido y vertió el fijador en las espirales.

Comenzaba a sentirse nervioso, aterrado ante la posibilidad de cometer una equivocación. Enjuagó la película en un agente eliminador de hiposulfito durante cinco minutos y después volvió a enjuagarla en una solución humectante. Por último, con mucho, muchísimo cuidado, extrajo la película y

la colgó a secar sujeta con pinzas de ropa.

Había llegado el momento de examinar los negativos. Contuvo el aliento y, con el corazón agitado, Mothershed cogió la primera tira de negativos y la sostuvo contra la luz. *Perfecta. ¡Absolutamente perfecta!*

Cada instantánea era una maravilla, una toma que cualquier fotógrafo en el mundo se sentiría orgulloso de haber logrado. Se veían con absoluta claridad todos los detalles de la extraña nave espacial, incluyendo los cuerpos de los dos extraterrestres que yacían en su interior.

Notó dos cosas que no había visto antes, y que le hicieron observar mejor. Donde la nave espacial se había partido se veían tres butacas estrechas en su interior... y sin embargo había sólo dos extraterrestres. La otra cosa extraña era que una de las manos de aquellos seres estaba seccionada. No se veía en ninguna parte de la fotografía. *Tal vez ese ser sólo tenía una mano*, pensó Mothershed. *¡Dios mío, estas fotografías son una obra de arte! Mamá tenía razón. Soy un genio.* Paseó la mirada por la pequeña habitación y se dijo: *La próxima vez que revele una película, será en el cuarto oscuro de un amplio y espacioso laboratorio de mi mansión en Eaton Square.*

Se quedó allí de pie, acariciando sus tesoros como un avaro lo haría con su oro. No existía ningún periódico ni revista en el mundo que no estuviera dispuesto a matar para obtener esas instantáneas. Durante todos aquellos años, los muy miserables le habían rechazado sus fotografías con pequeñas notas insultantes. «Gracias por enviarnos las fotos que le devolvemos, pero no se ajustan a nuestras necesidades actuales.» Y: «Gracias por su envío. Son fotografías demasiado similares a las que ya hemos publicado». O sencillamente: «Le devolvemos las fotografías que nos había enviado».

Durante años no hizo más que suplicarles trabajo a aquellos malnacidos, y ahora ellos tendrían que suplicarle de rodillas, y les costaría un ojo de la cara.

No podía esperar. Tenía que empezar enseguida. Desde que la condenada Compañía Telefónica le cortó el teléfono sólo porque se había retrasado unas semanas en pagar la factura, Mothershed tenía que salir a la calle a buscar un teléfono. Obedeciendo a un impulso, decidió ir a Langan's, el lugar de reunión de las celebridades, y gratificarse con una buena comida bien merecida. Langan's estaba más allá de sus posibilidades, pero sin lugar a

dudas era el momento apropiado para celebrar su buena suerte. ¿Acaso no estaba a punto de convertirse en un hombre rico y famoso?

Un *maître* condujo a Mothershed a una mesa en un rincón del restaurante, y una vez allí, en un reservado a tres metros de distancia, vio dos caras conocidas. De pronto se dio cuenta de quiénes eran, y un estremecimiento le recorrió el cuerpo. ¡Michael Caine y Roger Moore, en persona! Deseó que su madre estuviera viva para poder contárselo. A ella le encantaba leer todo lo referente a los actores del cine. Los dos hombres reían despreocupadamente y lo estaban pasando bien, mientras Mothershed no podía dejar de contemplarlos. Pero ellos no le prestaban atención. *Hijos de puta*, pensó Leslie Mothershed, furioso. *Supongo que esperan que vaya a pedirles un autógrafo. Pues bien, dentro de unos días serán ellos quienes vengan a pedírmelo a mí. Harán lo imposible por presentarme a sus amigos. Leslie, quiero presentarte a Charles y Di, y éstos son Fergie y Andrew. Leslie, ya sabéis, es el muchacho que tomó las famosas fotografías del ovni.* Cuando Mothershed terminó el almuerzo, pasó junto a los dos actores y se dirigió a la cabina telefónica del piso superior. En Información le dieron el número del periódico *Sun*.

—Quiero hablar con el director de fotografía.

Se oyó una voz masculina.

—Chapman —dijo.

—¿Cuánto pagarían por unas fotografías de un ovni con los cuerpos de dos extraterrestres en su interior?

La voz al otro extremo de la línea contestó:

—Si las fotos son lo bastante buenas, podríamos publicarlas como ejemplo de truco bien hecho, y...

Mothershed replicó, muy irritado:

—Da la casualidad de que no se trata de ningún truco. Tengo los nombres de nueve testigos, entre ellos un sacerdote, que atestiguarán que son auténticas.

El tono de voz del hombre cambió.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde fueron tomadas esas fotografías?

—Eso no le concierne —dijo Mothershed con astucia. No iba a permitirle que le sacara información—. ¿Les interesa?

La voz respondió, con cautela:

—Si usted puede probar que las fotografías son auténticas, sí, nos interesaría mucho.

Ya lo creo que sí, pensó Mothershed con regocijo.

—Volveré a llamarles —dijo, y colgó.

Las otras dos llamadas fueron igualmente satisfactorias. Mothershed tuvo que reconocer que el hecho de haber obtenido los nombres y direcciones de los testigos había sido un recurso genial. Era imposible que alguien lo acusara de perpetrar un fraude. Las fotografías aparecerían en la primera página de todos los periódicos y revistas importantes del mundo. *Con mi crédito: «fotografías de Leslie Mothershed».*

Al marcharse del restaurante, Mothershed no pudo resistir la tentación de acercarse al reservado donde estaban sentados los dos actores y decirles:

—Lamento molestarlos, pero ¿tendrían la amabilidad de darme un autógrafo?

Roger Moore y Michael Caine le sonrieron, y cada uno garabateó su nombre en un trozo de papel y se lo entregó.

—Muchas gracias.

Cuando Leslie Mothershed llegó a la acera, rompió con saña los papeles con los autógrafos y los tiró.

¡Al diablo con ellos!, pensó. *Yo soy mucho más importante.*

Capítulo 19

Robert cogió un taxi a Whitechapel. Pasaron por la City, el sector bancario de Londres, y enfilaron hacia el este hasta llegar a Whitechapel Road, el barrio de triste fama el siglo pasado por las andanzas de Jack el Destripador. A lo largo de Whitechapel Road había infinidad de puestos callejeros que vendían de todo, desde ropa a verduras frescas y alfombras.

A medida que el taxi se acercaba al domicilio de Mothershed, el vecindario se volvía más ruinoso. En la fachada de los edificios deteriorados se veían *graffiti* de todos los colores. Pasaron por el Weaver's Arms Pub. *Seguro que Mothershed es cliente de ese local*, pensó Robert. Otro letrero rezaba: Walter Bookmaker... *Mothershed debe de hacer sus apuestas hípicas aquí.*

Llegaron por fin al 213 A de Grove Road. Robert pagó al taxista y se quedó observando el edificio que tenía delante. Era de dos plantas y había sido dividido en pequeños apartamentos. En su interior vivía el hombre que tenía la lista completa de los testigos que habían encomendado a Robert que encontrara.

Leslie Mothershed estaba en el salón reflexionando sobre su racha de buena suerte cuando sonó el timbre. Se sobresaltó y levantó la vista, víctima de un repentino e inexplicable temor. El timbre volvió a sonar. Mothershed recogió sus preciosas fotografías y las llevó precipitadamente al improvisado cuarto oscuro. Las colocó sobre una pila de copias viejas, regresó al salón y fue a abrir la puerta. Se quedó mirando al desconocido que estaba allí de pie.

—¿Sí?

—¿Leslie Mothershed?

—Soy yo. ¿En qué puedo servirle?

—¿Puedo pasar?

—No sé. ¿De qué se trata?

Robert sacó su tarjeta de identificación del Ministerio de Defensa y se la mostró.

—Estoy aquí en misión oficial, señor Mothershed. Podemos hablar aquí o, si lo prefiere, en el ministerio.

Era un farol. Pero vio la expresión de miedo que apareció de pronto en la cara del fotógrafo.

Leslie Mothershed tragó saliva.

—No sé de qué está hablando, pero, bueno... pase.

Robert entró en el triste saloncito. Era una habitación deprimente que había conocido épocas mejores, no exactamente el lugar que uno elegiría para vivir.

—¿Tendría la bondad de explicarme cuál es el motivo de su presencia aquí? —Mothershed procuró que en su voz apareciera una nota de exasperación inocente.

—Estoy aquí para interrogarlo sobre unas fotografías.

¡Lo sabía! Lo supo en el mismo momento en que oyó el timbre. *Los hijos de puta van a tratar de quitarme mi fortuna. Pues bien, no se lo permitiré.*

—¿A qué fotografías se refiere?

—A las que tomó en el lugar donde se estrelló el ovni —respondió pacientemente Robert.

Mothershed se quedó mirando a Robert un momento, como sorprendido,

y después su risa fue forzada.

—¡Ah, ésas! Ojalá las tuviera.

—Pero usted hizo esas fotografías, ¿no es así?

—Lo intenté.

—¿Qué quiere decir con eso de «lo intenté»?

—Las malditas fotografías no salieron —dijo Mothershed, y tosió—. La cámara me veló la película. Es la segunda vez que me ocurre. —Empezó a farfullar—. Tuve que tirar los negativos. No servían para nada. Fue un desperdicio de película. Y ya sabe lo cara que es la película virgen en la actualidad.

Miente muy mal. Está a punto de tener un ataque de pánico.

—Una pena —dijo Robert con tono comprensivo—. Esas fotografías nos habrían sido de mucha utilidad. —No mencionó nada acerca de la lista de pasajeros. Si Mothershed mentía con respecto a las fotografías, mentiría también con respecto a la lista. Robert recorrió la habitación con la mirada. Las fotografías y la lista debían de estar ocultas en alguna parte. No resultaría demasiado difícil encontrarlas. El apartamento estaba formado por un saloncito, un dormitorio, un cuarto de baño y lo que parecía ser la puerta de un armario para artículos de limpieza. No tenía forma de obligar al hombre a entregarle el material. Carecía de auténtica autoridad. Pero necesitaba las fotografías y la lista de testigos antes de que se presentara el SIS y se las llevara. Necesitaba tener aquella lista.

—Sí —asintió Mothershed con un suspiro—, esas fotografías habrían valido una fortuna.

—Cuénteme cómo era la nave espacial —dijo Robert.

Mothershed se estremeció. Aquel pavoroso espectáculo había quedado grabado para siempre en su memoria.

—No lo olvidaré jamás —empezó—. La nave parecía... latir, como si estuviera viva. Había en ella algo maligno. Y además, había dos extraterrestres muertos en su interior.

—¿Puede decirme algo sobre los pasajeros del autocar?

Ya lo creo que puedo, se jactó Mothershed para sí. *Tengo sus nombres y direcciones.*

—No, me terno que no —dijo Mothershed, y siguió hablando para

disimular lo nervioso que estaba—. La razón por la que no puedo contarle nada sobre los pasajeros es que yo no viajaba en ese autocar. Eran todos desconocidos para mí.

—Comprendo. Bueno, gracias por su cooperación. Se lo agradezco sinceramente. Y lamento lo de la película.

—Yo también —dijo Mothershed. Se alegró al ver que la puerta se cerraba tras el desconocido, y pensó: *¡Lo he logrado! He sido más listo que esos hijos de puta.*

Fuera, en el descansillo, Robert examinaba la cerradura de la puerta. Una Chubb. Un modelo bastante viejo. Podía abrirla en segundos. Comenzaría la vigilancia durante la noche y esperaría a que el fotógrafo abandonara el apartamento por la mañana. *Una vez tenga la lista de pasajeros, el resto de mi misión será muy sencillo.*

Robert se inscribió en un pequeño hotel cerca del apartamento de Mothershed y llamó por teléfono al general Hilliard.

—Tengo el nombre del testigo inglés, general.

—Aguarde un momento. Ahora sí. Adelante, comandante. —Leslie Mothershed. Vive en Whitechapel, en el 213 A de Grove Road.

—Excelente, Bellamy. Haré que las autoridades británicas hablen con él.

Robert no mencionó la lista de pasajeros ni las fotografías. Eran dos ases que prefería guardarse en la manga.

La Casa de Comidas de Reggie estaba situada en un pequeño callejón sin salida cerca de Brompton Road. Era un establecimiento pequeño, con una clientela formada en su mayor parte por oficinistas y secretarias que trabajaban en el vecindario. Sus paredes estaban cubiertas de posters de jugadores de fútbol, y las partes que no lo estaban no habían visto una mano de pintura fresca desde el conflicto de Suez.

El teléfono que estaba tras el mostrador del bar sonó dos veces antes de que contestara un hombre corpulento con un jersey de lana manchado de grasa. El individuo tenía el aspecto típico de los habitantes del East End,

salvo por un monóculo con reborde de oro fuertemente fijado a la cuenca de su ojo izquierdo. La razón del empleo de un monóculo resultaba obvia para cualquiera que mirase al hombre con atención: su otro ojo era de cristal, y de un color tan azul como el cielo de las fotos de calendario.

—Aquí Reggie.

—Te habla el Obispo.

—Sí, señor —dijo Reggie, y su voz se convirtió en un susurro.

—El apellido de nuestro cliente es Mothershed. Nombre de pila, Leslie. Vive en el 213 A de Grove Road. Necesitamos que esta orden sea entregada lo más rápidamente posible. ¿Entendido?

—Considérello hecho, señor.

Capítulo 20

Leslie Mothershed estaba sumido en un ensueño dorado. Imaginaba que era entrevistado por representantes de la prensa mundial. Le preguntaban acerca del enorme castillo que acababa de comprar en Escocia, de su *château* en el sur de Francia, de su majestuoso yate. *¿Es verdad que la reina le ha invitado a convertirse en el fotógrafo real oficial? Sí. Le he dicho que me lo pensaría. Y ahora, damas y caballeros, si me perdonan, llego tarde a mi programa de la BBC...*

Su fantasía fue interrumpida por el timbre de la puerta del apartamento. Miró el reloj. Las once. *¿Habrá vuelto ese hombre?* Se acercó a la puerta y la abrió con mucha cautela. En el portal había un hombre más bajo que Mothershed (fue lo primero que notó de él), con gafas gruesas y una cara delgada y plana.

—Perdón —dijo el hombre, tímidamente—. Lamento molestarle a estas horas. Vivo en este barrio. Y el letrero de fuera dice que usted es fotógrafo.

—¿Y?

—¿Hace fotos para pasaporte?

¿Leslie Mothershed haciendo fotografías para pasaporte? ¿El hombre que estaba a punto de adueñarse del mundo? Sería como pedirle a Miguel

Ángel que pintara el cuarto de baño.

—No —contestó con rudeza, y comenzó a cerrar la puerta.

—Siento molestarlo, pero tengo un problema terrible. Mi avión sale para Tokio a las ocho de la mañana, y hace un rato, al coger el pasaporte, me he dado cuenta de que le faltaba la fotografía. He buscado por todas partes, pero no la encuentro. No me dejarán coger el avión con un pasaporte sin fotografía. —El hombrecillo parecía a punto de llorar.

—Lo lamento —dijo Mothershed—. No puedo ayudarle.

—Estaría dispuesto a pagarle cien libras.

¿Cien libras? ¿A un hombre con un castillo y un château y un yate? Esto es un insulto.

El patético hombrecillo seguía hablando.

—Creo que hasta podría pagarle más. Doscientas o trescientas. Verá usted, tengo que coger ese avión o perderé mi empleo.

¿Trescientas libras por sacarle una fotografía para el pasaporte? Aparte del revelado, no le llevaría más de diez segundos. Mothershed empezó a hacer cuentas. Eso vendría a ser mil ochocientas libras por minuto. Y mil ochocientas libras por minuto equivalían a diez mil ochocientas libras por hora. Si trabajaba ocho horas, serían noventa y cuatro mil cuatrocientas libras por día. En una semana, eso representaría...

—¿Lo hará?

El ego de Mothershed luchaba con su codicia, y la codicia ganó la partida. *No me vendrá mal un poco de dinero para gastos menores.*

—Entre —dijo Mothershed—. Póngase contra esa pared.

—Gracias. Realmente se lo agradezco mucho.

Mothershed deseó tener una cámara Polaroid. Eso sí que habría simplificado las cosas. Cogió su Vivitar y le dijo al individuo:

—No se mueva.

Diez segundos después, la tarea estaba concluida.

—Tardaré un poco en revelarla —dijo Mothershed—. Puede volver dentro de...

—Si no le importa, esperaré aquí.

—Como quiera.

Mothershed llevó la cámara al cuarto oscuro, la metió en la bolsa negra,

apagó la luz del techo, encendió la luz roja y extrajo la película. Ese trabajo no le llevaría mucho tiempo. De todas formas, las fotos de pasaporte siempre eran espantosas. Quince minutos después, cuando Mothershed estaba controlando el tiempo de inmersión de la película en el tanque de revelado, empezó a oler a humo. Hizo una pausa. ¿Sería su imaginación? No. El olor era cada vez más fuerte. Intentó abrir la puerta. Parecía atascada. La empujó. No se abrió.

—¡Eh! —gritó— ¿Qué está pasando ahí fuera?

No hubo respuesta.

—¡Eh! —repitió. Apoyó el hombro contra la puerta, pero parecía haber algo pesado al otro lado que impedía que se abriera—. ¿Señor?

Silencio. El único sonido que alcanzaba a oír era un fuerte crujido. El olor a humo ya era asfixiante. El apartamento se incendiaba. *Sin duda, por eso el hombre no responde. Seguro que ha ido a pedir ayuda.* Leslie Mothershed golpeó la puerta con el hombro, pero no consiguió abrirla.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Sáquenme de aquí!

El humo comenzaba a filtrarse por debajo de la puerta, y Mothershed sintió que las llamas empezaban a lamerla. Cada vez le costaba más respirar. Se ahogaba. Se abrió el cuello de la camisa de un tirón, desesperado, en busca de aire. Los pulmones le ardían. Empezaba a perder el sentido. Cayó de rodillas.

—¡Dios mío, por favor, no permitas que muera ahora! Ahora que voy a ser rico y famoso...

—Aquí Reggie.

—¿Entregaron el pedido?

—Sí, señor. Tal vez un poco demasiado cocido, pero fue entregado a tiempo.

—Excelente.

Cuando Robert llegó a Grove Road a las dos de la madrugada para empezar su vigilancia, se encontró con un embotellamiento de tráfico. La calle estaba

llena de vehículos oficiales, un coche de bomberos, ambulancias y tres coches patrulla de la policía. Robert se abrió paso entre la multitud de espectadores y avanzó hacia el centro de la acción. El edificio había sido totalmente devorado por el fuego. Desde el exterior se veía que el apartamento del primer piso, ocupado por el fotógrafo, estaba completamente destruido.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Robert a un bombero.

—Todavía no lo sabemos. Apártese, por favor.

—Mi primo vive en ese apartamento. ¿Está bien?

—Me temo que no. —El tono del hombre era más bien compasivo—. En este momento lo están sacando del edificio. Robert vio que dos hombres empujaban una camilla con un cuerpo hacia la ambulancia.

—Yo me alojaba en su casa —dijo Robert—. Toda mi ropa y mis cosas están ahí. Quisiera entrar y...

El bombero sacudió la cabeza.

—No le serviría de nada, señor. Lo único que queda del apartamento son cenizas.

Todo convertido en cenizas. Incluyendo las fotografías y la valiosa lista de pasajeros con sus nombres y direcciones.

Maldita suerte la mía, pensó Robert con amargura.

En Washington, Dustin Thornton almorzaba con su suegro en el lujoso comedor privado de las oficinas de Willard Stone. Dustin Thornton estaba nervioso. Siempre se ponía nervioso en presencia de su poderoso padre político.

Willard Stone estaba de buen humor.

—Anoche cené con el presidente. Me dijo que estaba muy satisfecho con tu trabajo, Dustin.

—Me alegra mucho saberlo.

—Estás haciendo una tarea encomiable: contribuir a protegernos contra las hordas.

—¿Las hordas?

—Los que intentan poner de rodillas a este gran país. Pero no debemos

cuidarnos solamente de los enemigos externos, sino también de los que simulan servir a nuestro país, no cumplen con su deber y no obedecen las órdenes.

—Los rebeldes.

—Eso es, Dustin. Los rebeldes. Deben ser castigados. Si...

Un hombre entró en la habitación.

—Perdone, señor Stone. Los caballeros han llegado.

—Sí. —Stone se dirigió a su yerno—. Termina de almorzar, Dustin. Tengo que ocuparme de algo importante. Es posible que algún día pueda contarte de qué se trata.

Capítulo 21

Las calles de Zurich estaban repletas de seres extraños de formas raras, gigantes deformados con cuerpos enormes y grotescos, ojos diminutos, y la piel del color del pescado hervido. Eran consumidores de carne, y ella detestaba el olor fétido que despedían sus cuerpos. Algunas de las hembras usaban pieles de animales, restos de seres que habían asesinado. Todavía continuaba aturdida por el terrible accidente que había despojado a sus compañeros de su esencia vital.

Estaba en la Tierra desde hacía cuatro ciclos de lo que esos seres extraños llamaban *luna*, y en todo ese tiempo no había comido nada. Desfallecía de sed. El único líquido que había podido beber era el agua de lluvia fresca del bebedero de la granja, y desde la noche de su llegada no había vuelto a llover. El resto del agua de la Tierra era imbebible. Había entrado en una casa de comida de los terrícolas, pero le fue imposible soportar el hedor. También trató de comer sus frutas y vegetales crudos, pero no sabían a nada, no como los alimentos succulentos de su hogar.

Se llamaba Agraciada, y era alta, imponente y hermosa, con los ojos verdes y luminosos. Había adoptado la apariencia de una terrícola después de abandonar el lugar del siniestro, y había andado entre el gentío sin que nadie

se diera cuenta.

Estaba sentada frente a una mesa, en una silla dura e incómoda que había sido diseñada para el cuerpo humano, y podía leer los pensamientos de los seres que la rodeaban.

Dos de esos seres estaban sentados a una mesa cerca de ella. Uno hablaba en voz alta.

—¡Es una oportunidad que se da una sola vez en la vida, Franz! Por cincuenta mil francos puedes entrar desde el principio. Tienes cincuenta mil francos, ¿no? —Ella leyó lo que él estaba pensando en ese momento. *Vamos, cerdo. Necesito esa comisión.*

—Sí, claro, pero no sé... —*Tendré que pedirselos prestados a mi esposa.*

—¿Alguna vez te he dado un mal consejo en cuanto a inversiones? —*Decídete de una vez.*

—Es mucho dinero. —*Ella no me los prestará.*

—¿Has pensado en todo lo que podrías ganar? Podrían ser millones. —*Vamos, di que sí.*

—De acuerdo. Acepto. —*Quizá pueda vender alguna de las joyas de mi mujer.*

¡Lo tengo!

—Jamás lo lamentarás, Franz. —*Si pierde, siempre le queda la posibilidad de deducirlo de los impuestos.*

Agraciada no tenía la menor idea de cuál era el significado de aquella conversación.

En el extremo más alejado del restaurante, un hombre y una mujer se encontraban sentados frente a una mesa. Hablaban en voz baja. Se esforzó por oír lo que decían.

—¡Dios mío! —exclamó el hombre—. ¿Cómo has podido quedarte embarazada? —*¡Maldita estúpida!*

—¿Cómo te crees que quedé embarazada? —*¡Fue tu preciosa polla!*

Aquellos seres se gestaban por medio del embarazo, y procreaban torpemente con sus genitales, como sus animales en los campos.

—¿Qué piensas hacer al respecto, Tina? —*Tienes que abortar.*

—¿Qué esperas que haga? Me prometiste que le hablarías de mí a tu esposa. —*Estúpido mentiroso.*

—Mira, querida, pienso hacerlo, pero éste es un mal momento. —*Fue una locura liarme contigo. Debí suponer que me causarías problemas.*

—También para mí es un mal momento, Paul. Tengo la sensación de que ni siquiera me quieres. —*Por favor, di que me quieres.*

—Pues claro que te quiero. Es sólo que en este momento mi mujer está pasando por una mala temporada. —*No pienso perderla.*

—Yo también estoy pasando por una época difícil. ¿No lo entiendes? Espero un bebé tuyo. —*Y te juro que te casarás conmigo.* De sus ojos brotaban lágrimas.

—Cálmate, querida. Te aseguro que todo saldrá bien. Yo quiero el niño tanto como tú. —*Tendré que convencerla para que aborte.*

En la mesa contigua había un hombre solo.

Me lo prometieron. Me dijeron que la carrera estaba arreglada, que no podía perder y, como un tonto, aposté todo mi dinero. Tengo que encontrar la manera de devolverlo antes de que vengan los auditores. No podría soportar que me metieran en la cárcel. Antes me mataré, juro por Dios que me mataré.

En otra mesa, un hombre y una mujer estaban embarcados en una discusión.

—... no es eso en absoluto. Es sólo que tengo un magnífico chalet en las montañas, y se me ocurrió que te sentaría bien irte lejos por una semana y descansar. —*Pasaremos mucho tiempo descansando en mi cama, chérie.*

—No sé, Claude. Nunca he ido así con un hombre. —*¿Se lo creerá?*

—*Oui*, pero esto no tiene nada que ver con el sexo. Pensé en el chalet sólo porque dijiste que necesitabas un descanso. Quiero que pienses en mí como un hermano. —*Intentaremos un buen incesto a la antigua usanza.*

Agraciada no tenía conciencia de que las diversas personas hablaban idiomas distintos, porque ella era capaz de filtrarlos y entender lo que decían.

Tengo que encontrar la manera de ponerme en contacto con la nave nodriza, pensó. Sacó el pequeño transmisor plateado de mano. Era un sistema Neuronet dividido, una de cuyas mitades consistía en un material orgánico vivo y la otra mitad, en un compuesto metálico de otra galaxia. El material orgánico estaba formado por miles de células individuales, de modo que a medida que iban muriendo, otras se multiplicaban, manteniendo así

constantes las conexiones. Por desgracia, el cristal *dilitheum* que activaba el transmisor se había desprendido y lo había perdido. Había intentado comunicarse con su nave, pero sin aquel cristal el transmisor no funcionaba.

Trató de comer otra hoja de lechuga, pero le resultó imposible soportar el hedor. Se puso en pie y se encaminó a la puerta. La cajera la llamó.

—Un momento, señorita. No ha pagado la comida.

—Lo lamento. No dispongo de su medio de intercambio.

—Cuéntele eso a la policía.

Agraciada miró fijamente a la cajera y ésta se desmayó. Dio media vuelta y salió de la casa de comidas.

Tengo que encontrar el cristal. Ellos están esperando tener noticias mías. Tuvo que concentrarse para enfocar la mirada. Pero todo le parecía borroso y distorsionado. Sin agua, sabía que moriría pronto.

Capítulo 22

***Día cinco.
Berna, Suiza.***

Robert estaba en un punto muerto. No se había dado cuenta de lo mucho que confiaba en conseguir la lista de nombres que tenía Mothershed. *Convertida literalmente en humo.* Ahora el rastro se había desvanecido. *Tenía que haber conseguido la lista cuando fui a casa de Mothershed. Eso me enseñará a... Enseñar.* ¡Por supuesto! El pensamiento que había estado en su subconsciente todo aquel tiempo de pronto saltó a primer plano. Hans Beckerman había dicho: «*Affenarsch!* Todos los demás pasajeros estaban muy excitados al ver el ovni y aquellos seres muertos en su interior, pero el viejo no paraba de decir que tenía prisa por llegar a Berna porque debía preparar una conferencia que iba a dar en la universidad a la mañana siguiente». Era una posibilidad remota, pero la única con la que contaba Robert.

Alquiló un automóvil en el aeropuerto de Berna y se dirigió a la universidad. Giró en la Rathausgasse, la calle principal de Berna, y enfiló hacia Länggassestrasse, donde está emplazada la Universidad de Berna. La universidad consta de varios edificios; el principal es una construcción de

piedra de cuatro plantas, con dos alas y grandes gárgolas de piedra adornando el techo. En cada uno de los extremos del patio que está frente al edificio hay claraboyas de vidrio sobre las aulas, y en el fondo de la universidad hay un gran parque que da al río Aar.

Robert subió la escalinata central del edificio de la administración y entró en el vestíbulo de recepción. La única información que Beckerman le había dado era que el pasajero era alemán y que preparaba una conferencia que iba a dar el lunes.

Un alumno le indicó cómo llegar a la Oficina de la Administración. La mujer que estaba sentada detrás del escritorio era una figura imponente. Llevaba un clásico traje sastre negro, gafas con montura negra y el pelo recogido en un moño. Levantó la vista cuando Robert entró en la oficina.

—*Bitte?*

Robert sacó su tarjeta de identificación.

—Interpol. Estoy llevando a cabo una investigación y agradecería mucho su cooperación, señorita...

—*Frau. Frau* Schreiber. ¿Qué clase de investigación?

—Estoy buscando a un profesor.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Su nombre?

—No lo sé.

—¿No sabe cómo se llama?

—No. Es un profesor invitado. Dio una conferencia aquí hace algunos días. *Montag*.

—Son muchos los profesores invitados que vienen aquí todos los días para dar conferencias. ¿Cuál es su disciplina?

—¿Perdón?

—¿Qué materia enseña? —El tono de la mujer se volvía cada vez más impaciente—. ¿Sobre qué era la conferencia?

—No lo sé.

La mujer dejó entrever su exasperación.

—*Tut mir leid*. No puedo ayudarle. Y estoy demasiado ocupada como para contestar preguntas con tan poco fundamento como la suya...

—Pero es que tiene fundamento —le aseguró Robert—. *Es ist sehr*

dringend. —Se inclinó hacia delante y le dijo en voz baja—: Le haré una confidencia. El profesor que buscamos está involucrado en una red de prostitución.

La boca de *Frau Schreiber* formó una pequeña «o» de sorpresa.

—La Interpol le sigue el rastro desde hace meses. La única información que poseemos sobre él es que es alemán y que dio una conferencia aquí el día quince de este mes. —Robert se enderezó—. Si no está dispuesta a cooperar, tendremos que llevar adelante una investigación oficial de la universidad. Pero, por supuesto, la publicidad...

—*Nein, nein!* —dijo ella—. Esta universidad no debe verse envuelta en nada semejante. —Tenía una expresión preocupada—. ¿Dice usted que dio una conferencia aquí... qué día?

—El quince. Lunes.

Frau Schreiber se puso en pie y fue al archivo. Lo abrió y revisó algunos papeles. Sacó varias hojas de una carpeta.

—Aquí está. Hubo tres profesores invitados que ofrecieron conferencias aquí el día quince.

—El que busco es alemán.

—Todos son alemanes —dijo muy ceremoniosamente *Frau Schreiber*. Hojeó los papeles que tenía en la mano—. Una de las conferencias fue sobre economía, otra sobre química y la tercera sobre psicología.

—¿Me permite echarle un vistazo?

Le pasó los informes a Robert de mala gana.

Él estudió los papeles. Cada uno tenía escrito un nombre, con su dirección y número de teléfono.

—Puedo hacerle una copia, si lo desea.

—No, muchas gracias. —Ya había memorizado los nombres y los demás datos—. Ninguno de éstos es el hombre que busco.

Frau Schreiber suspiró aliviada.

—Bueno, gracias a Dios. ¡Prostitución! Jamás nos veríamos involucrados en una cosa así.

—Lamento haberla molestado por nada. —Robert salió y se dirigió a una cabina telefónica de la ciudad.

La primera llamada fue a Berlín.

—¿Profesor Streubel?

—*Ja*.

—Le llamo de la Compañía de Turismo Sunshine. Usted dejó olvidadas unas gafas en un autocar nuestro el domingo pasado, cuando realizó una excursión con nosotros en Suiza y...

—No sé de qué me habla —le interrumpió el hombre.

—Pero estuvo en Suiza el día catorce, ¿no es así, profesor?

—No. El quince. Para dar una conferencia en la Universidad de Berna.

—¿Y no hizo una excursión con nuestra agencia?

—No tengo tiempo para esas tonterías. Soy un hombre muy ocupado. —
Y colgó.

La segunda llamada fue a Hamburgo.

—¿Profesor Heinrich?

—Yo mismo.

—Le llamo de la Compañía de Turismo Sunshine. ¿Estuvo usted en Suiza el catorce de este mes?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Porque encontramos una cartera suya en uno de nuestros autocares y...

—Se equivoca. No he hecho ninguna excursión en autocar.

—¿No hizo una excursión con nosotros al Jungfrau?

—Acabo de decirle que no.

—Lamento haberle molestado.

La tercera llamada fue a Munich.

—¿Profesor Otto Schmidt?

—Sí.

—Profesor Schmidt, le llamo de la Compañía de Turismo Sunshine. Tenemos unas gafas que usted dejó olvidadas en uno de nuestros autocares hace unos días, y...

—Debe de haber una equivocación.

A Robert se le cayó el alma a los pies. Ya no le quedaba ninguna opción. La voz siguió diciendo:

—Tengo aquí mis gafas. No las he perdido.

Robert se animó un poco.

—¿Seguro, profesor? Porque usted estuvo en la excursión al Jungfrau del

día catorce, ¿no es así?

—Sí, sí, pero ya le he dicho que no perdí nada.

—Muchísimas gracias. —Robert colgó el auricular. *¡Bingo!*

Robert marcó otro número, y dos minutos después hablaba con el general Hilliard.

—Tengo que informarle de dos cosas —dijo Robert—. ¿Recuerda el testigo de Londres cuyos datos le pasé?

—Sí.

—Murió anoche en un incendio.

—¿De veras? Una pena.

—Así es, señor. Pero creo haber localizado a otro testigo. Le avisaré en cuanto lo verifique.

—Entonces espero noticias tuyas, comandante.

El general Hilliard le comunicó las novedades a Janus.

—El comandante Bellamy ha localizado a otro testigo.

—Espléndido. El grupo se está impacientando. A todos les preocupa la posibilidad de que lo ocurrido se haga público antes de que el SDI empiece a operar.

—Pronto tendré más información para usted.

—No quiero información, quiero resultados.

—Sí, Janus.

Plattenstrasse, en Munich, es una calle residencial con mansiones arracimadas, como buscando protección. La que lucía el número cinco era idéntica a sus vecinas. En el vestíbulo había una hilera de buzones. Una pequeña tarjeta debajo de uno de ellos decía: «Profesor Otto Schmidt». Robert pulsó el timbre.

Abrió la puerta del apartamento un hombre alto y delgado, con una mata descuidada de pelo blanco. Llevaba un jersey andrajoso y fumaba en pipa.

Robert se preguntó si acaso habría creado él la imagen arquetípica del profesor universitario, o si, por el contrario, la imagen lo habría creado a él.

—¿Profesor Schmidt?

—Sí.

—¿Podría hablar un momento con usted? Trabajo en...

—Ya ha hablado —dijo el profesor Schmidt—. Usted es el hombre que me llamó esta mañana por teléfono. Soy un experto en reconocer voces. Pase.

—Gracias.

Robert entró en una sala repleta de libros. En las paredes, desde el suelo hasta el techo, había estanterías repletas de libros. Además, se veían libros por todas partes: sobre las mesas, en el suelo, encima de las sillas. El escaso mobiliario de la habitación parecía fruto de una idea posterior.

—Usted no trabaja en realidad con ninguna compañía de turismo suiza, ¿verdad?

—Bueno, yo...

—Usted es norteamericano.

—Sí.

—Y esta visita no tiene nada que ver con mis gafas perdidas que no se habían perdido.

—Bueno... no, señor.

—Lo que a usted le interesa es el ovni. Fue una experiencia muy inquietante. Siempre creí que podían existir, pero jamás pensé que vería uno.

—Debió de ser un impacto terrible.

—Lo fue.

—¿Puede decirme algo sobre lo que vio?

—Fue... parecía casi vivo. Lo rodeaba algo así como una luz trémula. Azul. No, más bien gris. Yo... bueno, no estoy seguro.

Robert recordó la descripción de Mandel: «Cambiaba constantemente de color. Parecía azul... después, verde».

—Se había partido en dos, y alcancé a ver dos cuerpos en su interior. Pequeños... con ojos grandes. Llevaban una especie de traje plateado.

—¿Qué me puede decir sobre los pasajeros que viajaban con usted?

—¿En el autocar?

—Sí.

El profesor se encogió de hombros.

—No sé nada de ellos. Eran todos desconocidos. Yo trataba de concentrarme en la conferencia que iba a dar a la mañana siguiente, y presté poca atención a los demás pasajeros.

Robert lo observó y aguardó.

—Si le sirve de ayuda —añadió el profesor—, lo que sí puedo decirle es de qué países provenían algunos de ellos. Enseño química, pero el estudio de la fonética es mi afición favorita.

—Le agradeceré cualquier cosa que recuerde.

—Había un sacerdote italiano, un húngaro, un norteamericano con acento tejano, un inglés, una muchacha rusa...

—¿Rusa?

—Sí. Pero no era de Moscú. Por su acento, diría que era más bien de Kiev o de muy cerca de esa ciudad.

Robert aguardó, pero no hubo más que silencio.

—¿Por casualidad no oyó a alguno de ellos mencionar su nombre o hablar de su profesión?

—No. Como le he dicho, estaba enfrascado en mi conferencia.

—Hábleme más del sacerdote y del tejano.

El profesor aspiró el humo de su pipa.

—El tejano alardeaba de lo grande que era el estado de Tejas. En ningún momento paró de hablar. Aturdía. No sé hasta qué punto debía de entenderle el pobre sacerdote.

—El sacerdote...

—Tenía acento romano.

—¿No recuerda nada más sobre los otros?

El profesor se encogió de hombros.

—Me terno que no. —Aspiró nuevamente el humo de su pipa—. Lamento no haberle sido de gran ayuda.

De pronto, a Robert se le ocurrió algo.

—¿Ha dicho usted que es químico?

—Sí.

—¿Le importaría echarle una mirada a una cosa, profesor? —Robert se metió la mano en el bolsillo y sacó el pedazo de metal que Beckerman le

había dado— ¿Podría decirme qué es esto?

El profesor Schmidt cogió el objeto, y mientras lo examinaba, su expresión cambió.

—¿Dónde... dónde ha conseguido esto?

—Me temo que no puedo decírselo. ¿Sabe qué es?

—Parece ser parte de una especie de transmisor.

—¿Está seguro?

El profesor hizo girar el objeto en la mano.

—El cristal es *dilitheum*. Es muy raro. ¿Ve estas muescas? Sugieren que encaja en una unidad más grande. El metal en sí mismo es... ¡Dios mío, jamás había visto nada semejante! —Su voz estaba llena de excitación— ¿Podría dejármelo durante unos días? Me gustaría hacerle un examen espectrográfico.

—Me temo que es imposible —dijo Robert.

—Pero...

—Lo lamento.

Robert recuperó el trozo de metal.

El profesor trató de disimular su decepción.

—Tal vez pueda traérmelo en otra ocasión. ¿Por qué no me da su tarjeta? Si recuerdo algo más, le llamaré.

Robert buscó un momento en sus bolsillos.

—Creo que no he traído tarjetas conmigo.

El profesor Schmidt musitó:

—Sí, me lo imaginaba.

—El comandante Bellamy está al teléfono.

El general Hilliard levantó el auricular.

—¿Sí, comandante?

—El testigo es el profesor Schmidt. Vive en Plattenstrasse 5, Munich.

—Gracias, comandante. Lo notificaré enseguida a las autoridades alemanas.

Robert estuvo a punto de agregar: «Me temo que es el último testigo que podré encontrar», pero algo se lo impidió. Detestaba reconocer un fracaso. Y

sin embargo, el rastro era cada vez más difuso. Un tejano y un sacerdote. El sacerdote era de Roma. Punto. Junto a un millón de sacerdotes más. Y no había manera de identificarlo. *Si, me queda una posibilidad*, pensó Robert. *Puedo darme por vencido y regresar a Washington, o puedo ir a Roma y hacer un último intento...*

La Bundesverfassungsschutzamt, la central de la Oficina para la Protección de la Constitución, está situada en el centro de Berlín, en la Neumarkterstrasse. Es un edificio grande, gris e indescriptible, que no se diferencia de los demás edificios que lo rodean. En su interior, en el segundo piso, en la sala de reuniones, el jefe del departamento, inspector Otto Joachim, estudiaba un mensaje. Lo leyó dos veces, después cogió el teléfono rojo que tenía sobre el escritorio.

Día seis.

Munich, Alemania.

A la mañana siguiente, mientras Otto Schmidt se dirigía a su laboratorio de química, iba pensando en la conversación mantenida con el norteamericano la noche anterior. ¿De dónde podía proceder aquel trozo de metal? Era sorprendente, algo que superaba todo lo que él conocía. Y también el norteamericano lo desconcertaba. *Dijo estar interesado en los pasajeros del autocar. ¿Por qué? ¿Porque habían visto el platillo volante? ¿Se les recomendaría no decir nada al respecto? En ese caso, ¿por qué el norteamericano no le había hecho esa recomendación a él? Algo extraño*

estaba pasando, decidió el profesor. Entró en el laboratorio, se quitó la chaqueta y la colgó. Se puso una bata para no ensuciarse la ropa y se acercó a la mesa en la que trabajaba desde hacía varios meses en un experimento químico. Si esto tiene éxito, pensó, podría significar el Premio Nobel. Levantó la cubeta con agua esterilizada y comenzó a verterla en un recipiente lleno de un líquido amarillo. Qué raro. No recordaba que tuviera ese color amarillo tan intenso.

El estruendo de la explosión fue tremendo. El laboratorio voló por los aires con una sacudida gigantesca, y contra las paredes se estrellaron trozos de cristal y de tejidos humanos.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

BFV A SUBDIRECTOR DE LA NSA

CONFIDENCIAL

PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

4. OTTO SCHMIDT — ELIMINADO

FIN DEL MENSAJE

Robert no leyó la noticia de la muerte del profesor. Se encontraba a bordo de un avión de Alitalia, camino de Roma.

Capítulo 23

Dustin Thornton comenzaba a inquietarse. Ahora tenía poder, y aquella sensación era como una droga. Quería más. Su suegro, Willard Stone, seguía prometiéndole que le introduciría en un misterioso círculo secreto, pero hasta el momento no había cumplido la promesa.

Fue por pura casualidad que Thornton se enteró de que su padre político desaparecía todos los viernes. Thornton le había llamado para almorzar con él.

—Lo lamento —dijo la secretaria personal de Willard Stone—, pero el señor Stone estará ausente todo el día.

—Qué lástima. ¿Puede anotarme en su agenda para almorzar con él el viernes próximo?

—Lo siento, señor Thornton. El señor Stone también estará ausente el viernes próximo.

Extraño. Y resultó más extraño todavía, porque cuando Thornton llamó dos semanas más tarde, recibió la misma respuesta.

¿Dónde se meterá el viejo todos los viernes? No jugaba al golf ni era hombre de *hobbies*.

La respuesta obvia era una mujer. La esposa de Willard Stone era muy

rica y sociable. Era una mujer arrogante, a su manera casi tan fuerte como su marido. Y sin duda no toleraría que él tuviera una aventura. *Si es verdad que anda con otra mujer, pensó Thornton, lo tengo bien cogido.* Debía averiguarlo.

Con todos los medios que tenía a su alcance, Dustin Thornton podría haber averiguado con mucha rapidez en qué estaba envuelto su suegro, pero Thornton no era tonto. Tenía plena conciencia de que si llegaba a cometer un error, se enfrentaría a un problema muy serio. Willard Stone no era el tipo de persona capaz de tolerar una interferencia en su vida. Thornton decidió realizar él mismo la investigación.

A las cinco de la mañana del viernes siguiente, Dustin Thornton estaba acurrucado frente al volante de un discreto Ford Taurus, a media manzana de la majestuosa mansión de Willard Stone. Era un amanecer frío y desapacible, y Thornton no hacía más que preguntarse qué estaba haciendo allí. Lo más probable era que existiese alguna explicación perfectamente razonable para la extraña conducta de Stone. *Estoy perdiendo el tiempo,* pensó Thornton. Pero algo le obligaba a permanecer allí.

A las siete se abrió la verja y apareció un vehículo. Willard Stone iba al volante. En lugar de su limusina habitual, conducía una pequeña furgoneta negra utilizada por el personal de servicio. Un sentimiento de júbilo inundó a Thornton. Sabía que se encontraba ante algo importante. La gente vivía según unos esquemas propios, y Stone estaba rompiendo esos esquemas. Tenía que tratarse de otra mujer.

Conduciendo su automóvil con cuidado y permaneciendo a bastante distancia de la furgoneta, Thornton siguió a su suegro por las calles de Washington hacia la carretera que conducía a Arlington.

Tengo que llevar este asunto con mucho tacto, pensó Thornton. *No quiero presionarlo demasiado. Obtendré primero toda la información posible de su amante, y después le expondré la situación. Le diré que mi único interés es protegerlo. Él entenderá el mensaje. Lo último que desea es un escándalo público.*

Dustin Thornton estaba tan enfrascado en sus pensamientos que casi no

advirtió por dónde giraba Willard Stone. Se encontraba en un distrito residencial de categoría. La furgoneta negra desapareció bruscamente por un sendero flanqueado por árboles.

Dustin Thornton detuvo el coche para decidir cuál era la mejor forma de proceder. ¿Debía presentarse ante Willard Stone y su infidelidad en ese momento? ¿O sería mejor esperar hasta que Stone se marchara y hablar primero con la mujer? ¿O lo más prudente era recoger toda la información que necesitaba y después tener una conversación con su suegro? Decidió que antes llevaría a cabo un reconocimiento.

Thornton aparcó el coche en una calle lateral y dio la vuelta hasta el callejón que se encontraba detrás de la casa de dos plantas. Una cerca de madera cerraba la parte posterior del patio, pero eso no suponía ningún obstáculo. Thornton abrió la puerta y entró. Estaba frente a un jardín inmenso y bien cuidado, con la casa al fondo.

Avanzó sigilosamente por la sombra de los árboles que flanqueaban el parque y se detuvo junto a la puerta trasera de la casa, tratando de decidir cuál sería su próximo movimiento. Necesitaba pruebas de lo que estaba sucediendo. Sin ellas, el viejo se reiría de él. Lo que ocurría en aquel momento en el interior de la casa podía ser la clave de su futuro. Tenía que averiguarlo.

Con mucha cautela, intentó abrir la puerta posterior. No estaba cerrada con llave. Entró sigilosamente y se encontró en una cocina inmensa y anticuada. No había nadie cerca. Thornton avanzó hacia la puerta de servicio y la entreabrió con cuidado. Al otro lado había un gran vestíbulo. En el extremo más alejado se veía una puerta que tal vez conducía a un estudio o biblioteca. Thornton se encaminó hacia ella, moviéndose muy lentamente. Se quedó allí de pie, escuchando. En la casa no había señales de vida. Lo más probable era que el viejo estuviese en el dormitorio del piso superior.

Thornton se acercó a la puerta cerrada y la abrió. Se quedó parado en el umbral, mirando hacia dentro. En la habitación había una docena de hombres sentados alrededor de una gran mesa.

—Entra, Dustin —dijo Willard Stone—. Te estábamos esperando.

Capítulo 24

Roma le resultó difícil a Robert, una verdadera prueba emocional que lo agotó. Había pasado allí la luna de miel con Susan, y los recuerdos eran abrumadores. Roma era Roberto, que dirigía el Hassler Hotel para su madre, y que era parcialmente sordo pero entendía cinco idiomas por el movimiento de los labios. Roma era los jardines de Villa d'Este, en Tívoli, y el Ristorante Sibilla y el júbilo de Susan frente a las cien fuentes creadas por el hijo de Lucrecia Borgia. Roma era *Otello* de Verdi, representado al pie de la escalinata de la Piazza di Spagna, y el Vaticano, y el Coliseo, y el Foro y el Moisés de Miguel Ángel. Roma era compartir un tartufo en Tre Scalini y la risa de Susan, y su voz diciendo: «Por favor, prométeme que siempre seremos así de felices, Robert».

¿Qué demonios hago aquí? se preguntó Robert. *No tengo la menor idea de dónde está ese sacerdote, ni siquiera sé si está en Roma. Creo que ha llegado el momento de retirarme, volver a casa y olvidar todo esto.*

Pero algo en su interior, cierto empecinamiento heredado de un antepasado muerto hacía mucho tiempo, no se lo permitió. *Lo intentaré durante un día,* decidió Robert. *Sólo un día más.*

El Aeropuerto Leonardo da Vinci estaba atestado de gente, y Robert tuvo la sensación de que de cada dos personas, una era un sacerdote. Buscaba a un cura en una ciudad con... ¿Cincuenta mil sacerdotes? ¿Cien mil? En el taxi, camino del Hassler Hotel, vio multitud de sacerdotes con sotana por las calles. *Esto es imposible*, pensó Robert. *Debo de haber perdido el juicio*. El gerente del Hassler Hotel lo recibió en el vestíbulo.

—¡Comandante Bellamy! Qué alegría volver a verlo.

—Gracias, Pietro. ¿Tiene una habitación para mí para una noche?

—Para usted... por supuesto. ¡Siempre!

Robert fue conducido a una habitación que había ocupado en otra ocasión.

—Si necesita cualquier cosa, comandante, por favor...

Lo que necesito es un maldito milagro, pensó Robert. Se sentó en la cama y se echó de espaldas, tratando de poner en orden las ideas.

¿Por qué se le ocurriría a un sacerdote de Roma viajar a Suiza? Las posibilidades eran varias. Podía haber ido de vacaciones, o quizás había una reunión de sacerdotes o algo parecido. Era el único sacerdote que tomaba parte en la excursión. ¿Qué significaba eso? Nada. Salvo, tal vez, que no viajaba en grupo. Así que podía haber sido un viaje de visita a la familia o a los amigos. O quizás estaba con un grupo, y los otros tenían un plan diferente aquel día. Los pensamientos de Robert describían un círculo infructuoso.

Volvamos al principio. ¿Cómo llegó el sacerdote a Suiza? Lo más probable es que no tenga automóvil. Quizás alguien lo llevó en su coche, pero apostaría a que viajó en avión, en tren o en autocar. Si estaba de vacaciones, no tendría demasiado tiempo. Así que daré por sentado que cogió un avión. Ese razonamiento no conducía a ninguna parte. Las compañías de aviación no preguntaban a sus pasajeros cuál era su profesión. Es decir, que el nombre del sacerdote sería uno más en la lista de pasajeros. Pero si formaba parte de un grupo...

El Vaticano, la residencia oficial del Papa, se eleva majestuoso sobre la Colina Vaticana, en la margen izquierda del Tiber, en el extremo noroeste de Roma. La cúpula de la Basílica de San Pedro, diseñada por Miguel Ángel,

domina la inmensa *piazza* llena día y noche de ávidos turistas de todos los credos.

La *piazza* está rodeada por dos columnatas semicirculares terminadas en 1667 por Bernini, con 284 columnas de mármol travertino colocadas en cuatro filas y coronadas por una balaustrada sobre la que se erigen 140 estatuas. Aunque Robert había estado allí en una docena de ocasiones, cada vez le dejaba sin respiración.

Desde luego, el interior del Vaticano es incluso más espectacular. La Capilla Sixtina y el Museo Vaticano y la Sala Rotonda son de una belleza indescriptible.

Pero aquel día, Robert no estaba allí como turista.

Encontró la Oficina de Relaciones Públicas del Vaticano en el ala izquierda del edificio dedicado a cuestiones seculares. El joven que estaba al otro lado del escritorio se mostró muy cortés.

—¿En qué puedo servirle?

Robert le mostró una tarjeta de identificación.

—Trabajo en la revista *Time*. Estoy escribiendo un artículo sobre algunos sacerdotes que asistieron a una asamblea religiosa en Suiza hace una o dos semanas. Me interesa obtener información al respecto.

El hombre lo observó un momento y después frunció el entrecejo.

—Un grupo de sacerdotes asistió a una asamblea en Venecia el mes pasado, pero ninguno de nuestros sacerdotes ha estado recientemente en Suiza. Lo siento, pero no puedo ayudarle.

—Es muy importante —dijo Robert—. ¿Cómo puedo arreglármelas para obtener esa información?

—El grupo que usted busca... ¿a qué rama de la Iglesia representa?

—¿Cómo dice?

—Hay muchas órdenes religiosas en la Iglesia católica. Están los franciscanos, los maristas, los benedictinos, los trapenses, los jesuitas, los dominicos, y varios más. Le sugiero que vaya a la orden a la que pertenecen y haga averiguaciones allí.

¿*Dónde demonios será allí?* se preguntó Robert.

—¿Puede darme alguna otra idea?

—Me temo que no.

Tampoco yo la tengo, pensó Robert. He encontrado el pajar. Pero no tengo ni idea de dónde está la aguja.

Se marchó del Vaticano y deambuló por las calles de Roma, sin prestar atención a la gente que pasaba a su lado, concentrado en su problema. En la Piazza del Popolo, se sentó en la terraza de un café y pidió un Cinzano. El vaso quedó frente a él, sin tocar.

Por lo que sabía, el sacerdote podía seguir en Suiza. *¿A qué orden pertenece? No lo sé. Y tengo sólo la palabra del profesor de que era romano.*

Bebió un sorbo de Cinzano.

Había un vuelo a Washington a última hora de la tarde. *Y yo estaré a bordo,* decidió Robert. Me doy por vencido. Ese pensamiento lo exasperó. Era hora de irse.

—Il conto, per favore.

—Si, signore.

Robert paseó la vista por la plaza. Frente al café, un grupo de pasajeros subía a un autobús. En la cola había dos sacerdotes. Robert observó a los pasajeros pagar el billete y avanzar hacia la parte posterior del vehículo. Cuando les tocó el turno a los sacerdotes, sonrieron al chófer y tomaron asiento sin pagar.

—Su cuenta, signore —dijo el camarero.

Robert ni siquiera lo oyó. Los pensamientos se agolpaban en su mente. Allí, en el corazón de la Iglesia católica, los sacerdotes tenían ciertos privilegios. Era posible, sólo posible, que...

Las oficinas de Swissair están en el número 10 de la Via Po, a cinco minutos de Via Veneto. Robert fue atendido por el hombre que estaba tras el mostrador.

—¿Puedo ver al gerente, por favor?

—Yo soy el gerente. ¿Qué puedo hacer por usted?

Robert le mostró una tarjeta de identificación.

—Michael Hudson. Interpol.

—¿En qué puedo servirle, señor Hudson?

—Algunos transportes internacionales se quejan de los descuentos ilegales de tarifas en Europa, particularmente en Roma. Según una convención internacional...

—Perdóneme, señor Hudson, pero Swissair no hace descuentos. Todos pagan la tarifa establecida.

—¿Todos?

—Con la excepción de los empleados de estas líneas aéreas, por supuesto.

—¿No hacen descuento a los sacerdotes?

—No. En esta compañía aérea, pagan la tarifa completa.

En esta compañía aérea.

—Gracias por su información —dijo Robert, y se marchó.

La siguiente parada —y su última esperanza— fue Alitalia.

—¿Descuentos ilegales? —El gerente miraba fijamente a Robert, desconcertado—. Sólo hacemos descuento a nuestros empleados.

—¿No a los sacerdotes?

El rostro del gerente se iluminó.

—Ah, eso sí. Pero no es ilegal. Tenemos un convenio con la Iglesia católica.

El corazón le dio un vuelco.

—¿De modo que si un sacerdote quisiera volar de Roma a, digamos, Suiza, utilizaría esta compañía aérea?

—Bueno, sí, le resultaría más económico.

—A fin de poner al día nuestros ordenadores —dijo Robert—, nos sería muy útil que nos comunicara cuántos sacerdotes han volado a Suiza en las últimas dos semanas. ¿Llevan un registro?

—Sí, por supuesto. Por razones de impuestos.

—Le agradecería mucho que me facilitara esa información.

—¿Quiere saber cuántos sacerdotes han volado a Suiza en las últimas dos semanas?

—Sí. A Zurich o Ginebra.

—Aguarde un momento. Lo comprobaré en el ordenador.

Cinco minutos después, el gerente volvió con una copia impresa.

—Solamente un sacerdote ha viajado a Suiza con Alitalia en las últimas dos semanas. —Consultó el impreso—. Salió de Roma el día once y se dirigió a Zurich. Su billete de regreso era para hace dos días.

Robert respiró hondo.

—¿Su nombre?

—Padre Romero Patrini.

—¿Su dirección?

El gerente volvió a consultar el papel.

—Vive en Orvieto. Si necesita más... —Levantó la vista.

Robert ya no estaba allí.

Capítulo 25

Día siete.
Orvieto, Italia.

Detuvo el automóvil en una curva cerrada de la carretera S-71, y allí, frente al valle, en lo alto de una roca volcánica, se extendía un panorama soberbio de la ciudad. Era un antiguo centro etrusco, con una famosísima catedral, media docena de iglesias y un sacerdote que había presenciado la caída de un ovni.

La ciudad no había sido alterada por el tiempo, y conservaba las calles empedradas y unos magníficos edificios antiguos, y un mercado al aire libre al que acudían los granjeros para vender las aves de corral y los vegetales.

Robert encontró un sitio para aparcar en la Piazza del Duomo. Cruzó hacia la catedral y entró en ella. En el interior, un espacio inmenso, no había nadie, salvo un sacerdote de edad que en aquel momento abandonaba el altar.

—Perdóneme, padre —dijo Robert—. Estoy buscando a un sacerdote de esta ciudad que estuvo en Suiza la semana pasada. Tal vez usted...

El sacerdote se echó hacia atrás y en su rostro apareció una expresión hostil.

—No puedo hablar sobre eso.

Robert lo miró, sorprendido.

—No lo entiendo. Sólo quiero encontrar a...

—No pertenece a esta iglesia. Es de la iglesia de San Giovenale —dijo el sacerdote, y pasó apresuradamente junto a Robert.

¿Por qué se mostrará tan poco cordial?

La iglesia de San Giovenale estaba en el Quartiere Vecchio, un barrio pintoresco con torres e iglesias medievales. Un sacerdote joven estaba trabajando en el jardín que había junto a la iglesia. Levantó la vista y miró a Robert mientras se le acercaba.

—*Buon giorno, signore.*

—Buenos días. Estoy buscando a uno de los sacerdotes que estuvo en Suiza la semana pasada. El...

—Sí, sí. El pobre padre Patrini. Lo que le ocurrió fue terrible, terrible.

—No entiendo. ¿Qué es lo que ha sido tan terrible?

—Ver el carro del diablo. Fue superior a sus fuerzas. El pobre hombre sufrió un colapso nervioso.

—Lo lamento muchísimo —dijo Robert—. ¿Dónde se encuentra ahora? Me gustaría hablar con él.

—Está en un hospital cerca de la Piazza di San Patrizio, pero dudo que los médicos le permitan verlo.

Robert se quedó allí de pie, preocupado. Un hombre que padecía un colapso nervioso no sería de gran ayuda.

—Entiendo. Le estoy muy agradecido.

El hospital era un edificio de una planta sin demasiadas pretensiones, en las afueras de la ciudad. Aparcó el coche y entró en el pequeño vestíbulo. Detrás del mostrador de recepción había una enfermera.

—Buenos días —dijo Robert—. Quisiera ver al padre Patrini.

—*Mi scusi, ma...* es imposible. No puede hablar con nadie.

Robert estaba decidido a no dejarse detener ahora. Tenía que seguir el rastro que le había dado el profesor Schmidt.

—Usted no entiende —repuso Robert con suavidad—. El padre Patrini pidió verme. He venido a Orvieto a petición suya.

—¿Pidió verlo?

—Sí. Me escribió a los Estados Unidos. Y he venido hasta aquí sólo para verlo.

La enfermera vaciló.

—No sé qué decirle. Está muy enfermo. *Molto*.

—Estoy seguro de que verme lo animará.

—El médico no está aquí... —Tomó una decisión—. Está bien. Puede entrar en su habitación, *signore*, pero sólo unos minutos.

—Es todo lo que necesito —dijo Robert.

—Por aquí, *per piacere*.

Caminaron por un pasillo corto, con habitaciones pequeñas y pulcras a cada lado. La enfermera condujo a Robert hasta una de las puertas.

—Sólo unos minutos, *signore*.

—*Grazie*.

Robert entró en la pequeña habitación. El hombre que estaba en la cama parecía una sombra pálida sobre las sábanas blancas. Robert se le acercó y dijo, en voz baja:

—Padre...

El sacerdote volvió la cabeza para mirarlo, y Robert descubrió en sus ojos la mirada más atormentada que hubiera visto jamás.

—Padre, me llamo...

El hombre se asió con fuerza al brazo de Robert.

—Ayúdeme —farfulló el sacerdote—. Tiene que ayudarme. He perdido la fe. Durante toda la vida he predicado a Dios y al Espíritu Santo, y ahora sé que no hay ningún Dios. Sólo existe el demonio, y ha venido a buscarnos...

—Padre, si usted...

—Lo vi con mis propios ojos. Había dos en el carro del demonio, pero, oh, ¡sé que habrá más! Espere y lo verá. Estamos todos condenados al infierno.

—Padre... escúcheme. Lo que usted vio no fue el demonio. Era una nave espacial que...

El sacerdote soltó a Robert y lo miró con repentina claridad.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Soy un amigo —contestó Robert—. He venido para preguntarle sobre

la excursión en autocar que hizo en Suiza.

—El autocar. Ojalá nunca me hubiera acercado a él. —El sacerdote comenzaba a agitarse nuevamente.

Robert detestaba presionarlo, pero no tenía más remedio que hacerlo.

—Usted estuvo sentado junto a un hombre en ese autocar. Un tejano. Y conversó un buen rato con él, ¿recuerda?

—Una conversación. El tejano. Sí, lo recuerdo.

—¿Le mencionó en qué parte de Tejas vivía?

—Sí, lo recuerdo. Era de los Estados Unidos.

—Sí, de Tejas. ¿Le dijo dónde vivía exactamente?

—Tejas. Habló de Tejas.

Robert asintió para alentarle a seguir hablando.

—Así es.

—Los vi con mis propios ojos. Ojalá Dios me hubiera cegado. Yo...

—Padre... el hombre de Tejas. ¿Dijo dónde vivía? ¿Mencionó algún nombre?

—Tejas, sí. La Ponderosa.

Robert hizo otro intento.

—Eso es en la televisión. Éste era un hombre real. Estaba sentado junto a usted en el...

El sacerdote comenzaba a delirar de nuevo.

—¡Ya vienen! Armagedón está aquí. ¡La Biblia miente! Es el demonio el que invadirá la Tierra. —Ahora hablaba a voz en grito—. ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Puedo verlos!

La enfermera entró corriendo. Miró a Robert con expresión de censura.

—Tiene que irse, *signore*.

—Sólo necesito un minuto más.

—*No, signore. Adesso!*

Robert le echó una última mirada al sacerdote. Desvariaba con incoherencia. Robert dio media vuelta para irse. No había nada más que pudiera hacer. Había apostado a que el sacerdote le daría una pista para encontrar al tejano, y había perdido.

Robert volvió a su automóvil y emprendió el camino de regreso a Roma. Finalmente, todo había terminado. Las únicas pistas que le quedaban —si es que a eso se les podía llamar pistas— era la mención de una mujer rusa, un tejano y un húngaro. *Jaque y jaque mate*. Resultaba desalentador haber llegado hasta allí y no poder continuar. ¡Si tan sólo el sacerdote hubiera seguido consciente el tiempo suficiente para darle la información que necesitaba! Había estado tan cerca. ¿Qué era lo que le había dicho el sacerdote? *La Ponderosa*. *El viejo cura había estado viendo demasiada televisión y, en su delirio, sin duda había asociado Tejas con la que fuera alguna vez una famosa serie televisiva; «Bonanza»*. La Ponderosa, donde vivía la familia Cartwright. *La Ponderosa*. Robert redujo la velocidad y desvió el coche a un lado de la carretera, con la mente convertida en un torbellino. Dio media vuelta y regresó a Orvieto a toda velocidad.

Media hora más tarde, Robert charlaba con el camarero de una pequeña *trattoria* de la Piazza della Repubblica.

—Tienen una ciudad muy bonita —dijo Robert—. Y muy tranquila.

—Oh, sí, *signore*, vivimos muy tranquilos aquí. ¿Había estado en Italia antes?

—Pasé parte de mi luna de miel en Roma. —«*Tú conviertes en realidad todos mis sueños, Robert. He deseado venir a Roma desde que era una niña.*»

—Ah, Roma. Demasiado grande. Demasiado ruidosa.

—Coincido con usted.

—Aquí llevamos una existencia sencilla, pero somos felices.

Robert comentó, como por casualidad:

—He visto muchas antenas de televisión en los tejados.

—Sí, por supuesto. Estamos bastante al día en ese sentido.

—Eso salta a la vista. ¿Cuántos canales de televisión recibe la ciudad?

—Sólo uno.

—Supongo que ven muchos programas norteamericanos.

—No, no. Es un canal estatal. Aquí sólo recibimos programas hechos en Italia.

¡Bingo!

—Muchas gracias.

Robert hizo una llamada al almirante Whittaker. Una secretaria contestó el teléfono.

—Oficina del almirante Whittaker.

Robert se imaginó la oficina. Sin duda era la clase de cubículo que asignaban a las personas poco importantes que ya no le servían al gobierno.

—¿Puedo hablar con el almirante, por favor? Soy el comandante Robert Bellamy.

—Un momento, comandante.

Robert se preguntó si alguien se tomaría el trabajo de ponerse en contacto con el almirante, ahora que aquel personaje que en un día fuera poderoso había pasado a la reserva. Probablemente no.

—Robert, qué alegría tener noticias tuyas. —La voz del anciano sonaba cansada—. ¿Dónde estás?

—No puedo decírselo, señor.

Hubo una pausa.

—Entiendo. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí, señor. Esto es algo bastante fuera de lo común, porque se me ordenó que no hablara con nadie. Pero necesito ayuda. Me pregunto si me podría confirmar algo.

—Puedo intentarlo. ¿Qué quieres saber?

—Necesito saber si existe un rancho en alguna parte de Tejas llamado La Ponderosa.

—¿Como en *Bonanza*?

—Así es, señor.

—Puedo averiguarlo. ¿Cómo puedo ponermelo en contacto contigo?

—Creo que será mejor que le llame yo, almirante.

—Muy bien. Dame un par de horas. Mantendré esto exclusivamente entre nosotros dos.

—Gracias.

Robert tuvo la sensación de que el cansancio había desaparecido de la voz del anciano. Por fin se le había solicitado que hiciera algo, aunque fuera un

asunto tan trivial como localizar un rancho.

Dos horas después, Robert telefoneó de nuevo al almirante Whittaker.

—Estaba esperando tu llamada —dijo el almirante. En su voz había cierta satisfacción—. Tengo la información que querías.

—¿Y? —Robert contuvo la respiración.

—Hay un rancho llamado La Ponderosa en Tejas. Está en las afueras de Waco. Su dueño es un tipo llamado Dan Wayne.

Robert lanzó un suspiro de alivio.

—Muchísimas gracias, almirante —dijo—. Le debo una cena cuando regrese.

—Aceptaré con mucho gusto, Robert.

La siguiente llamada fue para el general Hilliard.

—He localizado a otro testigo en Italia. El padre Patrini.

—¿Un sacerdote?

—Sí. En Orvieto. Está en el hospital, muy enfermo. Me temo que las autoridades italianas no podrán comunicarse con él.

—Les pasaré la información. Gracias, comandante.

Dos minutos después, el general Hilliard estaba en comunicación con Janus.

—He vuelto a tener noticias del comandante. El siguiente testigo es un sacerdote. Un tal padre Patrini, en Orvieto.

—Ocúpense de él.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

NSA A SUBDIRECTOR DEL SIFAR

CONFIDENCIAL

PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

5. PADRE PATRINI - ORVIETO

FIN DEL MENSAJE

La central del SIFAR se encuentra en Via della Fineta, en las afueras del sur de Roma, en una zona rodeada de granjas. Lo único que haría que un transeúnte mirara dos veces aquellos inocentes edificios de piedra de aspecto industrial que ocupaban dos manzanas era el muro alto que rodeaba el complejo, coronado por alambre de espino, con puestos de vigilancia en cada esquina. Oculta en un complejo militar, es una de las agencias de seguridad más secretas del mundo, y también una de las menos conocidas. Los letreros que hay en el exterior rezan: «*Vietate passare oltre i limiti*».

En una oficina espartana del primer piso del edificio principal, el coronel Francesco Cesar estudiaba el mensaje urgente que acababa de recibir. El coronel era un hombre de poco más de cincuenta años, con cuerpo musculoso y cara de bulldog. Leyó el mensaje por tercera vez.

De modo que la Operación Juicio Final ya ha comenzado. E una bella fregatura. Menos mal que nos hemos preparado para esto, pensó Cesar. Volvió a mirar el cable. Un sacerdote.

Era más de medianoche cuando la monja pasó frente al puesto de las enfermeras nocturnas del pequeño hospital de Orvieto.

—Supongo que va a ver a la *signora* Fillipi —dijo la enfermera Tomasino.

—A ella o al viejo Rigano. Los dos están en las últimas.

La monja anduvo sigilosamente hasta doblar la esquina y entró en el cuarto del sacerdote, que dormía serenamente, las manos entrelazadas sobre el pecho, como en oración. Un rayo de luna se filtraba por las persianas y trazaba una franja plateada en su rostro.

La monja sacó una caja pequeña de debajo del hábito. Con cuidado, extrajo de ella un precioso rosario de cristal tallado y lo puso entre las manos del sacerdote. Mientras arreglaba las cuentas, apretó una contra el pulgar del anciano. Apareció una línea delgada de sangre. La monja sacó un frasco de la caja y, con un cuentagotas, vertió tres gotas del líquido en la herida abierta.

El potente veneno tardó sólo algunos minutos en surtir efecto. La monja suspiró al hacer la señal de la cruz sobre el muerto. Se marchó tan sigilosamente como había entrado.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

SIFAR AL SUBDIRECTOR DE LA NSA

CONFIDENCIAL

PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

5. PADRE PATRINI - ORVIETO - ELIMINADO

FIN DEL MENSAJE

Capítulo 26

A Frank Johnson lo reclutaron porque había sido Boina Verde en Vietnam y era conocido entre sus camaradas como Máquina de Matar. Le encantaba matar. Se sentía motivado y era sumamente inteligente.

—Es perfecto para nosotros —dijo Janus—. Acérquense a él con cautela. No quiero perderlo.

La primera reunión tuvo lugar en un cuartel militar. Un capitán hablaba con Frank Johnson.

—¿No le preocupa nuestro gobierno? —preguntó el capitán—. El país está dirigido por un puñado de subversivos que lo están regalando todo. Este país necesita energía nuclear, pero estos políticos ineptos nos impiden construir nuevas centrales. Dependemos de los condenados árabes para el petróleo, pero ¿nos permite el gobierno hacer nuestras propias perforaciones en la plataforma continental? Oh, no. Les preocupan más los peces que nosotros. ¿Tiene esto sentido para usted?

—Entiendo lo que quiere decir —fue la respuesta de Frank Johnson.

—Sabía que lo entendería. —Observaba con atención la cara de Johnson mientras hablaba—. Si el Congreso no hace nada para salvar a nuestro país, entonces nos toca a nosotros hacer algo.

Frank lo miró, desconcertado.

—¿A nosotros?

—Sí. —*Suficiente por ahora*, pensó el capitán—. Hablaremos de ello más adelante.

La siguiente conversación fue más específica.

—Frank, hay un grupo de patriotas a quienes les interesa proteger este país. Son individuos con mucho poder. Han formado una comisión. Es posible que esa comisión tenga que violar algunas leyes para cumplir su tarea, pero en última instancia, habrá valido la pena. ¿Le interesa a usted?

Frank Johnson sonrió.

—Sí, me interesa mucho.

Ése fue el comienzo. La siguiente reunión tuvo lugar en Ottawa, Canadá, y Frank Johnson conoció a algunos de los miembros de la comisión. Representaban a grupos poderosos de una docena de países.

—Estamos muy bien organizados —le explicó uno de los miembros a Frank Johnson—. Tenemos una cadena estricta de mando. Hay Divisiones de Propaganda, Reclutamiento, Táctica, Enlace... y un Escuadrón de la Muerte. —Hizo una pausa y luego prosiguió—. Casi todas las organizaciones de inteligencia del mundo forman parte de la comisión.

—¿Se refiere a los cabezas de...?

—No, no los cabezas. Los subdirectores. La gente que sabe lo que está pasando, que conoce el peligro que corre nuestro mundo.

Las reuniones se llevaron a cabo en todo el mundo, Suiza, Marruecos, China, y Johnson asistió a todas ellas.

Pasaron seis meses antes de que el coronel Johnson conociera a Janus. Janus lo había convocado.

—He recibido excelentes informes sobre usted, coronel. Frank Johnson sonrió.

—Disfruto con mi trabajo.

—Eso he oído decir. Se encuentra usted en una posición privilegiada para

ayudarnos.

Frank Johnson se irguió en su asiento.

—Haré todo lo que esté a mi alcance.

—Espléndido. En la Granja, usted se ocupa de supervisar el entrenamiento de los agentes secretos en los diversos servicios.

—Así es.

—Y llega a conocerlos bien, a ellos y sus aptitudes.

—Sí, muy a fondo.

—Lo que quiero que haga —dijo Janus— es reclutar a aquellos que, en su opinión, pueden ser más útiles a nuestra organización. Nos interesa tener sólo a los mejores.

—Eso es fácil —dijo el coronel Johnson—. No habrá ningún problema. —Vaciló un momento—. Me pregunto...

—¿Sí?

—Eso lo puedo hacer con los ojos cerrados. Me gustaría hacer algo más, algo importante. —Se inclinó hacia delante—. He oído hablar de la Operación Juicio Final, algo que está en mi campo de acción. Me gustaría intervenir en ella, señor.

Janus permaneció un momento sentado, observándolo. Después, asintió con la cabeza.

—Muy bien, ya forma parte de la Operación.

Johnson sonrió.

—Gracias. No lo lamentaré.

El coronel Frank Johnson salió de la reunión sintiéndose un hombre muy feliz. Ahora tendría una oportunidad para demostrarles lo que podía hacer.

Capítulo 27

*Día ocho.
Waco, Tejas.*

Dan Wayne no tenía un día demasiado bueno. En realidad, estaba resultando espantoso. Acababa de llegar del juzgado del condado de Waco, donde debía hacer frente a un proceso por quiebra. Su esposa, que había tenido una aventura con su joven médico, estaba tramitando el divorcio, y su intención era conseguir la mitad de todo lo que Wayne poseía (que bien podía ser la mitad de nada, le aseguró él al abogado de ella). Y uno de sus toros premiados tenía que ser sacrificado. Dan Wayne sintió que el destino le estaba dando una patada en los testículos. No había hecho nada para merecer todo aquello. Siempre había sido un buen marido y un buen ranchero. Se quedó sentado en su estudio, pensando en el negro futuro que le esperaba.

Dan Wayne era un hombre orgulloso. Conocía de sobra los chistes que describen a los tejanos como seres fanfarrones y jactanciosos, pero él estaba íntimamente convencido de que tenía motivos para alardear. Había nacido en Waco, en la rica región agrícola del valle del río Brazos. Waco era una ciudad moderna que seguía conservando un aroma del pasado, de los tiempos en que

su principal fuente de riqueza era el ganado, el algodón, el maíz, los estudiantes universitarios y la cultura. Wayne amaba Waco con todo su corazón, y cuando en Suiza conoció a aquel sacerdote italiano en el autocar turístico, estuvo casi cinco horas hablándole de su ciudad. El sacerdote le había dicho que quería practicar su inglés pero, de hecho, al pensarlo retrospectivamente, Dan cayó en la cuenta de que había sido él quien había hablado durante casi todo el rato.

«Waco lo tiene todo», le había confiado al cura. «Nuestro clima es espectacular. No permitimos que haga demasiado calor ni demasiado frío. Tenemos veintitrés escuelas en el distrito escolar, y la Universidad Baylor. Contamos con cuatro periódicos, diez emisoras de radio y cinco cadenas de televisión. Nuestro Texas Ranger Hall of Fame le deslumbrará. Vamos, en lo que a *historia* se refiere. Pero si a usted le gusta pescar, padre, el río Brazos es una experiencia que no olvidará nunca. Además, tenemos un rancho safari y un gran centro de arte. Le aseguro que Waco es una de las ciudades más especiales del mundo. Tiene que venir a visitarnos.»

Y el anciano sacerdote había sonreído y asentido con la cabeza, y Wayne se preguntó hasta qué punto entendía inglés.

A Dan Wayne, su padre le había dejado un rancho de cuatrocientas hectáreas, y él había aumentado el rebaño de ganado de dos mil a diez mil cabezas. También tenía un semental premiado que valdría una fortuna. Y ahora aquellos malnacidos trataban de quitárselo todo. No era culpa suya que el mercado de animales se hubiera ido al diablo, ni que él se encontrara atrasado en los pagos de la hipoteca. Los bancos se unían para darle el tiro de gracia, y la única esperanza que tenía de salvarse era encontrar a alguien que estuviera dispuesto a comprar el rancho, pagar a sus acreedores y dejarle un poco de beneficio.

Wayne había oído hablar de un suizo rico que buscaba un rancho en Tejas, y viajó en avión a Zurich para encontrarse con él. Al final, resultó ser un viaje inútil. El muy idiota creía que un rancho era un terreno de media o una hectárea, con un huertecito bien cuidado. *¡Mierda!*

Por eso estaba Dan Wayne en el autocar cuando se produjo aquel suceso extraordinario. Había leído acerca de los platillos volantes, pero jamás había creído en ellos. Pero ahora, ¡vaya si creía! No bien regresó a Tejas, se puso

en contacto con el editor del periódico local.

—Johnny, acabo de ver un platillo volante con unos seres rarísimos muertos en su interior.

—¿Ah, sí? ¿Sacaste fotografías, Dan?

—No. Bueno, en realidad hice algunas, pero no salieron.

—No importa. Enviaremos un fotógrafo al lugar. ¿Ha sido en tu rancho?

—No. En realidad, fue en Suiza.

Se hizo un silencio.

—Ah. Bueno, si llegas a ver uno en tu rancho, Dan, llámame de nuevo.

—¡Un momento! Otro tipo que también lo vio me va a mandar las fotografías que hizo. —Pero Johnny ya había colgado.

Y la cosa terminó así.

Wayne casi deseó que hubiera una invasión de extraterrestres. A lo mejor se les ocurría matar a sus malditos acreedores. Oyó un automóvil que se acercaba, se levantó y fue a la ventana. Parecía una persona del Este. *Seguro que es otro acreedor*. Últimamente brotaban de todas partes.

Dan Wayne abrió la puerta.

—Hola.

—¿Daniel Wayne?

—Mis amigos me llaman Dan. ¿En qué puedo servirle?

Dan Wayne no era en absoluto lo que Robert esperaba encontrar. Se había formado la imagen del estereotipo del tejano fornido. Dan Wayne era, en cambio, delgado y de aspecto aristocrático, con modales más bien tímidos. Lo único que revelaba su procedencia era su acento.

—¿Podría robarle unos minutos de su tiempo?

—Creo que es lo último que me queda —dijo Wayne—. Dígame, usted no será un acreedor, ¿verdad?

—¿Un acreedor? No.

—Estupendo. Pase.

Los dos hombres entraron en el salón. Era amplio y con muebles cómodos al estilo del Oeste.

—Tiene una casa muy bonita —comentó Robert.

—Sí. Yo nací aquí mismo. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Un refresco, quizás?

—No, gracias. No me apetece beber nada.

—Tome asiento.

Robert se sentó en un sillón de cuero.

—¿Para qué quería verme?

—Tengo entendido que usted hizo una excursión en autocar cuando estuvo en Suiza la semana pasada.

—Exacto. ¿Mi ex esposa me está haciendo seguir? Usted no trabajará para ella, ¿verdad?

—No, señor.

—Oh. —De pronto comprendió—. Lo que a usted le interesa es lo del ovni. La cosa más increíble que he visto en mi vida. Cambiaba constantemente de color. ¡Y aquellos extraterrestres muertos! —Se estremeció—. No hago más que soñar con eso.

—Señor Wayne, ¿me puede decir algo sobre los otros pasajeros que viajaban en el autocar?

—Lo siento, en eso no puedo ayudarle. Yo viajaba solo.

—Ya lo sé, pero hablaría con alguno de los otros pasajeros, ¿no?

—Si quiere que le diga la verdad, tenía muchas preocupaciones, así que no le presté demasiada atención a los demás.

—¿No recuerda nada de ninguno de ellos?

Dan Wayne quedó en silencio un momento.

—Bueno, había un sacerdote italiano. Estuve hablando bastante con él. Me pareció un buen tipo. Le prevengo que ese platillo volante lo trastornó mucho. No hacía más que hablar del demonio.

—¿Habló con alguien más?

Dan Wayne se encogió de hombros.

—En realidad, no... espere un minuto. Sí, cambié algunas palabras con un tipo que es dueño de un banco en Canadá. —Se pasó la lengua por los labios—. Para serle franco, tengo un pequeño problema financiero con este rancho. Todo parece indicar que estoy a punto de perderlo. Detesto a los malditos banqueros. Son todos como vampiros. Sea como fuere, pensé que aquel tipo podía ser diferente. Cuando me enteré de que era banquero, hablé un poco con él acerca de las posibilidades de conseguir aquí un préstamo o algo por el estilo. Pero él era igual que los demás. No podía haber demostrado menor interés.

—¿Dijo usted que era de Canadá?

—Sí, de Fort Smith, en los Territorios del Noroeste. Me temo que eso es todo lo que puedo decirle.

Robert trató de disimular su excitación.

—Gracias, señor Wayne, me ha ayudado usted mucho. —Robert se puso en pie.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿No quiere quedarse a cenar?

—No, gracias. Tengo que proseguir viaje. Buena suerte con el rancho.

—Gracias.

***Fort Smith, Canadá.
Territorios del Noroeste.***

Robert esperó a que el general Hilliard estuviera en la línea. —¿Sí, comandante?

—Tengo a otro testigo. Dan Wayne. Es el dueño de La Ponderosa, un rancho en las afueras de Waco, Tejas.

—Espléndido. Haré que nuestra oficina de Dallas se ponga en contacto con él.

**MENSAJE URGENTE
ULTRASECRETO
NSA A SUBDIRECTOR DEL DCI**

CONFIDENCIAL
PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA
REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL
6. DANIEL WAYNE - WACO
FIN DEL MENSAJE

En Langley (Virginia) el subdirector de la CIA estudiaba pensativamente el mensaje. *Número seis*. Las cosas iban realmente bien. El comandante Bellamy estaba realizando una labor excelente. Fue un acierto elegirle a él. Janus tenía razón. Ese hombre siempre tenía razón. Y tenía el poder de hacer que sus deseos se cumplieran. Tanto poder... Volvió a mirar el mensaje. *Que parezca un accidente*, pensó. *No debería resultar difícil*. Pulsó un timbre.

Los dos hombres llegaron al rancho en una furgoneta azul oscuro. Aparcaron en el patio y se apearon del vehículo, mirando en todas direcciones. Lo primero que Dan Wayne pensó era que habían venido para tomar posesión del lugar. Les abrió la puerta.

—¿Dan Wayne?

—Sí. ¿Qué puedo...?

Eso fue todo lo que llegó a decir.

El segundo hombre se había colocado detrás de él y lo golpeó fuertemente en la cabeza con una cachiporra.

El más corpulento de los dos cargó al ranchero inconsciente sobre los hombros y lo llevó al establo. Allí había ocho caballos en las caballerizas. Los hombres no les prestaron atención y siguieron hasta la última caballeriza. En su interior había un precioso semental negro.

—Es éste —dijo el hombre más corpulento, y dejó caer el cuerpo de Wayne.

El otro tomó un aguijón eléctrico para ganado que había en el suelo y se lo aplicó al corcel, que relinchó y se levantó sobre las patas traseras. El hombre volvió a repetir la operación, esta vez en el hocico del animal. El caballo corcoveaba ahora con furia, confinado en aquel estrecho lugar, se

lanzaba contra las paredes de la caballeriza, mostrando los dientes y con los ojos fuera de sus órbitas.

—Ahora —dijo el hombre más pequeño. Su compañero levantó el cuerpo de Dan Wayne y lo arrojó por encima de la media puerta del establo. Se quedaron un rato contemplando la sangrienta escena. Después, satisfechos, dieron media vuelta y se marcharon.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

DCI A SUBDIRECTOR DE LA NSA

CONFIDENCIAL

PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

6. DANIEL WAYNE - WACO - ELIMINADO

FIN DEL MENSAJE

Capítulo 28

Día nueve.

Fort Smith, Canadá.

Fort Smith, en los Territorios del Noroeste, es una ciudad próspera de dos mil habitantes, la mayor parte de los cuales son granjeros y dueños de establecimientos ganaderos, con una escasa proporción de comerciantes. El clima es riguroso, con inviernos largos y fríos, y la ciudad es la prueba palpable de la teoría de Darwin de que sólo sobreviven los más dotados.

William Mann era uno de esos dotados, un superviviente. Había nacido en Michigan, pero poco después de cumplir treinta años fue de pesca a Fort Smith y decidió que aquella comunidad necesitaba otro banco importante. Estudió las posibilidades existentes. Allí sólo había una institución bancaria, y William Mann tardó menos de dos años en borrar del mapa a su competidor. Mann dirigía su banco como se debía dirigir un banco. Su dios era la matemática, y procuraba que los números siempre le beneficiaran. Su chiste favorito era el de un hombre que acude al banquero para solicitarle un préstamo para poder operar a su hijo pequeño y así salvarle la vida. Cuando el solicitante dice que no tiene respaldo económico ni avales, el banquero le

ordena que salga de su oficina.

—Está bien, me voy —responde el hombre—, pero antes quiero decirle que en toda mi vida nunca he conocido a nadie tan insensible como usted.

—Espere un momento —exclama el banquero—. Le haré una propuesta justa. Uno de mis ojos es de cristal. Si adivina cuál es, le concederé el crédito.

Sin dudarle ni un momento, el hombre dice:

—El izquierdo.

El banquero se queda atónito.

—Nadie lo sabe. ¿Cómo se ha dado cuenta?

El hombre responde:

—Muy sencillo. Por un instante me ha parecido ver un destello de comprensión y simpatía en su ojo izquierdo, y eso me ha confirmado que era el de cristal.

Para William Mann, esa historia era un ejemplo de lo que debía ser un buen hombre de negocios. Para ello, no habían de primar la compasión ni ningún otro sentimiento similar. Lo que importaba era el resultado final. Mientras otros bancos del Canadá y de los Estados Unidos caían como bolos de madera, el banco de William Mann era más poderoso que nunca. Su filosofía era muy simple: nada de créditos para iniciar un negocio. Nada de inversiones en bonos basura. Nada de préstamos a vecinos cuyos hijos necesitaban desesperadamente someterse a una intervención quirúrgica.

Mann tenía un respeto casi reverencial por el sistema bancario suizo. Los gnomos de Zurich eran banqueros de banqueros. De modo que, cierto día, William Mann decidió ir a Suiza a hablar con algunos de sus banqueros y averiguar si había algo que se le estuviera pasando por alto, una manera de poder estrujar el dólar canadiense para sacar más centavos. Lo recibieron con mucha cortesía, pero en definitiva no aprendió nada nuevo. Sus propios métodos bancarios eran admirables, y los banqueros suizos no dudaron en decírselo.

Cuando estaba a punto de regresar, Mann decidió darse el gusto de realizar una excursión por los Alpes. Pero le resultó aburrida. El paisaje era interesante, pero no más hermoso que lo que podía verse en los alrededores de Fort Smith. Uno de los pasajeros del autocar, un tejano, tuvo la insolencia de intentar convencerlo de que le concediera un préstamo sobre un rancho

que estaba casi en la bancarrota. La única parte de la excursión que tuvo cierto interés fue la caída de un supuesto platillo volante. Mann no creyó en ningún momento en su autenticidad. Estaba convencido de que era un montaje del gobierno suizo para impresionar a los turistas. Él había estado en Disneylandia y había visto cosas similares que parecían reales, pero eran trucadas. *Es el ojo de cristal de Suiza*, pensó burlonamente.

William Mann se alegró de volver a su país.

Cada minuto del día del banquero estaba minuciosamente programado, y cuando su secretaria entró y le dijo que un desconocido deseaba verlo, la primera reacción de Mann fue no recibirlo.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Dice que quiere entrevistarlo. Está escribiendo un artículo sobre banqueros.

Eso era muy distinto. La publicidad adecuada era excelente para los negocios. William Mann se arregló la chaqueta, se pasó la mano por el pelo y dijo:

—Hágalo pasar.

El visitante era norteamericano. Iba bien vestido, lo cual indicaba que trabajaba para uno de los mejores periódicos o revistas.

—¿Señor Mann?

—Sí.

—Soy Robert Bellamy.

—Mi secretaria me dice que desea escribir un artículo sobre mí.

—Bueno, no solamente sobre usted —dijo Robert—. Pero usted será sin duda la figura más importante. Mi periódico...

—¿Cuál es?

—El *Wall Street Journal*.

Eso estaba muy bien.

—El *Journal* opina que los banqueros están demasiado aislados de lo que ocurre en el resto del mundo. Rara vez viajan, y no suelen ir a otros países. En cambio usted, señor Mann, tiene fama de viajar mucho.

—Sí, supongo que sí —dijo Mann modestamente—. De hecho, la semana

pasada regresé de un viaje a Suiza.

—¿Ah, sí? ¿Lo pasó bien?

—Sí. Me reuní con otros banqueros de allí. Hablamos de la economía mundial.

Robert había sacado una libreta y tomaba notas.

—¿Tuvo tiempo para hacer turismo?

—En realidad, no. Bueno, hice una pequeña excursión en autocar. No conocía los Alpes.

Robert hizo otra anotación.

—Una excursión. Eso es exactamente lo que buscamos —dijo Robert para alentarlo—. Supongo que conoció a muchas personas interesantes en el autocar.

—¿Interesantes? —Pensó en el tejano que había tratado de conseguir un crédito—. En absoluto.

—¡No me diga!

Mann lo miró. Era evidente que el periodista esperaba que él dijera algo más. «Usted será sin duda la figura más importante del artículo.»

—Bueno, había una muchacha rusa.

Robert tomó nota.

—¿De veras? Hábleme de ella.

—Charlamos un poco, y yo le expliqué lo atrasada que está Rusia y los problemas que le esperan si no cambia.

—Debió de quedar muy impresionada —dijo Robert.

—Ya lo creo. Parecía bastante despierta. Para ser rusa, quiero decir. Como sabe, esa gente está muy aislada.

—¿Le dijo cómo se llamaba?

—No... aguarde un momento. Creo que era Olga nosequé.

—¿Y no le dijo dónde vivía?

—Sí. Trabaja de bibliotecaria en la sucursal más importante de Kiev. Era su primer viaje al extranjero, supongo que debido a la *glasnost*. Si quiere que le diga la verdad... —Se interrumpió para asegurarse de que Robert lo estuviera anotando todo—. Gorbachov ha mandado a Rusia al infierno en una cesta de mimbre. Alemania Oriental ha sido entregada a Bonn en bandeja. En el frente político, Gorbachov se ha movido con demasiada rapidez, y en el

frente económico, lo ha hecho con demasiada lentitud.

—Qué fascinante —murmuró Robert. Estuvo otra media hora con el banquero, escuchando sus opiniones y comentarios sobre temas que iban desde el Mercado Común hasta el control de armamento. No pudo obtener más información sobre los otros pasajeros.

Cuando Robert regresó a su hotel, llamó por teléfono a la oficina del general Hilliard.

—Un momento, comandante Bellamy.

Robert oyó una serie de clics, y un instante después sonó la voz del general Hilliard.

—¿Sí, comandante?

—He localizado a otro pasajero, general.

—¿Su nombre?

—William Mann. Es el dueño de un banco en Fort Smith, Canadá.

—Gracias. Haré que las autoridades canadienses se pongan en contacto con él enseguida.

—Por cierto, me ha facilitado otra pista. Esta noche salgo para Rusia. Necesitaré un visado de Intourist.

—¿Desde dónde me llama?

—De Fort Smith.

—Pase por el Visigoth Hotel en Estocolmo. En conserjería habrá un sobre para usted.

—Gracias.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

NSA A SUBDIRECTOR DEL CGHQ

CONFIDENCIAL

PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

7. WILLIAM MANN - FORT SMITH

FIN DEL MENSAJE

Aquella misma noche, a las once, sonó el timbre de la puerta de William Mann. No esperaba a nadie y detestaba las visitas no anunciadas. Su ama de llaves ya se había retirado a su dormitorio, y su esposa dormía en el piso superior. Disgustado, Mann abrió la puerta. Dos hombres vestidos de negro estaban de pie en el portal.

—¿William Mann?

—Sí.

Uno de los hombres sacó una tarjeta de identificación.

—Somos del Banco de Canadá. ¿Podemos pasar?

Mann frunció el entrecejo.

—¿De qué se trata?

—Preferiríamos contárselo dentro, si no tiene inconveniente.

—Muy bien —dijo Mann, y condujo a los hombres al salón.

—Usted estuvo hace poco en Suiza, ¿no es cierto?

La pregunta le sorprendió con la guardia baja.

—¿Qué? Sí, pero ¿qué demonios...?

—Mientras estuvo ausente un auditor realizó una verificación contable en su institución, señor Mann. ¿Sabe usted que su banco tiene un déficit de un millón de dólares?

William Mann, horrorizado, miró a los dos hombres.

—¿De qué están hablando? Yo mismo reviso los libros todas las semanas. ¡Y jamás ha faltado ni un penique!

—Un millón de dólares, señor Mann. Creemos que usted es responsable de esa malversación.

El rostro de Mann comenzaba a congestionarse.

—¿Cómo... cómo se atreven? —farfulló—. Salgan inmediatamente de aquí antes de que llame a la policía.

—No servirá de nada. Lo que queremos es que se arrepienta.

Ahora los miraba de hito en hito, confundido.

—¿Arrepentirme? ¿Arrepentirme de qué? ¡Están locos!

—No, señor.

Uno de los hombres empuñó un arma.

—Siéntese, señor Mann.

¡Dios mío! Han venido a robarme.

—Miren —dijo Mann—, llévense lo que quieran. No hace falta que haya violencia y...

—Siéntese, por favor.

El otro hombre se acercó al mueble bar. Estaba cerrado con llave. Rompió el cristal y lo abrió. Tomó un vaso grande, lo llenó de *whisky* y lo llevó a donde estaba sentado Mann.

—Bébase esto. Lo tranquilizará.

—Yo... jamás bebo después de comer. Mi médico...

El otro hombre apoyó el arma contra la sien de William Mann.

—Bébaselo, o el vaso quedará lleno de sus sesos.

Mann comprendió que estaba en manos de dos locos. Cogió el vaso con mano temblorosa y bebió un sorbo.

—Bébaselo todo.

Tomó un sorbo más grande.

—¿Qué... qué es lo que quieren?

Levantó la voz, con la esperanza de que su esposa le oyera y bajara, pero era una esperanza vana. Sabía que dormía con un sueño profundo. Era obvio que los hombres iban a robárselo todo. *¿Por qué no empiezan de una vez?*

—Llévense lo que quieran —repitió—. No se lo impediré.

—Termine lo que tiene en el vaso.

—No es necesario. Yo...

El hombre lo golpeó con fuerza en la oreja. Mann gimió de dolor.

—Vamos, témineselo.

Mann bebió el resto del *whisky* de un trago y sintió que le quemaba la garganta. Comenzaba a sentirse mareado.

—La caja fuerte está arriba, en el dormitorio —dijo. Le costaba hablar—. Yo se la abriré. —Tal vez eso despertaría a su esposa y ella llamaría a la policía.

—No hay prisa —dijo el hombre con el arma—. Tiene tiempo de sobra para tomar otro trago.

El otro hombre volvió al bar y le llenó de nuevo el vaso hasta el borde.

—Aquí tiene.

—No —protestó William Mann—. No lo quiero.

Le metieron el vaso en la mano.

—Bébaselo.

—De veras, no...

Un puño se estrelló en el mismo lugar, encima de la oreja. Mann casi se desmayó del dolor.

—Vamos, bébaselo.

Bueno, si eso es lo que quieren, ¿por qué no? Cuanto antes se termine esta pesadilla, mejor. Bebió un gran trago de *whisky* y se atragantó.

—Si bebo más, vomitaré.

El hombre respondió, muy tranquilo:

—Si vomita, lo mato.

Mann levantó la vista y lo miró a él y luego a su compañero. Parecía haber dos de cada uno.

—¿Qué quieren ustedes? —farfulló.

—Ya se lo hemos dicho. Queremos que se arrepienta.

William Mann asintió, borracho.

—Está bien, me arrepiento.

El hombre sonrió.

—Ya ve, es todo lo que pedimos. Ahora... —Colocó un trozo de papel en la mano de Mann—. Lo único que tiene que hacer es escribir: «Lo siento. Perdónenme».

William Mann lo miró con la vista nublada.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Después nos iremos.

De pronto, se sintió embargado de júbilo. *Así que de eso se trataba. Eran fanáticos religiosos.* En cuanto se fueran, llamaría a la policía y los haría arrestar: *Me ocuparé de que ahorquen a esos hijos de puta.*

—Escriba, señor Mann.

Le costaba enfocar la mirada.

—¿Qué era lo que querían que escribiera?

—Solamente, «Lo siento. Perdónenme».

—Muy bien. —Le resultaba difícil sostener el bolígrafo. Se concentró y

comenzó a escribir: «Lo siento. Perdónenme».

El hombre cogió el papel de la mano de Mann y lo sostuvo por una esquina.

—Muy bien, señor Mann. ¿Ha visto qué sencillo?

La habitación empezó a dar vueltas.

—Sí. Gracias. Ya me he arrepentido. ¿Se irán ahora?

—Veo que es zurdo.

—¿Qué?

—Que es usted zurdo.

—Sí.

—En los últimos tiempos ha habido muchos delitos por aquí, señor Mann. Así que le dejaremos este revólver.

Sintió que colocaban el arma en su mano izquierda.

—¿Sabe usar un revólver?

—No.

—Es muy sencillo. Se hace así...

El individuo levantó el arma hasta la sien de William Mann y apretó el dedo del banquero en el gatillo. Se oyó un disparo sordo. La nota, manchada de sangre, cayó al suelo.

—Y eso es todo —dijo uno de los hombres—. Buenas noches, señor Mann.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

CGHQ AL SUBDIRECTOR DE LA NSA

CONFIDENCIAL

PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

7. WILLIAM MANN - FORT SMITH - ELIMINADO

FIN DEL MENSAJE

Día diez.

Fort Smith, Canadá.

A la mañana siguiente, los auditores bancarios informaron de que faltaba un millón de dólares en el banco de Mann. La policía catalogó la muerte de Mann como suicidio.

El dinero que faltaba no fue encontrado jamás.

Capítulo 29

Día once.

Bruselas, 03.00 horas.

Al general Shipley, comandante de las oficinas centrales de la OTAN, lo despertó su asistente.

—Lamento molestarlo, general, pero tenemos problemas.

El general Shipley se incorporó y se frotó los ojos para quitarse el sueño. Se había acostado tarde, pues había estado agasajando a un grupo de senadores de los Estados Unidos que habían venido de visita.

—¿Cuál es el problema, Billy?

—Acabo de recibir una llamada de la torre de radar, señor. O nuestros equipos se han vuelto locos, o tenemos unos visitantes muy extraños.

El general Shipley se levantó de la cama.

—Diles que estaré allí dentro de cinco minutos.

La oscura sala de radar estaba llena de soldados y oficiales reunidos alrededor de las pantallas luminosas que estaban en el centro de la habitación. Se

volvieron hacia él y se cuadraron cuando entró el general.

—Descansen. —El general se acercó al oficial al mando, el capitán Muller—. ¿Qué está ocurriendo aquí, Lewis?

El capitán Muller se rascó la cabeza.

—No logro entenderlo. ¿Conoce algún avión capaz de volar a treinta y cinco mil kilómetros por hora, detenerse de repente y volar marcha atrás?

El general Shipley lo miraba fijamente.

—¿De qué me está hablando?

—Según nuestras pantallas de radar, eso es lo que ha estado ocurriendo durante la última media hora. Al principio pensamos que podía tratarse de algún ingenio electrónico en fase de pruebas, pero lo hemos verificado con los rusos, los ingleses y los franceses, y ellos reciben lo mismo que nosotros en la pantalla de sus radares.

—De modo que no puede ser un fallo del equipo —dijo con voz grave el general Shipley.

—No, señor. A menos que consideremos que todos los radares del mundo han enloquecido de pronto.

—¿Cuántos artefactos han aparecido en la pantalla?

—Más de una docena. Se mueven con tanta rapidez que cuesta seguirles el rastro. Los captamos un momento y vuelven a desaparecer. Hemos descartado los fenómenos atmosféricos, los meteoros, las bolas de fuego, los globos sonda y las distintas clases de aparatos voladores conocidos por el hombre. Pensaba enviar algunos aviones, pero esos objetos, sean lo que fueren, vuelan a semejante altura que jamás podríamos acercarnos a ellos.

El general Shipley se inclinó sobre una de las pantallas de radar.

—¿Aparece algo en las pantallas en este momento?

—No, señor. Han desaparecido. —Vaciló un momento—. Pero general, tengo el horrible presentimiento de que volverán.

Capítulo 30

Ottawa, 05.00 horas.

Cuando Janus terminó de leer en voz alta el informe del general Shipley, el italiano se puso en pie y dijo, muy excitado:

—¡Se están preparando para invadirnos!

—Ya nos han invadido. —El francés.

—Estamos demasiado atrasados. Es una catástrofe. —El ruso—. No hay forma de...

Janus lo interrumpió.

—Caballeros, es una catástrofe que podemos impedir.

—¿De qué manera? Ya conoce sus exigencias. —El inglés.

—Sus exigencias son inaceptables. —El brasileño—. Lo que hagamos con nuestros árboles no es de su incumbencia. El llamado efecto invernadero es una invención de los científicos, algo que no ha sido probado de manera fehaciente.

—¿Y qué me dicen de nosotros? —El alemán—. Si nos obligaran a purificar el aire que está sobre nuestras ciudades, tendríamos que cerrar las fábricas. Y no nos quedaría ninguna industria.

—Y nosotros tendríamos que dejar de fabricar automóviles —dijo el japonés—. ¿Qué sería entonces del mundo civilizado?

—Todos estamos en la misma situación. —El ruso—. Si eliminamos toda la contaminación, como ellos pretenden, será la destrucción de la economía mundial. Tenemos que conseguir más tiempo hasta que la Guerra de las Galaxias esté lista para derrotarlos.

Janus dijo, con tono tajante:

—En eso estamos todos de acuerdo. Nuestro problema inmediato es conseguir que nuestros pueblos conserven la calma y evitar que cunda el pánico.

—¿Cómo va la misión del comandante Bellamy? —El canadiense.

—Ha hecho grandes progresos. Calculo que quedará concluida dentro de un par de días.

Capítulo 31

Kiev, Unión Soviética.

Al igual que muchas de sus compañeras, Olga Romanchanko estaba decepcionada con la *perestroika*. Al principio, todos los cambios que iban a tener lugar en la Madre Rusia parecían muy prometedores. Vientos de libertad soplaban por las calles, y el aire estaba lleno de esperanzas. Había promesas de carne y verduras frescas en las tiendas, vestidos elegantes y zapatos de piel auténtica, y centenares de cosas maravillosas. Pero ahora, seis años después del comienzo, reinaba una amarga desilusión. Las mercaderías faltaban incluso más que antes. Era imposible sobrevivir sin recurrir al mercado negro. Escaseaba prácticamente todo, y los precios se habían triplicado. Las calles principales estaban todavía llenas de *rytvina*, enormes ollas populares. Se realizaban marchas de protesta por las calles, y la delincuencia aumentaba. Las restricciones eran más severas que nunca. La *perestroika* y la *glasnost* comenzaban a parecer tan vacías como las promesas de los políticos que las habían promovido.

Olga trabajaba desde hacía siete años en la biblioteca de la plaza Lenkomsomol, en el centro de Kiev. Tenía treinta y dos años y jamás había

salido de la Unión Soviética. Era razonablemente atractiva, un poco rolliza, pero en Rusia eso no se consideraba una desventaja. Había estado comprometida en dos oportunidades con hombres que se trasladaron a otra parte y la abandonaron: Dmitri, que se fue a Leningrado, e Ivan, que partió para Moscú. Olga había intentado ir a Moscú con Ivan, pero sin un *propiska*, un permiso de residencia en Moscú, no le fue posible hacerlo.

A punto de cumplir los treinta y tres años, Olga decidió ir a ver un poco de mundo antes de que el Telón de Acero se cerrara de nuevo. Se dirigió a la directora de la biblioteca, que era tía suya.

—Quisiera hacer las vacaciones ahora —dijo Olga.

—¿Cuándo quieres irte?

—La semana que viene.

—Que lo pases muy bien.

Fue así de sencillo. En los tiempos anteriores a la *perestroika*, tomarse unas vacaciones habría significado ir al mar Negro o a Samarkanda o a Tbilisi, o a cualquier otro punto dentro de la Unión Soviética. Pero ahora, si no tardaba demasiado, todo el mundo estaba abierto para ella. Olga cogió un atlas de uno de los estantes de la biblioteca y se puso a examinarlo. ¡Qué inmenso era el mundo! Estaban África y Asia, y América del Norte y América del Sur... Le daba miedo aventurarse a países tan lejanos. Pasó a estudiar el mapa de Europa. *Suiza*, pensó. *Iré allí*.

Jamás lo habría reconocido ante nadie, pero la razón principal por la que Suiza le resultaba tan atractiva era que en una oportunidad había probado un chocolate suizo que nunca pudo olvidar. Le encantaban los dulces. En cambio, en Rusia, las golosinas —cuando se podían conseguir— no eran nada dulces y tenían un sabor espantoso.

La debilidad de Olga por el chocolate iba a costarle la vida.

El viaje a Zurich con Aeroflot fue un comienzo excitante. Era la primera vez que subía a un avión. Al aterrizar en el aeropuerto de Zurich se sentía feliz y llena de expectativas. Ya en el aire le pareció advertir algo diferente. *Quizás es el aroma de la auténtica libertad*, pensó Olga. Tenía muy poco dinero, por lo que había reservado habitación en un hotel pequeño y bastante económico,

el Leonhare, en Limmatquai 136.

Olga se inscribió en el mostrador de conserjería.

—Es la primera vez que vengo a Suiza —le confió al empleado, en un inglés vacilante—. ¿Podría aconsejarme qué hacer?

—Por supuesto. Aquí hay mucho que ver —le dijo—. Pero creo que le convendría empezar con un *tour* por la ciudad. Haré los arreglos necesarios.

—Se lo agradezco.

Zurich le pareció extraordinaria. Olga quedó maravillada con lo que vio y oyó en esa ciudad. La gente de la calle iba vestida con ropa tan fina y conducía automóviles tan costosos... Tuvo la sensación de que en Zurich todos debían de ser millonarios. ¡Y las tiendas! Estuvo mirando escaparates en Bahnhofstrasse, la principal calle comercial de Zurich, y se asombró frente a la increíble cornucopia que allí se ofrecía: vestidos, abrigos, zapatos, ropa interior, alhajas, vajillas, muebles, coches, libros, televisores, radios, juguetes y pianos. No parecía haber fin a la variedad de artículos en venta. Y entonces Olga se topó con Sprüngli's, la casa famosa por sus bombones y dulces y chocolates. ¡Y qué chocolates! Cuatro enormes escaparates estaban llenos de una asombrosa variedad. Había grandes cajas de bombones surtidos, conejitos de chocolate, tabletas de chocolate, nueces bañadas en chocolate. Había plátanos recubiertos de chocolate y bombones de chocolate con licor. Era un festín mirar aquel despliegue en los escaparates. Olga habría querido comprarlo todo, pero cuando vio los precios se resignó a llevarse sólo una pequeña caja de bombones surtidos.

En el curso de la semana siguiente, Olga visitó los Jardines Zurichhorn y el Museo Rietberg y el Grossmünster, la iglesia erigida en el siglo XI y muchos otros centros de interés turístico. Finalmente, las vacaciones llegaron a su fin.

El empleado del Leonhare le dijo:

—La Compañía de Turismo Sunshine organiza una excursión muy interesante a los Alpes. Creo que debería aprovecharla antes de irse de aquí.

—Gracias —contestó Olga—. Seguiré su consejo.

Cuando Olga salió del hotel, su primera parada fue de nuevo Sprüngli's, y

la siguiente, la oficina de la Compañía de Turismo Sunshine para comprar el billete de la excursión. El recorrido resultó ser de lo más impresionante. El paisaje era soberbio, y en medio de la excursión vieron la explosión de lo que ella creyó que era un platillo volante, pero el banquero canadiense que estaba sentado junto a ella le explicó que era solamente un espectáculo arreglado por el gobierno suizo para los turistas, que los platillos volantes no existían. Olga no quedó muy convencida. Cuando regresó a Kiev, comentó el asunto con su tía.

—Por supuesto que hay platillos volantes —dijo su tía—. Vuelan periódicamente sobre Rusia. Deberías vender tu historia a los periódicos.

Olga consideró la idea, pero temió que se rieran de ella. Al Partido Comunista no le gustaba que a sus funcionarios se les diera publicidad, sobre todo si podían quedar en ridículo. En definitiva, Olga decidió que, al margen de Dmitri y de Ivan, sus vacaciones habían sido lo más importante de su vida. Le resultaría difícil ponerse a trabajar de nuevo.

El autobús de Intourist tardó una hora en cubrir el trayecto del aeropuerto al centro de Kiev, por la autopista recién construida. Era la primera vez que Robert visitaba Kiev, y le impresionó ver la cantidad de edificios de apartamentos edificados a lo largo de todo el camino. El autobús se detuvo frente al Dnieper Hotel y vomitó allí a las dos docenas de pasajeros. Robert consultó su reloj. Las ocho de la noche. La biblioteca ya estaría cerrada. Tendría que esperar hasta el día siguiente. Se registró en el inmenso hotel, donde ya tenía reservada una habitación, tomó una copa en el bar y se dirigió al austero comedor pintado de blanco para una cena de caviar, ensalada de pepino y tomate, seguida de una cazuela de patatas aderezada con pequeños trozos de carne y cubierta con una capa gruesa de pasta, todo acompañado con vodka y agua mineral.

Había encontrado su visado en el hotel de Estocolmo, tal como le prometiera el general Hilliard. *Eso sí que es colaboración internacional instantánea*, pensó Robert. *Pero no colaboración para conmigo*. «Desnudo» es la palabra operativa.

Después de cenar, Robert hizo algunas averiguaciones en conserjería y

deambuló por la plaza Lenkomsomol. Kiev fue toda una sorpresa para él. Era una ciudad atractiva —una de las más antiguas de Rusia—, de aspecto europeo, situada sobre el río Dnieper, con parques verdes y calles arboladas. Había iglesias por todas partes, ejemplos espectaculares de la arquitectura religiosa; así, por ejemplo, las de San Vladimir y San Andrés, y la de Santa Sofía, esta última finalizada en 1037, de un blanco puro y con su imponente campanario azul, y el monasterio Pechersk, la estructura más alta de la ciudad. *A Susan le habría encantado todo esto*, pensó Robert. Ella no conocía Rusia. Se preguntó si ya habría vuelto de Brasil. Movido por un impulso, cuando regresó a su habitación la llamó por teléfono y, con gran sorpresa por su parte, consiguió comunicarse con ella en seguida.

—Hola. —*Aquella voz ronca y sensual.*

—Hola. ¿Cómo ha ido por Brasil?

—¡Robert! He tratado de hablar por teléfono contigo varias veces, pero no contestaba nadie.

—No estoy en casa.

—Oh. —Estaba demasiado bien entrenada como para preguntarle dónde se encontraba—. ¿Estás bien?

Para ser un eunuco, estoy fantásticamente bien.

—Sí, muy bien. ¿Cómo está el Rica... Monte?

—Muy bien. Robert, mañana salimos para Gibraltar.

En el maldito yate del Ricachón, por supuesto. ¿Cómo se llamaba?

¡Ah, sí! El Alción.

—¿En el yate?

—Sí. Puedes llamarme allí por teléfono. ¿Te acuerdas de cuál es el número?

Lo recordaba. WS337. *¿Qué querrían decir las iniciales WS?*

—¿Robert?

—Sí, lo recuerdo. Whiskey Sugar 337.

—¿Me llamarás? Aunque sea para decirme que estás bien.

—Seguro. Te echo de menos, nena.

Un largo y doloroso silencio. Aguardó. ¿Qué esperaba que dijera Susan? *Ven a rescatarme de este hombre encantador que se parece a Paul Newman y que me obliga a viajar en su yate de doscientos cincuenta pies de eslora y a*

vivir en nuestros miserables palacios de Montecarlo y Marruecos y París y Londres y sólo Dios sabe cuántos lugares más. Como un idiota, descubrió que estaba deseando que ella dijera algo así.

—Yo también te echo de menos, Robert. Cuídate mucho. —Y la comunicación se cortó. Él estaba en Rusia, solo.

Día doce.

Kiev, Unión Soviética.

A primeras horas de la mañana siguiente, diez minutos después de que abrieran la biblioteca, Robert entró en aquel edificio inmenso y tétrico y se acercó al mostrador de recepción.

—Buenos días —dijo Robert.

La mujer que estaba tras el mostrador levantó la vista.

—Buenos días. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Busco a una mujer que creo que trabaja aquí, Olga...

—¿Olga? Sí —dijo, y señaló hacia otra sala—. La encontrará allí.

—Gracias.

Fue así de fácil. Robert se encaminó a la otra sala y pasó junto a grupos de alumnos que estudiaban en mesas muy largas. *¿Preparándose para qué clase de futuro?*, se preguntó Robert. Llegó a una sala de lectura más pequeña. Una mujer estaba atareada ordenando libros.

—Perdón —dijo Robert.

Ella se volvió.

—¿Sí?

—¿Olga?

—Soy Olga. ¿Qué desea?

Robert le dedicó una sonrisa seductora.

—Estoy escribiendo un artículo sobre la *perestroika* y su efecto en la vida cotidiana de los rusos. ¿Ha influido mucho en la suya?

La mujer se encogió de hombros.

—Antes de Gorbachov teníamos miedo de abrir la boca. Ahora podemos abrir la boca, pero no tenemos nada que meter en ella.

Robert intentó otra táctica.

—Sin duda hay algunos cambios positivos. Por ejemplo, ahora pueden viajar al extranjero.

—Debe de estar bromeando. Con un marido y seis hijos, ¿quién puede permitirse el lujo de viajar?

Robert insistió.

—De todos modos, usted fue a Suiza y...

—¿A Suiza? Jamás he estado en Suiza.

—¿Nunca ha estado en Suiza? —preguntó Robert, muy despacio.

—Acabo de decírselo. —Hizo un movimiento de cabeza hacia una mujer de pelo oscuro que en ese momento recogía libros de la mesa—. Ella es la afortunada que conoce Suiza.

Robert la miró.

—¿Cómo se llama?

—Olga. Igual que yo.

Robert suspiró.

—Gracias.

Un minuto después, Robert hablaba con la segunda Olga.

—Perdóneme —dijo Robert—. Estoy escribiendo un artículo para un periódico sobre la *perestroika* y su efecto en la forma de vida de los rusos.

Ella lo miró con cautela.

—¿Sí?

—¿Cómo se llama usted?

—Olga. Olga Romanchanko.

—Dígame, Olga, ¿la *perestroika* ha marcado alguna diferencia en su vida?

Seis años antes, Olga Romanchanko habría tenido miedo de hablar con un

extranjero, pero ahora estaba permitido.

—En realidad, no —dijo con prudencia—. Todo sigue más o menos igual.

El desconocido mostró cierta insistencia.

—¿No ha cambiado nada en su vida?

Ella sacudió la cabeza.

—No. —Y después agregó, con tono patriótico—: Desde luego, ahora podemos viajar al extranjero.

Él pareció interesarse.

—¿Y lo ha hecho usted?

—Oh, sí —dijo ella con orgullo—. Acabo de regresar de Suiza. Es un país muy bonito.

—Estoy de acuerdo —asintió él—. ¿Tuvo oportunidad de conocer a otras personas en el viaje?

—Conocí a mucha gente. Hice una excursión en autocar y recorrimos montañas altísimas. Los Alpes. —De pronto, Olga pensó que no tendría que haberlo dicho, porque ese hombre podía preguntarle sobre la nave espacial, y ella no quería hablar de eso. Podía meterse en líos.

—¿Ah, sí? —dijo Robert—. Hábleme un poco sobre las personas que iban en el autocar.

Aliviada, Olga respondió:

—Personas muy cordiales. Y todas iban muy bien vestidas. Con trajes muy caros. Hasta conocí a un hombre de la capital de su país, Washington, D. C.

—¿No me diga!

—Sí. Un hombre muy agradable. Me dio su tarjeta.

Robert sintió que le daba un vuelco el corazón.

—¿Todavía la tiene?

—No. La tiré. —Miró en todas direcciones—. Es mejor no guardar cosas así.

¡Maldición!

Y ella agregó:

—Pero recuerdo su nombre. Parker, como las plumas de ustedes, los norteamericanos. Kevin Parker. Un hombre muy importante en el campo

político. Les dice a los senadores lo que deben votar.

Robert quedó desconcertado.

—¿Eso le dijo?

—Sí. Los invita a viajes y les hace regalos, y después ellos votan a favor de cosas que los clientes de él necesitan. Así funciona la democracia en los Estados Unidos.

Un cabildero. Robert dejó que Olga siguiera hablando durante los siguientes quince minutos, pero no obtuvo información útil sobre ninguno de los demás pasajeros.

Robert llamó por teléfono al general Hilliard desde la habitación del hotel.

—He encontrado a la testigo rusa. Su nombre es Olga Romanchanko. Trabaja en la biblioteca principal de Kiev.

—Haré que un funcionario ruso hable con ella.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

NSA A SUBDIRECTOR DE LA GRU

CONFIDENCIAL

PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

8. OLGA ROMANCHANKO - KIEV

FIN DEL MENSAJE

Aquella tarde, Robert estaba en el *jet* Tupolev Tu-154 de Aeroflot con destino a París. Cuando llegó allí, tres horas y veinticinco minutos más tarde, cogió otro avión, esta vez de Air France, hacia Washington, D. C.

A las dos de la madrugada, Olga Romanchanko oyó el chirrido de los neumáticos de un automóvil que frenaba frente al edificio de apartamentos donde ella vivía, en la calle Vertryk. Las paredes del apartamento eran tan delgadas que oyó las voces en la calle. Se levantó de la cama y miró por la

ventana. Dos hombres de paisano bajaban de un Chaika negro, el automóvil que solían utilizar los funcionarios del gobierno. Se acercaban a la puerta de entrada de su edificio. El solo hecho de verlos la hizo estremecerse. A lo largo de los años, algunos de sus vecinos habían desaparecido, y jamás se los volvió a ver. Algunos de ellos fueron enviados a los Gulags de Siberia. Olga se preguntó a quién estaría buscando la policía secreta, y mientras lo pensaba oyó que golpeaban a su puerta. Se sobresaltó. *¿Qué quieren de mí?* se preguntó. *Debe de tratarse de un error.*

Cuando abrió la puerta, vio a los dos hombres.

—¿Camarada Olga Romanchanko?

—Sí.

—Glavnoye Razvedyvatelnoye Upravleniye.

La temida GRU.

La empujaron y entraron en la habitación.

—¿Qué... qué es lo que quieren?

—Las preguntas las haremos nosotros. Yo soy el sargento Yuri Gromkov. Éste es el sargento Vladimir Zemsky.

Olga sintió una repentina oleada de terror.

—¿Qué... qué sucede? ¿Qué he hecho de malo?

—¡Ah, así que sabe que ha hecho algo malo! —saltó Zemsky.

—No, por supuesto que no —dijo Olga, confusa—. No sé por qué han venido.

—Siéntese —gritó Gromkov.

Olga le obedeció.

—Acaba de regresar de un viaje a Suiza, ¿*nyet*?

—S... sí —tartamudeó ella—, pero fue... fue... obtuve permiso de...

—El espionaje no es legal, Olga Romanchanko.

—¿Espionaje? —Estaba horrorizada—. No sé de qué me habla.

El hombre más corpulento le miraba el cuerpo, y de pronto Olga se dio cuenta de que sólo llevaba puesto un camisón transparente.

—Vamos. Usted se viene con nosotros.

—Pero les aseguro que cometen un error terrible. Soy bibliotecaria. Pregúntenle a cualquiera...

Él la obligó a ponerse en pie.

—Vamos.

—¿Adónde me llevan?

—Al cuartel central. Quieren interrogarla.

Permitieron que se pusiera un abrigo sobre el camión. La empujaron por la escalera hasta la planta baja, y después al Chaika. Olga pensó en toda la gente que había visto partir en un coche así y que jamás regresó, y el miedo la paralizó.

Conducía Gromkov, el hombre más corpulento. Olga iba en el asiento de atrás, con Zemsky. Él le daba menos miedo, pero le aterraba pensar en quiénes eran y lo que le ocurriría.

—Por favor, créame —suplicó Olga—. Yo jamás traicionaría a mi...

—Cállese —ladró Gromkov.

Vladimir Zemsky dijo:

—Oye, no hay ningún motivo para que seas brusco con ella. Si quieres que te diga la verdad, yo la creo.

Olga sintió una oleada de esperanza.

—Los tiempos han cambiado —prosiguió el camarada Zemsky—. El camarada Gorbachov no quiere que molestemos a gente inocente. Esa época se ha terminado.

—¿Quién dijo que es inocente? —gruñó Gromkov—. A lo mejor lo es, a lo mejor no lo es. Lo averiguarán muy pronto en el cuartel central.

Olga permaneció allí sentada, oyendo a los dos hombres hablar de ella como si no estuviera allí.

—Vamos, Yuri —dijo Zemsky—, ya sabes que una vez allí, ella confesará, sea inocente o no. No me gusta esto.

—Es una pena. Pero no podemos hacer nada al respecto.

—Sí que podemos.

—¿Qué?

El hombre que iba sentado junto a Olga permaneció un momento en silencio.

—Oye —dijo—, ¿por qué no la dejamos ir? Podríamos decir que no estaba en su casa. Así los entretendremos uno o dos días, y se olvidarán de ella porque tienen que interrogar a muchas personas.

Olga trató de decir algo, pero tenía la garganta demasiado seca. Quería

desesperadamente que el hombre que tenía al lado ganara la discusión.

—¿Por qué arriesgar el pescuezo por ella? —gruñó Gromkov—. ¿Qué ganamos con eso? ¿Qué hará ella por nosotros?

Zemsky giró la cabeza y miró a Olga con expresión interrogante.

Olga recuperó la voz.

—No tengo dinero —dijo.

—¿Quién necesita su dinero? Nosotros tenemos suficiente.

—Ella tiene algo más —apuntó Gromkov.

Antes de que Olga pudiera responder, Zemsky dijo:

—Un momento, Yuri Ivanovich, no puedes pretender eso.

—Depende de ella. Puede ser buena con nosotros o ir al cuartel central a que la maltraten durante una o dos semanas. Lo más probable es que la encierren en un precioso *shizo*.

Olga había oído hablar de los *shizos*. Calabozos de un metro veinte por dos metros cuarenta, helados, con un camastro de madera y sin mantas. «Puede ser buena con nosotros.» ¿Qué quería decir eso?

—Depende de ella.

Zemsky miró a Olga.

—¿Qué quiere hacer?

—Yo... no entiendo.

—Lo que mi compañero pretende decir es que si se porta bien con nosotros, podemos olvidarnos de todo el asunto. Y pasado un tiempo, también ellos se olvidarán de usted.

—¿Qué... qué tendría que hacer yo?

Gromkov le sonrió desde el espejo retrovisor.

—Sólo darnos algunos minutos de su tiempo. —Recordó algo que había leído alguna vez—. Permanecer acostada y pensar en el zar —dijo, muerto de risa.

De pronto, Olga comprendió lo que querían decir. Sacudió la cabeza.

—No, no podría hacer eso.

—Correcto —dijo Gromkov, y aceleró—. Se divertirán de lo lindo con usted en el cuartel central.

—¡Espere! —Estaba muerta de pánico y no sabía qué hacer. Había oído historias horripilantes de lo que les ocurría a las personas que eran arrestadas

y se convertían en *zeks*. Creyó que todo aquello había terminado, pero ahora comprendía que no era así. La *perestroika* era sólo una fantasía. No le permitirían tener un abogado ni hablar con nadie. En el pasado, unas amigas suyas habían sido violadas y asesinadas por la GRU. Estaba atrapada. Si la metían en la cárcel, podían tenerla encerrada durante semanas y semanas, golpeándola y violándola, o tal vez algo peor. Con esos dos hombres, al menos la cosa terminaría en pocos minutos y después la dejarían en libertad. Olga tomó una decisión.

—Está bien —dijo, sintiéndose muy desdichada—. ¿Quieren que volvamos a mi apartamento?

—Conozco un sitio mejor —dijo Gromkov, y giró el volante del automóvil.

—Lamento todo esto —susurró Zemsky—, pero él está a cargo de la operación. Yo no puedo detenerlo.

Olga no dijo nada.

Pasaron frente al Teatro Lírico Shevchenko y enfilaron hacia un gran parque bordeado de árboles. A aquella hora, estaba completamente desierto. Gromkov detuvo el coche debajo de los árboles y apagó las luces y el motor.

—Bajemos —dijo.

Los tres se apearon del automóvil.

Gromkov miró a Olga.

—Tiene suerte. Se lo estamos poniendo fácil. Espero que lo aprecie.

Olga asintió, demasiado asustada para hablar.

Gromkov los condujo a un pequeño claro.

—Desvístase.

—Hace frío —repuso Olga—. ¿No podríamos...?

Gromkov la abofeteó en la cara.

—Haga lo que se le dice antes de que cambie de idea.

Olga vaciló un instante, y cuando él echó el brazo atrás para volver a golpearla, empezó a desabrocharse el abrigo.

—Quíteselo.

Ella lo dejó caer al suelo.

—Ahora el camisón.

Lentamente, Olga levantó el camisón por encima de su cabeza y se lo

quitó. Tembló en medio de la noche fría y se quedó de pie, desnuda, a la luz de la luna.

—Bonito cuerpo —dijo Gromkov. Le apretó los pezones.

—Por favor...

—Si emite un solo sonido, la llevamos al cuartel central. —La empujó y la arrojó al suelo.

No pensaré en esto. Me imaginaré que estoy en Suiza en el autocar de la excursión, observando el hermoso paisaje.

Gromkov se había bajado los pantalones y le estaba separando las piernas.

Veo los Alpes cubiertos de nieve. Por una ladera bajan un muchacho y una muchacha en un trineo.

Sintió que él le ponía las manos debajo de las caderas y la penetraba de golpe, lastimándola.

En la carretera se ven automóviles preciosos. Más de los que he visto en toda mi vida. En Suiza, todos tienen coche.

Ahora se hundía en ella con más fuerza, la pellizcaba, emitía sonidos animales y salvajes.

Me compraré una casita en las montañas. ¿Cómo las llaman los suizos?

Chalets. Y comeré chocolate todos los días. Tendré cajas y más cajas de bombones.

Gromkov se apartó de ella, jadeando. Se puso en pie y dijo, dirigiéndose a Zemsky:

—Te toca a ti.

Me casaré y tendré hijos, y todos esquiaremos en los Alpes en invierno.

Zemsky se había bajado la cremallera del pantalón y se encaramaba sobre ella.

Será una vida maravillosa, jamás regresaré a Rusia. Nunca. Nunca. Nunca.

Ahora él estaba dentro de ella, y la lastimaba más que el otro hombre; le oprimía las nalgas y la aplastaba contra el frío suelo, hasta que el dolor fue casi intolerable.

Viviremos en una granja donde siempre reinará la paz y la tranquilidad, y tendremos un jardín con unas flores preciosas.

Zemsky terminó con ella, levantó la vista y miró a su compañero.
—Apuesto a que ha disfrutado muchísimo —dijo, con una sonrisa.
Extendió el brazo hacia el cuello de Olga y se lo rompió.

Al día siguiente aparecieron en el periódico local algunas líneas sobre una bibliotecaria que había sido violada y estrangulada en el parque. Las autoridades advertían a la población que era peligroso que las jóvenes fueran solas al parque por la noche.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

SUBDIRECTOR DE LA GRU A SUBDIRECTOR DE LA NSA

CONFIDENCIAL

PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

8. OLGA ROMANCHANKO - KIEV - ELIMINADA

FIN DEL MENSAJE

Capítulo 32

Willard Stone y Monte Banks eran enemigos naturales. Los dos eran predadores implacables, y la jungla por la que merodeaban la constituían los enormes rascacielos de Wall Street, con sus opas hostiles, adquisiciones con endeudamiento y transacciones bursátiles.

La primera vez que los dos hombres tuvieron un encontronazo fue durante el intento de adquirir una gran empresa de servicios públicos. Willard Stone hizo la primera oferta y supuso que no habría problemas. Era un hombre tan poderoso y de fama tan temible que muy pocas personas se atrevían a desafiarlo. Por eso fue una gran sorpresa para él enterarse de que un joven advenedizo, llamado Monte Banks, había ofrecido una suma mayor. Stone se vio obligado a mejorar su propia oferta, y la contienda prosiguió. Por último, Willard Stone se quedó con el control de la compañía, pero a un precio mucho más elevado del que pensaba pagar.

Seis meses después, en el intento de absorber una importante compañía de productos electrónicos, Stone se enfrentó de nuevo con Monte Banks. Las ofertas fueron subiendo, y aquella vez el vencedor fue Banks.

Cuando Willard Stone se enteró de que Monte Banks se proponía rivalizar con él por el control de una empresa de informática, decidió que

había llegado el momento de encontrarse cara a cara con su competidor. Los dos hombres se reunieron en terreno neutral, en la isla Paradise de las Bahamas. Willard Stone había llevado a cabo una investigación exhaustiva de los antecedentes de su rival, gracias a lo cual sabía que Monte Banks provenía de una adinerada familia petrolera y que había administrado brillantemente el activo de su herencia hasta convertirlo en un conglomerado internacional.

Los dos hombres se sentaron a almorzar. Willard Stone, viejo y sabio; Monte Banks, joven y ávido.

Willard Stone rompió el silencio.

—Usted se está convirtiendo en un auténtico fastidio.

Monte Banks sonrió.

—Viniendo de usted, es un gran cumplido.

—¿Qué es exactamente lo que quiere? —preguntó Stone.

—Lo mismo que usted. Poseer el mundo.

Willard Stone dijo, pensativo:

—Bueno, es un mundo suficientemente grande.

—¿Qué quiere decir?

—Que hay sitio para los dos.

Aquél fue el día en que se convirtieron en socios. Cada uno dirigía sus negocios por separado, pero cuando se trataba de proyectos nuevos — maderas y petróleo y bienes raíces—, trabajaban en equipo. En varias ocasiones, la División Antimonopolio del Departamento de Justicia intentó impedir sus negocios, pero siempre prevalecían los contactos de Willard Stone. Monte Banks era dueño de compañías químicas responsables de la contaminación masiva de lagos y ríos, pero cuando lo procesaron, la acusación fue misteriosamente retirada.

Los dos hombres tenían una relación simbiótica perfecta.

La Operación Juicio Final fue algo natural para ellos, y los dos participaban activamente en ella. Estaban a punto de concretar la compra de cuatro millones de hectáreas de terreno en la selva lluviosa del Amazonas. Sería uno de los negocios más productivos que hubieran realizado jamás.

No podían permitir que nada ni nadie se interpusiera en su camino.

Capítulo 33

Día trece.

Washington, D. C.

El Senado de los Estados Unidos estaba reunido en sesión plenaria. El joven senador de Utah tenía la palabra.

—... y lo que está ocurriendo con nuestra ecología es una catástrofe nacional. Es hora de que esta institución comprenda que es su deber preservar la preciosa herencia que nuestros antepasados nos han legado. No solamente es un deber que hemos jurado cumplir sino también nuestro privilegio proteger la tierra, el aire y los mares de esos intereses protegidos por la ley que con su egoísmo los están destruyendo. ¿Estamos cumpliendo con ese deber? En conciencia, ¿nos estamos esforzando por lograrlo? ¿O permitimos que la voz de Mammón influya en nosotros...?

Kevin Parker, sentado en la galería de los visitantes, consultó su reloj por tercera vez en cinco minutos. Se preguntó cuánto más duraría el discurso. Estaba allí sólo porque almorzaba con un senador que necesitaba un favor suyo. A Kevin Parker le gustaba moverse en los corredores del poder, codearse con los miembros del Congreso y los senadores, repartir generosas

dádivas como retribución de favores políticos.

Había nacido pobre en Eugene (Oregon). Su padre era alcohólico y dueño de un pequeño almacén de maderas. Pésimo comerciante, había convertido en desastre lo que podía haber sido un negocio próspero. El muchacho tuvo que trabajar desde los catorce años, y puesto que su madre se había fugado con otro hombre años antes, no tuvo ninguna vida de hogar. Podría haberse convertido en un individuo sin rumbo, como su padre, pero se salvó por ser extraordinariamente apuesto y atractivo. Tenía el pelo rubio y ondulado y unas facciones finas y aristocráticas que sin duda había heredado de algún antepasado olvidado hacía mucho tiempo. Algunos vecinos opulentos se apiadaron del muchacho y le proporcionaron trabajos y apoyo, y se tomaron la molestia de ayudarlo. El hombre más rico de la ciudad, Jeb Goodspell, se mostró particularmente interesado en ayudar a Kevin, ofreciéndole un empleo por horas en una de sus compañías. Goodspell era soltero y a menudo invitaba al joven Parker a cenar con él en su casa.

—Puedes ser alguien en esta vida —le dijo Goodspell—, pero no vas a lograrlo sin amigos.

—Ya lo sé, señor. Y le juro que aprecio su amistad. Trabajar para usted ha sido mi salvación.

—Yo podría hacer mucho más por ti —dijo Goodspell. Estaban sentados en el sofá del salón, después de cenar. Él rodeó con un brazo al muchacho—. Mucho más. —Oprimió el hombro de Kevin—. Tienes un buen cuerpo, ¿lo sabías?

—Gracias, señor.

—¿Alguna vez te sientes solo?

Se sentía solo siempre.

—Sí, señor.

—Bueno, no tienes por qué estar solo nunca más. —Le acarició el brazo—. Yo también me siento solo, ¿sabes? Necesitas a alguien que te abrace y te consuele.

—Sí, señor.

—¿Has tenido novias?

—Bueno, salí con Sue Ellen durante un tiempo.

—¿Te acostaste con ella?

El muchacho se sonrojó.

—No, señor.

—¿Cuántos años tienes, Kevin?

—Dieciséis, señor.

—Es una edad espléndida. Una edad en la que deberías empezar a forjarte una carrera. —Lo observó por un momento—. Apuesto a que te moverías muy bien en la política.

—¿Política? No sé nada de eso, señor.

—Para eso vas a la escuela, para aprender cosas. Y yo te ayudaré.

—Gracias.

—Hay muchas maneras de agradecer algo a una persona —dijo Goodspell, y deslizó su mano por el muslo del muchacho—. Muchas maneras. —Miró a Parker a los ojos—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, Jeb.

Aquello fue el principio.

Cuando Kevin Parker se graduó en la escuela secundaria Churchill, Goodspell lo envió a la Universidad de Oregon. El muchacho estudió ciencias políticas, y Goodspell procuró que su protegido conociera a todo el mundo. Todos quedaban impresionados por aquel jovencito tan atractivo. Con sus contactos, Parker descubrió que podía hacer favores a personas importantes y relacionar a la gente. Adquirir influencia en el Congreso fue un paso natural, y Parker sobresalió en ese sentido.

Goodspell había muerto dos años antes, pero para entonces Parker ya había adquirido talento y gusto por lo que su mentor le enseñara. Le gustaba elegir a jovencitos y llevarlos a hoteles apartados donde nadie pudiera reconocerlo.

El senador de Utah por fin terminaba su discurso.

—... y les digo que debemos promulgar este proyecto de ley si queremos salvar lo que queda de nuestra ecología. Y ahora, quisiera solicitar que se pasara lista para realizar la votación.

Gracias a Dios, aquella sesión interminable estaba a punto de concluir. Kevin Parker pensó en la noche que le esperaba y comenzó a tener una erección. La noche anterior había conocido a un jovencito en Danny's P Street Station, un conocido bar *gay*. Por desgracia, el muchacho iba

acompañado. Pero se miraron durante toda la noche y, antes de marcharse, Parker le escribió una nota y se la deslizó en la mano. Decía simplemente: «Mañana por la noche». El muchacho le había sonreído y asentido.

Kevin Parker se vestía de prisa para salir. Quería estar en el bar cuando el muchacho llegara. Era demasiado atractivo, y Parker no quería que otro se le adelantara. En aquel momento sonó el timbre de la puerta. *Maldición*. Parker abrió.

Era un desconocido.

—¿Kevin Parker?

—Sí...

—Mi nombre es Bellamy. Me gustaría hablar un minuto con usted.

—Tiene que concertar una cita con mi secretaria —dijo Parker con impaciencia—. Jamás hablo de negocios después de las horas de oficina.

—No se trata de negocios, señor Parker. Tiene que ver con su viaje a Suiza de hace un par de semanas.

—¿Mi viaje a Suiza? ¿Qué pasa?

—Mi agencia está interesada en algunas de las personas que pudo haber conocido allá —dijo Robert, y le mostró su falsa identificación de la CIA.

Kevin Parker observó con atención a aquel hombre. ¿Qué podía querer la CIA de él? Eran tan entrometidos. *¿Me habré cubierto bien las espaldas?*

No tenía sentido provocar la hostilidad de aquel individuo. Sonrió.

—Pase. Llego tarde a un compromiso, pero... ¿ha dicho usted que no le llevará más de un minuto?

—Así es, señor. Tengo entendido que usted realizó una excursión en un autocar que salió de Zurich.

De modo que es eso. Lo del platillo volante. Fue la cosa más increíble que había visto en su vida.

—Quiere que hablemos del ovni, ¿no es así? Bueno, le confieso que fue una experiencia muy extraña.

—Debió de serlo. Pero francamente, en la agencia no creemos en platillos volantes. Estoy aquí para que me diga lo que recuerda de los otros pasajeros del autocar.

Parker quedó desconcertado.

—Bueno, me temo que no podré ayudarle mucho. Todos eran desconocidos.

—Lo comprendo, señor Parker —dijo Robert con tono paciente—, pero sin duda recuerda algo de ellos.

Parker se encogió de hombros.

—Bueno, tal vez algunas cosas... Recuerdo haber intercambiado unas palabras con un inglés que tomó fotografías.

Leslie Mothershed.

—¿Quién más?

—Sí, ahora recuerdo. Charlé con una muchacha rusa. Me pareció muy agradable. Creo que dijo que era bibliotecaria en alguna parte.

Olga Romanchanko.

—Excelente. ¿Recuerda a alguien más?

—No, creo que eso es... Ah, sí, había otros dos hombres. Uno era norteamericano, tejano para ser más preciso.

Dan Wayne.

—¿Y el otro?

—El otro era húngaro. Era dueño de un circo o una feria o algo por el estilo en Hungría. —Lo recordó—. Era una feria.

—¿Está seguro, señor Parker?

—Sí. Me estuvo contando historias de su negocio. Le alteró muchísimo ver el ovni. Creo que, de haber podido, lo habría incluido en su feria como espectáculo de exhibición. Debo reconocer que fue una visión aterradora. Habría presentado un informe de ese hecho, pero no puedo permitirme el lujo de verme mezclado con todos los chiflados que aseguran haber visto platillos volantes.

—¿Por casualidad no le dijo cómo se llamaba?

—Sí, pero era uno de esos apellidos extranjeros impronunciables. Me temo que no lo recuerdo.

—¿Recuerda alguna otra cosa sobre él?

—Sólo que estaba muy impaciente por volver a su feria. —Consultó su reloj—. ¿Puedo hacer algo más por usted? Se me está haciendo un poco tarde.

—No, gracias, señor Parker. Me ha sido de gran ayuda.

—Ha sido un placer —dijo él, y le dedicó una sonrisa deslumbrante a Robert—. Pásese cualquier día por mi oficina y podremos charlar con más calma.

—Lo haré.

De modo que casi he terminado, pensó Robert. Pueden quedarse con mi trabajo y hacer lo que quieran con él. Es hora de que recoja los pedazos de mi vida y empiece de nuevo.

Robert llamó por teléfono al general Hilliard.

—Casi he concluido mi misión, general. He localizado a Kevin Parker. Un cabildero de Washington, D. C. Me marchó para localizar al último pasajero.

—Estoy muy satisfecho —dijo el general Hilliard—. Ha hecho un trabajo excelente, comandante. Vuelva a ponerse en contacto conmigo lo antes posible.

—Sí, señor.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

NSA A SUBDIRECTOR DE LA CIA

CONFIDENCIAL

PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

9. KEVIN PARKER - WASHINGTON, D. C.

FIN DEL MENSAJE

Cuando Kevin Parker llegó a Danny's P Street Station, encontró el lugar más abarrotado de gente que la noche anterior. Los hombres de más edad vestían trajes conservadores, mientras que la mayor parte de los jóvenes usaban tejanos Levi's, cazadoras y botas. Había algunos que quedaban fuera de

lugar, con sus atuendos de cuero negro, y Parker pensó que su aspecto era francamente desagradable. Nunca le había gustado aquella clase de cosas. *Discreción* había sido siempre su lema. *Discreción*. El muchacho bien parecido todavía no estaba allí, pero Parker tampoco esperaba que estuviera. Seguramente haría su entrada más tarde, guapo y fresco, cuando los que se encontraban en el bar estuvieran cansados y sudorosos. Kevin Parker se acercó a la barra, pidió una copa y paseó la vista por el local. Los televisores instalados en las paredes transmitían el canal MTV. El de Danny era un bar en el que la costumbre era permanecer de pie para que le vieran a uno. Los hombres más jóvenes adoptaban poses que les favorecieran el máximo posible, mientras que los de más edad, los compradores, los observaban y hacían su elección. Ese tipo de bares eran los más refinados. En ellos jamás se producían peleas, porque muchos de los clientes llevaban fundas en los dientes y no podían permitirse el lujo de que alguien se las hiciera saltar de un puñetazo.

Kevin Parker observó que casi todos los clientes habían elegido ya a sus parejas. Oyó las habituales conversaciones. Le fascinaba que siempre fueran las mismas, así se desarrollaran en bares donde se bailaba, en vídeo bares o en clubs clandestinos que cambiaban de lugar todas las semanas. Y siempre en un argot particular.

—Es una mariquita sin clase. Se cree la reina del mambo...

—Empezó a meterse conmigo sin motivo. Se pone terriblemente pesado. Para que luego hablen de sensibilidad...

—¿Eres marido o mujer?

—Marido. A mí me gusta dar las órdenes, querida —chasqueando los dedos.

—Estupendo. A mí me encanta que me las den...

—Me tenía frito... Siempre criticándome, que si el peso, que si mi actitud... Y yo le dije: «Mary, todo ha terminado entre nosotros». Pero duele. Por eso he venido aquí esta noche. Para olvidarle. ¿Puedo tomarme otra copa?

A la una de la mañana hizo su entrada el muchacho. Recorrió el local con la mirada, vio a Parker y se le acercó. Era incluso más guapo de lo que Parker recordaba.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Siento llegar tarde.

—No te preocupes. No me importa esperar.

El muchacho sacó un cigarrillo y esperó a que el hombre de más edad se lo encendiera.

—He estado pensando en ti —dijo Parker.

—¿Ah, sí?

Aquel chico tenía unas pestañas increíbles.

—Sí. ¿Puedo invitarte a una copa?

—Si eso te hace feliz.

Parker sonrió.

—¿Te interesa hacerme feliz?

El muchacho lo miró a los ojos y dijo, con voz muy suave:

—Creo que sí.

—Estuve observando al hombre con el que estabas anoche. No es para ti.

—¿Y tú lo eres?

—Tal vez. ¿Por qué no lo averiguamos? ¿Qué te parecería salir a caminar un rato?

—Me parece bien.

Parker sintió un hormigueo de excitación.

—Conozco un lugar agradable donde podremos estar solos —dijo.

—Espléndido. Entonces paso del trago.

Cuando se dirigían hacia la puerta, ésta se abrió de pronto y dos hombres corpulentos entraron en el bar. Se pararon frente al muchacho y le cerraron el paso.

—Aquí estás, hijo de puta. ¿Dónde está el dinero que me debes?

El muchacho lo miró, perplejo.

—No sé de qué me habla. Ni siquiera lo conozco de nada.

—No me vengas con excusas. —El hombre lo cogió por los hombros y empezó a empujarlo hacia la calle.

Parker se quedó allí sin moverse, furioso. Estuvo tentado de intervenir, pero no podía correr el riesgo de verse envuelto en algo que podía terminar en un escándalo. Permaneció donde estaba, viendo cómo el muchacho desaparecía en la noche.

El otro hombre sonrió comprensivamente a Kevin Parker.

—Debería elegir mejor sus amistades. Ese tipo siempre trae problemas.

Parker observó mejor al que hablaba. Era rubio y atractivo, con unos rasgos casi perfectos. Parker tuvo la sensación de que, después de todo, la noche quizá no fuera un fracaso total.

—Tal vez tenga razón —dijo.

—Nunca sabemos qué nos tiene reservado el destino, ¿no es verdad? —
Miraba a Parker a los ojos.

—Así es. Me llamo Tom. ¿Cómo te llamas tú?

—Paul.

—¿Me dejas que te invite a una copa, Paul?

—Sí, gracias.

—¿Tienes algún plan especial para esta noche?

—Eso depende de ti.

—¿Te gustaría pasar la noche conmigo?

—Parece emocionante.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Me gustas. Para ti, doscientos.

—Me parece razonable.

—Lo es. No te arrepentirás.

Treinta minutos después, Paul conducía a Kevin Parker a un viejo edificio de apartamentos en la calle Jefferson. Subieron por la escalera al tercer piso y entraron en una habitación pequeña. Parker realizó un escrutinio visual.

—No es gran cosa, ¿verdad? Un hotel habría sido más agradable.

Paul sonrió.

—Aquí es más íntimo. Además, lo único que necesitamos es una cama.

—Tienes razón. ¿Por qué no te desvistes? Quiero ver lo que estoy comprando.

—Por supuesto —dijo Paul, y empezó a quitarse la ropa. Tenía un cuerpo fantástico.

Parker lo observó y sintió que aquella urgencia tan familiar comenzaba a acuciarlo.

—Ahora, desnúdate tú —susurró Paul—. Date prisa, te deseo.

—Yo también te deseo, Mary —dijo Parker, y empezó a quitarse la ropa.

—¿Qué te gusta? —preguntó Paul—. ¿Labios o caderas?

—Hagamos un cóctel. Perdona el juego de palabras. Tenemos toda la noche por delante.

—Claro. Voy al baño —dijo Paul—. Enseguida vuelvo.

Parker se tendió en la cama, desnudo, anticipando los exquisitos placeres que estaba a punto de experimentar. Oyó que su compañero salía del cuarto de baño y se acercaba a la cama.

Extendió los brazos.

—Ven a mí, Paul —dijo.

—Allá voy.

Y Parker sintió un dolor atroz cuando un cuchillo se le clavó en el pecho. Abrió los ojos de par en par. Miró hacia arriba, jadeando.

—Dios mío, ¿qué...?

Paul estaba vistiéndose de nuevo.

—No te preocupes por el dinero —dijo—. Es una atención de la casa.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO

CIA A SUBDIRECTOR DE LA NSA

CONFIDENCIAL

PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA

REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL

9. KEVIN PARKER - WASHINGTON, D. C.

ELIMINADO

FIN DEL MENSAJE

Robert Bellamy no oyó las noticias de la noche porque estaba en un vuelo con destino a Hungría, para tratar de localizar al dueño de la feria.

Capítulo 34

Día catorce.
Budapest,

El vuelo de Malév Airlines de París a Budapest duró dos horas y cinco minutos. Robert sabía muy poco de Hungría, salvo que durante la Segunda Guerra Mundial había formado parte del Eje y que más tarde se había convertido en satélite de Rusia. Cogió el autobús del aeropuerto al centro de Budapest, impresionado por lo que veía. Los edificios eran viejos, y la arquitectura, clásica. El Parlamento, en la Rudolph Quay, era un enorme edificio neogótico que dominaba la ciudad, y en lo alto, en la Colina del Castillo, se encontraba el Palacio Real. Las ciudades estaban repletas de automóviles y de gente que realizaba compras.

El autobús se detuvo frente al Hotel Duna Intercontinental. Robert entró en el vestíbulo y se acercó al conserje.

—Perdone —dijo—, ¿habla usted inglés?

—*Igan*. Sí. ¿En qué puedo servirle?

—Un amigo mío estuvo en Budapest hace unos días y me comentó que había visto una feria magnífica. Se me ocurrió que ya que estoy en la ciudad,

podría echarle un vistazo. ¿Me puede decir dónde está?

El conserje frunció el entrecejo.

—¿Una feria? —Sacó una hoja de papel y la recorrió con la vista—. Veamos. En Budapest, en este momento, tenemos una ópera, varios espectáculos teatrales, *ballet*, recorridos de día y de noche por la ciudad, excursiones por la campiña... —Levantó la mirada—. Lo siento. No hay ninguna feria.

—¿Está seguro?

El conserje le entregó la lista de actividades a Robert.

—Véalo usted mismo. —Estaba escrita en húngaro.

Robert se la devolvió.

—Muy bien. ¿Se le ocurre de alguien que pueda informarme?

—En el Ministerio de Cultura tal vez puedan ayudarle —dijo el conserje.

Treinta minutos después, Robert hablaba con un funcionario en las dependencias del Ministerio de Cultura.

—No hay ninguna feria en Budapest. ¿Seguro que su amigo la vio en Hungría?

—Sí.

—¿Y no le dijo dónde?

—No.

—Lo lamento. No puedo ayudarle. —El funcionario estaba impaciente—. Si no desea nada más...

—No. —Robert se puso en pie—. Gracias. —Vaciló un momento—. Sí, tengo otra pregunta. Si yo quisiera traer un circo o una feria a Hungría, ¿tendría que conseguir un permiso?

—Sin duda.

—¿Adónde tendría que dirigirme para solicitarlo?

—A la Administración de Licencias de Budapest.

El edificio donde se concedían las autorizaciones estaba en Buda, cerca de la ciudad medieval. Robert tuvo que aguardar treinta minutos antes de ser conducido a la oficina de un funcionario formal y pomposo.

—¿Puedo hacer algo por usted?

Robert sonrió.

—Eso espero. Siento robarle su tiempo para algo tan trivial, pero estoy aquí con mi hijo pequeño, y había oído decir que en Hungría había una feria de atracciones, y le prometí llevarlo. Ya sabe cómo son los niños cuando se les mete algo en la cabeza.

El funcionario miró fijamente a Robert, intrigado.

—¿Para qué quería verme?

—Bueno, si quiere que le diga la verdad, nadie parece saber dónde está esa famosa feria, y Hungría es un país tan grande y hermoso que... bueno, me dijeron que si alguien sabía lo que ocurría en todo el país, ese alguien era usted.

El funcionario asintió.

—Sí. Esa clase de cosas no pueden funcionar sin que se les conceda una licencia. —Pulsó un botón y entró una secretaria. Hubo un breve intercambio de palabras entre los dos, en húngaro. La secretaria se fue y regresó dos minutos después con unos papeles. Se los entregó al funcionario. Éste los miró y le dijo a Robert:

—En los últimos tres meses, hemos concedido dos permisos para ferias de atracciones. Una cerró hace un mes.

—¿Y la otra?

—La otra está en este momento en Sopron. Una pequeña ciudad cerca de la frontera con Alemania.

—¿Tiene el nombre del dueño?

El individuo volvió a consultar el papel.

—Bushfekete. Laslo Bushfekete.

Laslo Bushfekete pasaba uno de los mejores días de su vida. Pocas personas tienen la suerte de poder hacer lo que les gusta, y Laslo Bushfekete era uno de esos afortunados. Con una estatura de metro noventa y un peso de ciento treinta y cinco kilos, Bushfekete era lo que llamamos un hombre corpulento. Usaba reloj de pulsera de diamantes, anillos de diamantes y una cadena gruesa de oro. Su padre tenía una pequeña feria, y cuando murió, su hijo se hizo cargo de ella. Era la única vida que conocía.

Laslo Bushfekete tenía sueños de grandeza. Se proponía ampliar su pequeña feria y convertirla en la más grande y mejor de toda Europa. Quería ser conocido como el rey de las ferias. Sin embargo, por el momento sólo podía presentar atracciones no muy originales: la Mujer Gorda y el Hombre Tatuado, los Hermanos Siameses y la Momia Milenaria, «extraída de las entrañas de las tumbas del Antiguo Egipto». Estaban también el Tragasables y la deliciosa Encantadora de Serpientes, Marika. Pero, en definitiva, no era más que una feria ambulante como muchas otras.

Ahora, de la noche a la mañana, todo cambiaría. Los sueños de Laslo Bushfekete estaban a punto de hacerse realidad.

Había ido a Suiza para entrevistarse con un especialista en fugas del que había oído hablar. La *pièce de résistance* de la actuación consistía en que el individuo estaba con los ojos vendados, esposado y encajonado en un pequeño baúl cerrado con llave, que a su vez se colocaba dentro de otro baúl más grande, y por último era sumergido en un tanque lleno de agua. Por teléfono le pareció maravilloso, pero cuando viajó a Suiza para verlo, descubrió que existía un problema insuperable: el hombre tardaba treinta minutos en escapar. Ningún público del mundo permanecería treinta minutos mirando un baúl metido en un tanque con agua.

Todo parecía indicar que el viaje había sido una pérdida de tiempo. Laslo Bushfekete decidió hacer una excursión para pasar el día hasta que llegara el momento de coger el avión. Pero aquel viaje le cambió la vida.

Al igual que sus compañeros de autocar, Bushfekete había visto la explosión y había corrido por el campo para tratar de auxiliar a los posibles supervivientes de lo que creyeron era la caída de un avión. Pero la visión con que se encontraron fue increíble. No había duda de que se trataba de un platillo volante, y en él había dos pequeños cuerpos de aspecto muy extraño. Los otros pasajeros se quedaron allí mirando, aturdidos. Laslo Bushfekete había rodeado el ovni para ver cómo era en su parte posterior, y allí se detuvo, asombrado. A unos tres metros del siniestro, sobre el terreno y fuera de la vista de los otros turistas, había una mano diminuta cercenada, con seis dedos y dos pulgares enfrentados. Sin siquiera pensarlo, recogió la mano y se la metió en el bolsillo. Los latidos de su corazón se aceleraron. ¡Estaba en posesión de la mano de un auténtico extraterrestre! *A partir de ahora puedes*

olvidarte de las mujeres gordas, los hombres tatuados y los traga sables, pensó. Acérquense, damas y caballeros, para ver el espectáculo de su vida. Lo que están a punto de contemplar es algo que ningún mortal ha visto nunca. Ante ustedes tienen uno de los objetos más increíbles del universo. No es un animal. No es un vegetal. No es un mineral. ¿Qué es? Es parte de los restos de un extraterrestre... un ser del espacio exterior... Esto no es ciencia ficción, damas y caballeros, es algo real... Por quinientos florines, pueden sacarse una fotografía con la...

Y aquello le trajo a la memoria las fotos. Esperaba que el fotógrafo que estaba en el lugar del siniestro se acordara de enviarle la fotografía prometida. La haría ampliar y la colocaría junto al objeto exhibido. Ése sería un buen toque. *El arte de presentar espectáculos. De eso se trata la vida.*

Estaba impaciente por volver a Hungría y convertir en realidad sus sueños de grandeza.

Cuando regresó, desenvolvió el pañuelo y notó que la mano se había marchitado. Pero al enjuagarla para quitarle la suciedad y la tierra, sorprendentemente, recuperó su firmeza original.

Bushfekete había escondido la mano en un sitio seguro, y mandó hacer una imponente caja de cristal con un aparato humectador especial incorporado. Cuando terminara de exhibir la mano en su feria de atracciones, planeaba viajar con ella por toda Europa. Por todo el mundo. Organizaría funciones en museos. Ofrecería presentaciones privadas para científicos; tal vez, incluso para jefes de Estado. Y les cobraría a todos. La fortuna que le esperaba era incalculable.

No le había contado a nadie su buena suerte, ni siquiera a Marika, su novia, la pequeña bailarina sensual que trabajaba con cobras y víboras del desierto, dos de los ofidios más peligrosos. Desde luego, les habían extraído las bolsas de veneno, pero el público no lo sabía porque Bushfekete también tenía una cobra con su bolsa de veneno intacta. Mostraba la serpiente gratis al público, que observaba cómo mataba ratas. No resultaba sorprendente que a la gente le impresionara ver a la hermosa Marika cuando permitía que sus serpientes se deslizaran por su cuerpo sensual y semidesnudo. Dos o tres noches por semana, Marika entraba en la tienda de Laslo Bushfekete y reptaba sobre su cuerpo, sacando y metiendo la lengua como sus mascotas.

Habían hecho el amor la noche anterior, y Bushfekete seguía agotado por la increíble gimnasia erótica desplegada por Marika. Sus recuerdos se vieron interrumpidos por un visitante.

—¿El señor Bushfekete?

—Yo mismo. ¿En qué puedo servirle?

—Tengo entendido que estuvo en Suiza la semana pasada.

Instantáneamente, Bushfekete se puso alerta. *¿Me vería alguien recogiendo la mano?*

—¿Qué... de qué se trata?

—¿Hizo una excursión en autocar el domingo pasado?

—Sí —respondió Bushfekete con mucha cautela.

Robert Bellamy se tranquilizó. Por fin había llegado al final. Era su último testigo. Había emprendido una misión imposible y había realizado un buen trabajo. Un trabajo excelente, si se me permite decirlo. «No tenemos ni idea de cuántos testigos hay. Ni dónde están. Ni quiénes son.» Y él los había encontrado a todos. Sintió como si le hubieran quitado un enorme peso de los hombros. Ahora estaba libre. Libre de volver a su casa y empezar una nueva vida.

—¿Qué pasa con mi viaje, señor?

—Nada importante —le aseguró Robert Bellamy. Y no lo era, ya no—. Me interesaban sus compañeros de autocar, señor Bushfekete, pero ahora creo tener toda la información que necesito, de modo que...

—Oh, yo puedo hablarle de todos ellos —dijo Laslo Bushfekete—. Había un sacerdote italiano de Orvieto, Italia; un alemán, creo que profesor de química en Munich; una muchacha rusa que trabajaba en la biblioteca de Kiev; un rancharo de Waco, Texas; un banquero canadiense de los Territorios; y un cabildero de Washington, D. C., de apellido Parker.

Dios mío, pensó Robert. Si hubiera localizado a este hombre al principio, me habría ahorrado mucho tiempo. Este tipo es increíble. Los recuerda a todos.

—Qué buena memoria tiene —dijo Robert.

—Sí —asintió Bushfekete, y sonrió—. Ah, y también estaba esa otra mujer.

—La rusa.

—No, no, la otra. Una alta y delgada, vestida de blanco.

Robert pensó un momento. Ninguno de los otros testigos había mencionado a otra mujer.

—Creo que debe de estar equivocado.

—No, no lo estoy —insistió Bushfekete—. Había dos mujeres.

Robert hizo una cuenta mental. No cuadraba.

—No podía haber dos.

Bushfekete se sintió ofendido.

—Cuando aquel fotógrafo nos sacó las fotografías frente al ovni, ella estaba de pie junto a mí. Era una verdadera belleza. —Hizo una pausa—. Lo curioso es que no recuerdo haberla visto en el autocar. Lo más probable es que viajara muy atrás, en algún rincón. Recuerdo que la vi muy pálida. Y eso me preocupó.

Robert frunció el entrecejo.

—Cuando todos volvieron al autocar, ¿estaba ella con ustedes?

—Ahora que lo pienso, no recuerdo haberla visto después. Pero estaba tan emocionado con lo del ovni que no le presté mucha atención a nada más.

De acuerdo con sus cálculos había algo que no cuadraba. *¿Es posible que haya habido once testigos en lugar de diez? Tengo que comprobarlo*, pensó Robert.

—Muchas gracias, señor Bushfekete —dijo.

—Ha sido un placer.

—Buena suerte.

Bushfekete sonrió.

—Gracias. —No necesitaba tener suerte. Ya no. No con la mano de un auténtico extraterrestre en su poder.

Aquella noche, Robert Bellamy presentó su último informe al general Hilliard.

—Tengo su nombre. Es Laslo Bushfekete. Dirige una feria de atracciones en las afueras de Sopron, Hungría.

—¿Ése es el último testigo?

Robert vaciló un instante.

—Sí, señor. —Estuvo a punto de mencionar a la octava pasajera, pero decidió esperar hasta haberlo comprobado. Le parecía demasiado improbable.
—Gracias, comandante. Buen trabajo.

MENSAJE URGENTE
ULTRASECRETO
NSA A SUBDIRECTOR DEL HRQ
CONFIDENCIAL
PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA
REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL
10. LASLO BUSHFEKETE - SOPRON
FIN DEL MENSAJE

Llegaron en plena noche, cuando la feria estaba cerrada. Se fueron quince minutos después, tan sigilosamente como habían llegado.

Laslo Bushfekete soñó que estaba de pie junto a la entrada de una carpa blanca, observando a la multitud que hacía cola frente a la caja para comprar su entrada de quinientos florines.

Por aquí, amigos. Vean la auténtica mano de un extraterrestre. No es un dibujo, no es una fotografía, es un trozo de un verdadero E T. Sólo quinientos florines para el espectáculo más electrizante de su vida, una visión que jamás podrán olvidar.

Y después soñó que estaba en la cama con Marika, los dos desnudos, y sentía sus pezones contra su pecho y su lengua recorriéndole el cuerpo, y tuvo una erección, y estiró los brazos para abrazarla y sus manos se cerraron sobre algo frío y viscoso, y despertó y abrió los ojos y gritó, y fue entonces cuando la cobra le picó.

Encontraron su cuerpo por la mañana. La jaula de la serpiente venenosa estaba vacía.

MENSAJE URGENTE

ULTRASECRETO
HRQ A SUBDIRECTOR DE LA NSA
CONFIDENCIAL
PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA
REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL
10. LASLO BUSHFEKETE - SOPRON - ELIMINADO
FIN DEL MENSAJE

El general Hilliard hizo una llamada por el teléfono rojo.

—Janus, he recibido el informe final del comandante Bellamy. Ha localizado al último testigo. Nos hemos ocupado de todos ellos.

—Excelente. Informaré a los demás. Quiero que usted proceda de inmediato con el resto de nuestro plan.

—Así lo haré.

MENSAJE URGENTE
ULTRASECRETO
NSA A SUBDIRECTORES DE:
SIFAR, MI6, GRU, CIA, COMSEC, DCI, CGHQ, BFV.
CONFIDENCIAL
PRIMERA (Y ÚNICA) COPIA
REFERENCIA: OPERACIÓN JUICIO FINAL
11. COMANDANTE ROBERT BELLAMY —
ELIMINAR
FIN DEL MENSAJE

LIBRO DOS

La presa

Capítulo 35

Día quince.

Robert Bellamy tenía un dilema. *¿Podía haber once testigos? Y en caso afirmativo, ¿por qué ninguno de los otros había mencionado a aquella mujer?* El empleado de la agencia de viajes le aseguró que no había más que siete pasajeros. Robert estaba convencido de que el húngaro dueño de la feria se había equivocado. Habría sido fácil no prestar atención a lo que le había dicho, dar por sentado que no era cierto, pero por su entrenamiento Robert no podía permitírselo. La disciplina a la que se había sometido era demasiado rigurosa. Era preciso comprobar la historia de Bushfekete. *Pero ¿cómo!* Robert reflexionó un momento. *Hans Beckerman. El chófer del autocar debe de saberlo.*

Marcó el número de Sunshine Tours. La oficina estaba cerrada. En la guía de Kappel no figuraba ningún Hans Beckerman. *Tendré que volver a Suiza para verificarlo,* pensó Robert. *No puedo dejar ningún cabo suelto.*

Robert llegó a Zurich de noche. El aire era fresco y tonificante, y había luna

llena. Alquiló un automóvil y emprendió el camino, tan familiar ahora, hacia el pequeño pueblo de Kappel. Pasó ante la iglesia y se detuvo frente a la casa de Hans Beckerman, convencido de que la suya era una búsqueda inútil. La casa estaba a oscuras. Robert llamó a la puerta y aguardó. Volvió a llamar y se estremeció con el aire frío de la noche.

Finalmente la señora Beckerman abrió la puerta. Llevaba una bata desteñida de franela.

—*Bitte?*

—Señora Beckerman, ¿me recuerda usted? Soy el periodista que está escribiendo un artículo sobre Hans. Lamento molestarla a esta hora, pero es importante que hable con su marido.

Sus palabras fueron recibidas con un silencio.

—Señora Beckerman...

—Hans está muerto.

Robert sintió que un estremecimiento le recorría el cuerpo.

—¿Cómo dice?

—Que mi marido está muerto.

—Yo... lo lamento muchísimo. ¿Cómo ha sido?

—Su coche se despeñó —dijo, con la voz llena de amargura—. Los *Dummkopf Polizei* dijeron que fue porque estaba drogado.

—¿Drogado?

«*Tengo una úlcera. Los médicos ni siquiera pueden darme calmantes para aliviar el dolor. Me producen alergia.*»

—¿La policía dijo que fue un accidente?

—*Ja.*

—¿Le practicaron la autopsia?

—Sí, y encontraron drogas. No tiene sentido.

Él no supo qué contestar.

—Lo lamento muchísimo, señora Beckerman. Yo...

La puerta se cerró, y Robert se quedó allí de pie en medio de la noche helada.

Un testigo había desaparecido. No... dos. Leslie Mothershed había muerto en un incendio. Robert se quedó pensando. Le pareció oír la voz de su instructor en la Granja: «Hay una cosa de la que quiero hablarles hoy: la

coincidencia. En nuestro trabajo no existe tal cosa. Por lo general equivale a peligro. Si cuando estén cumpliendo una misión tropiezan una y otra vez con la misma persona, o ven repetidamente el mismo coche, cuídense las espaldas. Probablemente están en peligro».

Probablemente están en peligro. Robert se encontraba atrapado en una serie de emociones contradictorias. Lo que había ocurrido tenía que ser una coincidencia, y sin embargo... *Tengo que comprobar lo de la pasajera misteriosa.*

La primera llamada fue a Fort Smith, Canadá. Una angustiada voz femenina contestó al teléfono.

—¿Sí?

—Con William Mann, por favor.

La voz dijo, entre lágrimas:

—Lo siento. Mi marido... ya no está entre nosotros.

—No entiendo.

—Se suicidó.

¿Suicidarse? ¿Aquel banquero obstinado? ¿Qué demonios está pasando?, se preguntó Robert. Lo que pensaba era algo inconcebible, y sin embargo... Empezó a hacer una llamada tras otra.

—Con el profesor Schmidt, por favor.

—*Ach!* El profesor falleció en una explosión ocurrida en su laboratorio...

—Quisiera hablar con Dan Wayne.

—Pobre diablo. Su caballo preferido lo mató a coces el...

—Con Laslo Bushfekete, por favor.

—La feria está cerrada. Laslo ha muerto...

—Con Fritz Mandel, por favor.
—Fritz falleció en un accidente...

Ahora todas las alarmas se habían disparado.

—Olga Romanchanko.
—La pobrecita. Era tan joven...

—Llamo para averiguar cómo sigue el padre Patrini.
—El pobre murió mientras dormía.

—Necesito hablar con Kevin Parker.
—Kevin fue asesinado...

Muertos. Todos y cada uno de los testigos, muertos. Y él era quien los había localizado e identificado. ¿Por qué no supo lo que estaba pasando? Porque los hijos de puta habían esperado a que él saliera de cada país para ejecutar a sus víctimas. Y él había presentado sus informes sólo al general Hilliard. «No debemos involucrar a nadie más en esta misión... Quiero que me informe todos los días de cómo va la investigación.»

Lo habían utilizado para identificar a los testigos. *¿Qué hay detrás de todo esto?* Otto Schmidt había sido asesinado en Alemania; Hans Beckerman y Fritz Mandel, en Suiza; Olga Romanchanko, en Rusia; Dan Wayne y Kevin Parker, en los Estados Unidos; William Mann, en Canadá; Leslie Mothershed, en Inglaterra; el padre Patrini, en Italia, y Laslo Bushfekete, en Hungría. Eso significaba que las agencias de seguridad de más de media docena de países estaban involucradas en el encubrimiento más grande de la historia. Alguien perteneciente a las más altas esferas del poder había decidido que todos los que habían presenciado la caída del ovni debían morir.

Pero ¿quién? Y, ¿por qué?

Es una conspiración internacional, y yo estoy justo en medio.

Prioridad uno: pasar a la clandestinidad. A Robert le costaba creer que también se proponían matarlo. Él era uno de ellos. Pero hasta que no estuviera seguro, no podía correr ningún riesgo. Lo primero que debía hacer era conseguir un pasaporte falso. Eso significaba Ricco, en Roma.

Robert cogió el siguiente avión y empezó a luchar por mantenerse despierto. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo agotado que estaba. La tensión de los últimos quince días, sumada al desbarajuste de los horarios por los viajes en avión, lo habían dejado exhausto.

Aterrizó en el aeropuerto Leonardo da Vinci, y cuando entró en el edificio de la terminal, a la primera persona que vio fue a Susan. Se detuvo en seco, impresionado. Ella estaba de espaldas, y por un momento pensó que tal vez estuviera equivocado. Entonces oyó su voz.

—Muchas gracias. Vienen a buscarme en coche.

Robert se le acercó.

—Susan...

Ella se dio la vuelta, muy sorprendida.

—¡Robert! ¡Qué... qué coincidencia! Y qué sorpresa tan agradable.

—Creí que estabas en Gibraltar —dijo Robert.

Ella sonrió, un poco incómoda.

—Sí. Estamos camino a Gibraltar. Primero, Monte tenía que arreglar unos asuntos aquí. Partimos esta noche. ¿Qué haces tú en Roma?

Estoy huyendo para salvar la vida.

—Estoy terminando un trabajo.

El último. He dejado todo esto, querida. De ahora en adelante podremos estar juntos, y nada volverá a separarnos. Abandona a Monte y vuelve conmigo. Pero no se atrevió a pronunciar esas palabras. Ya le había hecho bastante daño. Y ella se sentía feliz con su nueva vida. *Déjala en paz,* pensó Robert.

Ella lo estaba observando.

—Pareces cansado.

Él sonrió.

—Bueno, he estado corriendo bastante de un lado para otro.

Se miraron a los ojos, y la magia seguía allí. El deseo ardiente, y los recuerdos, y la risa y el anhelo.

Susan le tomó la mano y le dijo con ternura:

—Robert. Oh, Robert. Quisiera que nosotros...

—Susan...

En aquel momento, un hombre fornido con uniforme de chófer se acercó a Susan.

—El automóvil está listo, señora Banks. —Y el hechizo se rompió.

—Gracias —dijo ella, y miró a Robert—. Lo siento. Tengo que irme. Por favor, cuídate mucho.

—Por supuesto. —La observó mientras se alejaba. Eran tantas las cosas que quería decirle. *La vida tiene un pésimo sentido de la oportunidad.* Había sido maravilloso ver de nuevo a Susan, pero ¿qué era lo que le molestaba? ¡Por supuesto! *La coincidencia. Otra coincidencia.*

Cogió un taxi hacia el Hassler Hotel.

—Bienvenido otra vez, comandante.

—Gracias.

—Haré que un botones le lleve las maletas.

—Un momento. —Robert consultó su reloj. Las diez de la noche. Se sintió tentado de subir a su habitación y recuperar el sueño atrasado, pero primero tenía que arreglar lo de su pasaporte.

—Todavía no voy a subir a mi habitación —dijo Robert—. Le agradecería que hiciera subir mi equipaje.

—Desde luego, comandante.

Cuando Robert estaba a punto de marcharse, se abrió la puerta del ascensor y de él salió un grupo de Rotarios, que reían y conversaban. Era evidente que habían tomado algunas copas. Uno de ellos, un hombre robusto y de cara congestionada, saludó a Robert con la mano.

—Hola, compañero... ¿lo estás pasando bien?

—Fabuloso —dijo Robert—. Sencillamente fabuloso.

Robert atravesó el vestíbulo y se dirigió a la parada de taxis que había frente al hotel. Cuando estaba subiendo a un taxi, notó la presencia de un discreto Opel gris aparcado al otro lado de la calle. Era demasiado discreto. Estaba entre automóviles grandes y lujosos.

—Via Monte Grappa —le dijo Robert al taxista.

Durante el trayecto, Robert miró por la ventanilla trasera. Ningún Opel gris. *Me esto} poniendo nervioso*, pensó. Al llegar a la Via Monte Grappa, Robert se bajó en la esquina. Cuando iba a pagar al taxista vio, por el rabillo del ojo, el Opel gris a media manzana. Sin embargo, habría jurado que no le había seguido. Pagó y empezó a alejarse del coche caminando despacio y deteniéndose a mirar escaparates. Por el reflejo de uno de los cristales vio que el Opel avanzaba lentamente detrás de él. Cuando Robert llegó a la esquina siguiente, vio que era una calle de dirección única. Giró para tomarla en dirección contraria al tráfico. El conductor del Opel vaciló un momento y después aceleró para alcanzar a Robert en la siguiente esquina. Pero él dio media vuelta y retrocedió a la Via Monte Grappa. No había señales del Opel.

Llamó a un taxi.

—Via Monticelli.

El edificio era viejo y poco atractivo, una reliquia de épocas mejores. Robert había estado allí varias veces cumpliendo distintas misiones. Bajó tres escalones hacia el sótano y llamó a una puerta. Apareció un ojo tras la mirilla, y un momento después la puerta se abrió de par en par.

—¡Roberto! —exclamó un hombre, y lo rodeó con los brazos—. ¿Cómo estás, *mio amico*?

El que hablaba era un hombre obeso de más de sesenta años, con vestigios de barba blanca, cejas espesas, dientes amarillentos y varias papadas. Cerró la puerta detrás de él y echó la llave.

—Estoy muy bien, Ricco.

Ricco no tenía nombre de pila. «Para un hombre como yo —le gustaba jactarse—, el apellido es suficiente. Como Garbo.»

—¿Qué puedo hacer por ti, amigo mío?

—Estoy trabajando en un caso —dijo Robert— y estoy en apuros.

¿Puedes proporcionarme un pasaporte?

Ricco sonrió.

—Eso es como preguntarme si el Papa es católico. —Se acercó a un armario que había en un rincón y lo abrió—. ¿Qué nacionalidad te gustaría tener? —Sacó una pila de pasaportes con tapas de distintos colores y los fue mirando—. Tenemos pasaportes griegos, turcos, yugoslavos, ingleses...

—Norteamericano —dijo Robert.

Ricco sacó un pasaporte con tapa azul.

—Aquí lo tenemos. ¿Te gustaría llamarte Arthur Butterfield?

—Es perfecto —dijo Robert.

—Si te pones junto a la pared, te sacaré una fotografía.

Robert obedeció. Ricco abrió un cajón y sacó una cámara Polaroid. Un minuto después, Robert miraba una fotografía suya.

—No estoy sonriendo —dijo.

Ricco lo miró, intrigado.

—¿Qué?

—Que aquí no estoy sonriendo. Sácame otra.

Ricco se encogió de hombros.

—Está bien. Como quieras.

Robert sonrió mientras le tomaban la otra fotografía para el pasaporte. Después, la miró y dijo:

—Así está mejor. —Y, distraídamente, deslizó la primera fotografía en su bolsillo.

—Ahora viene la parte de alta tecnología —anunció Ricco.

Robert lo vio dirigirse a una mesa de trabajo donde había una máquina laminadora. Ricco colocó la fotografía en el interior del pasaporte.

Robert se acercó a una mesa llena de plumas, tinta y otros artículos y cogió una hojita de afeitar y un pequeño tubo de pegamento y se metió las dos cosas en un bolsillo de la americana.

Ricco observaba su obra.

—No está nada mal —dijo. Le entregó el pasaporte a Robert—. Son cinco mil dólares.

—Y bien que lo vale —le aseguró Robert, mientras sacaba de la cartera diez billetes de quinientos dólares.

—Siempre es un placer hacer negocios con vosotros. Sabes bien lo que siento por ti.

Robert sabía exactamente lo que sentía. Ricco era un remendón experto que trabajaba para media docena de gobiernos diferentes... y no era leal a ninguno. Se metió el pasaporte en el bolsillo de la chaqueta.

—Buena suerte, señor Butterfield —le dijo Ricco, y sonrió.

—Gracias.

No bien hubo cerrado la puerta detrás de Robert, Ricco fue a hablar por teléfono. La información siempre valía dinero para alguien.

En la calle, a veinte metros de allí, Robert sacó el nuevo pasaporte del bolsillo y lo enterró en un cubo de basura. Era la técnica que había utilizado como piloto: dejar pistas falsas para los misiles enemigos. *Que busquen a Arthur Butterfield.*

El Opel gris estaba aparcado a media manzana. Esperando. *Imposible.* Robert estaba seguro de que aquel coche era el único tiburón que iba tras sus pasos. Y también tenía la certeza de que el Opel no le había seguido, pese a lo cual lo encontraba constantemente. Debían de tener otro medio para seguirle el rastro. Sólo existía una respuesta: estaban utilizando algún localizador. Y sin duda lo llevaba él encima. ¿En la ropa? No. No habían tenido oportunidad de ponérselo. El capitán Dougherty se había quedado a su lado mientras preparaba la maleta, pero no podía saber qué ropa se llevaría. Robert hizo un inventario mental de sus pertenencias: dinero, llaves, una cartera, un pañuelo, una tarjeta de crédito. *¡La tarjeta de crédito! «No creo que la necesite, general.» «Cójala. Y llévela siempre encima.»*

El miserable hijo de puta. Con razón les había resultado tan fácil encontrarlo.

El Opel gris ya no se veía por ninguna parte. Robert sacó la tarjeta y la examinó. Era un poco más gruesa que una tarjeta de crédito corriente. Al apretarla, notó que había una capa interior. Seguro que tenían un control remoto para activar la tarjeta. *Muy bien, pensó Robert. Mantendremos ocupados a esos hijos de puta.*

Había varios camiones aparcados en la calle, que cargaban y descargaban mercancías. Robert examinó las matrículas. Cuando llegó a un camión rojo con matrícula francesa, miró en todas direcciones para asegurarse de que

nadie lo observaba y arrojó la tarjeta en la parte posterior del vehículo.

Hizo señas a un taxi.

—Al Hassler, *per favore*.

Una vez en el vestíbulo, Robert se acercó al conserje.

—Por favor, averigüe si esta noche hay algún vuelo a París.

—Muy bien, comandante. ¿Prefiere alguna compañía aérea en particular?

—No tiene importancia. El avión que salga antes.

—Lo haré con mucho gusto.

—Gracias —dijo Robert, y se acercó al recepcionista—. Mi llave, por favor. Habitación 314. Me marcho dentro de unos minutos.

—Muy bien, comandante Bellamy. —El empleado buscó en un casillero y sacó la llave y un sobre—. Hay una carta para usted.

Robert dio un respingo. El sobre estaba cerrado y solamente decía: «Comandante Robert Bellamy». Lo palpó y tuvo la sensación de que en su interior había algo metálico o de plástico. Lo abrió con cuidado. Dentro había una tarjeta de publicidad de un restaurante italiano. Parecía muy inocente. Salvo, desde luego, por su nombre en el sobre.

—¿Sabe quién le ha entregado esto?

—Lo lamento —dijo el recepcionista con tono de disculpa—, pero esta noche hemos estado tan ocupados...

No tenía importancia. El hombre probablemente no tenía una cara especial. Sin duda había cogido la tarjeta de alguna parte, y había permanecido junto al mostrador para ver el número de la habitación en cuyo casillero colocaban el sobre. Y ahora seguramente estaría esperando a Robert en esa habitación. Había llegado el momento de verle la cara al enemigo.

Robert oyó un griterío, y al girar la cabeza vio a los mismos Rotarios de antes que entraban en el vestíbulo riéndose y cantando. Era evidente que habían bebido más todavía. El hombre fornido le dijo:

—Hola, compañero. Te has perdido una fiesta bárbara.

Robert pensaba a toda velocidad.

—¿Os gustan las fiestas?

—Claro que nos gustan.

—Hay una muy animada arriba —prosiguió Robert—. Bebidas, chicas... lo que se os antoje. Seguidme.

—Ése es el verdadero espíritu norteamericano, compañero —dijo el individuo, y palmeó a Robert en la espalda—. ¿Habéis oído, muchachos? ¡Nuestro amigo nos invita a una fiesta!

Entraron en el ascensor y subieron al tercer piso.

El tipo dijo:

—Estos italianos sí que saben vivir. Supongo que fueron ellos los que inventaron las orgías, ¿no?

—Yo os enseñaré lo que es una verdadera orgía —prometió Robert.

Lo siguieron por el pasillo hasta su habitación. Robert introdujo la llave en la cerradura y se volvió hacia el grupo.

—¿Preparados para divertirse?

Hubo un coro de síes.

Robert giró la llave, empujó la puerta y se hizo a un lado. La habitación estaba a oscuras. Accionó el interruptor. Un desconocido, alto y delgado, estaba de pie en el centro de la habitación empuñando una Mauser con silenciador. El hombre miró al grupo con expresión de sorpresa y se apresuró a esconder el arma bajo la chaqueta.

—¡Eh! ¿Dónde está la bebida? —preguntó uno de los Rotarios.

Robert señaló al desconocido.

—Él la tiene. Id a buscarla.

El grupo se abalanzó sobre el hombre.

—¿Dónde está el licor, muchacho?

—¿Dónde están las chicas?

El hombre trataba de llegar hasta Robert, pero los del grupo le bloqueaban el paso. Vio con impotencia cómo Robert salía a la carrera. Bajó los escalones de dos en dos.

Una vez en el vestíbulo, Robert se dirigía a la puerta cuando el conserje le gritó:

—Ah, comandante Bellamy. Le he hecho una reserva en el vuelo 312 de Air France a París. Sale a la una de la mañana.

—Gracias —dijo Robert apresuradamente.

Ya estaba al otro lado de la puerta, en la pequeña plaza que da a la Piazza di Spagna. Un taxi quedaba libre en aquel momento. Robert lo cogió.

—A Via Monte Grappa.

Ya tenía la respuesta. Querían matarlo. ***No les resultará fácil.***

Ya no era el cazador sino la presa, pero tenía una gran ventaja. Lo habían entrenado bien. Conocía todas sus técnicas, su fuerza y sus debilidades, y se proponía usar estos conocimientos para detenerlos. En primer lugar, debía encontrar la manera de evitar que le siguieran el rastro. A los hombres que lo seguían les habrían contado una historia; por ejemplo, que querían detenerlo por tráfico de drogas, o por asesinato, o por espionaje. Seguramente les habrían advertido: «Es peligroso. No se arriesguen. Tiren a matar».

Dijo al taxista:

—Stazione Termini.

Lo estaban buscando, pero no tendrían suficiente tiempo como para distribuir su fotografía. Por el momento, no tenía rostro.

El taxi se detuvo en la Via Giovanni Giolitti 36, y el taxista le anunció:

—Stazione Termini, *signore*.

—Esperaremos aquí un momento.

Robert permaneció sentado en el taxi, observando la entrada de la estación de ferrocarril. Parecía haber la actividad habitual. Nada se apartaba de la normalidad. Taxis y limusinas llegaban y partían, recogiendo y dejando pasajeros. Los mozos llevaban y traían equipajes. Un policía se ocupaba de evitar que los automóviles se detuvieran en la zona de aparcamiento prohibido. Pero había algo que no le acababa de gustar a Robert. De pronto comprendió qué era. Aparcados exactamente frente a la estación, en una zona de estacionamiento prohibido, había tres sedanes sin matrícula y sin nadie en su interior. El policía no les prestaba atención.

—He cambiado de idea —le dijo Robert al taxista—. Via Veneto 110 A.

Era el último lugar donde lo buscarían.

La embajada y el consulado estadounidenses están situados en un edificio de estuco rosado de la Via Veneto, con rejas de hierro forjado negro en la entrada. La embajada estaba cerrada a aquella hora, pero la sección de pasaportes del consulado se encontraba abierta las veinticuatro horas para poder gestionar urgencias. En el vestíbulo del primer piso, un infante de marina estaba sentado detrás de un escritorio.

Observó a Robert mientras se acercaba.

—¿Puedo serle útil en algo?

—Sí —dijo Robert—. Quiero saber qué he de hacer para conseguir un nuevo pasaporte. He perdido el mío.

—¿Es usted ciudadano norteamericano?

—Sí.

El marine le indicó una oficina al fondo.

—Allí le atenderán, señor. La última puerta.

—Gracias.

En la habitación había media docena de personas que solicitaban pasaportes, denunciaban haber perdido el suyo y obtenían renovaciones y visados.

—¿Hace falta visado para ir a Albania? Tengo familiares allí...

—Necesito renovar el pasaporte antes de esta noche. Tengo que coger un avión...

—No sé qué he hecho con él. Debo de haberlo dejado en Milán...

—Me quitaron el pasaporte de la cartera...

Robert se quedó allí de pie, escuchando. El robo de pasaportes era una industria próspera en Italia. Algunos de los presentes recibirían un nuevo pasaporte. El primero de la fila era un hombre bien vestido, de mediana edad, y en aquel momento le estaban entregando un pasaporte.

—Aquí tiene su nuevo pasaporte, señor Cowan. Siento que haya tenido una experiencia tan lamentable. Me temo que en Roma hay muchos rateros.

—Procuraré que no me roben éste —dijo Cowan.

—Hágalo, señor.

Robert vio que Cowan guardaba el pasaporte en el bolsillo de la chaqueta y daba media vuelta para marcharse. Robert se puso delante de él. Cuando una mujer pasó rozándolo, Robert se agarró a Cowan, como si lo hubieran empujado, y estuvo a punto de tirarlo al suelo.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Robert. Se inclinó y alisó la chaqueta del hombre.

—No se preocupe —dijo Cowan.

Robert se dirigió al lavabo de hombres, en el otro extremo del vestíbulo, con el pasaporte del desconocido en el bolsillo. Paseó la mirada por el recinto

para asegurarse de que estaba solo y después se metió en uno de los compartimientos. Sacó la hoja de afeitar y el tubo de pegamento que había robado en casa de Ricco. Con mucho cuidado, separó el plástico de la parte superior y arrancó la fotografía de Cowan. Después, introdujo la que le había sacado Ricco. Selló la parte superior del plástico con pegamento y examinó su obra. Perfecta. Ahora era Henry Cowan. Cinco minutos después, estaba en Via Veneto, subiendo a un taxi.

—Leonardo da Vinci.

Eran las doce y media de la noche cuando Robert llegó al aeropuerto. Se quedó en el exterior, observando si había algo extraño. Aparentemente, todo estaba en orden; no había coches de la policía ni hombres de aspecto sospechoso. Robert entró en el edificio de la terminal y se detuvo al lado de la puerta. Había varios mostradores de distintas compañías aéreas diseminados por la amplia terminal. No parecía haber nadie holgazaneando ni oculto detrás de las columnas. Por precaución, permaneció donde estaba. No habría podido explicarlo, ni siquiera a sí mismo, pero en cierto modo todo parecía *demasiado* normal.

Al otro lado del vestíbulo estaba el mostrador de Air France. «*Le be hecho una reserva en el vuelo 312 de Air France a Paris... Sale a la una de la mañana.*» Robert pasó junto al mostrador y se acercó a la mujer uniformada que se encontraba detrás del mostrador de Alitalia.

—Buenas noches.

—Buenas noches. ¿Puedo hacer algo por usted, *signore*?

—Sí —contestó Robert—. ¿Podría llamar al comandante Robert Bellamy por los altavoces para que se dirija al teléfono, por favor?

—Por supuesto —dijo ella, y cogió un micrófono.

A pocos metros, una mujer gorda de mediana edad facturaba una serie de maletas y discutía acaloradamente con el empleado sobre la tarifa por exceso de peso.

—En los Estados Unidos, jamás me han cobrado exceso de peso.

—Lo siento, señora. Pero si quiere llevar todas estas maletas, debe pagar lo que corresponde por exceso de peso.

Robert se acercó. Oyó la voz de la empleada por los altavoces: «Se ruega al comandante Robert Bellamy que acuda al teléfono. Comandante Robert

Bellamy, por favor, acuda al teléfono blanco». El anuncio resonó por todo el aeropuerto.

Un hombre que llevaba una bolsa de mano pasó junto a Robert.

—Perdón —le dijo Robert.

El hombre se volvió.

—¿Sí?

—Oigo que mi mujer me está haciendo llamar por los altavoces —dijo, y señaló entonces las maletas de la mujer—, pero no puedo dejar mi equipaje.

—Sacó un billete de diez dólares y se lo entregó al hombre—. ¿Sería usted tan amable de acercarse al teléfono blanco y decirle que la pasaré a buscar por nuestro hotel dentro de una hora? De veras se lo agradecería muchísimo.

El hombre miró el billete de diez dólares que tenía en la mano.

—Por supuesto que sí.

Robert vio que se dirigía al teléfono, levantaba el auricular y decía: «Oiga... Oiga...».

Inmediatamente, cuatro hombres vestidos de negro surgieron de la nada, lo rodearon y lo arrinconaron contra la pared.

—¡Eh! ¿Qué es esto?

—Hagamos las cosas con calma —dijo uno de los hombres.

—¿Qué se creen que están haciendo? ¡Quítenme las manos de encima!

—No arme escándalo, comandante. No tiene sentido...

—¿Comandante? ¡Se equivocan de hombre! ¡Soy Melvyn Davis, de Omaha!

—No empecemos con los juegos.

—¡Espere un minuto! Me han engañado. ¡El hombre que buscan está allí! —Y señaló hacia donde había estado hablando con Robert.

Allí no había nadie.

En el exterior de la terminal, un autobús del aeropuerto se preparaba para salir. Robert lo abordó y se mezcló con los demás pasajeros. Se sentó al final del vehículo y se concentró en el siguiente paso que iba a dar.

Estaba desesperado por hablar con el almirante Whittaker para tratar de obtener respuestas sobre lo que estaba pasando, para averiguar quién era el

responsable de matar a personas inocentes sólo por haber presenciado algo que se suponía que no deberían haber visto. ¿Quién sería? ¿El general Hilliard? ¿Dustin Thornton? ¿O William Stone, el suegro de Thornton, el hombre misterioso? ¿Podía él estar envuelto de alguna manera en esto? ¿O era Edward Sanderson, el director de la NSA? ¿Era posible que estuvieran trabajando juntos? ¿El asunto llegaba tan arriba como para alcanzar al presidente? Robert necesitaba respuestas.

El trayecto en autobús a Roma duró una hora. Cuando el vehículo se detuvo frente al Eden Hotel, Robert se apeó.

Tengo que salir de este país, pensó. En Roma había solamente un hombre en quien pudiera confiar. El coronel Francesco Cesar, jefe del SIFAR, el Servicio Secreto Italiano. Él sería la puerta de escape de Italia para Robert.

El coronel Cesar trabajaba hasta tarde. No había hecho más que recibir mensajes de agencias de seguridad extranjeras, y todas se referían al comandante Robert Bellamy. El coronel Cesar había trabajado con Robert en el pasado, y lo apreciaba mucho. Cesar suspiró al contemplar el último mensaje que tenía frente a él. *Eliminar*. Y mientras lo leía, su secretaria entró en la oficina.

—El comandante Bellamy está en la línea uno y quiere hablar con usted.

El coronel Cesar se quedó mirándola.

—¿Bellamy? ¿En persona?

Esperó a que la secretaria abandonara la habitación y levantó el auricular.

—¿Robert?

—*Ciao*, Francesco. ¿Qué demonios está pasando?

—Dímelo tú, *amico*. He estado recibiendo toda clase de comunicados urgentes sobre ti. ¿Qué has hecho?

—Es una historia muy larga —contestó Robert—. Y no tengo tiempo. ¿Qué te han dicho?

—Que estás actuando por tu cuenta. Que has cambiado de camisa y estás cantando como un canario.

—¿Qué?

—Que has hecho un trato con los chinos y...

—¡Dios mío! ¡Pero eso es ridículo!

—¿Lo es? ¿Por qué?

—Porque una hora más tarde estarían locos por obtener más información.

—Por el amor de Dios, Robert, esto no es una broma.

—Dímelo a mí, Francesco. Acabo de mandar a la muerte a diez personas inocentes. Y parece que yo soy la número once.

—¿Dónde estás?

—En Roma No puedo salir de tu maldito país.

—*Cacatura!* —Se produjo un pensativo silencio— ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Llevarme a un refugio de seguridad donde podamos hablar y yo tenga oportunidad de pensar cómo salir de aquí. ¿Puedes arreglarlo?

—Sí, pero debes tener cuidado. Mucho cuidado. Yo mismo te iré a buscar.

Robert suspiró, aliviado.

—Gracias, Francesco. Te lo agradezco mucho.

—Como decís vosotros, los americanos, me debes una. ¿Dónde estás?

—En el bar Lido, en el Trastevere.

—Aguarda allí. Te veré dentro de exactamente una hora.

—Gracias, *amico* —dijo Robert, y colgó. Sería una hora muy larga.

Treinta minutos después, dos automóviles sin matrícula frenaron a diez metros del bar Lido. En cada uno había cuatro hombres, y todos llevaban armas automáticas.

El coronel Cesar bajó del primer coche.

—Tenemos que actuar con rapidez. No queremos que nadie más resulte herido. *Andate al dietro, subito.*

La mitad de los hombres avanzaron sigilosamente para cubrir la parte posterior del edificio.

Robert Bellamy observó desde la azotea del edificio de enfrente cómo Cesar y sus hombres blandían las armas de fuego y entraban en el bar.

Está bien, hijos de puta, pensó Robert con pesar. *Lo haremos a vuestra manera.*

Capítulo 36

*Día dieciséis.
Roma, Italia.*

Robert llamó al coronel Cesar desde una cabina telefónica de la Piazza del Duomo.

—¿Qué ha sido de nuestra amistad? —le preguntó.

—No seas ingenuo, no hago más que obedecer órdenes, lo mismo que tú. Y te aseguro que no te servirá de nada tratar de huir. Figuras en primer lugar en la lista de personas más buscadas por todas las agencias de inteligencia. La mitad de los gobiernos del mundo te buscan.

—¿Tú crees que soy un traidor?

Cesar suspiró.

—Lo que yo creo no tiene ninguna importancia, Robert. Esto no es nada personal. Tengo mis órdenes.

—De liquidarme.

—Puedes hacer que las cosas sean más fáciles si te entregas.

—Gracias, *paesano*. Si necesito más consejos llamaré a un consultorio sentimental.

Colgó el auricular bruscamente.

Robert tenía plena conciencia de que cuanto más tiempo estuviera huyendo, mayor sería el peligro. Habría agentes de seguridad de media docena de países persiguiéndolo.

Tiene que haber un árbol, pensó Robert. La frase procedía de una leyenda acerca de un cazador que relataba una experiencia vivida en un safari. «Un león enorme corría hacia mí, y todos mis servidores habían huido con las armas. Yo no tenía nada para defenderme, y no había ningún lugar donde pudiera esconderme. No se veía ni un árbol ni un arbusto. Y la fiera corría directamente hacia mí, cada vez más cerca.» «¿Cómo se las arregló para escapar?», preguntó su interlocutor. «Corrí al árbol más cercano y trepé a él.» «Pero usted ha dicho que no había árboles.» «Usted no entiende. ¡Tenía que haber un árbol!» *Y yo tengo que encontrarlo*, pensó Robert.

Observó la *piazza*. A aquellas horas, se encontraba casi desierta. Decidió que había llegado el momento de hablar con el hombre que lo había metido en aquella pesadilla, el general Hilliard. Pero debía tener mucho cuidado. El rastreo telefónico moderno era casi instantáneo. Robert observó que las dos cabinas telefónicas contiguas a la que estaba utilizando estaban vacías. *Perfecto*. No utilizó el número privado que el general Hilliard le había dado, y marcó el de la central telefónica de la NSA. Cuando atendió una operadora, Robert dijo:

—El despacho del general Hilliard, por favor.

Un momento después, oyó la voz de una secretaria.

—Despacho del general Hilliard.

—Un momento, por favor. Es una llamada internacional. —Dejó el auricular descolgado y corrió a la cabina de al lado. Volvió a marcar. Atendió otra secretaria.

—Oficina del general Hilliard.

—Por favor, espere. Es una llamada internacional —dijo Robert. Dejó el auricular descolgado, fue a la tercera cabina y marcó. Cuando otra secretaria contestó, Robert dijo:

—Habla el comandante Bellamy. Quiero hablar con el general Hilliard.

Se oyó una exclamación de sorpresa.

—Un momento, comandante —dijo la secretaria, y pulsó el botón del

interfono—. General, el comandante Bellamy está en la línea tres.

El general Hilliard le dijo a Harrison Keller:

—Bellamy está en la línea tres. Localicen la llamada, rápido.

Harrison Keller se precipitó a un teléfono que estaba en una mesa auxiliar y marcó el número del Centro del Sistema de Operaciones, que estaba de servicio las veinticuatro horas del día. Contestó Adams, el oficial de guardia.

—Centro de Operaciones. Habla Adams.

—¿Cuánto tiempo necesita para hacer el rastreo de una llamada recibida?

—preguntó Keller en voz baja.

—Entre uno y dos minutos.

—Inícielo. Oficina del general Hilliard, línea tres. Esperaré. —Miró al general y asintió con la cabeza.

El general Hilliard levantó el auricular.

—Comandante... ¿es usted?

En el Centro de Operaciones, Adams introdujo un número en un ordenador.

—Adelante —dijo.

—Creo que ha llegado el momento de que usted y yo hablemos, general.

—Me alegro de que haya llamado, comandante. ¿Por qué no viene aquí y así conversamos cara a cara? Dispondré que vaya un avión a recogerlo y puede estar aquí dentro de...

—No, gracias. Los aviones tienen demasiados accidentes, general.

En la sala de comunicaciones, el sistema de búsqueda electrónica había sido activado. El monitor de la terminal empezó a visualizar: *AX121-B... AX122-C... AX123-C...*

—¿Qué ocurre? —murmuró Keller en el auricular.

—El Centro del Sistema de Operaciones de Nueva Jersey está buscando en las líneas principales de Washington, D. C., señor. Aguarde un momento.

La pantalla quedó en blanco. Después, aparecieron las palabras *Línea Principal Transoceánica - Línea Uno*.

—La llamada proviene de alguna parte de Europa. Estamos tratando de localizar el país...

El general Hilliard decía:

—Comandante Bellamy, creo que ha habido un malentendido. Tengo una

sugerencia que hacerle...

Robert colgó el teléfono.

El general Hilliard miró a Keller.

—¿Ha localizado la llamada?

Harrison Keller habló con Adams por el teléfono interior.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo hemos perdido.

Robert pasó a la segunda cabina y cogió el auricular.

La secretaria del general Hilliard dijo:

—El comandante Bellamy le llama por la línea dos.

Los dos hombres se miraron. El general Hilliard pulsó el botón de la línea dos.

—¿Comandante?

—Permítame que sea yo quien haga una sugerencia.

El general Hilliard colocó la mano sobre el receptor.

—Vuelvan a iniciar el rastreo.

Harrison Keller levantó el auricular y le dijo a Adams:

—Lo tenemos de nuevo. Línea dos. Apresúrense.

—De acuerdo.

—Lo que le sugiero, general, es que dé una contraorden a todos sus hombres. Y que sea ahora mismo.

—Me terno que no entiende la situación, comandante. Podemos solucionar este problema si...

—Yo le diré cómo podemos solucionarlo. Se ha dado la orden de acabar conmigo. Quiero que la retire.

En el Centro del Sistema de Operaciones, en la pantalla del ordenador apareció un nuevo mensaje: *AX155-C Sublínea principal A21 verificada. Circuito 301 a Roma, Línea principal Atlántico 1.*

—Lo tenemos —dijo Adams por el teléfono—. Hemos rastreado la línea principal hasta Roma.

—Consígame el número y la situación —le ordenó Keller.

En Roma, Robert miraba atentamente su reloj.

—Usted me asignó una misión. Y yo la cumplí.

—Y muy bien, por cierto, comandante. Esto es lo que yo...

Y la comunicación se cortó.

El general miró a Keller.

—Ha vuelto a colgar.

Keller preguntó por el teléfono interior:

—¿Lo han conseguido?

—Demasiado rápido, señor.

Robert pasó a la siguiente cabina y levantó el auricular.

La voz de la secretaria del general Hilliard sonó por el interfono.

—El comandante Bellamy está en la línea tres, general.

El general saltó:

—¡Localicen a ese hijo de puta!

Cogió el teléfono.

—¿Comandante?

—Quiero que me escuche, general, y que me escuche bien. Usted ha asesinado a muchas personas inocentes. Si no da una contraorden a sus hombres, me dirigiré a los medios de comunicación y les diré lo que está pasando.

—No le aconsejo que lo haga, a menos que quiera desencadenar el pánico a nivel mundial. Los extraterrestres son reales, y estamos indefensos frente a ellos. Se están preparando para hacer su juego. No tiene ni idea de lo que ocurriría si esto se llegara a saber.

—Tampoco usted la tiene —le replicó Bellamy—. No le estoy dando ninguna opción. Anule esa orden contra mí. Si llega a producirse otro intento de matarme, haré pública toda la información que tengo.

—De acuerdo —dijo el general Hilliard—. Usted gana. Anularé la orden. Lo que podemos hacer es...

—A estas alturas, la localización de la llamada ya debe de estar muy avanzada —le interrumpió Robert—. Que pase un buen día.

Y la comunicación se cortó.

—¿Lo han conseguido? —ladró Keller.

—Hemos estado muy cerca, señor —fue la respuesta de Adams—. La llamada procedía de la zona central de Roma. Pero ha estado cambiando constantemente de número.

El general miró a Keller.

—¿Y bien?

—Lo lamento, general. Lo único que sabemos es que está en alguna parte de Roma. ¿Cree en sus amenazas? ¿Anularemos la orden de acabar con su vida?

—No. Lo que haremos será eliminarlo.

Robert pasó revista a las opciones que tenía. Eran bien pocas. Sin duda estaban vigilando los aeropuertos, las estaciones de ferrocarril, las terminales de autobús y las agencias de alquiler de automóviles. No podía inscribirse en ningún hotel porque el SIFAR los habría puesto sobre aviso a todos. Pero tenía que salir de Roma. Necesitaba una cobertura. Una compañera. No buscarían a un hombre y una mujer juntos. Era una idea.

En la esquina había un taxi. Robert se despeinó el pelo, se aflojó el nudo de la corbata y se tambaleó hacia el vehículo como si estuviera borracho.

—¡Eh! —gritó—. ¡Usted!

El taxista lo miró con desagrado.

Robert sacó un billete de veinte dólares y lo puso en la mano del hombre.

—Amigo, ando buscando compañía. ¿Sabe lo que quiere decir eso? ¿Entiendes inglés?

El taxista miró el billete.

—¿Quiere conseguir una mujer?

—Parece que me ha entendido, amigo. Quiero conseguir una mujer.

—*Andiamo* —dijo el taxista.

Robert subió al taxi y el vehículo arrancó. Robert miró hacia atrás. No lo estaban siguiendo. Su cuerpo comenzó a descargar adrenalina. «La mitad de los gobiernos del mundo te están buscando.» Y no habría apelación. Sus órdenes eran asesinarlo.

Veinte minutos más tarde llegaron a Tor di Ounto, el distrito romano de las luces rojas, ocupado por prostitutas y proxenetas. Pasaron por la *Passeggiata Archeologica*, y el taxista se detuvo en una esquina.

—Aquí encontrará una mujer —dijo.

—Gracias, amigo. —Robert pagó la tarifa que marcaba el taxímetro y bajó dificultosamente del coche, que se alejó con un chirrido de neumáticos.

Observó el entorno. No había policías. Sólo algunos automóviles y algunos peatones. Más de una docena de prostitutas recorrían la calle. Fieles a la consigna de «Arrestemos a los principales sospechosos», la policía había llevado a cabo la redada quincenal para satisfacer las voces de los moralistas y había trasladado a las prostitutas de la Via Veneto, donde eran demasiado visibles, a ese sector, donde no ofenderían a las matronas respetables que toman el té en Doney's. Por esta razón, la mayor parte de las mujeres eran atractivas e iban bien vestidas. Había una en particular que llamó la atención de Robert.

Parecía tener poco más de veinte años. Tenía el pelo largo y oscuro y vestía una elegante falda negra con blusa blanca, sobre la cual llevaba una chaqueta de pelo de camello. Robert imaginó que sería actriz o modelo. La muchacha lo miraba.

Robert se tambaleó hacia ella.

—Hola, preciosa —farfulló—. ¿Hablas inglés?

—Sí.

—Perfecto. Tú y yo podríamos tener una fiesta.

Ella sonrió con vacilación. Los borrachos podían traer problemas.

—Tal vez sería mejor que antes estuviera sobrio. —Tenía un suave acento italiano.

—Pero si estoy sobrio.

—Le costará cien dólares.

—Está bien, corazón.

Ella se decidió.

—*Va bene*. Venga conmigo. Hay un hotel a la vuelta de la esquina.

—Estupendo. ¿Cómo te llamas, cariño?

—Pier.

—Yo, Henry. —A lo lejos apareció un coche de la policía que se dirigía hacia ellos—. Vámonos de aquí.

Las otras mujeres lanzaron miradas de envidia cuando Pier y su cliente norteamericano se alejaron.

El hotel no era precisamente el Hassler, pero el muchacho con la cara cubierta de granos que estaba en el mostrador de recepción no le pidió el pasaporte. De hecho, ni siquiera los miró al entregarle a Pier la llave.

—Cincuenta mil liras.

Pier miró a Robert. Él sacó el dinero del bolsillo y se lo dio al muchacho.

La habitación tenía una cama de matrimonio en un rincón, una mesa pequeña, dos sillas de madera y un espejo sobre el lavabo. Detrás de la puerta había un perchero.

—Tiene que pagarme por adelantado.

—Sí, por supuesto. —Robert contó cien dólares.

—*Grazie*.

Pier empezó a desvestirse. Robert se acercó a la ventana. Apartó un poco la cortina y miró al exterior. Todo parecía normal. Confiaba en que ahora la policía se entretendría siguiendo el camión rojo de regreso a Francia. Dejó caer la cortina y se dio la vuelta. Pier estaba desnuda. Tenía un cuerpo sorprendentemente hermoso. Pechos jóvenes y firmes, caderas redondeadas, cintura pequeña y piernas largas y bien torneadas.

Ella lo miraba.

—¿No vas a desvestirte, Henry?

Ésa era la parte más difícil.

—Bueno... si quieres que te diga la verdad —se lamentó Robert—, creo que he bebido demasiado. Y que no podré...

Ella lo observaba con cautela.

—¿Entonces por qué...?

—Si nos quedamos aquí y yo duermo la mona, podemos hacer el amor por la mañana.

Ella se encogió de hombros.

—Tengo que trabajar. Me costaría mucho dinero...

—No te preocupes. Yo me ocuparé de eso. —Sacó varios billetes de cien dólares y se los entregó—. ¿Esto será suficiente?

Pier miró el dinero y trató de decidirse. Era tentador. Afuera hacía frío, y no había mucha clientela. Por otro lado, había algo extraño en aquel hombre. En primer lugar, no parecía estar borracho. Iba bien vestido, y con todo ese dinero podrían haberse inscrito en un hotel más elegante. *Bueno*, pensó Pier, *¡qué caramba! Questo cazzo se ne frega?*

—Está bien. Pero sólo hay esta cama para los dos.

—No hay problema.

Pier vio que Robert volvía a acercarse a la ventana y apartaba un extremo de la cortina.

—¿Buscas algo?

—¿Este hotel tiene puerta trasera?

¿En qué me estoy metiendo? se preguntó Pier. Su mejor amiga había sido asesinada por andar con desaprensivos. Pier se jactaba de conocer a los hombres, pero éste la intrigaba. No parecía un delincuente, pero con todo...

—Sí —respondió.

Se oyó un grito, y Robert se volvió de un salto.

—*Dio! Dio! Sono venuta tre volte!* —Era la voz de una mujer, procedente del cuarto contiguo y a través de las paredes finas como el papel.

—¿Qué es eso? —preguntó Robert, con el corazón saltándole en el pecho. Pier sonrió.

—Nada. Que lo está pasando muy bien. Dice que ha tenido un orgasmo por tercera vez.

Robert oyó el crujido de los muelles de la cama.

—¿No te vas a meter en la cama? —Pier estaba allí de pie, desnuda, nada avergonzada, mirándolo.

—Sí, claro —dijo Robert, y se sentó en la cama.

—¿No te vas a desnudar?

—No.

—Como quieras. —Pier rodeó la cama y se acostó junto a Robert—. Espero que no ronques —dijo.

—Me lo contarás por la mañana.

Robert no pensaba dormir. Quería vigilar la calle durante la noche para asegurarse de que no entraban en el hotel. Con el tiempo empezarían a recorrer también esos hoteles pequeños, de tercera categoría, pero de momento tenían que cubrir demasiados lugares. Permaneció allí tendido, sintiendo dolor hasta en los huesos, y cerró los ojos un minuto para descansar. Se quedó dormido. Soñó que estaba otra vez en su casa, en su cama, y sintió el cuerpo tibio de Susan junto al suyo. *Ha vuelto, pensó, feliz. Ha vuelto conmigo. Querida, te be echado tanto de menos...*

Día diecisiete.
Roma, Italia.

Robert despertó con el sol lamiéndole la cara. Se sentó bruscamente y por un instante miró en todas direcciones con alarma y desconcierto. Cuando vio a Pier, lo recordó todo. Se distendió. Pier estaba frente al espejo, cepillándose el pelo.

—*Buon giorno* —dijo ella—. No roncas.

Robert miró su reloj. Las nueve. Había desperdiciado unas horas preciosas.

—¿Quieres hacer el amor ahora? Ya me lo has pagado.

—No te preocupes —dijo Robert.

Pier, desnuda y provocativa, se acercó a la cama.

—¿Estás seguro?

No podría aunque quisiera, señora.

—Estoy seguro.

—*Va bene.* —Empezó a vestirse. De pronto preguntó, como por casualidad—: ¿Quién es Susan?

La pregunta lo sorprendió con la guardia baja.

—¿Susan? ¿Por qué me lo preguntas?

—La nombrabas mientras dormías.

Recordó el sueño. Susan había regresado con él. Tal vez se trataba de una señal.

—Es una amiga. —*Es mi esposa. Algún día se cansará del Ricachón y volverá a mi lado. Siempre y cuando yo siga con vida.*

Robert se acercó a la ventana. Levantó un poco la cortina y miró hacia fuera. La calle estaba repleta de peatones y de comerciantes que abrían sus tiendas. No había señales de peligro.

Había llegado el momento de poner en acción su plan. Miró a la muchacha.

—Pier, ¿te gustaría hacer un viajecito conmigo?

Ella lo observó con recelo.

—Un viaje... ¿adónde?

—Tengo que ir a Venecia por negocios, y odio viajar solo. ¿Te gusta

Venecia?

—Sí...

—Bien. Te pagaré por tu tiempo, y pasaremos unas vacaciones juntos. — De nuevo miraba por la ventana—. Conozco un hotel muy bonito allí. El Cipriani. —Años atrás, él y Susan se alojaron en el Royal Danieli, pero después él volvió, y lo encontró muy venido a menos, y las camas eran imposibles. Lo único que quedaba de la antigua elegancia del hotel era Luciano, en el mostrador de recepción.

—Te costará mil dólares por día —dijo ella, dispuesta a aceptar quinientos.

—Trato hecho —asintió Robert. Contó dos mil dólares—. Empezaremos con esto.

Pier vaciló. Tuvo la premonición de que algo andaba mal. Pero el comienzo del rodaje de la película en la que le habían prometido un pequeño papel se había aplazado, y ella necesitaba el dinero.

—Muy bien —dijo.

—Vámonos.

Una vez en la planta baja, Pier le vio explorar la calle con la mirada, antes de salir a coger un taxi. *Lo está buscando alguien*, pensó Pier. *Yo me largo de aquí.*

—*Mira*, — dijo Pier—, no estoy segura de que deba ir a Venecia contigo, y...

—Nos divertiremos mucho —la interrumpió Robert.

En la acera de enfrente vio una joyería. Cogió a Pier de la mano.

—Ven. Vamos a comprarte algo bonito.

—Pero...

Cruzó la calle con ella y la condujo a la joyería.

El dependiente que estaba detrás del mostrador dijo:

—*Buon giorno, signore*. ¿En qué puedo servirle?

—Estamos buscando algo bonito para la señorita. —Miró a Pier—. ¿Te gustan las esmeraldas?

—Yo... sí.

Robert le preguntó al dependiente:

—¿Tienen pulseras de esmeraldas?

—*Si, signore.* Tengo una pulsera de esmeraldas preciosa. —Se acercó a una caja y sacó una pulsera—. Ésta es la mejor que tenemos. Cuesta quince mil dólares.

Robert miró a Pier.

—¿Te gusta?

Ella se quedó sin habla. Asintió con la cabeza.

—Nos la llevamos —dijo Robert. Le entregó al dependiente su tarjeta de crédito de la ONI.

—Un momento, por favor. —El dependiente entró en la trastienda. Cuando regresó, dijo—: ¿Se la envuelvo o...?

—No. Mi amiga se la llevará puesta.

Robert colocó la pulsera en la muñeca de Pier. Ella la miraba, azorada.

—Te quedará muy bien en Venecia, ¿no crees?

Pier le sonrió.

—Ya lo creo.

Cuando estaban en la calle, Pier dijo:

—Yo... yo no sé cómo darte las gracias.

—Sólo quiero que lo pases bien —le dijo Robert—. ¿Tienes coche?

—No. Antes tenía uno viejo, pero me lo robaron.

—¿Todavía tienes tu permiso de conducir?

Ella lo miró, desconcertada.

—Sí, pero sin coche, ¿para qué sirve?

—Ya lo verás. Vayámonos de aquí.

Llamó un taxi.

—Via Po, por favor.

Ella subió al taxi y observó a Robert. ¿Por qué se mostraba tan ansioso por su compañía? Ni siquiera la había tocado. ¿Sería un...?

—*Qui!* —le gritó Robert al taxista.

Estaban a cien metros de la Agencia Maggiore de Alquiler de Automóviles.

—Bajamos aquí —le dijo a Pier. Pagó y esperó hasta que el taxi hubo desaparecido. Le entregó a Pier un fajo de billetes—. Quiero que alquiles un

coche para nosotros. Pide un Fiat o un Alfa Romeo. Diles que lo queremos para cuatro o cinco días. Este dinero también cubrirá el depósito. Alquilalo a tu nombre. Yo te esperaré en el bar de enfrente.

A menos de ocho manzanas de allí, dos inspectores interrogaban al desventurado conductor de un camión rojo con matrícula francesa.

—*Vous me faites chier*. No tengo la menor idea de cómo ha llegado esa tarjeta a mi camión —gritó el conductor—. Seguro que la ha tirado ahí algún italiano chiflado.

Los dos inspectores cruzaron una mirada, y uno dijo:

—Informaré por teléfono.

Francesco Cesar estaba sentado ante su escritorio reflexionando sobre los últimos avances del caso. Al principio, la misión parecía sencilla. «No tendrán ningún problema para encontrarlo. Llegado el momento, activaremos el localizador, y éste los guiará directamente hasta él.» Estaba claro que alguien había subestimado al comandante Bellamy.

El coronel Frank Johnson estaba sentado en la oficina del general Hilliard, y su enorme cuerpo llenaba todo el sillón.

—Tenemos a la mitad de los agentes de Europa buscándolo —dijo el general Hilliard—. Hasta el momento, no han tenido suerte.

—Hará falta más que suerte —repuso el coronel Johnson—. Bellamy es muy bueno.

—Sabemos que está en Roma. El hijo de puta acaba de cargar a nuestra cuenta una pulsera de quince mil dólares. Lo tenemos acorralado. No hay manera de que salga de Italia. Sabemos el nombre que usa en el pasaporte: Arthur Butterfield.

El coronel Johnson sacudió la cabeza.

—Si conozco a Bellamy, ustedes no tienen ni idea del nombre que está usando. De lo único que pueden estar seguros es de que Bellamy no hará lo que ustedes esperan. Estamos tras un hombre que es el mejor en su

especialidad. Si existe algún sitio al que huir, allí se dirigirá Bellamy. Creo que nuestra única posibilidad reside en sacarlo a la luz, exponerlo. En este momento, él es quien controla todos los movimientos. Tenemos que quitarle la posibilidad de que tome la iniciativa.

—¿Quiere decir hacer público el caso? ¿Informar a los medios de comunicación?

—Exactamente.

El general Hilliard frunció los labios.

—Eso sería muy delicado. No podemos exponernos tanto.

—No será necesario. Podemos informar que se le busca por tráfico de drogas. Así contaremos con la colaboración de la Interpol y de todos los departamentos de policía de Europa sin pedirlo siquiera.

El general Hilliard reflexionó durante un momento.

—Me gusta.

—Espléndido. Salgo para Roma —dijo el coronel Johnson—. Quiero encargarme de la cacería personalmente.

Cuando el coronel Frank Johnson regresó a su oficina, estaba pensativo. El juego en el que iba a entrar era peligroso. De eso no había duda. Tenía que encontrar al comandante Bellamy.

Capítulo 37

Robert oyó que el teléfono sonaba una y otra vez. En Washington eran las seis de la mañana. *Siempre despierto al pobre viejo*, pensó.

El almirante contestó a la sexta llamada.

—Diga...

—Almirante, yo...

—¡Robert! ¿Qué...?

—No diga nada. Lo más probable es que su teléfono esté intervenido. Seré breve. Sólo quería decirle que no creyera nada de lo que están contando de mí. Me gustaría que averiguara qué está pasando. Es posible que más adelante necesite su ayuda.

—Por supuesto. Cualquier cosa que pueda hacer por ti, Robert...

—Ya lo sé. Volveré a llamarle.

Robert colgó el auricular. No había dado tiempo para localizar la llamada. Vio que un Fiat se detenía frente al bar. Pier iba al volante.

—Échate a un lado —dijo Robert—. Conduciré yo.

Pier lo obedeció y él se instaló frente al volante.

—¿Vamos a Venecia? —preguntó Pier.

—Ajá. Pero primero tenemos que pasar por varios lugares.

Era el momento adecuado para sembrar más pistas falsas. Giró para tomar el Viale Rossini. Un poco más adelante estaba la Agencia de Viajes Rossini. Robert aparcó junto al bordillo de la acera.

—Volveré dentro de un minuto.

Pier vio cómo entraba en la agencia de viajes. *Podría sentarme ante el volante y marcharme, pensó, y guardarme el dinero, y él no me encontraría jamás. Pero el maldito coche está alquilado a mi nombre. Cacchio!*

En el interior de la agencia, Robert se acercó a la mujer que estaba detrás del mostrador.

—Buenos días. ¿En qué puedo servirle?

—Soy el comandante Robert Bellamy, y pienso viajar mucho —le dijo Robert—. Quisiera hacer algunas reservas.

Ella sonrió.

—Para eso estamos, *signore*. ¿Dónde planea ir?

—Primero quiero un billete de ida a Pekín, primera clase. Ella hizo la anotación.

—¿Cuándo quiere partir?

—El viernes próximo.

—Muy bien. —Pulsó algunas teclas en el ordenador—. Hay un vuelo de Air China el viernes a las diecinueve cuarenta.

—Me va muy bien.

Ella pulsó más teclas.

—Ya está. Su reserva está confirmada. ¿Lo pagará al contado o...?

—Espere, no he terminado. Quiero reservar también un pasaje en tren a Budapest.

—¿Para cuándo, comandante?

—Para el próximo lunes.

—¿A nombre de quién?

—El mío.

Ella lo miró con extrañeza.

—Pero si usted va a Pekín el viernes y...

—Todavía no he terminado —dijo Robert con tono afable—. Quiero un billete de avión de ida a Miami, Florida, para el domingo.

Ahora la mujer lo miraba con evidente estupor.

—*Signore*, si esto es una...

Robert sacó su tarjeta de crédito de la ONI y se la entregó.

—Cargue el importe de los billetes a esta tarjeta.

Ella la estudió durante un instante.

—Perdóneme un momento. —Entró en la oficina y regresó unos minutos después—. Todo en orden. Tendremos mucho gusto en hacer las reservas. ¿Desea que estén todas al mismo nombre?

—Sí. Comandante Robert Bellamy.

—De acuerdo.

Robert la vio pulsar más teclas. Un minuto después, aparecieron los billetes. Ella los separó de la impresora.

—Por favor, ponga los pasajes en sobres separados —dijo Robert.

—Desde luego. ¿Quiere que se los mande a...?

—Me los llevaré personalmente.

—*Si, signore*.

Robert firmó la factura y ella le entregó la copia.

—Aquí tiene. Que tenga un buen viaje... viajes... bueno...

Robert sonrió.

—Gracias. —Unos segundos después estaba frente al volante del coche.

—¿Nos vamos ahora? —preguntó Pier.

—Tenemos que hacer un par de cosas más —contestó Robert.

Pier lo observó explorar la calle con la mirada antes de arrancar.

—Quiero que hagas algo por mí —le dijo Robert.

Ahora viene, pensó Pier. *Me va a pedir que haga algo terrible*.

—¿Qué? —preguntó ella.

Se habían detenido frente al Hotel Victoria. Robert le entregó a Pier uno de los sobres.

—Quiero que vayas a recepción y reserves una *suite* a nombre del comandante Robert Bellamy. Diles que eres su secretaria y que él llegará dentro de una hora, pero que antes quieres subir a ver la *suite* y a dar tu aprobación. Cuando estés dentro, deja este sobre en una mesa de la habitación.

Ella lo miró, desconcertada.

—¿Eso es todo?

—Es todo.

A ese hombre no había quien lo entendiera.

—*Bene*.

Deseó saber en qué andaba metido aquel norteamericano chiflado. ¿Y quién es el comandante Robert Bellamy? Pier bajó del coche y se encaminó al vestíbulo del hotel. Estaba un poco nerviosa. A lo largo de sus años de profesión, la habían echado de algunos hoteles de primera categoría. Pero el empleado que estaba detrás del mostrador la saludó cortésmente.

—¿En qué puedo servirla, *signora*?

—Soy la secretaria del comandante Robert Bellamy. Quiero reservar una *suite* para él. Llegará aquí dentro de una hora.

El empleado consultó el registro de habitaciones.

—Pues sí, tenemos disponible una *suite* muy cómoda.

—¿Puedo verla, por favor? —preguntó Pier.

—Por supuesto. Haré que alguien se la muestre.

El superintendente del hotel escoltó a Pier al piso superior. Entraron en la *suite* y Pier paseó la mirada por la habitación.

—¿La encuentra satisfactoria, *signora*?

Pier no tenía la menor idea.

—Sí, estará muy bien. —Sacó el sobre del bolso y lo dejó en la mesita de café—. Dejo esto aquí para el comandante —dijo.

—*Bene*.

La curiosidad pudo más que Pier. Abrió el sobre. En su interior había un pasaje de ida a Pekín a nombre de Robert Bellamy. Pier volvió a colocarlo en el sobre, lo dejó sobre la mesa y se dirigió a la planta baja.

El Fiat azul se encontraba aparcado frente al hotel.

—¿Algún problema?

—No.

—Nos quedan sólo dos paradas más, y después emprenderemos el viaje —dijo Robert con voz animosa.

La siguiente parada era el Hotel Valadier. Robert le entregó a Pier otro sobre.

—Quiero que reserves aquí una *suite* a nombre del comandante Robert Bellamy. Diles que llegará dentro de una hora. Después...

—Dejo el sobre en la *suite*.

—Correcto.

En esta ocasión, Pier entró en el hotel sintiéndose más segura. *Actúa como una dama*, pensó. *Debes tener dignidad. Ése es el secreto.*

En el hotel había una *suite* disponible.

—Me gustaría verla —dijo Pier.

—Por supuesto, *signora*.

Un subgerente la acompañó a la *suite*.

—Ésta es una de nuestras *suites* más elegantes. —Y realmente lo era.

—Supongo que servirá —dijo Pier con arrogancia—. El comandante es muy exigente. —Sacó el segundo sobre de su bolso, lo abrió y miró el contenido. Había un billete de tren a Budapest a nombre del comandante Robert Bellamy. Pier se quedó contemplándolo, confusa. *¿Qué clase de juego es éste?*

Dejó el sobre encima de la mesilla de noche.

Cuando Pier regresó al coche, Robert le preguntó:

—¿Cómo ha ido?

—Muy bien.

—Vamos entonces a nuestra última parada.

Esta vez era el Hotel Leonardo da Vinci. Robert le entregó a Pier el tercer sobre.

—Quisiera que...

—Ya sé.

Dentro del hotel, un empleado dijo:

—Sí, por supuesto, *signora*, tenemos una *suite* preciosa. ¿Cuándo ha dicho que llegaría el comandante?

—Dentro de una hora. Quisiera examinar la *suite* para ver si me satisface.

—Naturalmente, *signora*.

La *suite* era mucho más lujosa que las otras dos. El superintendente le mostró el inmenso dormitorio con la enorme cama con dosel. *Qué desperdicio*, pensó Pier. *En sólo una noche, podría ganar una fortuna aquí.* Sacó el tercer sobre y miró su contenido: un billete de avión a Miami (Florida). Pier dejó el sobre encima de la cama.

El superintendente acompañó a Pier de vuelta al saloncito de la *suite*.

—También tiene televisor en color —dijo. Se acercó y encendió el aparato. En aquel momento, en la pantalla apareció un retrato de Robert. El locutor del informativo decía: «... la Interpol cree que en este momento se encuentra en Roma. Se le busca para interrogarlo con respecto a una operación internacional de narcotráfico. Les ha hablado Bernard Shaw, Servicio Informativo de la CNN». Pier tenía la vista fija en la pantalla.

El superintendente apagó el televisor.

—¿La encuentra satisfactoria?

—Sí —dijo Pier en voz baja. *¡Un narcotraficante!*

—Tendremos sumo gusto en alojar como huésped al comandante.

Cuando Pier se reunió con Robert en el coche, lo miró con ojos diferentes.

—Ahora estamos listos —dijo él, sonriendo.

En el Hotel Victoria, un hombre de traje oscuro estudiaba el registro de huéspedes. Miró al recepcionista.

—¿A qué hora se inscribió el comandante Bellamy? —Todavía no ha llegado. Su secretaria reservó la *suite*. Dijo que estaría aquí al cabo de una hora.

El hombre se dirigió a su compañero.

—Rodeen el hotel. Consigan refuerzos. Yo esperaré arriba. —Se volvió hacia el recepcionista—. Ábrame la *suite*.

Tres minutos después, un empleado le abrió la puerta de la *suite*. El hombre del traje oscuro se movió por ella con cautela, con un arma en la mano. La *suite* estaba vacía. Vio el sobre en la mesa y lo cogió. En la parte anterior estaba escrito: «Comandante Robert Bellamy». Lo abrió y miró su contenido. Un momento después marcaba el número del cuartel central del SIFAR.

Francesco Cesar estaba reunido con el coronel Frank Johnson, que había llegado al Aeropuerto Leonardo da Vinci dos horas antes, aunque no mostraba señales de fatiga.

—Por lo que sabemos —decía Cesar—, Bellamy sigue en Roma. Hemos recibido más de treinta informes sobre su paradero.

—¿Alguno de ellos ha sido confirmado?

—No.

Sonó el timbre del teléfono.

—Soy Luigi, coronel —dijo la voz del otro extremo de la línea—. Lo tenemos. Estoy en una *suite* del Hotel Victoria. Tengo su billete de avión a Pekín. Planea partir el viernes.

—¡Espléndido! —exclamó Cesar, muy excitado—. No te muevas. Vamos para allá. —Cortó la comunicación y se volvió hacia el coronel Johnson—. Me terno que su viaje ha sido en vano, coronel. Lo tenemos. Está inscrito en el Hotel Victoria. En la *suite* han encontrado un billete de avión a su nombre para Pekín, el viernes.

El coronel Johnson dijo, suavemente:

—¿Bellamy registrado en el hotel con su propio nombre?

—Sí.

—¿Y el billete también está a su nombre?

—Sí. —El coronel Cesar se puso en pie—. Vamos para allá.

El coronel Johnson sacudió la cabeza.

—No pierda el tiempo.

—¿Qué?

—Bellamy jamás...

Volvió a sonar el teléfono.

Cesar respondió inmediatamente. Una voz dijo:

—¿Coronel? Habla Mario. Hemos localizado a Bellamy. Está en el Hotel Valadier. El lunes toma un tren a Budapest. ¿Qué quiere que hagamos?

—En seguida volveré a llamarles —dijo el coronel Cesar. Miró al coronel Johnson—. Han encontrado un billete de tren para Budapest a nombre de Bellamy. No entiendo qué...

El teléfono volvió a sonar.

—Diga. —Su voz era más aguda.

—Soy Bruno. Hemos localizado a Bellamy. Está registrado en el Hotel Leonardo da Vinci. Piensa partir el domingo para Miami. ¿Qué debo...?

—Vuelvan aquí —saltó Cesar, y colgó el auricular bruscamente—. ¿A

qué demonios está jugando?

—Está haciendo todo lo posible para mantener ocupados a sus hombres —dijo con tono sombrío el coronel Johnson.

—¿Qué hacemos ahora?

—Atrapar a ese hijo de puta.

Iba conduciendo por la Via Cassia, cerca de Olgiata, enfilando hacia el norte, en dirección a Venecia. La policía cubriría todas las salidas importantes de Italia, pero esperarían que él fuera hacia el oeste, a Francia o Suiza. *Desde Venecia, pensó Robert, puedo tomar el hovercraft a Trieste y emprender camino a Austria. Después de eso...*

La voz de Pier interrumpió sus pensamientos.

—Tengo hambre.

—¿Qué?

—No hemos desayunado ni almorzado.

—Lo siento —dijo Robert. Había estado demasiado preocupado como para pensar en comer—. Pararemos en el próximo restaurante.

Pier lo observó mientras conducía. Estaba más intrigada que nunca. Vivía en un mundo de proxenetas y de ladrones... y también de traficantes de droga. *Este hombre no es un delincuente.*

Se detuvieron en la siguiente ciudad, frente a una pequeña *trattoria*. Robert dejó el coche en el aparcamiento y se apearon.

El restaurante estaba lleno de comensales, y las conversaciones y el entrecuchar de la vajilla lo convertían en un lugar muy ruidoso. Robert encontró una mesa junto a la pared y se sentó de cara a la puerta. Se acercó un camarero y les entregó los menús.

Robert pensaba: *Susan ya debe de estar a bordo. Ésta puede ser mi última oportunidad de hablar con ella.*

—Mira un poco el menú —le dijo a Pier, y se puso en pie—. Enseguida vuelvo.

Pier lo vio ir al teléfono, que estaba cerca de la mesa. Robert colocó una moneda en la ranura.

—Quisiera hablar con el operador de la marina en Gibraltar. Gracias.

¿A quién llamará en Gibraltar?, se preguntó Pier. *¿Será ésa su vía de escape?*

—Operador, quiero hacer una llamada a cobro revertido al yate norteamericano *Alción*, en la costa de Gibraltar. Whiskey Sugar 337. Gracias.

Pasaron unos minutos mientras los operadores hablaban entre sí y su llamada era aceptada.

Robert oyó la voz de Susan al teléfono.

—Susan...

—¡Robert! ¿Estás bien?

—Sí, muy bien. Sólo quería decirte...

—Ya sé lo que quieres decirme. Lo han difundido por radio y televisión. ¿Por qué te busca la Interpol?

—Es una historia muy larga.

—Tómame tu tiempo. Quiero saberlo.

Él vaciló.

—Es algo político, Susan. Poseo una prueba que algunos gobiernos intentan suprimir. Por eso me busca la Interpol.

Pier escuchaba con atención lo que decía Robert.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —preguntó Susan.

—Nada, querida. Sólo he llamado para oír tu voz otra vez, por si... por si no salgo bien parado de este asunto.

—No digas eso. —En la voz de Susan había pánico—. ¿Me puedes decir en qué país estás?

—En Italia.

Se hizo un silencio breve.

—Muy bien. No estamos lejos de ti. Nos encontramos cerca de la costa de Gibraltar. Podemos recogerte en el lugar que indiques.

—No, yo...

—Escúchame. Lo más probable es que sea tu única oportunidad de escapar.

—No puedo permitir que hagas eso, Susan. Te arriesgarías demasiado.

Monte había entrado en el salón a tiempo para oír parte de la conversación.

—Déjame hablar con él.

—Un momento, Robert. Monte quiere hablar contigo.

—Susan, no tengo...

La voz de Monte le llegó desde el otro extremo de la línea.

—Robert, tengo entendido que está en un lío muy serio.

Eso sí que es infravalorar las cosas.

—Sí, podría decirse que lo estoy.

—Quisiéramos ayudarle. No lo buscarán en un yate. ¿Por qué no deja que lo recojamos?

—Gracias, Monte, aprecio su gesto. La respuesta es no.

—Creo que está cometiendo un grave error. Aquí estaría a salvo.

¿Por qué se muestra tan ansioso por ayudarme?

—Gracias, de todos modos. Me arriesgaré. Me gustaría hablar otra vez con Susan.

—Por supuesto. —Monte Banks le pasó el teléfono a Susan—. Convéncelo —dijo.

—Por favor, déjanos ayudarte —dijo Susan.

—Ya me has ayudado, Susan. —Tuvo que dejar de hablar un momento—. Tú eres lo mejor de mi vida. Sólo quiero que sepas que siempre te amaré.

—Sonrió—. Aunque eso de *siempre* puede no durar tanto como antes.

—¿Volverás a llamarme?

—Si puedo.

—Prométemelo.

—Está bien. Te lo prometo.

Robert colgó muy despacio. *¿Por qué le he hecho esto a ella? ¿Por qué me lo he hecho a mí mismo? Eres un idiota sentimental, Bellamy.* Regresó a la mesa.

—Comamos —dijo Robert. Pidieron la comida.

—He oído tu conversación. La policía te busca, ¿no es así?

Robert se puso tenso. *Qué descuido. Ella va a ser un problema.*

—Es sólo un malentendido. Yo...

—No me trates como a una tonta. Quiero ayudarte.

Él la miraba con precaución.

—¿Por qué habrías de ayudarme?

Pier se echó hacia delante.

—Porque has sido generoso conmigo. Y porque detesto a los policías. No sabes lo que es andar por la calle y que nos acosen, que nos traten como si fuéramos basura. Me arrestan por ejercer la prostitución, pero me llevan a un cuarto del fondo y se aprovechan todos de mí. Son unos animales. Haría cualquier cosa por vengarme de ellos. Cualquier cosa. Yo puedo ayudarte.

—Pier, no hay nada que tú...

—En Venecia la policía te detendrá con mucha facilidad. Si te alojas en un hotel, te encontrarán. Si tratas de subir a un barco, te atraparán. Pero yo conozco un sitio donde estarás a salvo de ellos. Mi madre y mi hermano viven en Nápoles. Podemos hospedarnos en su casa. La policía nunca te buscará allí.

Robert permaneció un momento en silencio, reflexionando sobre la propuesta. Lo que Pier decía era muy sensato. Una casa particular sería mucho más segura que cualquier otro lugar, y Nápoles tenía un puerto importante. Sería fácil coger un barco desde allí. Vaciló antes de responder. No quería poner en peligro a Pier.

—Pier, si la policía me encuentra, tienen orden de matarme. Y tú serías considerada mi cómplice. Podrías estar metiéndote en un lío muy serio.

—Es muy sencillo —dijo Pier, con una sonrisa—. No permitiremos que te encuentren.

Robert le devolvió la sonrisa. Tomó una decisión.

—Está bien. Termina de comer. Nos vamos a Nápoles.

El coronel Frank Johnson preguntó:

—¿Que sus hombres no tienen la menor idea de hacia dónde ha ido?

Francesco Cesar suspiró.

—De momento, no. Pero es sólo cuestión de tiempo que...

—No tenemos tiempo. ¿Ha averiguado el paradero de su ex esposa?

—¿Su ex esposa? No. No veo qué...

—Entonces no ha hecho sus deberes —saltó el coronel Johnson—. Está casada con un hombre llamado Monte Banks. Le sugiero que los localice.

Capítulo 38

Deambuló por la ancha avenida, apenas consciente de adonde se dirigía. ¿Cuántos días habían pasado desde aquel espantoso choque? Había perdido la cuenta. Estaba tan cansada que le resultaba difícil concentrarse. Necesitaba agua con desesperación; no el agua contaminada que bebían los terrícolas, sino agua clara y fresca de lluvia. Necesitaba ese fluido puro para que reviviera su esencia vital, para recuperar las fuerzas y tratar de encontrar el cristal. Se estaba muriendo.

Se tambaleó y tropezó con un hombre.

—¡Eh! ¡Mire por dónde camina...! —El vendedor norteamericano la miró mejor y sonrió—. Hola. ¡Vaya suerte tropezar así con usted! —*¡Qué muñeca!*

—Sí, vaya suerte.

—¿De dónde eres, bombón?

—Del séptimo sol de las Pléyades.

Él se echó a reír.

—Me gustan las chicas con sentido del humor. ¿Adónde vas?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé. No soy de aquí.

Hombre, de verdad he tenido suerte.

—¿Ya ha comido?

—No. No puedo comer los alimentos de ustedes.

Bueno, es un verdadero bicho raro. Pero una belleza.

—¿Dónde te alojas?

—No me alojo en ninguna parte.

—¿No tienes un hotel?

—¿Un hotel? —Lo recordó. *Cajones para los extranjeros que viajan—.*

No. Debo encontrar un sitio para dormir. Estoy muy cansada.

La sonrisa del hombre se ensanchó.

—Bueno, papáito puede ocuparse de eso. ¿Por qué no subes a mi habitación de hotel? Allí tengo una cama estupenda, grande y cómoda. ¿Te gustaría?

—Sí, muchísimo.

Él no podía creer su buena fortuna.

—¡Maravilloso! —*A ésta me la llevo al huerto.*

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Su cama está en un huerto?

Se la quedó mirando.

—¿Cómo? No, no. Vaya, te gusta bromear, ¿eh?

A ella le costaba mantener los ojos abiertos.

—¿Podríamos ir a la cama ahora mismo?

Él se frotó las manos.

—¡Ya lo creo! Mi hotel está a la vuelta de la esquina.

Retiró su llave en el mostrador de recepción y subieron en el ascensor hasta su piso. Cuando llegaron a la habitación, el hombre preguntó:

—¿Te gustaría tomar un trago? —*A ver si eso la ablanda un poco.*

Ella estaba muerta de sed, pero no de los líquidos que los terrícolas podían ofrecerle.

—No —dijo—. ¿Dónde está la cama?

Vaya, es una calentorra.

—Ahí dentro, cariño. —La llevó al dormitorio—. ¿Seguro que no quieres tomar nada?

—Seguro.

Él se pasó la lengua por los labios.

—Entonces, ¿por qué no te... bueno... desvistes?

Ella asintió. Era una costumbre de los terrícolas. Se quitó el vestido. Debajo no llevaba nada. Su cuerpo era exquisito.

El hombre la contempló y dijo, muy contento:

—Ésta es mi noche de suerte, cariño. Y también la tuya. —*Te voy a follar como no te han follado en tu vida.*

Se quitó la ropa lo más rápido que pudo y saltó a la cama junto a ella.

—¡Bueno! —dijo—. Ahora verás lo que es bueno. —Levantó la vista—. ¡Maldita sea! He dejado la luz encendida. —Empezó a incorporarse.

—No te molestes —dijo ella con voz soñolienta—. Yo la apagaré.

Y mientras él la miraba, ella extendió el brazo, cada vez más lejos, por la amplia habitación, y sus dedos se convirtieron en zarcillos verdes con hojas cuando rozaron el interruptor de la luz.

Y él estaba a solas con ella en la oscuridad. Lanzó un grito.

Capítulo 39

Viajaban a toda velocidad por la Autostrada del Sole, la autopista a Nápoles. Llevaban media hora callados, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

Pier rompió el silencio.

—¿Cuánto tiempo quieres quedarte en casa de mi madre? —preguntó.

—Tres o cuatro días, si no hay inconveniente.

—No, no lo hay.

Robert no tenía intención de quedarse allí más de una noche; a lo sumo, dos. Pero no compartió con ella sus planes. En cuanto encontrara un barco seguro, se marcharía de Italia.

—Tengo muchas ganas de ver a mi familia —dijo Pier.

—¿Tienes solamente un hermano?

—Sí. Carlo. Es menor que yo.

—Háblame de tu familia, Pier.

Ella se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar. Mi padre trabajó en los muelles toda la vida. Le cayó una grúa encima y lo mató cuando yo tenía quince años. Mi madre estaba enferma, y yo tuve que mantenerla a ella y también a Carlo. Tenía un

amigo en los estudios Cinecittà, y él me conseguía pequeños papeles en películas. Pagaban muy poco, y yo tenía que acostarme con el asistente del director. Decidí que podía ganar más dinero en la calle. Ahora hago un poco de las dos cosas.

En su voz no había ningún deje de autocompasión.

—Pier, ¿seguro que tu madre no se opondrá a que lleves a un extraño a su casa?

—Seguro. Mi madre y yo tenemos muy buena relación. Estará encantada de verme. ¿La quieres mucho?

Robert la miró, sorprendido.

—¿A quién? ¿A tu madre?

—A la mujer con la que hablaste por teléfono en el restaurante... Susan.

—¿Qué te hace pensar que la quiero?

—Tu tono de voz. ¿Quién es ella?

—Una amiga.

—Tiene mucha suerte. Ojalá yo tuviera a alguien que se preocupara tanto por mí. ¿Robert Bellamy es tu verdadero nombre?

—Sí.

—¿Y eres comandante?

Esa pregunta era más difícil de responder.

—No estoy seguro, Pier —dijo—. Antes lo era.

—¿Puedes decirme por qué te busca la Interpol?

Él contestó con mucha precaución:

—Es mejor que no te diga nada. Podrías tener problemas sólo por el hecho de estar conmigo. Cuanto menos sepas, mejor.

—Está bien, Robert.

Él pensó en las extrañas circunstancias que les habían reunido.

—Déjame que te pregunte una cosa. Si supieras que unos extraterrestres están a punto de venir a la Tierra en sus naves espaciales, ¿te entraría pánico?

Pier lo observó durante un momento.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio.

Ella sacudió la cabeza.

—No. Me parecería emocionante. ¿Crees que esas cosas existen?

—Existe la posibilidad —respondió él con cautela.

La cara de Pier se iluminó.

—¿De veras? ¿Y ellos tienen... quiero decir... están hechos como los hombres?

Robert se echó a reír.

—No lo sé.

—¿Tiene esto algo que ver con el motivo por el que te persigue la policía?

—No —se apresuró a contestar él—. Nada.

—Si te digo una cosa, ¿prometes no enfadarte conmigo?

—Lo prometo.

Cuando ella habló, lo hizo en voz tan baja que él casi no la oyó.

—Creo que me estoy enamorando de ti.

—Pier...

—Ya lo sé. Soy una tonta. Pero jamás le había dicho esto a nadie. Quería que lo supieras.

—Me halaga mucho, Pier.

—¿No te burlas de mí?

—No, en absoluto. —Miró el indicador del combustible—. Será mejor que encontremos pronto una estación de servicio.

Llegaron a una quince minutos después.

—Llenaremos el depósito —dijo Robert.

—Muy bien —asintió Pier, y sonrió—. Aprovecharé para llamar por teléfono a mi madre y avisarle de que llevo conmigo a un desconocido muy apuesto.

Robert se acercó al surtidor y le dijo al empleado:

—*Il pieno, per favore.*

—*Si, signore.*

Pier se acercó a Robert y le estampó un beso en la mejilla.

—Enseguida vuelvo.

Robert la observó mientras se encaminaba a la oficina y conseguía cambio para el teléfono. *Es realmente bonita, pensó. E inteligente. Tengo que procurar no herir sus sentimientos.*

Dentro de la oficina, Pier marcaba un número. Se volvió para sonreír a

Robert y saludarlo con la mano. Cuando oyó la voz del operador, Pier le dijo:
—Póngame con la Interpol. *Subito!*

Capítulo 40

Desde el momento en que Pier vio que en las noticias de televisión hablaban de Robert Bellamy, supo que sería rica. Si la Interpol, la fuerza policial internacional, buscaba a Robert, debía existir una fuerte recompensa por encontrarlo. ¡Y ella era la única persona que sabía dónde estaba! La recompensa sería toda para ella. Persuadirlo de ir a Nápoles, donde ella podía tenerlo vigilado de cerca, había sido una idea genial.

Una voz de hombre dijo:

—Interpol. ¿En qué puedo servirla?

Pier sintió que el corazón le latía con fuerza. Miró por la ventana para asegurarse de que Robert seguía junto al surtidor de combustible.

—¿Es verdad que ustedes buscan a un hombre llamado comandante Robert Bellamy?

En el otro extremo de la línea hubo un instante de silencio.

—¿Quién habla?

—Eso no tiene importancia. ¿Lo buscan o no?

—Tengo que ponerla con otra persona. ¿Puede esperar un momento, por favor? —Se dirigió a su asistente—. Localiza esta llamada. *Pronto!*

Treinta segundos después, Pier hablaba con un individuo de mayor rango.

—Sí, *signora*. ¿Puedo hacer algo por usted?

No, idiota. Soy yo la que intento ayudarlos.

—Tengo al comandante Robert Bellamy. Lo quieren, ¿no?

—Sí, claro, *signora*, tenemos mucho interés en detenerlo. ¿Y dice usted que lo tiene?

—Así es. Está conmigo. ¿Cuánto vale para ustedes?

—¿Se refiere usted a una recompensa?

—Por supuesto que hablo de una recompensa. —Volvió a mirar por la ventana. *¿Qué clase de idiotas son estos tipos?*

El oficial hizo señas a su asistente para que se diera prisa.

—Todavía no le hemos puesto precio, *signora*, de modo que...

—Bueno, fíjelo ahora. Tengo poco tiempo.

—¿Qué cantidad había usted pensado?

—No lo sé. —Pier reflexionó un instante—. ¿Le parece bien cincuenta mil dólares?

—Cincuenta mil dólares es mucho dinero. Si me dice dónde está, podría ir y negociar un trato que...

Debe de pensar que soy tonta.

—No. O me pagan lo que quiero o... —Pier levantó la vista y vio que Robert se acercaba—. ¡Rápido! ¿Sí o no?

—Muy bien, *signora*. Sí. Aceptamos pagarle...

Robert había entrado y se dirigía hacia ella.

Pier dijo:

—Llegaremos allí para la cena, mamá. Te gustará. Es muy amable. De acuerdo. Nos veremos más tarde. *Ciao*.

Pier colgó el auricular y se volvió hacia Robert.

—Mamá se muere de ganas de conocerte.

En la oficina central de la Interpol, el oficial preguntó:

—¿Has localizado la llamada?

—Sí. Procedía de una estación de servicio en la Autostrada del Sole. Parece que se dirigen a Nápoles.

El coronel Francesco Cesar y el coronel Frank Johnson estudiaban un mapa colgado en la pared de la oficina de Cesar.

—Nápoles es una ciudad muy grande —decía el coronel Cesar—. Hay miles de lugares donde puede esconderse.

—¿Y qué me dice de la mujer?

—No tenemos la menor idea de quién es.

—¿Por qué no lo averiguamos? —preguntó Johnson.

Cesar lo miró, sorprendido.

—¿Cómo?

—Si Bellamy necesitara precipitadamente la compañía de una mujer, para utilizarla como pantalla, ¿qué haría?

—Lo más probable es que buscase una prostituta. —Correcto. ¿Dónde empezamos?

—En Tor di Ounto.

En el automóvil, recorrieron la Passeggiata Archeologica y observaron a las prostitutas que ofrecían sus servicios. Con el coronel Cesar y el coronel Johnson iba el capitán Bellini, el policía supervisor del distrito.

—No será sencillo —dijo Bellini—. Todas compiten entre sí, pero cuando se trata de la policía, son como hermanas. No sueltan prenda.

—Ya veremos —dijo el coronel Johnson.

Bellini ordenó al conductor que aparcara junto al bordillo de la acera, y los tres hombres se apearon. Las prostitutas los miraban con recelo. Bellini se acercó a una de las mujeres.

—Buenas tardes, María. ¿Cómo va el trabajo?

—Irá mejor cuando ustedes se vayan.

—No pensamos quedarnos aquí. Sólo quiero hacerte una pregunta. Estamos buscando a un norteamericano que se fue con una de las chicas hace un par de noches. Creemos que viajan juntos. Queremos saber quién es ella. —Le mostró una fotografía de Robert.

Varias prostitutas se habían congregado alrededor.

—Yo no puedo ayudarle —dijo María—, pero conozco a alguien que sí puede hacerlo.

Bellini asintió.

—Muy bien. ¿Quién?

María señaló un escaparate de la acera de enfrente. En él había un cartel que rezaba: «Adivinación — Quiromancia».

—Tal vez *Madam* Lucía pueda ayudarle.

Las otras chicas se echaron a reír.

El capitán Bellini las miró y dijo:

—De modo que os gustan las bromas, ¿verdad? Bueno, entonces haremos un juego que estoy seguro que os encantará. Esos dos caballeros están muy ansiosos por conseguir el nombre de la chica que se fue con el norteamericano. Si vosotras no sabéis quién es, os sugiero que habléis con vuestras compañeras, que encontréis a alguien que sí lo sepa, y cuando tengáis la respuesta, que me llaméis.

—¿Por qué tenemos que hacerlo? —preguntó una de ellas con tono desafiante.

—Ya lo averiguaréis.

Una hora más tarde, las prostitutas de Roma descubrieron que estaban siendo hostigadas. Coches de la policía patrullaban por la ciudad y se llevaban a todas las mujeres que trabajaban en la calle y a sus proxenetas. Hubo gritos de protesta.

—No pueden hacerme esto... Pago por tener protección policial.

—Ésta ha sido mi esquina durante cinco años...

—Yo me he entregado a ustedes y a sus amigos sin cobrarles nada. ¿Y ésta es la forma en que me pagan...?

—¿Para qué les doy dinero para que me protejan...?

Al día siguiente, las calles estaban virtualmente vacías de prostitutas, y las cárceles, llenas.

Cesar y el coronel Johnson estaban sentados en la oficina del capitán Bellini.

—Va a ser difícil mantenerlas en la cárcel —advirtió el capitán Bellini—. E incluso diría que tampoco es bueno para el turismo.

—No se preocupe —dijo el coronel Johnson—, alguien hablará. Siga presionándolas.

A última hora de la tarde, la secretaria del capitán Bellini anunció:

—Un tal señor Lorenzo quiere verlo.

—Hágalo pasar.

El señor Lorenzo llevaba puesto un traje muy costoso y lucía anillos de diamantes en tres dedos. El señor Lorenzo era un proxeneta.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó Bellini.

Lorenzo sonrió.

—Se trata más bien de lo que yo puedo hacer por ustedes, caballeros. Algunas de mis asociadas me han informado de que ustedes buscan a una chica que se fue con un norteamericano, y puesto que siempre estamos dispuestos a cooperar con las autoridades, pensé que yo podía proporcionarles su nombre.

—¿Quién es? —preguntó el coronel Johnson.

Lorenzo no prestó atención a la pregunta.

—Como es natural, estoy seguro de que desean expresar su reconocimiento por este gesto, dejando en libertad a mis asociadas y a sus amigas.

El coronel Cesar dijo:

—No nos interesa ninguna de sus prostitutas. Lo único que queremos es el nombre de esa chica.

—Esta sí que es una buena noticia, señor. Da gusto tratar con personas razonables. Sé que...

—El nombre, Lorenzo.

—Sí, claro. Se llama Pier. Pier Valli. El norteamericano pasó la noche con ella en el Hotel L'Incrocio, y a la mañana siguiente partieron. No es ninguna de mis muchachas. Si me permiten, les diré que...

Bellini ya estaba al teléfono.

—Traigan todo lo que tengamos sobre Pier Valli. *Subito!*

—Espero que los caballeros demuestren su gratitud haciendo que...

Bellini levantó la vista, y luego dijo a la persona que estaba al otro extremo de la línea:

—Y cancelen la Operación Puttana.

La cara de Lorenzo se iluminó.

—*Grazie.*

Cinco minutos después, el expediente de Pier Valli estaba sobre el escritorio de Bellini.

—Empezó a ejercer la prostitución callejera a los quince años. Desde entonces, ha sido arrestada una docena de veces. Ella...

—¿De dónde es natural? —lo interrumpió el coronel Johnson.

—De Nápoles. —Los dos hombres se miraron—. Su madre y un hermano viven allí.

—¿Puede averiguar dónde?

—Puedo comprobarlo.

—Hágalo. Ahora mismo.

Capítulo 41

Se acercaban a los suburbios de Nápoles. A ambos lados de las calles estrechas se agrupaban viejas casas de pisos, con ropa tendida en casi todas las ventanas; parecía que los edificios tuvieran el aspecto de montañas de cemento con banderas multicolores.

—¿Alguna vez has estado en Nápoles? —preguntó Pier.

—Sí, una. —Robert lo dijo con voz tensa. *Susan estaba sentada junto a mí, riendo. «He oído decir que Nápoles es una ciudad perversa, así que podemos hacer aquí muchas cosas perversas, ¿verdad, cariño?»*

Inventaremos cosas nuevas, le prometió Robert.

Pier lo observaba.

—¿Te encuentras bien?

Robert se obligó a pensar en el presente.

—Sí, estoy muy bien.

Avanzaban a lo largo de la bahía del puerto, con Castel dell'Ovo, un viejo castillo abandonado, cerca del agua.

Cuando llegaron a Via Toledo, Pier dijo, muy excitada:

—Gira por aquí.

Se acercaban a Spaccanapoli, el barrio antiguo de Nápoles.

—Estamos muy cerca —dijo Pier—. Gira a la izquierda, hacia la Via Benedetto Croce.

Robert giró el volante. El tráfico era más intenso, y el estruendo de las bocinas, ensordecedor. Había olvidado lo ruidoso que era Nápoles. Redujo la velocidad para no atropellar a los peatones y los perros que corrían frente a los coches como bendecidos por una especie de inmortalidad.

—Gira aquí —lo dirigió Pier—, hacia la Piazza del Plebiscito.

Allí el tráfico era incluso peor, y el vecindario se veía más ruinoso.

—¡Frena! —gritó Pier.

Robert detuvo el coche junto al bordillo de la acera. Estaban frente a una hilera de tiendas de aspecto miserable.

Robert miró en todas direcciones.

—¿Aquí vive tu madre?

—No —dijo Pier—. Claro que no. —Se inclinó y tocó la bocina. Un momento después, una mujer joven salió de una de las tiendas. Pier bajó del coche y corrió a saludarla. Se abrazaron.

—¡Estás fantástica! —exclamó la mujer—. Por lo visto te va muy bien.

—Así es —dijo Pier, y extendió el brazo—. ¡Mira mi pulsera!

—¿Son esmeraldas auténticas?

—Por supuesto que sí.

La mujer dio un grito dirigido a alguien que estaba en el interior de la tienda.

—¡Anna! Ven. ¡Mira quién está aquí!

Robert observaba la escena con incredulidad.

—Pier...

—Espera un minuto, querido —dijo ella—. Tengo que saludar a mis amigas.

En cuestión de instantes, media docena de mujeres se habían arracimado alrededor de Pier, admirando su pulsera, mientras Robert permanecía sentado en el coche, impotente, apretando los dientes.

—Está loco por mí —anunció Pier. Se volvió hacia Robert—. ¿No es verdad, *caro*?

Robert habría querido estrangularla, pero no podía hacer nada.

—Sí —contestó—. ¿Podemos irnos ahora, Pier?

—Dentro de un momento.

—*¡Ahora!* —dijo Robert.

—Bueno, está bien. —Pier se dirigió a las mujeres—. Debemos irnos. Tenemos una cita importante. *Ciao!*

—*Ciao!*

Pier subió al coche junto a Robert, y las mujeres se quedaron mirando cómo se alejaban.

—Son todas viejas amigas —dijo Pier, feliz.

—Maravilloso. ¿Dónde está la casa de tu madre?

—Ah, ella no vive en la ciudad.

—¿Qué?

—Vive en las afueras, en una pequeña casa de campo, a media hora de aquí.

La casa de campo se encontraba en los suburbios del sur de Nápoles, y era un viejo edificio de piedra apartado del camino.

—*¡Ahí está!* —exclamó Pier— ¿No es preciosa?

—Sí —dijo Robert. Le gustaba que la casa estuviera lejos del centro de la ciudad. No habría motivo para que nadie lo buscara allí. *Pier tenía razón. Es una casa segura.*

Se dirigieron a la puerta principal, y antes de llegar a ella, la puerta se abrió de par en par y la madre de Pier apareció y les sonrió. Era una versión más vieja de su hija, delgada, canosa y con el rostro cansado y lleno de arrugas.

—*Pier, cara! Mi sei mancata!*

—Yo también te he echado de menos, mamá. Éste es el amigo que te dije por teléfono que traía a casa.

A su madre no se le escapaba nada.

—Ah, sí, es usted bienvenido, señor...

—Jones —dijo Robert.

—Vamos, pasad.

Entraron en la sala de estar. Era una habitación grande y acogedora, repleta de muebles.

Un muchacho de poco más de veinte años entró en la sala. Era bajo y sombrío, la cara delgada y los ojos castaños, y una expresión pensativa. Llevaba vaqueros y una chaqueta con el nombre Diavoli Rossi bordado. Su rostro se iluminó cuando vio a su hermana.

—¡Pier!

—Hola, Carlo. —Se abrazaron.

—¿Qué haces aquí?

—Hemos venido de visita por unos días. —Se dirigió a Robert—. Éste es mi hermano Carlo. Carlo, éste es el señor Jones.

—Hola, Carlo.

Carlo evaluaba a Robert.

—Hola.

La madre dijo:

—Voy a preparar una bonita habitación para los dos tórtolos en la parte de atrás.

—Si no le importa, es decir, si tiene otra habitación, preferiría dormir solo.

Se hizo un silencio incómodo. Los tres observaban a Robert.

La madre miró a Pier.

—*Omosessuale?* —preguntó.

Pier se encogió de hombros. *No lo sé.* Pero estaba segura de que Robert no era homosexual.

La madre miró a Robert.

—Como quiera —dijo, y volvió a abrazar a Pier—. Estoy tan contenta de verte. Ven a la cocina. Prepararé un poco de café.

Una vez en la cocina, la madre exclamó:

—*Benissimo!* ¿Cómo lo has conocido? Parece tener mucho dinero. Y esa pulsera que llevas. Debe de costar una fortuna. ¡Dios mío! Esta noche prepararé una gran cena. Invitaré a todos los vecinos para que puedan conocer a tu...

—No, mamá. No debes hacerlo.

—Pero, *cara*, ¿por qué no voy a contar a todo el mundo la suerte que has tenido? Nuestros amigos se alegrarán tanto.

—Mamá, el señor Jones sólo quiere descansar un poco un par de días.

Nada de fiestas. Ni de vecinos.

—Está bien —dijo la madre con un suspiro—. Como quieras. Arreglaré las cosas para que lo detengan lejos de casa, para no molestar a mamá.

También Carlo se había percatado de la pulsera.

—Esa pulsera. Son esmeraldas auténticas, ¿no? ¿Se la compraste tú a mi hermana?

Había algo en la actitud del muchacho que a Robert no le gustó.

—Pregúntaselo a ella.

Pier y su madre volvieron de la cocina. La señora miró a Robert.

—¿Seguro que no quiere dormir con Pier?

Robert se sintió incómodo.

—Muchas gracias. No.

—Te mostraré tu habitación —dijo Pier.

La muchacha lo llevó hacia la parte posterior de la casa, a un dormitorio grande y cómodo, con una cama doble en el centro.

—Robert, ¿tienes miedo de lo que piense mamá si dormimos juntos? Ella sabe cuál es mi trabajo.

—No es eso —dijo Robert—. Es... —No había manera de explicárselo—. Lo siento, yo...

—No te preocupes. —La voz de Pier sonó fría.

Aunque no fuera lógico, se sentía ofendida. Ya eran dos las oportunidades en que él se había negado a dormir con ella. *Se merece que lo entregue a la policía*, pensó. Y sin embargo, se sintió un poco culpable. Era un hombre muy agradable. Pero cincuenta mil dólares eran cincuenta mil dólares.

Durante la cena, la madre no paró de hablar, pero Pier, Robert y Carlo se mostraron silenciosos y preocupados.

Robert elaboraba su plan de huida. *Mañana*, pensó. *Bajaré al puerto y encontraré un barco que me saque de aquí.*

Pier pensaba en la llamada telefónica que planeaba hacer. *Llamaré desde la ciudad, para que la policía no pueda rastrear hasta aquí la llamada.*

Carlo observaba al desconocido que su hermana había traído a casa. *Este tipo debe de ser un buen negocio.*

Cuando la cena terminó, las dos mujeres fueron a la cocina y Robert quedó a solas con Carlo.

—Usted es el primer hombre que mi hermana trae aquí —dijo Carlo—. Debe de gustarle mucho.

—A mí me gusta mucho ella.

—¿Ah, sí? ¿Piensa cuidarla?

—Creo que tu hermana es muy capaz de cuidar de sí misma.

Carlo sonrió.

—Sí. Ya lo sé.

El desconocido que estaba sentado frente a él iba muy bien vestido y sin duda era rico. ¿Por qué se alojaba allí si podía haberse quedado en algún hotel elegante? La única razón que se le ocurría a Carlo era que el hombre se estaba ocultando de alguien. Y eso quería decir que, de alguna forma, se podía ganar dinero con la situación.

—¿De dónde es usted? —preguntó Carlo.

—De ningún sitio en particular —dijo Robert con tono afable—. Viajo mucho.

Carlo asintió.

—Entiendo.

A través de Pier averiguaré quién es. Estoy seguro de que alguien estará dispuesto a pagar mucho dinero por él, y Pier y yo podemos repartírnoslo.

—¿Usted también está en el negocio? —preguntó Carlo.

—Ya estoy retirado.

No sería difícil hacer hablar a este hombre, decidió Carlo. Lucca, el líder de los Diavoli Rossi, era capaz de hacerle desembuchar en un santiamén.

—¿Cuánto tiempo se quedará en casa?

—No lo sé exactamente. —La curiosidad del muchacho empezaba a irritar a Robert.

Pier y su madre regresaron de la cocina.

—¿Quiere un poco más de café? —preguntó la madre.

—No, muchas gracias. La cena estaba deliciosa.

La madre sonrió.

—Eso no ha sido nada. Mañana le prepararé un festín.

—Muy bien. —Para entonces, él ya no estaría. Se puso en pie—. Si no le importa, estoy bastante cansado. Me gustaría acostarme.

—Por supuesto —dijo la madre—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Observaron a Robert mientras iba hacia el dormitorio.

Carlo sonrió.

—Así que no te considera lo bastante buena como para dormir contigo, ¿eh?

El comentario molestó a Pier, lo cual era precisamente la intención de Carlo. A ella no le habría importado que Robert fuera homosexual, pero le había oído hablar con Susan y sabía que no era así. *Ya verá el stronzo ese.*

Robert estaba acostado en la cama pensando en su siguiente movimiento. El hecho de haber dejado una pista falsa con el dispositivo de localización oculto en la tarjeta de crédito le daría un poco de tiempo, pero no quería depender demasiado de ello. Lo más probable era que a esas alturas ya hubieran atrapado al camión rojo. Los hombres que lo perseguían eran implacables e inteligentes. Robert se preguntó si los jefes de Estado de los gobiernos del mundo estarían envueltos también en ese encubrimiento masivo. ¿O sería una organización dentro de una organización, una camarilla dentro de la comunidad de la inteligencia que actuaba por su cuenta ilegalmente? Cuanto más lo pensaba, más factible le parecía que los gobernantes no estuvieran al corriente de lo que estaba sucediendo. Y de pronto se le ocurrió algo. Siempre le había parecido raro que al almirante Whittaker le hubieran retirado de la ONI y hubiera sido relegado a una especie de Siberia. Pero si alguien había forzado su retiro porque sabía que él jamás formaría parte de la conspiración, entonces las cosas comenzaban a cobrar sentido. *Tengo que ponerme en contacto con el almirante,* pensó. Era la única persona en quien podía confiar que llegaría al fondo de la verdad de lo que estaba pasando. *Mañana,* pensó. *Mañana.* Cerró los ojos y se quedó dormido.

Le despertó el crujido de la puerta del dormitorio. Se incorporó en la cama, inmediatamente alerta. Alguien avanzaba hacia la cama. Robert se irguió, listo para saltar. Entonces olió su perfume y la sintió deslizarse junto a

él en la cama.

—Pier... ¿qué estás...?

—Shhh. —Su cuerpo se apretó contra el de Robert. Estaba desnuda—. Me sentía muy sola —murmuró, y se acurrucó junto a él.

—Lo siento, Pier, yo... yo no puedo hacer nada por ti.

—¿No? —dijo Pier—. Entonces deja que yo haga algo por ti. —Su voz era dulce.

—Es inútil. No puedes. —Robert sintió una profunda frustración. Deseaba evitarle a ella, y también evitarse a sí mismo, la vergüenza de lo que estaba a punto de suceder.

—¿No te gusto, Robert? ¿No crees que tengo un cuerpo hermoso?

—Sí. —Y era verdad. Robert sentía el calor del cuerpo de Pier que se apretaba contra el suyo.

Ella lo acariciaba con suavidad, deslizaba sus dedos arriba y abajo por el pecho de Robert, descendiendo poco a poco hacia la ingle.

Tenía que detenerla antes de que el humillante fracaso se repitiera.

—Pier, no puedo hacer el amor. No he podido estar con una mujer desde... desde hace mucho tiempo.

—Tú no tienes que hacer nada, Robert —dijo ella—. Lo único que quiero es jugar un poco. ¿No te gusta que jueguen contigo?

Él no sentía nada. ¡*Maldita Susan!* Había hecho mucho más que alejarse de él: se había llevado también una parte de su virilidad.

Pier se deslizaba ahora hacia abajo por su cuerpo.

—Date la vuelta —dijo ella.

—Es inútil, Pier. Yo...

Ella lo hizo girar, y él se quedó acostado maldiciendo a Susan y maldiciendo su propia impotencia. Sentía la lengua de Pier moviéndose por su espalda, describiendo círculos diminutos y delicados, bajando cada vez más. Sus dedos revoloteaban sobre su piel.

—Pier...

—Shhh.

Sintió que su lengua trazaba espirales hacia abajo y en profundidad, y empezó a excitarse. Trató de moverse.

—Shhh. Quédate quieto.

La lengua de Pier era suave y cálida, y Robert sentía que los pechos de la muchacha le recorrían la piel. Su pulso comenzó a acelerarse. *Si*, pensó. *¡Sí!* *¡Oh, sí!* Su excitación aumentó hasta adquirir su miembro la dureza de la piedra. Y cuando no pudo soportarlo más, agarró a Pier y la tumbó de espaldas.

Ella lo tocó y jadeó:

—Dios mío, es enorme. Quiero sentirte dentro de mí.

Y un momento después, Robert se hundió en ella, una y otra vez, y fue como si hubiera renacido. Pier era muy experta y desinhibida, y Robert se deleitó en la caverna oscura de su suavidad aterciopelada. Aquella noche hicieron el amor tres veces. Por último, se quedaron dormidos.

Día dieciocho.
Nápoles, Italia,

Por la mañana, cuando la débil luz comenzó a entrar por la ventana, Robert se despertó. Abrazó a Pier con fuerza y le susurró:

—Gracias.

Pier sonrió con picardía.

—¿Cómo te sientes?

—De maravilla —contestó Robert. Y así era.

Pier se acurrucó contra él.

—¡Eres un estupendo animal! —dijo ella.

Robert sonrió.

—Y tú eres estupenda para mi autoestima.

Pier se incorporó en la cama y dijo, muy seria:

—No eres un narcotraficante, ¿verdad?

Era una pregunta ingenua.

—No.

—Pero la Interpol te busca.

Ese tiro dio más cerca del blanco.

—Sí.

La cara de Pier se iluminó.

—¡Ya sé! ¡Eres un espía! —Estaba excitada como una criatura. Robert no pudo evitar reírse.

—¿Lo soy? —Y pensó: *Por la boca de las criaturas...*

—Confíésalo —insistió Pier—. Eres un espía, ¿no es verdad?

—Sí —dijo Robert con tono solemne—. Soy un espía.

—¡Lo sabía! —Los ojos de Pier brillaban con intensidad— ¿Puedes contarme algunos secretos?

—¿Qué clase de secretos?

—Ya sabes, secretos de espías... códigos, claves y cosas así. Me encanta leer novelas de espionaje. Leo muchas.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! Pero son historias inventadas. En cambio, tú conoces las cosas verdaderas, ¿no? Como las señales que usan los espías. ¿Te está permitido contarme alguna?

Robert dijo, muy serio:

—Bueno, en realidad no debería, pero supongo que por una no pasará nada.

¿Qué puedo decirle que ella se crea?

—Está el viejo truco del visillo de las ventanas.

Ella lo miraba con los ojos abiertos de par en par.

—¿El viejo truco del visillo de las ventanas?

—Sí. —Robert señaló una ventana del dormitorio—. Si todo está en orden, se dejan los visillos levantados. Pero si hay problemas, se baja uno. Ésa es la señal para avisar al otro agente que tiene que alejarse.

Pier dijo, muy excitada:

—¡Eso es estupendo! Nunca lo he encontrado en ningún libro.

—Ni lo encontrarás —dijo Robert—. Es algo muy secreto.

—No se lo contaré a nadie —prometió Pier—. ¿Qué más?

¿Qué más? Robert pensó durante un momento.

—Bueno, también está el truco del teléfono.

Pier se acurrucó contra él.

—Cuéntamelo.

—Bueno, supongamos que un compañero espía te llama por teléfono para averiguar si todo va bien. Preguntará por Pier. Si todo va bien, dices: «Soy yo». Pero si hay algún problema, dices: «Se equivoca de número».

—¡Qué fantástico! —exclamó Pier.

Mis instructores de la Granja tendrían un infarto si me oyeran decir estas tonterías.

—¿Me puedes contar algo más? —preguntó Pier.

Robert se echó a reír.

—Creo que son suficientes secretos para una mañana.

—Está bien —dijo ella, y apretó su cuerpo contra el suyo—. ¿Te gustaría ducharte?

—Me encantaría.

Se enjabonaron el uno al otro bajo el agua caliente, y cuando Pier le abrió las piernas y empezó a lavarlo, él volvió a tener una erección.

Hicieron el amor bajo la ducha.

Mientras Robert se vestía, Pier se puso una bata y anunció:

—Voy a ocuparme del desayuno.

Carlo la esperaba en el comedor.

—Háblame de tu amigo —dijo.

—¿Qué pasa con él?

—¿Dónde lo conociste?

—En Roma.

—Debe de ser muy rico para haberte comprado esa pulsera de esmeraldas.

Ella se encogió de hombros.

—Le gusto.

—¿Sabes lo que creo? —dijo Carlo—. Que tu amigo está escapando de

algo. Si se lo contáramos a la persona adecuada, podríamos cobrar una buena recompensa.

Pier se acercó a su hermano, con los ojos echando chispas y le dijo:

—No te metas en esto, Carlo.

—De modo que es cierto. Está huyendo.

—Escúchame, *piscialetto*, te lo advierto... ocúpate de tus propios asuntos. —No tenía ninguna intención de compartir la recompensa con nadie.

—Hermanita —dijo Carlo con tono de reproche—, lo que pasa es que la quieres toda para ti.

—No. No lo entiendes, Carlo.

—¿No?

—Te diré la verdad —dijo Pier—. El señor Jones huye de su esposa. Ella ha contratado a un detective para que lo encuentre. Y eso es todo.

Carlo sonrió.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Entonces no es nada importante. Me olvidaré del asunto.

—Mejor así —dijo Pier.

Y Carlo pensó: *Tengo que averiguar quién es en realidad.*

Janus estaba al teléfono.

—¿Alguna novedad?

—Sabemos que el comandante Bellamy está en Nápoles.

—¿Tienen gente allí?

—Sí. En este momento lo están buscando. Tenemos una pista. Está viajando con una prostituta que tiene familia en Nápoles. Pensamos que puede haber ido allí. Lo estamos comprobando.

—Manténgame informado.

En Nápoles, la Oficina Municipal del Catastro intentaba localizar la casa de la madre de Pier Valli.

Una docena de agentes de seguridad y la fuerza policial de Nápoles rastreaban la ciudad en busca de Robert.

Carlo estaba atareado forjando sus propios planes para Robert.
Pier se preparaba para volver a telefonar a la Interpol.

Capítulo 42

El peligro que flotaba en el aire era casi palpable, y Robert tuvo la sensación de poder tocarlo. El muelle era una colmena de actividad, con barcos que cargaban y descargaban mercancías. Pero a eso se le había agregado otro elemento: los coches patrulla que recorrían el puerto en una y otra dirección, y los policías uniformados y detectives que interrogaban a estibadores y marineros. La magnitud de la operación cogió a Robert totalmente por sorpresa. Era casi como si supieran que estaba en Nápoles, pues era imposible que llevaran a cabo una búsqueda tan intensa en todas y cada una de las ciudades importantes de Italia. Ni siquiera se molestó en bajar del automóvil. Dio media vuelta y se alejó del puerto. Lo que pensaba que sería un plan sencillo —subir a un carguero que se dirigiera a Francia—, se había convertido ahora en algo muy peligroso. De alguna manera se las habían ingeniado para seguirle la pista hasta allí. Repasó de nuevo sus opciones. Viajar una distancia considerable en coche era demasiado arriesgado. Habría controles en todas las salidas de la ciudad. Los muelles estaban vigilados. Eso significaba que también tendrían cubiertas las estaciones de ferrocarril y el aeropuerto. Estaba metido en una trampa que se iba cerrando sobre él.

Pensó en el ofrecimiento de Susan. «Estamos cerca de la costa de

Gibraltar. Podemos ir a recogerte a cualquier lugar que digas. Es probable que sea tu única oportunidad de escapar.» No le gustaba involucrar a Susan en su problema, pero no veía ninguna alternativa. Era la única forma de salir de la trampa en la que estaba metido. No lo buscarían en un yate privado. *Si consigo encontrar la forma de llegar al Alción, pensó, ellos me podrían dejar cerca de la costa de Marsella, y yo me las arreglaría como fuera para llegar a tierra por mi cuenta. De ese modo no les comprometería a ellos.*

Detuvo el coche frente a una pequeña *trattoria* de una calle lateral y entró a hacer una llamada. Cinco minutos después tenía línea con el *Alción*.

—La señora Banks, por favor.

—¿De parte de quién?

Monte tiene un maldito mayordomo para que conteste el teléfono en el yate.

—Dígale que soy un viejo amigo.

Un minuto después oyó la voz de Susan.

—Robert... ¿eres tú?

—La oveja negra.

—Aún... aún no te han detenido, ¿verdad?

—No, Susan. —Le resultaba difícil formular la pregunta—. ¿Tu ofrecimiento sigue en pie?

—Por supuesto que sí. ¿Cuándo...?

—¿Podéis llegar a Nápoles esta noche?

Susan vaciló.

—No lo sé. Espera un momento. —Robert la oyó hablar con otra persona, y enseguida se puso de nuevo al teléfono—. Monte dice que tenemos un problema en los motores, pero que podemos llegar a Nápoles dentro de dos días.

Maldición. Cada día que pasaba aumentaban las posibilidades de que lo atraparan.

—Está bien. Eso será perfecto.

—¿Cómo haremos para encontrarte?

—Yo me pondré en contacto con vosotros.

—Robert, por favor, cuídate.

—Eso intento. Te lo juro.

—¿No permitirás que te pase nada?

—No, no dejaré que me pase nada. —*Ni a mi ni a ti.*

Cuando Susan colgó el teléfono, se volvió hacia su marido y sonrió.

—Vendrá al yate.

Una hora después, en Roma, Francesco Cesar le entregaba un cable al coronel Frank Johnson. Era del *Alción*. Decía así: «BELLAMY SUBIRÁ A BORDO DEL *ALCIÓN*. LES MANTENDREMOS INFORMADOS». No llevaba firma.

—He dispuesto lo necesario para controlar todas las comunicaciones que entran y salen del *Alción* —dijo Cesar—. En cuanto Bellamy ponga un pie en cubierta, lo atraparemos.

Capítulo 43

Cuanto más lo pensaba Carlo Valli, más seguro estaba de que iba a meter un gol desde el centro del campo. El cuento de hadas de Pier de que el norteamericano huía de su esposa era un chiste. El señor Jones escapaba, de eso no había duda, pero escapaba de la policía. Lo más probable era que existiese una recompensa para quien informara sobre su paradero. Una recompensa que tal vez fuera cuantiosa. Era un asunto que debía manejarse con mucho tacto. Carlo decidió hablarlo con Mario Lucca, el líder de los Diavoli Rossi.

A primera hora de la mañana, montó en su Vespa y se dirigió a la Via Sorcella, detrás de la Piazza Garibaldi. Se detuvo frente a una ruinoso casa de pisos y oprimió un timbre que decía «Lucca» en un buzón destartado.

Un momento después, una voz gritaba:

—¿Quién demonios llama?

—Carlo. Tengo que hablar contigo, Mario.

—A esta hora de la mañana, mejor que sea algo que valga la pena. Sube. Se abrió el portal y Carlo entró.

Mario Lucca le esperaba junto a una puerta abierta, desnudo. En el fondo del cuarto Carlo vio que en su cama había una chica.

—*Che cosa?* ¿Qué demonios haces levantado a esta hora?

—No podía dormir, Mario. Estoy demasiado excitado. Creo que ando tras un asunto bastante gordo.

—¿Ah, sí? Pasa.

Carlo entró en el apartamento pequeño y desordenado.

—Anoche, mi hermana trajo a un tipo a casa.

—¿Y qué? Pier es prostituta. Ella...

—Sí, pero éste es muy rico. Y se está escondiendo.

—¿De quién se esconde?

—No lo sé. Pero lo averiguaré. Creo que puede haber una recompensa para quien lo encuentre.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu hermana?

Carlo frunció el entrecejo.

—Pier quiere quedarse con todo el dinero. Tendrías que ver la pulsera que le regaló... de esmeraldas.

—¿Una pulsera? ¿En serio? ¿Cuánto vale?

—Te lo haré saber. Pienso venderla esta mañana.

Lucca se quedó callado, pensando.

—Te diré una cosa, Carlo. ¿Por qué no tenemos una charla con el amigo de tu hermana? Podríamos recogerlo y llevarlo al club esta mañana. —El club era un cobertizo vacío en Quartiere Sanità, que tenía una habitación a prueba de ruidos.

Carlo sonrió.

—*Bene*. No me resultará difícil llevarlo allí.

—Le estaremos esperando —dijo Lucca—. Y tendremos una charla con él. Espero que tenga buena voz, porque cantará de lo lindo.

Cuando Carlo volvió a su casa, el señor Jones no estaba. A Carlo le entró pánico.

—¿Adónde ha ido tu amigo? —le preguntó a Pier.

—Ha dicho que tenía que ir a la ciudad. Volverá pronto. ¿Por qué?

Se obligó a sonreír.

—Por curiosidad.

Carlo esperó a que su madre y Pier estuvieran en la cocina preparando el almuerzo, y entonces corrió al cuarto de Pier. Encontró la pulsera oculta debajo de la ropa interior en un cajón de la cómoda. Se la metió precipitadamente en un bolsillo, y cuando iba a salir de casa, su madre salió de la cocina.

—Carlo, ¿no te quedas a almorzar?

—No. Tengo un compromiso, mamá. Volveré más tarde.

Subió a su Vespa y enfiló hacia el Quartiere Spagnolo. *A ver si resulta que la pulsera es falsa, pensó. Las piedras pueden ser de imitación. Espero no quedar como un tonto delante de Lucca.* Dejó la moto frente a una pequeña joyería en cuya fachada se leía: «Orologia». El dueño, Gambino, era un hombre mayor y marchito, con una peluca negra que le quedaba bastante mal y una boca repleta de dientes postizos. Levantó la vista cuando Carlo entró.

—Buenos días, Carlo. Has madrugado mucho.

—Sí.

—¿Qué me traes hoy?

Carlo sacó la pulsera y la dejó sobre el mostrador.

—Esto.

Gambino la cogió. Mientras la observaba, sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Dónde has conseguido esto?

—Una tía rica que ha muerto y me la ha dejado. ¿Vale algo?

—Podría ser —dijo con cautela Gambino.

—No me tomes el pelo.

Gambino lo miró, ofendido.

—¿Alguna vez te he engañado?

—Siempre.

—Los jóvenes siempre estáis de broma. Te diré lo que voy a hacer, Carlo. No estoy seguro de poder manejar esto solo. Es una alhaja muy valiosa.

A Carlo le saltó el corazón en el pecho.

—¿De veras?

—Tengo que ver si puedo colocarla en alguna parte. Te llamaré por teléfono esta noche.

—De acuerdo —dijo Carlo. Cogió la pulsera—. Me quedaré con esto hasta que tenga noticias tuyas.

Carlo abandonó la joyería caminando en una nube. ¡Tenía razón! El idiota era rico, y también chiflado. ¿Por qué otro motivo se le ocurriría a alguien regalarle una pulsera de valor a una prostituta?

En la tienda, Gambino vio alejarse a Carlo y pensó: *¿En qué demonios se han metido esos idiotas?* De debajo del mostrador sacó una circular que había sido enviada a todas las casas de empeño. En ella se describía la pulsera que acababa de ver, pero al final, en lugar del habitual número de teléfono de la policía, figuraba una advertencia especial: «Notificar inmediatamente al SIFAR». Gambino habría pasado por alto una circular policial normal y corriente, como había hecho centenares de veces en el pasado, pero sabía lo suficiente del SIFAR como para no ignorar que nadie los había engañado jamás. Detestaba perder la ganancia que habría podido obtener con la pulsera, pero no tenía intención de ponerse la soga alrededor del cuello. De mala gana, cogió el teléfono y marcó el número que figuraba en la circular.

Capítulo 44

Eran días de miedo, de torbellinos, de sombras de muerte. Años antes, a Robert le habían asignado una misión en Borneo y se había internado en lo más profundo de la selva en busca de un traidor. Fue en octubre, durante el *musim takoot*, la tradicional temporada de caza de cabezas, cuando los nativos de la jungla vivían aterrados por el Balli Salang, el espíritu que escogía humanos para extraerles la sangre. Era una época de asesinatos, y ahora, para Robert, Nápoles se había convertido de pronto en un lugar similar a las junglas de Borneo. La muerte flotaba en el aire. *Primero tendrán que atraparme*, pensó Robert. ¿Cómo habían podido seguirle el rastro hasta allí? *Pier*. Debían de haberlo localizado a través de Pier. *Tengo que regresar a casa y avisarla*, pensó Robert. *Pero primero debo encontrar la manera de salir de aquí*.

Se dirigió a las afueras de la ciudad, adonde nacía la *autostrada*, con la esperanza de que por algún milagro no estuviera bloqueada. Quinientos metros antes de llegar a la entrada, vio el control policial. Dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia el centro de la ciudad.

Robert conducía muy despacio, concentrado, tratando de ponerse en el lugar de sus perseguidores. Tendrían todas las vías de escape de Italia

bloqueadas. Todos los barcos que abandonaran el país serían revisados. De pronto se le ocurrió un plan. No tendrían ningún motivo para registrar los barcos que no salieran de Italia. *Es una posibilidad*, pensó Robert. Volvió a dirigirse al muelle.

La pequeña campanilla situada sobre la puerta de la joyería tintineó, y Gambino levantó la vista. Entraron dos hombres con traje oscuro que no eran clientes.

—¿Qué desean?

—¿El señor Gambino?

—Sí —dijo, mostrando sus dientes postizos.

—Usted nos ha llamado por una pulsera de esmeraldas. *SIFAR*. Los estaba esperando. Pero esta vez él estaba del lado de los ángeles.

—Así es. Como ciudadano y patriota, pensé que...

—Corte el rollo. ¿Quién se la trajo?

—Un muchachito llamado Carlo.

—¿Le dejó la pulsera?

—No, se la llevó.

—¿Cuál es el apellido de Carlo?

Gambino se encogió de hombros.

—No conozco su apellido. Es uno de los chicos de los Diavoli Rossi, una de las pandillas locales. El cabecilla se llama Lucca.

—¿Sabe dónde podemos encontrar a ese tal Lucca? Gambino vaciló. Si Lucca llegaba a averiguar que él había hablado, le haría cortar la lengua. Y si no les decía a esos hombres lo que querían saber, le harían un lavado de cerebro.

—Vive en Via Sorcella, detrás de Piazza Garibaldi. —Gracias, señor Gambino. Nos ha ayudado usted mucho.

—Siempre tengo mucho gusto en cooperar con...

Los hombres habían desaparecido.

Lucca estaba en la cama con su amiga cuando los dos hombres abrieron de un

golpe la puerta de su apartamento.

Lucca saltó de la cama.

—¿Qué demonios es esto? ¿Quiénes son ustedes?

Uno de los hombres le mostró su identificación.

¡SIFAR! Lucca tragó saliva.

—Oigan, que yo no he hecho nada malo. Soy un ciudadano respetuoso de la ley, que...

—Ya lo sabemos, Lucca. No venimos a por ti. Buscamos a un muchacho llamado Carlo.

Carlo. Así que de eso se trataba. ¡La maldita pulsera! ¿En qué demonios se habría metido Carlo? El SIFAR enviaba a sus hombres a buscar joyas robadas.

—Bueno, ¿lo conoces, sí o no?

—Tal vez.

—Si no estás seguro, te refrescaremos la memoria en el cuartel central.

—¡Un momento! Ahora lo recuerdo —dijo Lucca—. Deben referirse a Carlo Valli. ¿Qué pasa con él?

—Queremos charlar un rato con él. ¿Dónde vive?

Todos los miembros de los Diavoli Rossi debían hacer un juramento de lealtad, jurar que morirían antes de traicionar a alguno de sus integrantes. Eso era lo que hacía que los Diavoli Rossi fuera un club tan especial. Se mantenían unidos. Uno para todos y todos para uno.

—¿Quieres hacer ese viajecito al centro de la ciudad?

—¿Para qué? —Lucca se encogió de hombros y les dio la dirección de Carlo.

Treinta minutos después, Pier abrió la puerta y se encontró frente a dos desconocidos.

—*Signorina Valli?*

Problemas.

—Sí.

—¿Podemos pasar?

Ella habría querido decir que no, pero no se atrevió.

—¿Quiénes son ustedes?

Uno de los hombres sacó la cartera y le mostró su tarjeta de identificación. SIFAR. No eran las personas con las que había hecho un trato. Pier tuvo pánico de que se propusieran estafarla y no pagarle la recompensa.

—¿Qué quieren de mí?

—Hacerle algunas preguntas.

—Adelante. No tengo nada que ocultar. —*Gracias a Dios*, pensó Pier, *que Robert no está. Todavía puedo negociar.*

—Usted vino ayer en coche desde Roma, ¿no es así? —No era una pregunta sino una afirmación.

—Sí. ¿Es ilegal? ¿Violé los límites de velocidad?

El hombre sonrió, aunque sin cambiar la expresión de su rostro.

—¿Iba acompañada?

—Sí —contestó Pier con cautela.

—¿Quién era él, *signorina*?

Ella se encogió de hombros.

—Un hombre que recogí en el camino. Me pidió que lo trajera a Nápoles.

El segundo hombre preguntó:

—¿Está aquí, con usted, ahora?

—No sé dónde está. Se bajó al llegar a la ciudad y desapareció.

—¿Su pasajero se llamaba Robert Bellamy?

Ella fingió concentrarse.

—¿Bellamy? No lo sé. Me parece que no me dijo su nombre.

—Nosotros, en cambio, creemos que sí. Él la recogió a usted en Tor di Ounto, pasaron la noche juntos en el Hotel L'Incrocio, y a la mañana siguiente le compró una pulsera de esmeraldas. La envió a varios hoteles con billetes de avión y de ferrocarril, y usted alquiló un coche y vino a Nápoles. ¿Correcto?

Lo saben todo. Pier asintió, con los ojos llenos de temor.

—¿Su amigo va a volver, o se ha ido de Nápoles?

Ella vaciló, tratando de decidir cuál sería la mejor respuesta. Si les decía que Robert había abandonado la ciudad, no la creerían. Se quedarían esperándolo en la casa, y cuando él se presentara, la acusarían de haberles mentado y la detendrían como cómplice. Decidió que lo mejor sería decir la

verdad.

—Volverá —dijo.

—¿Pronto?

—No estoy segura.

—Bueno, nos pondremos cómodos. ¿Le importa si echamos un vistazo a la casa? —Se abrieron la chaqueta y las armas que llevaban quedaron a la vista.

—N... no.

Se separaron y empezaron a registrar la casa.

La madre salió de la cocina.

—¿Quiénes son estos hombres?

—Son amigos del señor Jones —respondió Pier—. Han venido a verlo.

La cara de la mujer se iluminó.

—Un hombre muy agradable. ¿Les gustaría comer algo?

—Por supuesto, mamá —dijo uno de los hombres—. ¿Qué tenemos para almorzar?

Los pensamientos se agolpaban en la mente de Pier. *Tengo que llamar de nuevo a la Interpol, pensó. Dijeron que me pagarían cincuenta mil dólares.* Mientras tanto, debía mantener a Robert lejos de la casa hasta poder hacer los arreglos necesarios para entregarlo. Pero ¿cómo? De pronto recordó la conversación de la mañana. *Cuando hay problemas, se baja un visillo... para avisar a alguien que se mantenga lejos.* Los dos hombres estaban sentados frente a la mesa del comedor, comiendo un plato de *capellini*.

—Aquí hay demasiada luz —dijo Pier. Se puso en pie, fue al salón y bajó un visillo. Regresó a la mesa. *Espero que Robert lo recuerde.*

Robert conducía en dirección a la casa, repasando su plan de escape. *No es perfecto, pensó, pero al menos me perderán el rastro temporalmente y eso me permitirá ganar tiempo.* Se acercaba a la casa. Redujo la velocidad y miró en todas direcciones. Todo parecía normal. Le diría a Pier que saliera y se marcharía. Cuando estaba a punto de aparcar frente a la casa, algo le llamó la

atención. Uno de los visillos de las ventanas delanteras estaba bajado. Los otros estaban subidos. Tal vez fuera una coincidencia, pero tal vez... En su cabeza sonó una campanilla de alarma. ¿Habría tomado en serio Pier aquella broma? ¿Era aquello una advertencia de algún tipo? Robert pisó a fondo el acelerador y siguió conduciendo. No podía permitirse el lujo de correr riesgos, por remotos que fueran. Se dirigió a un bar situado a un kilómetro y medio de allí y entró para llamar por teléfono.

En casa de los Valli, estaban todos sentados a la mesa del comedor cuando sonó el teléfono. Los hombres se pusieron en tensión. Uno de ellos empezó a levantarse.

—¿A Bellamy se le ocurriría llamar aquí por teléfono?

Pier lo miró con expresión burlona.

—Por supuesto que no. ¿Por qué habría de hacerlo? —Se levantó y fue hasta el teléfono. Levantó el auricular.

—Diga.

—¿Pier? Vi el visillo bajado y...

Lo único que ella tenía que hacer era decir que todo estaba bien, y él regresaría a casa. Los hombres lo arrestarían y ella podría exigir la recompensa. Pero ¿se limitarían a arrestarlo? Le pareció oír la voz de Robert, que decía: «Si la policía me encuentra, tienen orden de matarme».

Los hombres la observaban desde la mesa. Podría hacer tantas cosas con cincuenta mil dólares. Se podría comprar ropa maravillosa, hacer cruceros, comprar un pequeño apartamento en Roma... Y Robert estaría muerto. Además, odiaba a los malditos policías. Pier dijo:

—Lo siento. Se equivoca de número.

Robert oyó el clic cuando Pier cortó la comunicación y se quedó allí de pie, confuso. Ella había creído las tonterías que le había contado, y lo más probable era que eso le hubiese salvado la vida. *Que Dios la bendiga.*

Robert giró en redondo el volante y se dirigió al puerto, pero en vez de ir a la parte principal, donde atracaban los cargueros y transatlánticos que zarpaban de Italia, fue hacia el otro lado, pasando Santa Lucia, a un pequeño embarcadero donde, sobre un quiosco, había un cartel que decía: «Capri e Ischia». Robert aparcó el coche donde pudiera ser localizado con facilidad y se acercó al que vendía los billetes.

—¿A qué hora sale el próximo *hovercraft* a Ischia?

—Dentro de treinta minutos.

—¿Y a Capri?

—Dentro de cinco.

—Deme un billete de ida a Capri.

—*Si, signore.*

—¿Qué es esa estupidez de *si signore*? —dijo Robert en voz alta— ¿Por qué no habla inglés como todo el mundo?

El hombre abrió más los ojos, asustado.

—Ustedes son todos iguales. Unos estúpidos sin remedio. —Robert le tiró el dinero, cogió el billete y se encaminó hacia el *hovercraft*.

Tres minutos después estaba en camino a la isla de Capri. La nave partió lentamente, atravesando el canal con cuidado. Después, pegó un salto hacia delante y se elevó por encima del agua como un elegante delfín. El *hovercraft* estaba lleno de turistas de distintos países que conversaban alegremente en diferentes idiomas. Nadie le prestaba atención. Se dirigió al pequeño bar donde servían bebidas. Le dijo al camarero:

—Vodka con tónica.

—Sí, señor.

Observó cómo el hombre mezclaba la bebida.

—Aquí tiene, *signore.*

Robert cogió el vaso y bebió un trago. Golpeó el vaso contra el mostrador del bar.

—¿Y a esto le llaman bebida, por el amor de Dios? —exclamó—. Tiene gusto a orina de caballo. ¿Qué les pasa a ustedes, los italianos?

La gente que estaba alrededor de Robert comenzó a mirarlo con atención.

El camarero replicó, muy digno:

—Lo siento, *signore*, usamos las mejores...

—¡No me venga con esas gilipollecas!

Un inglés que estaba cerca de él le dijo:

—Aquí hay mujeres. ¿Por qué no cuida un poco su lenguaje?

—No tengo por qué cuidar mi lenguaje —gritó Robert—. ¿Sabe quién soy? Soy el comandante Robert Bellamy. ¿Y a esto le llaman barco? ¡Es una mierda!

Fue hacia la proa y tomó asiento. Sentía las miradas de los demás pasajeros fijadas en él. El corazón le latía con fuerza, pero la representación no había terminado.

Cuando el *hovercraft* llegó a Capri, Robert se dirigió a la caseta de entrada del *funicolare*. El que vendía los billetes era un hombre mayor.

—Un billete —gritó Robert—. ¡Y dese prisa! No quiero pasarme todo el día esperando. Usted es demasiado viejo para este oficio. Debería quedarse en casa. Lo más probable es que su mujer le esté poniendo los cuernos con todos sus vecinos.

El anciano empezó a montar en cólera. Los que pasaban por allí le dirigían a Robert miradas llenas de furia. Robert cogió el billete de un manotazo y subió al *funicolare* atestado de gente. *Se acordarán de mí*, pensó. Estaba dejando un rastro imposible de perder.

Cuando el *funicolare* se detuvo, Robert se abrió paso con brusquedad por entre la multitud. Avanzó por la serpenteante Via Vittorio Emanuele hacia el Quisisana Hotel.

—Necesito una habitación —le dijo Robert al empleado que estaba detrás del mostrador.

—Lo lamento —se disculpó el empleado—, pero el hotel está completo. Tenemos...

Robert le entregó sesenta mil liras.

—Cualquier habitación me servirá.

—Bueno, en ese caso, creo que podré alojarlo, *signore*. ¿Quiere rellenar la inscripción, por favor?

Robert firmó con su nombre: Comandante Robert Bellamy.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse, comandante?

—Una semana.

—Muy bien. ¿Puedo ver su pasaporte?

—Está en mi equipaje. Llegará aquí dentro de unos minutos.

—Haré que un botones le acompañe a su habitación.

—Ahora no. Tengo que salir un momento. Enseguida vuelvo.

Robert salió a la calle. Los recuerdos le golpearon como una ráfaga de aire frío. Había andado por allí con Susan, explorando las callecitas laterales, y paseado por la Via Ignazio Cerio y la Via Li Campo. Fue una época llena

de magia. Visitaron la Grotta Azzurra, y tomaron café por la mañana en la Piazza Umberto. Cogieron el *funicolare* a Anacapri, y montaron en burro hasta Villa Jovis, la villa de Tiberio, y nadaron en las aguas verde esmeralda de Marina Piccola. Hicieron compras a lo largo de la Via Vittorio Emanuele y subieron en el telesilla hasta la cima del Monte Solaro, con los pies rozando las hojas de parra y la copa de árboles frondosos. Hacia la derecha alcanzaban a ver las casas diseminadas por la ladera que se extendía hasta el mar, retama amarilla en flor cubriéndolo todo; una subida de once minutos a través de un mundo mágico y colorido de árboles verdes, casas blancas y, a lo lejos, el mar azul. En la cima, tomaron café en el Barbarossa Ristorante, y después entraron en una capillita de Anacapri para agradecerle a Dios todas sus bendiciones y rogar por los dos. En aquel momento, Robert pensó que la magia estaba en Capri. Se equivocaba. La magia era Susan, y la maga había dejado el escenario.

Robert regresó a la estación del *funicolare* en la Piazza Umberto y cogió el tranvía hacia abajo, mezclándose con los otros pasajeros. Cuando el *funicolare* llegó al puerto, se bajó y tuvo cuidado de evitar al vendedor de billetes. Se acercó al quiosco junto al amarradero y preguntó en español:

—¿A qué hora sale el barco a Ischia?

—Dentro de treinta minutos.

—Gracias. —Compró un billete.

Entró en un bar del muelle, se sentó en la parte posterior y pidió un *whisky*. A esas alturas, sin duda, ya habrían encontrado el coche, y el cerco se habría estrechado. Desplegó mentalmente un mapa de Europa. Lo lógico sería que se dirigiera a Inglaterra para encontrar la manera de regresar a los Estados Unidos. No tendría sentido volver a Francia. *De modo que será Francia*, pensó Robert. Debía encontrar un puerto con mucho movimiento para partir desde allí. Civitavecchia. *Tengo que llegar a Civitavecchia. El Alción.*

En el bar consiguió cambio para hablar por teléfono. El infante de marina que hacía de operador tardó diez minutos en pasar la llamada. Susan se puso al teléfono casi inmediatamente.

—Estábamos esperando noticias tuyas. —*Estábamos.* El plural le resultó interesante—. Los motores ya están arreglados. Podemos estar en Nápoles a

primera hora de la mañana. ¿Dónde quieres que te recojamos?

Era demasiado arriesgado que el *Alción* fuera allí. Robert dijo:

—¿Recuerdas el palíndromo? Estuvimos allí en nuestra luna de miel.

—¿Qué?

—Yo te hice una broma sobre eso porque me sentía muy cansado.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio. Después, Susan dijo con ternura:

—Sí, lo recuerdo.

—¿Podrá el *Alción* recogerme allí mañana?

—Espera un momento.

Él esperó.

Susan volvió al teléfono.

—Sí, podemos estar allí.

—Espléndido. —Robert vaciló un momento. Pensó en todas las personas inocentes que ya habían muerto—. Sé que te estoy pidiendo mucho. Si alguna vez llegan a descubrir que me has ayudado, podrías correr un grave peligro.

—No te preocupes. Nos encontraremos allí. Cuídate.

—Gracias.

La comunicación se cortó.

Susan miró a Monte Banks.

—Viene —dijo.

En la central del SIFAR, en Roma, escuchaban la conversación en la sala de comunicaciones. Había allí cuatro hombres. El operador dijo:

—La hemos grabado por si usted desea oírla de nuevo, señor.

El coronel Cesar miró a Frank Johnson.

—Sí. Me interesa oír la parte referente al lugar donde piensan encontrarse. Me pareció oír Palíndromo. ¿Está en alguna parte de Italia?

El coronel Cesar negó con la cabeza.

—Jamás lo he oído nombrar. Lo verificaremos. —Miró a sus asistentes—: Búsquenlo en el mapa. Y sigan controlando todas las transmisiones que entran y salen del *Alción*.

—Entendido, señor.

El teléfono sonó en casa de los Valli, en Nápoles. Pier empezó a levantarse para contestar.

—Un momento —dijo uno de los hombres. Se acercó al teléfono y lo descolgó—. Diga. —Escuchó un instante y después arrojó el auricular y se volvió hacia su compañero—. Bellamy ha cogido el *hovercraft* a Capri. ¡Vámonos!

Pier observó cómo los dos hombres salían corriendo y pensó: *Por lo visto, Dios no quería que yo tuviera tanto dinero. Espero que logre escapar.*

Cuando llegó el *ferry* que iba a Ischia, Robert se mezcló con el gentío que subía a bordo. Durante el trayecto se mantuvo apartado de los demás, evitando ser visto en todo momento. Treinta minutos más tarde, cuando el barco atracó en Ischia, Robert desembarcó y se dirigió a la caseta de los billetes que había en el muelle. Un letrero anunciaba que el *ferry* a Sorrento partiría en diez minutos.

—Un pasaje de ida y vuelta a Sorrento —dijo Robert.

Diez minutos después estaba en camino hacia Sorrento, de vuelta al territorio continental. *Con un poco de suerte, la búsqueda se habrá trasladado a Capri*, pensó. *Con un poco de suerte.*

La feria de productos alimenticios de Sorrento estaba repleta de gente. Los granjeros habían venido del campo trayendo fruta y verduras frescas y pedazos de carne que cubrían los puestos. La calle estaba invadida por un tropel de vendedores y compradores.

Robert se acercó a un hombre robusto, con el delantal manchado, que cargaba un camión.

—*Pardon, monsieur* —dijo Robert en un francés perfecto—. Busco transporte a Civitavecchia. ¿Por casualidad no va para allá?

—No. A Salerno. —Señaló a un hombre que cargaba otro camión—. Tal vez Giuseppe pueda ayudarle.

—*Merci.*

Robert se acercó al otro camión.

—*Monsieur*, ¿por casualidad va a Civitavecchia?

—Podría ser —dijo el hombre, sin comprometerse.

—Con todo gusto le pagaría por el viaje.

—¿Cuánto?

Robert le entregó cien mil liras.

—Con todo este dinero podría comprarse un pasaje de avión a Roma.

Robert comprendió enseguida su error. Miró hacia todos lados con nerviosismo.

—Lo que ocurre es que en el aeropuerto me esperan varios acreedores. Preferiría ir en camión.

El hombre asintió.

—Ah. Comprendo. Está bien, suba. Estoy a punto de partir.

Robert bostezó.

—Estoy *tres fatigué*. ¿Cómo se dice? ¿Cansado? ¿Le importaría que me echara a dormir en la parte de atrás?

—La carretera tiene bastantes baches, pero haga lo que le parezca.

—*Merci*.

La parte posterior del camión estaba llena de cajas y cajones vacíos. Giuseppe esperó a que Robert subiera y cerró el portón trasero. En el interior, Robert se ocultó detrás de algunos cajones. De pronto se dio cuenta de lo cansado que estaba realmente. La persecución comenzaba a agotarlo. ¿Cuánto hacía que no había dormido? Pensó en Pier y en cómo se había acercado a él por la noche y le había hecho sentir de nuevo un hombre completo. Esperaba que estuviera bien. Se quedó dormido.

Sentado en la cabina del camión, Giuseppe pensaba en su pasajero. Se había corrido la voz de que las autoridades buscaban a un norteamericano. Su pasajero tenía acento francés, pero parecía norteamericano y vestía como un norteamericano. Valdría la pena averiguarlo. La recompensa podía ser jugosa.

Una hora más tarde, en una parada de camiones de la autopista, Giuseppe detuvo el vehículo frente a un surtidor de combustible.

—Llénelo —dijo. Fue a la parte posterior del camión y miró hacia dentro. Su pasajero dormía.

Giuseppe entró en el restaurante y llamó por teléfono a la policía local.

Capítulo 45

La llamada había sido trasladada hasta el coronel Cesar.

—Sí —le dijo a Giuseppe—, parece que es nuestro hombre. Escúcheme con atención. Es una persona muy peligrosa, así que quiero que haga exactamente lo que le digo. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En la parada de camiones de AGIP, en la carretera a Civitavecchia.

—¿Y él está en la parte posterior de su camión?

—Sí. —La conversación le estaba poniendo nervioso. *Tal vez no debería haberme metido en lo que no me importa.*

—No haga nada que despierte sus sospechas. Vuelva al camión y siga conduciendo. Deme el número de su matrícula y una descripción del vehículo.

Giuseppe así lo hizo.

—Muy bien. Nosotros nos ocuparemos de todo. Ahora prosiga el viaje.

El coronel Cesar miró al coronel Johnson y asintió.

—Lo tenemos. Haré que corten la carretera. Podemos estar allí en treinta minutos si vamos en helicóptero.

—En marcha.

Cuando Giuseppe colgó el auricular, se secó las manos húmedas en la camisa y se dirigió al camión. *Espero que no haya ningún tiroteo. María me mataría. Por otra parte, si la recompensa es lo bastante elevada...* Subió a la cabina del camión y partió en dirección a Civitavecchia.

Treinta y cinco minutos después, Giuseppe oyó sobre su cabeza el zumbido de un helicóptero. Levantó la vista. Tenía la insignia de la policía estatal. Frente a él, sobre la autopista, vio dos automóviles policiales, uno junto al otro, que formaban una barrera. Detrás de los automóviles había policías con armas automáticas. El helicóptero aterrizó a un lado de la carretera, y Cesar y el coronel Frank Johnson bajaron a tierra.

Al acercarse a la barrera, Giuseppe redujo la velocidad. Cerró el contacto, saltó de la cabina y echó a correr hacia los oficiales.

—¡Está en la parte de atrás! —gritó.

El camión se detuvo. Cesar gritó:

—¡Rodeen el vehículo!

Los policías se acercaron al camión, con las armas listas para disparar.

—No disparen —gritó el coronel Johnson—. Yo me ocuparé de él. —Se acercó a la parte posterior del camión—. Sal, Robert —gritó—. Todo ha terminado.

No hubo respuesta.

—Robert, tienes cinco segundos.

Silencio. Aguardaron.

Cesar miró a sus hombres y asintió con la cabeza.

—¡No! —aulló el coronel Johnson. Pero era demasiado tarde.

La policía empezó a disparar contra la parte posterior del camión. El ruido de las ráfagas de las armas automáticas era ensordecedor. Astillas de cajas y cajones empezaron a volar por los aires. Al cabo de diez segundos, el fuego cesó. El coronel Frank Johnson trepó a la parte trasera del camión y empezó a buscar entre las cajas.

Miró a Cesar.

—No está aquí.

Día diecinueve.
Civitavecchia, Italia.

Civitavecchia es el antiguo puerto de mar de Roma, protegido por un fuerte imponente terminado por Michelangelo en 1537. El puerto es uno de los más activos de Europa, puesto que por allí pasa todo el tráfico marítimo que llega y sale de Roma y de Cerdeña. Era aún muy temprano, pero en el puerto reinaba ya una ruidosa actividad. Robert se abrió camino a través de los ramales ferroviarios, entró en una pequeña *trattoria* que olía fuertemente a comida y pidió que le sirvieran el desayuno.

El *Alción* le estaría esperando en el lugar previsto, la isla de Elba. Se sintió agradecido de que Susan lo hubiera recordado. En su luna de miel, se habían quedado en la habitación tres días y tres noches haciendo el amor. Susan había dicho: «¿No quieres ir a bañarte?».

Robert había negado con la cabeza. «No. No puedo moverme. “*Able was I, ere I saw Elba*”». Y Susan se había echado a reír, y habían vuelto a hacer el amor. *Y, bendito sea, ella ha recordado el palíndromo.*

Ahora, lo único que debía hacer era encontrar un barco que lo llevara a Elba. Caminó por las calles que conducían al puerto. Allí la actividad era intensa, y había muchísimos cargueros, lanchas y yates privados. Y también un embarcadero para el *ferry*. A Robert se le iluminó la expresión al verlo. Sería la manera más segura de llegar a Elba. Podría confundirse entre la multitud.

Cuando Robert echó a andar hacia el embarcadero, vio un sedán oscuro aparcado a media manzana, y se detuvo. Llevaba matrícula oficial. Sentados en su interior había dos hombres que vigilaban los muelles. Robert dio media vuelta y caminó en otra dirección.

Diseminados entre los estibadores y los turistas, reconoció detectives vestidos de civil que intentaban parecer discretos, aunque destacaban como faros. El corazón de Robert empezó a latir con fuerza. ¿Cómo podían haberle seguido el rastro hasta allí? *Dios mío, le dije al chófer del camión dónde quería ir. ¡Qué estúpido! Debía de estar muy cansado.*

Se había quedado dormido en el camión, y la ausencia de movimiento le despertó. Se levantó para mirar hacia afuera y vio que Giuseppe entraba en la

estación de servicio y hacía una llamada telefónica. Robert bajó silenciosamente del camión y trepó a la parte posterior de otro que se dirigía al norte, hacia Civitavecchia.

Él mismo se había metido en la trampa. Lo buscaban justamente allí. A poco más de cien metros había decenas de barcos que podrían haberle proporcionado una vía de escape. Pero ya no era posible.

Robert se alejó del puerto y caminó hacia la ciudad. Pasó frente a un edificio que tenía en la pared un cartel multicolor. Decía: ¡VENGA AL PARQUE DE ATRACCIONES! ¡DIVERSIÓN PARA TODOS! ¡COMIDA! ¡JUEGOS! ¡VEA LA GRAN CARRERA DE GLOBOS! Se detuvo y observó el cartel atentamente.

Había encontrado su vía de escape.

Capítulo 46

En el parque de atracciones, a ocho kilómetros de la ciudad, había una serie de enormes globos de colores deshinchados y diseminados por todo el recinto, con el aspecto de arco iris redondos. Estaban amarrados a unos camiones, mientras los empleados se atareaban bombardeando aire en su interior. Media docena de automóviles se encontraban allí, listos para seguir a los globos, con dos hombres en el interior de cada uno: el conductor y el observador.

Robert se acercó a un hombre que parecía el encargado.

—Parece que se están preparando para la gran carrera —dijo Robert.

—Así es. ¿Ha subido alguna vez en un globo?

—No.

Se deslizaban sobre el lago de Como y él hizo descender el globo hasta que casi rozó el agua. «Nos vamos a hundir», gritó Susan. Él sonrió. «No. No te preocupes.» La cesta danzaba sobre las olas. Robert arrojó un saco de arena y el globo empezó a remontar de nuevo. Susan se echó a reír y lo abrazó y dijo... El hombre le estaba hablando.

—Debería probarlo alguna vez. Es un gran deporte.

—Sí. ¿Hacia dónde es la carrera?

—A Yugoslavia. Tenemos un buen viento que va hacia el este. Partimos dentro de pocos minutos. Es mejor volar temprano por la mañana, cuando el viento es fresco.

—¿Ah, sí? —dijo Robert cortésmente. Tuvo el recuerdo fugaz de un día de verano en Yugoslavia. *Tenemos que sacar de contrabando a cuatro personas de allí, comandante. Debemos esperar a que el aire esté más fresco. Un globo capaz de levantar a cuatro personas en el aire invernal, sólo puede llevar a dos en verano.*

Robert vio que los empleados casi habían terminado de llenar los globos con aire y habían empezado a encender unos enormes quemadores de propano y a dirigir la llama hacia la abertura de los globos, para calentar el aire del interior. Los globos, que yacían en el suelo, comenzaron a alzarse hasta que las cestas quedaron verticales.

—¿Le importa si miro un poco? —preguntó Robert.

—Adelante. Procure sólo apartarse del camino de los demás.

—De acuerdo. —Robert se acercó a un globo amarillo y rojo que estaba lleno de gas propano. Lo único que lo mantenía sujeto a tierra era una cuerda atada a uno de los camiones.

El empleado que había estado trabajando en él se había alejado para hablar con un compañero. No había nadie cerca.

Robert trepó a la cesta, y el enorme globo pareció llenar el cielo por encima de su cabeza. Verificó los aparejos y el equipo, el altímetro, los mapas, un pirómetro para controlar la temperatura de la envoltura, un indicador de la velocidad de ascenso y un juego de herramientas. Todo estaba en orden. Robert metió la mano en la bolsa de herramientas y sacó un cuchillo. Lo acercó a la cuerda de amarre y la desgarró, y un momento después el globo comenzó a ascender.

—¡Eh! —gritó Robert— ¿Qué está pasando? ¡Bájenme de aquí!

El hombre con el que había estado hablando miraba, boquiabierto, el globo que se alejaba.

—*Figlio d'una mignotta!* Mantenga la calma —vociferó—. Hay un altímetro a bordo. Use el lastre y quédese a mil pies de altura. Nos encontraremos en Yugoslavia. ¿Puede oírme?

—Le oigo.

El globo se elevaba cada vez más, llevándolo hacia el este, lejos de Elba, que quedaba al oeste. Pero eso no le preocupaba. El viento cambia de dirección al variar la altura. Los otros globos no habían salido todavía. Robert alcanzó a ver que uno de los automóviles se ponía en marcha y empezaba a seguirlo. Dejó caer lastre y observó cómo ascendía el altímetro. Seiscientos pies... setecientos pies... novecientos pies... mil cien pies...

A los mil quinientos pies, el viento empezó a aflojar. Ahora el globo estaba casi inmóvil. Robert dejó caer más lastre. Empleó la técnica de los peldaños, que consiste en detenerse a distintas altitudes para comprobar la dirección del viento.

A los dos mil pies, Robert notó que el viento empezaba a cambiar. El globo osciló en una turbulencia durante un momento, y luego, lentamente, comenzó a invertir la dirección y a avanzar hacia el oeste.

A lo lejos, allá abajo, Robert vio que los otros globos se elevaban y se movían hacia el este en dirección a Yugoslavia. No se oía absolutamente nada, salvo el suave susurro del viento. «Todo es tan silencioso, Robert. Es como volar en una nube. Ojalá pudiéramos quedarnos aquí arriba para siempre.» Ella lo había abrazado con fuerza. «¿Alguna vez has hecho el amor en un globo?», murmuró ella. «Vamos a probarlo.»

Y más tarde: «Apuesto a que somos las únicas personas en el mundo que han hecho el amor en un globo, querido».

Ahora Robert se encontraba sobre el mar Tirreno, dirigiéndose hacia el noroeste, a la costa de Toscana. Allí abajo, una serie de islas formaban un círculo cerca de la costa. La mayor de todas era Elba.

Napoleón estuvo exiliado aquí, y probablemente la eligió porque en los días claros, pensó Robert, podía ver su amada isla de Córcega, donde había nacido. Durante su exilio, el único pensamiento de Napoleón era cómo escapar y llegar a Francia. A mí me pasa lo mismo. Sólo que Napoleón no tenía a Susan ni al Alción para rescatarlo.

De pronto, a lo lejos apareció el Monte Capanne, elevándose más de novecientos metros hacia el cielo. Robert tiró de la cuerda que abre la válvula en la parte superior del globo para permitir la salida del aire caliente, y el globo empezó a descender. Debajo de él, Robert veía los colores exuberantes de la isla de Elba; el rosado de las formaciones de granito y de las casas

toscanas, y el verde de los bosques tupidos. Más abajo, los bordes de la isla resplandecían con las playas dispersas de arena blanquísima.

Hizo descender el globo en las estribaciones de la montaña, lejos de la ciudad, para atraer la atención lo menos posible. No muy lejos había una carretera, y hacia allí se dirigió y esperó hasta que se acercó un coche.

—¿Podría llevarme a la ciudad? —preguntó Robert.

—Por supuesto. Suba.

El conductor aparentaba unos ochenta años y tenía el rostro totalmente arrugado.

—Juraría que he visto un globo en el aire hace un momento. ¿Usted no lo ha visto, señor?

—No —dijo Robert.

—¿Está de visita?

—Sólo de paso. Voy de camino a Roma.

El conductor asintió.

—Yo estuve allí una vez.

El resto del trayecto transcurrió en silencio.

Cuando llegaron a Portoferraio, la capital y única ciudad de Elba, Robert se bajó del coche.

—Que tenga un buen día —le dijo el conductor en inglés.

Dios mío, pensó Robert. Por aquí han pasado californianos.

Robert caminó por Via Garibaldi, la calle principal, atestada de turistas, en su mayoría familias, y fue como si el tiempo se hubiera detenido. Nada había cambiado; *salvo que he perdido a Susan, y la mitad de los gobiernos del mundo tratan de asesinarme. Por lo demás, pensó Robert, todo está exactamente igual.*

Compró unos prismáticos, fue a la zona portuaria y se sentó en la terraza del restaurante Stella Mariner, desde donde tenía una vista perfecta del puerto. No había automóviles sospechosos, ni barcos patrulleros, ni policías a la vista. Todavía creían tenerlo acorralado en el continente. No correría peligro al subir a bordo del *Alción*. Ahora, lo único que le quedaba por hacer era esperar su llegada.

Permaneció allí sentado bebiendo *procanico*, el delicado vino blanco local, y esperando ver el *Alción*. Repasó de nuevo su plan. El yate lo dejaría cerca de la costa de Marsella, y desde allí se dirigiría a París, donde tenía un amigo, Li Po, que le ayudaría. Qué ironía. Aún le parecía oír la voz de Francesco Cesar diciendo: «He oído decir que has hecho un trato con los chinos».

Sabía que Li Po le ayudaría porque una vez Li le había salvado la vida y, según una antigua tradición china, con ello se había hecho responsable de Robert. Era una cuestión de *win yu*, «honor».

Li Po trabajaba en el Guojia Anquanbu, el Ministerio de Seguridad del Estado Chino, que se ocupaba del espionaje. Años atrás, a Robert lo habían atrapado cuando intentaba sacar de China a un disidente. Lo enviaron a Qincheng, la prisión de alta seguridad de Pekín. Li Po era un doble agente que había trabajado antes con Robert. Se las ingenió para conseguir que escapara.

En la frontera china, Robert le dijo: «Deberías alejarte de esto ahora que aún estás vivo, Li. Tu buena suerte no durará eternamente».

Li Po había sonreído: «Tengo *ren*, es decir, capacidad de perdurar, de sobrevivir».

Un año más tarde, Li Po fue trasladado a la embajada china en París.

Robert decidió que había llegado el momento de hacer su primer movimiento. Abandonó el restaurante y deambuló por los muelles. Estaban llenos de barcos grandes y pequeños que partían de Portoferraio.

Robert se acercó a un hombre que pulía el casco de una elegante lancha motora. Era una Donzi, con un motor V-8 incorporado, de 351 caballos.

—Bonito barco —dijo Robert.

El hombre asintió.

—*Merci*.

—Me pregunto si me lo alquilaría para dar una vuelta por el puerto.

El hombre interrumpió lo que estaba haciendo y observó a Robert.

—Podría ser. ¿Está usted familiarizado con las motoras?

—Sí. Tengo una Donzi en mi país.

El hombre asintió con aire de aprobación.

—¿De dónde es usted?

—De Oregon —respondió Robert.

—Le costará cuatrocientos francos la hora.

Robert sonrió.

—Me parece muy bien.

—Y un depósito, desde luego.

—Desde luego.

—Está lista para partir. ¿Le gustaría probarla ahora mismo?

—No, antes tengo que hacer unas cosas. Prefiero que sea mañana por la mañana.

—¿A qué hora?

—Le avisaré —dijo Robert.

Le entregó algo de dinero al hombre.

—Aquí tiene un depósito parcial. Hasta mañana.

Había decidido que sería peligroso dejar que el *Alción* fondeara en el puerto. Había formalidades que cumplir. *La capitaneria di porto*, la capitanía del puerto, otorgaba a cada yate una *autorizzazione* y registraba su estancia. Robert tenía la intención de que el *Alción* se viera mezclado con él lo menos posible. Se encontrarían mar adentro.

En la oficina del ministro de Marina francés, el coronel Cesar y el coronel Johnson hablaban con el operador de la marina:

—¿Seguro que no se han producido más comunicaciones con el *Alción*?

—No, señor, desde la última conversación de la que ya le informé.

—Siga escuchando. —El coronel Cesar miró al coronel Johnson y sonrió —. No se preocupe. Nos enteraremos en el momento que el comandante Bellamy suba a bordo del *Alción*.

—Pero yo quiero atraparlo antes de que suba a bordo.

El operador de la marina dijo:

—Coronel Cesar, no hay ningún lugar llamado Palíndromo en el mapa de Italia. Pero creo que lo hemos encontrado.

—¿Dónde está?

—No es un lugar, señor. Es una palabra.

—Sí, señor. Un palíndromo es una palabra o frase que se lee igual al derecho que al revés. Por ejemplo: «Dábale arroz a la zorra el abad». Hemos buscado algunas en nuestros ordenadores. —Y le entregó una larga lista de palabras.

El coronel Cesar y el coronel Johnson leyeron la lista.

—Acá... ala... allá... eje... ele... ojo... oro... reconocer... seres... — Cesar levantó la vista—. No me parece que esto nos ayude mucho.

—Tal vez sí, señor. Es obvio que estaban utilizando una especie de código. Se dice que uno de los palíndromos más famosos es una frase de Napoleón: «*Able was I, ere I saw Elba*».

El coronel Cesar y el coronel Johnson se miraron.

—¡Elba! ¡Pues claro! ¡Es allí donde está!

Día veinte.

La isla de Elba.

Primero apareció como una débil mota en el horizonte que fue aumentando de tamaño en la temprana luz matinal. A través de los prismáticos, Robert vio cómo se convertía en el *Alción*. Imposible equivocarse. No había muchos barcos similares.

Robert corrió a la playa donde había arreglado todo lo necesario para alquilar la lancha motora.

—Buenos días.

El propietario del barco levantó la vista.

—*Bonjour, monsieur*. ¿Está listo para llevárselo?

Robert asintió.

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo lo necesita?

—No más de una o dos horas.

Robert le dio al hombre el resto del dinero del depósito y saltó a la motora.

—Cuídemelo —dijo el hombre.

—No se preocupe —le aseguró Robert—, lo haré.

El dueño soltó la amarra, y un momento después la lancha se dirigía a toda velocidad hacia el *Alción*. Robert tardó diez minutos en llegar al yate. Cuando estaba cerca, vio a Susan y a Monte Banks de pie en la cubierta. Susan lo saludó con la mano, y pudo ver la ansiedad en su rostro. Robert maniobró la pequeña motora para que quedara junto al yate y lanzó un cabo a un marinero de cubierta.

—¿Quiere subir la lancha a bordo, señor? —preguntó el marinero.

—No, suéltela. —El dueño la encontraría enseguida.

Robert subió por la escalerilla a la cubierta impecable de madera de teca. Una vez, Susan le había hecho una descripción del *Alción* y él había quedado impresionado, pero visto personalmente era todavía más imponente. Tenía ochenta y cinco metros de eslora, un lujoso camarote para el propietario, ocho *suites* dobles para huéspedes y camarotes para los dieciséis integrantes de la tripulación. Contaba con sala de recepciones, comedor, estudio, sala de estar y piscina.

El barco estaba propulsado por dos motores diésel a turbina Caterpillar D399, de dieciséis cilindros y mil doscientos cincuenta caballos, y llevaba seis pequeñas lanchas para bajar a tierra. El diseño de interiores había sido realizado en Italia por Luigi Sturchio. Era un palacio flotante.

—Me alegro de que lo hayas conseguido —dijo Susan.

Y Robert tuvo la impresión de que se sentía incómoda, de que algo iba mal. ¿O serían solamente los nervios de Robert?

Susan estaba preciosa, y sin embargo él se sintió en cierto modo decepcionado. *¿Qué demonios esperabas? ¿Verla pálida y desdichada?*

—Quiero que sepa cuánto aprecio su gesto —le dijo a Monte.

Monte se encogió de hombros.

—Me alegro de poder ayudarle.

Aquel hombre era un santo.

—¿Qué plan tiene?

—Le agradecería que virara y pusiera rumbo al oeste, en dirección a Marsella. Pueden dejarme cerca de la costa y...

Apareció un hombre con un uniforme blanco impecable. Era corpulento, tendría cincuenta y pico de años y llevaba una barba cuidadosamente recortada.

—Éste es el capitán Simpson. Y éste es... —Monte Banks miró a Robert para pedirle ayuda.

—Smith. Tom Smith.

—Nos dirigimos a Marsella, capitán.

—¿No vamos a Elba?

—No.

—Muy bien —dijo el capitán Simpson. Parecía sorprendido.

Robert escrutó el horizonte. Todo perfecto.

—Sugiero que bajemos —apuntó Monte Banks.

Cuando los tres estuvieron sentados en el salón, Monte preguntó:

—¿No cree que nos debe una explicación?

—En efecto —dijo Robert—, pero no se la daré. Cuanto menos sepan de este asunto, mejor. Lo único que sí puedo decirles es que soy inocente. Estoy envuelto en un asunto político. Sé demasiado y me están buscando. Si me encuentran, me matarán.

Susan y Monte intercambiaron una mirada.

—No tienen ningún motivo para relacionarme con el *Alción* — dijo Robert—. Créame, Monte, si tuviera otra forma de escapar, la habría utilizado.

Robert pensó en todas las personas que habían sido asesinadas porque él las había localizado. No podría soportar que le sucediera algo a Susan. Intentó que su voz no denotara lo preocupado que estaba.

—Por su propia seguridad, les agradecería que jamás dijeran que he estado en este barco.

—Por supuesto que no diremos nada —afirmó Monte.

El yate viró con lentitud, dirigiéndose al oeste.

—Si me perdonan, tengo que decirle algunas cosas al capitán.

La cena fue embarazosa. Hubo extrañas corrientes subterráneas que Robert no entendía, una tensión casi tangible. ¿Se debía a su presencia? ¿O era por otra cosa? ¿Quizás un problema entre ellos dos? *Cuanto más pronto me vaya de aquí, mejor será*, pensó Robert.

Estaban en el salón tomando licor cuando el capitán Simpson se presentó.

—¿A qué hora llegaremos a Marsella? —preguntó Robert.

—Si el tiempo se mantiene así, mañana por la tarde, señor Smith.

Había algo en los modales del capitán Simpson que irritaba a Robert. El capitán se mostraba ceñudo, llegando casi a la descortesía. *Pero debe de ser una persona eficiente*, pensó Robert, *porque de lo contrario Monte no lo habría empleado. Susan se merece este yate. Se merece lo mejor del mundo.*

A las once, Monte consultó su reloj y le dijo a Susan:

—Creo que es hora de acostarnos, querida.

Susan miró a Robert.

—Sí.

Los tres se pusieron en pie.

Monte dijo:

—Encontraré una muda de ropa en su camarote. Tenemos más o menos la misma talla.

—Gracias.

—Buenas noches, Susan.

Robert se quedó allí, viendo cómo la mujer que amaba se iba a la cama con su rival. *¿Rival? ¿A quién quiero engañar? Él es el triunfador. Yo soy el perdedor.*

El sueño fue una sombra evasiva que danzaba fuera de su alcance. Tendido en la cama, Robert pensaba que al otro lado de la pared, a muy poca distancia, estaba la mujer que amaba más que a nadie en el mundo. Pensó en Susan acostada en su cama, desnuda —*jamás usa camisón*— y sintió que empezaba a tener una erección. ¿Estaría Monte haciéndole el amor en ese

mismo momento, o se encontraba sola?... Y, ¿pensaba ella en él y recordaba lo bien que lo habían pasado juntos? Probablemente, no. Bueno, muy pronto él estaría lejos de la vida de Susan. Lo más probable era que no volviese a verla nunca.

No se quedó dormido hasta después del amanecer.

En la sala de comunicaciones del SIFAR, el radar localizaba el *Alción*. El coronel Cesar miró al coronel Johnson y le dijo:

—Es una lástima que no pudiéramos interceptarlo en Elba, pero ahora lo tenemos. Un crucero se mantiene cerca del yate. Aguardamos a recibir noticias desde el *Alción* para abordarlo.

Día veintiuno.

Por la mañana temprano, Robert estaba en cubierta mirando el mar en calma. El capitán Simpson se le acercó.

—Buenos días. Parece que se va a mantener el buen tiempo, señor Smith.

—Sí.

—Estaremos en Marsella a las tres de la tarde. ¿Nos quedaremos mucho tiempo allí?

—No lo sé —dijo Robert con tono afable—. Ya veremos.

—Sí, señor.

Robert miró a Simpson mientras se alejaba. Había algo en aquel hombre que le seguía desconcertando.

Robert volvió a la popa del yate y escrutó el horizonte. No se veía nada, y

sin embargo... En el pasado, su instinto le había salvado la vida en más de una ocasión. Hacía mucho que había aprendido a confiar en su instinto. Algo iba mal.

Fuera de la vista, más allá del horizonte, el crucero italiano *Stromboli* acechaba al *Alción*.

Cuando Susan apareció a la hora del desayuno, se la veía pálida y desencajada.

—¿Has dormido bien, querida? —le preguntó Monte.

—Sí, muy bien —respondió Susan.

¡De modo que no comparten el mismo camarote! El hecho de saberlo le proporcionó a Robert una absurda sensación de placer. Él y Susan siempre habían dormido en la misma cama; el cuerpo desnudo y núbil de ella muy apretado contra el suyo. *Dios, tengo que dejar de pensar en eso.*

Por delante del *Alción*, hacia estribor, había un barco de la flota pesquera de Marsella que llevaba a puerto el fruto de su trabajo.

—¿Queréis pescado para el almuerzo? —preguntó Susan.

Los dos hombres asintieron.

—Muy bien.

Estaban casi junto al barco pesquero.

Cuando el capitán Simpson pasó frente a él, Robert le preguntó:

—¿Cuál es nuestra hora estimada de llegada a Marsella? —Estaremos allí dentro de dos horas, señor Smith. Marsella es un puerto muy interesante. ¿Ha estado alguna vez allí?

—Es un puerto muy interesante —fue la respuesta de Robert.

En la sala de comunicaciones del SIFAR, los dos coroneles leían el mensaje que acababa de llegar del *Alción*. Decía sencillamente: «Ahora».

—¿Cuál es la posición del *Alción*? —ladró el coronel Cesar—. Está a dos horas de Marsella, enfilando hacia el puerto. —Ordenen al *Stromboli* que lo alcance y lo aborde inmediatamente.

Treinta minutos después, el crucero italiano *Stromboli* se cerraba sobre el *Alción*. Susan y Monte se encontraban en cubierta, observando cómo el buque de guerra se aproximaba hacia ellos a gran velocidad.

Una voz brotó del altavoz del crucero:

—¡Atención, *Alción*! Pónganse al paio. Subimos a bordo.

Susan y Monte intercambiaron una mirada. El capitán Simpson corrió hacia ellos.

—Señor Banks...

—Ya lo he oído. Haga lo que le dicen. Detenga las máquinas.

—Sí, señor.

Momentos después, cesó el latido de los motores y el yate quedó flotando, inmóvil, sobre el agua. Susan y su marido observaron cómo unos marineros armados del crucero de la Marina eran bajados en una lancha.

Diez minutos más tarde, una docena de marineros ascendían por la escalerilla del *Alción*.

El oficial naval al mando, un capitán de corbeta, dijo:

—Lamento molestarle, señor Banks. El gobierno italiano tiene motivos para creer que alberga usted a un fugitivo. Tenemos orden de registrar el barco.

Susan se quedó allí, de pie, viendo cómo los marineros comenzaban a desplegarse, avanzaban por la cubierta y bajaban a registrar los camarotes.

—No digas nada.

—Pero...

—Ni una palabra.

Permanecieron en silencio en cubierta, observando la búsqueda.

Treinta minutos después, se reunían todos de nuevo en la cubierta principal.

—No hay señales de él, comandante —informó un marinero.

—¿Está seguro?

—Absolutamente, señor. No hay pasajeros a bordo, y hemos identificado a todos los integrantes de la tripulación.

El oficial guardó silencio durante un momento, fastidiado. Sus superiores habían cometido un grave error.

Se dirigió a Monte y a Susan:

—Les debo una disculpa —dijo—. Lamento muchísimo haberles molestado. Nos iremos inmediatamente. —Dio media vuelta.

—Capitán...

—¿Sí?

—El hombre que buscan partió hace media hora en un barco pesquero. No tendrá problemas para encontrarlo.

Cinco minutos después, el *Stromboli* se dirigía a toda velocidad hacia Marsella. El capitán de corbeta tenía motivos para sentirse complacido consigo mismo. Los gobiernos del mundo habían estado persiguiendo al comandante Robert Bellamy, y él era quien lo había encontrado. *Esto podría significar un importante ascenso en mi carrera*, pensó.

Desde el puente, el oficial de navegación gritó:

—Comandante, ¿puede subir aquí, por favor?

¿Habrán localizado ya el pesquero? El capitán de corbeta se apresuró a subir al puente.

—¡Mire, señor!

El comandante miró, y se le cayó el alma a los pies. A lo lejos, cubriendo el horizonte, se encontraba la totalidad de la flota pesquera de Marsella, un centenar de barcos idénticos que regresaban a puerto. No había manera de identificar en cuál se encontraba el comandante Bellamy.

Capítulo 47

En Marsella robó un coche. Era un Fiat 1800 Spider descapotable, aparcado en una calle lateral mal iluminada. Estaba cerrado con llave, y tampoco había llave en el contacto. Ningún problema. Después de cerciorarse de que nadie lo observaba, Robert desgarró la capota de lona y metió la mano en el interior para abrir la puerta. Se deslizó dentro del coche, introdujo la mano debajo del tablero de instrumentos y extrajo todos los cables del encendido. Sostuvo el cable rojo en una mano mientras, uno por uno, iba haciendo contacto con los otros hasta que encontró el que encendía la luz del tablero. Juntó los dos cables y tocó los restantes con los otros dos unidos, hasta que el motor empezó a funcionar. Sacó el estérter y el automóvil cobró vida. Un momento después, Robert iba camino de París.

Lo primero era encontrar a Li Po. Cuando llegó a los suburbios de París, se detuvo junto a una cabina telefónica. Llamó al apartamento de Li y oyó la voz familiar en el contestador automático: *«Zao, mes amis... Je regrette que je ne sois pas chez moi, mais il n'y a pas du danger que je réponde pas à vôtre coup de téléphone. Prenez garde que vous attendiez le signal de l'appareil»*.

«Buenos días. Lamento no estar en casa, pero no hay peligro de que no

devuelva su llamada. Tenga cuidado de esperar a que suene la señal.» Robert contó las palabras con su código privado. Las palabras clave eran: «Lamento... peligro... cuidado».

El teléfono estaba intervenido, por supuesto. Li esperaba su llamada, y ésa había sido su manera de advertir a Robert. Tenía que ponerse en contacto con él cuanto antes. Utilizaría otro código que habían empleado en el pasado.

Robert caminó por la Rue du Faubourg St. Honoré. Había paseado por esa calle con Susan. Ella se había detenido frente a un escaparate y posado como una modelo. «¿Te gustaría verme con ese vestido, Robert?» «No, preferiría verte sin él.» Y habían visitado el Louvre, y Susan quedó extasiada frente a la Mona Lisa, sus ojos brillantes y llenos de lágrimas...

Robert se dirigió a las oficinas de *Le Matin*. Justo a una manzana de la entrada, detuvo a un adolescente que estaba en la calle.

—¿Te gustaría ganarte cincuenta francos?

El muchacho lo miró con recelo.

—¿Haciendo qué?

Robert garabateó algo en un trozo de papel y se lo entregó al chico con un billete de cincuenta francos.

—Sólo tienes que llevar esto a *Le Matin*, al mostrador de anuncios clasificados.

—*Bon, d'accord.*

Robert observó cómo el muchacho entraba en el edificio. El aviso llegaría a tiempo para aparecer en la edición matinal del día siguiente. Decía así: «Tilly. Papá muy enfermo. Te necesita. Por favor ven a verlo pronto. Mamá».

Ahora no había nada que hacer, salvo esperar. No se atrevía a registrarse en un hotel porque seguramente todos estaban alertados. París era una bomba de relojería.

Robert subió a un autobús turístico repleto de gente y se situó en la parte posterior, tratando de pasar inadvertido. El grupo visitó los Jardines de Luxemburgo, el Louvre, la tumba de Napoleón en Les Invalides y una serie de monumentos más. Y en todo momento, Robert se las ingenió para perderse entre la multitud.

Día veintidós.
París, Francia.

Compró una entrada para la sesión de medianoche del Moulin Rouge, como parte de otro grupo turístico. El espectáculo empezaba a las dos de la mañana. Cuando terminó, pasó el resto de la noche caminando por Montmartre y yendo de un bar a otro.

Los periódicos de la mañana no estarían en la calle hasta las cinco. Unos minutos antes de esa hora, Robert se encontraba cerca de un quiosco, aguardando. Un camión rojo se acercó, y un muchacho arrojó un paquete de diarios al suelo. Robert levantó el primero. Pasó a la página de anuncios clasificados. El suyo estaba allí. Ahora sólo le quedaba esperar.

A mediodía, Robert entró en una pequeña tabaquería, donde cientos de mensajes personales aparecían clavados en un tablero. Eran avisos solicitando personal doméstico, anuncios de pisos por alquilar, estudiantes que buscaban compañeros de habitación, bicicletas en venta. En medio del tablero, Robert encontró el mensaje que buscaba: «Tilly deseando verte. Llámala al 50 41 26 45».

Li Po contestó a la primera llamada.

—¿Robert?

—Zao, Li.

—Por Dios, hombre, ¿qué está pasando?

—Esperaba que tú me lo dijeras.

—Amigo mío, estás recibiendo más atención que el presidente de Francia. Constantemente llegan cables hablando de ti. ¿Qué has hecho? No, no me lo digas. Sea lo que fuere, estás en un buen lío. Han intervenido el teléfono de la embajada china, también el mío particular, y vigilan mi casa. Me han estado haciendo muchas preguntas sobre ti.

—Li, ¿tienes alguna idea de qué es todo esto...?

—No por teléfono. ¿Recuerdas dónde queda el apartamento de Sung?

La novia de Li.

—Sí.

—Me reuniré contigo allí dentro de media hora.

—Gracias. —Robert tenía plena conciencia del problema en que se estaba

metiendo Li Po. Recordaba lo que le había ocurrido a Al Traynor, su amigo del FBI. «Soy una maldita ave de mal agüero. Todos los que se acercan a mí, mueren.»

El apartamento se encontraba en la Rue Bénouville, en un *arrondissement* tranquilo de París. Cuando Robert llegó al edificio, el cielo estaba cargado de nubes de lluvia, y se oían truenos que retumbaban a lo lejos. Entró en el vestíbulo y pulsó el timbre del apartamento. Li Po abrió la puerta de inmediato.

—Entra —dijo—. Rápido. —Cerró la puerta detrás de Robert y echó el cerrojo. Li Po no había cambiado desde la última vez que Robert lo había visto: alto, delgado y siempre joven.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Li, ¿sabes qué demonios pasa?

—Siéntate, Robert.

Robert lo hizo.

Li lo observó durante unos instantes.

—¿Alguna vez has oído hablar de la Operación Juicio Final?

Robert frunció el entrecejo.

—No. ¿Tiene algo que ver con los ovnis?

—Tiene muchísimo que ver con los ovnis. El mundo se enfrenta a un desastre, Robert.

Li Po comenzó a pasearse por la habitación.

—Los extraterrestres se dirigen a la Tierra para destruirnos. Hace tres años, aterrizaron aquí y se entrevistaron con funcionarios gubernamentales para exigir que todas las grandes potencias industriales cerraran sus plantas nucleares y dejaran de quemar combustible fósil.

Robert lo escuchaba, desconcertado.

—Exigieron que cesara la fabricación de combustibles, de productos químicos, de caucho, de plásticos. Eso significaría cerrar miles de fábricas en todo el mundo. Las fábricas de automóviles y las siderúrgicas tendrían que cerrar. Sería el fin de la economía mundial.

—¿Por qué querrían ellos...?

—Alegan que estamos contaminando el Universo, destruyendo los continentes y los mares... Quieren que dejemos de fabricar armas, que no libremos más guerras.

—Li...

—Un grupo de hombres poderosos de doce países se reunieron; importantes industriales de los Estados Unidos, Japón, Rusia, China... Un hombre con el nombre clave de Janus organizó a las agencias de inteligencia en todo el mundo para colaborar con la Operación Juicio Final, destinada a detener a los extraterrestres. —Miró a Robert—. ¿Has oído hablar del SDI?

—La Guerra de las Galaxias. El sistema de satélites para destruir los misiles balísticos intercontinentales soviéticos.

Li sacudió la cabeza.

—No. Ésa era una fachada. El SDI no fue creado para luchar contra los rusos, sino con el propósito específico de destruir los ovnis. Es la única oportunidad que existe de detenerlos.

Robert se quedó allí sentado en azorado silencio, tratando de digerir lo que Li Po le acababa de contar, mientras el retumbar de los truenos se hacía más intenso.

—¿Quieres decir que los gobiernos están detrás de...?

—Digamos que existen camarillas en cada gobierno. La Operación Juicio Final está dirigida por particulares. ¿Entiendes ahora?

—¡Dios mío! Los gobiernos no saben que... —Miró a Li—. Li, ¿cómo te has enterado de todo eso?

—Muy sencillo, Robert —dijo Li, muy sereno—. Yo soy la conexión china. —En su mano empuñaba una Beretta.

Robert se quedó mirando el arma.

—¡Li...!

Li apretó el gatillo, y el sonido del disparo se confundió con un trueno ensordecedor y el resplandor de un relámpago al otro lado de la ventana.

Capítulo 48

Las primeras gotas de agua pura de lluvia la despertaron. Estaba acostada en un banco del parque, demasiado exhausta para moverse. Durante los últimos dos días, había sentido que la energía se le escapaba. *Moriré aquí, en este planeta.* Y así, se fue quedando dormida en lo que creyó sería su último sueño. Y entonces vino la lluvia. La bendita lluvia. No podía creerlo. Levantó la cabeza hacia el cielo y sintió las gotas frescas que le corrían por la cara. Empezó a llover cada vez más fuerte. Un líquido fresco y puro. Entonces se incorporó y levantó los brazos hacia el cielo, dejó que el agua se deslizara por su cuerpo, le diera nueva fuerza, le devolviera la vida. Dejó que el agua de lluvia le llenara el cuerpo, y la absorbió hasta su misma esencia, hasta sentir que el cansancio desaparecía. Se fue sintiendo cada vez más fuerte, hasta que por último pensó: *Estoy lista. Puedo pensar con claridad. Sé quién puede ayudarme a regresar.* Sacó el pequeño transmisor, cerró los ojos y comenzó a concentrarse.

Capítulo 49

Fue el fogonazo del relámpago lo que le salvó la vida a Robert. En el instante en que Li Po comenzaba a presionar el gatillo, el súbito fulgor de luz del otro lado de la ventana lo distrajo durante una fracción de segundo. Robert se movió, y el proyectil le dio en el hombro derecho en lugar de incrustarse en su pecho.

Cuando Li levantó el arma para disparar de nuevo, Robert le lanzó una patada lateral y consiguió que la pistola cayera al suelo. Li pegó un salto hacia delante y golpeó con fuerza a Robert en el hombro, exactamente donde había resultado herido. El dolor era terriblemente agudo. La chaqueta de Robert estaba cubierta de sangre. Pero lanzó un golpe hacia delante con el codo. Li gimió de dolor. Respondió con un golpe *shuto* mortal de necesidad hacia el cuello, pero Robert lo esquivó. Los dos hombres empezaron a girar en círculos, respirando agitadamente, en busca de una apertura. Lucharon en silencio en un ritual mortal más antiguo que el tiempo, y ambos sabían que solamente uno de los dos saldría de aquello con vida. Robert comenzaba a debilitarse. El dolor del hombro era cada vez más intenso, y veía cómo la sangre goteaba sobre el suelo.

El tiempo estaba de parte de Li Po. *Tengo que rematar esto pronto*, pensó

Robert. Se acercó a su adversario con una patada frontal y sorpresiva. En lugar de esquivarla, Li aprovechó la fuerza del impacto para quedar suficientemente cerca de Robert y clavarle el codo en el hombro. Robert se tambaleó. Li se aproximó con un giro sobre sí mismo y una patada hacia atrás, y Robert dio un traspié. En un instante, Li estaba de nuevo encima de él, golpeándolo con los puños en el hombro, una y otra vez, y haciéndole retroceder por la habitación. Robert estaba demasiado débil como para detener aquella lluvia de golpes. Se le empezaba a nublar la vista. Se abalanzó contra Li, se agarró a él y los dos hombres cayeron, y en el trayecto hicieron pedazos una mesa de cristal. Robert quedó tendido en el suelo, incapaz de moverse. *Todo ha terminado, pensó. Han ganado ellos.*

Se quedó allí tirado, semiinconsciente, esperando a que Li lo rematara. No sucedió nada. Lenta y dolorosamente, Robert levantó la cabeza. Li estaba tendido en el suelo junto a él, los ojos abiertos de par en par, la vista fija en el techo. Una astilla larga de cristal sobresalía de su pecho como una daga transparente.

Robert luchó por levantarse. Estaba muy débil por la sangre perdida. El dolor del hombro era insoportable. *Tengo que encontrar un médico, pensó. Había uno... uno que la agencia utilizaba en París. Trabajaba en el Hospital Norteamericano. Hilsinger. Sí, eso es. Leon Hilsinger.*

El doctor Hilsinger estaba a punto de salir del consultorio cuando recibió una llamada telefónica. Su enfermera ya se había retirado, así que contestó él. La voz que hablaba al otro lado de la línea no era nada clara.

—¿Doctor Hilsinger?

—Sí.

—Le habla Robert Bellamy... Necesito su ayuda. Estoy muy malherido. ¿Me ayudará usted?

—Por supuesto. ¿Dónde está en este momento?

—Eso no importa. Me encontraré con usted en el Hospital Norteamericano dentro de media hora.

—Allí estaré. Diríjase directamente a la sala de urgencias.

—Doctor... por favor, no le mencione a nadie esta llamada.

—Tiene mi palabra. —La comunicación se cortó.

El doctor Hilsinger marcó un número.

—Acabo de tener noticias del comandante Bellamy. Me encontraré con él dentro de media hora en el Hospital Norteamericano.

—Gracias, doctor.

El doctor Hilsinger colgó el teléfono. Oyó que la puerta de la recepción se abría y levantó la vista. Robert Bellamy estaba allí de pie, empuñando una pistola.

—Pensándolo mejor —dijo Robert—, creo que prefiero que me atienda aquí.

El médico trató de disimular su sorpresa.

—Usted... usted debería estar en un hospital.

—Demasiado cerca de la morgue. Póngame un parche, y hágalo rápido.

—Le resultaba difícil hablar.

El hombre empezó a protestar, pero lo pensó mejor.

—Sí. Lo que usted diga. Será mejor que le dé un anestésico.

—Ni lo sueñe —dijo Robert—. Nada de trucos. —Sostenía el arma con la mano izquierda—. Si yo no salgo de aquí con vida, tampoco lo hará usted. ¿Alguna pregunta? —Se sintió desfallecer.

El doctor Hilsinger tragó saliva.

—No.

—Entonces empiece a trabajar...

El doctor Hilsinger condujo a Robert a la otra habitación, una sala de examen llena de equipo médico. Lenta y cuidadosamente, Robert se quitó la chaqueta. Sin dejar de sostener la pistola, se sentó en la camilla. El doctor Hilsinger tenía un bisturí en la mano. Los dedos de Robert se cerraron sobre el gatillo.

—Tranquilícese —dijo el doctor Hilsinger, muy nervioso—. Sólo me propongo cortarle la camisa.

La herida estaba en carne viva, roja de sangre.

—La bala todavía está aquí —dijo el doctor Hilsinger—. No podrá soportar el dolor a menos que le administre...

—¡No! —No iba a permitir que lo drogaran—. Sáquela.

—Lo que usted diga.

Robert vio que el médico se acercaba a un autoclave e introducía un par de fórceps. Se sentó en el borde de la camilla y luchó contra el mareo que se apoderaba de él. Cerró los ojos un momento, y cuando los abrió el doctor Hilsinger estaba de pie junto a él, con el fórceps en la mano.

—Ahí vamos. —Empujó el fórceps en la herida, y Robert aulló de dolor. Frente a sus ojos se encendieron luces brillantes.

Empezó a perder el conocimiento.

—Ya está —dijo el doctor Hilsinger.

Robert se quedó allí sentado durante un buen rato, temblando, respirando hondo, luchando por recuperar el control de sí mismo.

El doctor Hilsinger lo observaba con atención.

—¿Se siente usted bien?

Robert tardó un momento en recuperar la voz.

—Sí... Póngame el parche.

El médico vertió agua oxigenada en la herida, y de nuevo Robert sintió que se desvanecía. Apretó los dientes. *Aguanta. Ya casi lo has conseguido.* Y por fin, lo peor había pasado. El médico le estaba vendando la herida.

—Deme la chaqueta —dijo Robert.

El doctor Hilsinger se quedó mirándolo.

—No puede irse ahora. Ni siquiera puede caminar.

—Tráigame la chaqueta. —Su voz era tan débil que casi no podía hablar. Vio que el médico cruzaba la habitación para ir a recoger su chaqueta, y le pareció que eran dos.

—Ha perdido mucha sangre —le previno el doctor Hilsinger—. Es peligroso que se vaya.

Y más peligroso todavía quedarme, pensó Robert. Con mucho cuidado, se puso la chaqueta y trató de ponerse en pie. Sus piernas empezaron a ceder. Se aferró al borde de la camilla.

—No lo conseguirá —le advirtió el doctor Hilsinger.

Robert levantó la vista e intentó fijar la borrosa figura que tenía ante él.

—Sí lo conseguiré.

Pero él sabía que en cuanto se marchara, el doctor Hilsinger volvería a efectuar una llamada telefónica. Los ojos de Robert enfocaron el resistente esparadrapo que el médico había utilizado.

—Siéntese en ese sillón —le ordenó con voz no muy clara.

—¿Por qué? ¿Qué piensa usted...?

Robert levantó la pistola.

—Siéntese.

El doctor Hilsinger le obedeció. Robert cogió el rollo de esparadrapo. Era una tarea difícil porque sólo podía emplear una mano. Soltó un extremo de la tira y comenzó a desenrollarla. Se acercó al doctor Hilsinger.

—Quédese quieto y no le pasará nada.

Sujetó el extremo a un brazo del sillón y después comenzó a enrollarlo alrededor de las manos del médico.

—Realmente, esto no es necesario —dijo el doctor Hilsinger—. Yo no...

—Cállese. —Robert siguió atando al médico al sillón. El esfuerzo que le exigía aquella operación despertó nuevos dolores intensísimos. Miró al médico y le dijo, muy despacio:

—No me voy a desmayar.

Y se desmayó.

Flotaba en el espacio, se desplazaba sin peso por entre nubes blancas, en paz. *Despierta*. No quería despertarse. Quería que aquella maravillosa sensación se prolongara eternamente. *Despierta*. Algo duro presionaba contra su costado. Algo que tenía en el bolsillo de la chaqueta. Sin abrir los ojos, metió la mano en el bolsillo y lo cogió. Era el cristal. Volvió a sumirse en un sueño profundo.

Robert. Era una voz de mujer, dulce y sedante. Él descansaba en un hermoso prado verde, y el aire estaba lleno de música, y arriba, en el cielo, había luces brillantes. Una mujer se le acercaba. Era alta y hermosa, su rostro era fino y ovalado, con la tez casi traslúcida. Vestía una túnica blanca como la nieve. Su voz era tierna y muy suave.

Nadie volverá a lastimarte, Robert. Ven a mí. Te estoy esperando.

Lentamente, Robert abrió los ojos. Se quedó quieto durante un momento largo, después se incorporó, lleno de una repentina excitación. Ahora sabía quién era el testigo número once, y también sabía dónde se encontraría con ella.

Capítulo 50

*Día veintitrés.
París, Francia.*

Llamó por teléfono al almirante Whittaker desde el consultorio del médico.

—¿Almirante? Habla Robert.

—¡Robert! ¿Qué ocurre? Me dijeron que...

—Eso no importa ahora. Necesito su ayuda, almirante. ¿Alguna vez ha oído hablar de Janus?

—¿Janus? —dijo en voz baja el almirante Whittaker—. Jamás.

—He descubierto que encabeza una especie de organización secreta que está matando a gente inocente —dijo Robert—, y ahora se propone matarme a mí. Tenemos que detenerlo.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Necesito hablar con el presidente. ¿Puede usted concertar una entrevista?

Hubo un momento de silencio.

—Estoy seguro de que sí.

—Hay más. El general Hilliard está mezclado en esto.

—¿Qué? ¿De qué manera?

—Y hay otros. También están involucradas la mayoría de las agencias de inteligencia de Europa. Ahora no puedo explicarle más. Quiero que llame a Hilliard. Dígale que he encontrado al testigo número once.

—No entiendo. ¿El undécimo testigo de qué?

—Lo lamento, almirante, pero no puedo decírselo. Hilliard lo entenderá. Quiero que se encuentre conmigo en Suiza.

—¿En Suiza?

—Dígale que soy el único que sabe dónde se encuentra el undécimo testigo. Si hace un movimiento en falso, el trato queda anulado. Dígale que vaya al Dolder Grand, en Zurich. Habrá una nota para él esperándolo en conserjería. Dígale también que quiero que Janus vaya a Suiza en persona.

—Robert, ¿estás seguro de que sabes lo que estás haciendo?

—No, señor, no lo estoy. Pero es mi única oportunidad. Quiero que le diga que mis condiciones no son negociables. Primero, quiero un pasaje seguro a Suiza. Segundo, quiero que el general Hilliard y Janus se encuentren conmigo allí. Tercero, después de eso, quiero reunirme con el presidente de los Estados Unidos.

—Haré todo lo que esté en mi mano, Robert. ¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo?

—Yo volveré a llamarle. ¿Cuánto tiempo necesita?

—Dame una hora.

—Muy bien.

—Y, Robert...

Advirtió el dolor y la preocupación en la voz del anciano.

—¿Sí, señor?

—Ten cuidado.

—No se preocupe, señor. Soy un superviviente. ¿Recuerda?

Una hora después, Robert volvía a ponerse en contacto con el almirante Whittaker.

—Trato hecho. El general Hilliard pareció sorprenderse por la novedad de la existencia de otro testigo. Me ha dado su palabra de que no te harán nada.

Se cumplirán tus condiciones. Él volará a Zurich y estará allí mañana por la mañana.

—¿Y Janus?

—Janus viajará en el avión con él.

Robert sintió un profundo alivio.

—Gracias, almirante. ¿Y el presidente?

—Yo mismo he hablado con él. Sus ayudantes concertarán una cita para ti cuando estés listo.

¡Gracias a Dios!

—El general Hilliard tiene un avión para que vuelas a...

—De ninguna manera. —No iba a permitirles que lo metieran en un avión—. Estoy en París. Quiero un automóvil y yo mismo lo conduciré. Que me lo dejen frente al Hotel Littré en Montparnasse dentro de media hora.

—Haré todo lo necesario para que así sea.

—¿Almirante?

—¿Sí, Robert?

Le costaba mantener la voz firme.

—Gracias.

Caminó por la Rue Littré, despacio a causa del dolor. Se acercó al hotel con cautela. Aparcado exactamente frente al edificio había un sedán Mercedes negro. No había nadie dentro. Al otro lado de la calle había un coche patrulla azul y blanco, con un policía uniformado al volante. En la acera, dos hombres de civil observaron a Robert mientras se acercaba. *Servicio Secreto Francés.*

Robert descubrió que le costaba respirar. El corazón le latía con fuerza. ¿Estaba a punto de meterse en una trampa? El único seguro que tenía era el undécimo testigo. ¿Hilliard le creía? ¿Bastaba eso?

Se dirigió al sedán, esperando que los hombres se movieran. Permanecieron inmóviles, observándolo en silencio.

Robert se acercó al Mercedes y escrutó el interior. Las llaves estaban puestas en el contacto. Podía sentir los ojos de los hombres fijos en él cuando abrió la puerta y se deslizó en el asiento del conductor. Se quedó allí sentado un momento, mirando la llave. Si el general Hilliard había traicionado al

almirante Whittaker, ése era el instante en que todo terminaría con una explosión violenta.

Adelante. Robert hizo una inspiración profunda, bajó la mano izquierda e hizo girar la llave. El motor ronroneó y el coche se puso en marcha. Los hombres del servicio secreto se quedaron mirándolo mientras se alejaba. Cuando Robert se acercaba a un cruce, un coche patrulla de la policía se situó delante de su automóvil, y por un momento Robert pensó que lo iban a detener. En cambio, los policías encendieron el destellador rojo, y el tráfico pareció desvanecerse. *¡Me están escoltando!*

Por encima de su cabeza, Robert oyó el zumbido de un helicóptero. Miró hacia arriba. En un costado del helicóptero aparecía la insignia de la policía nacional francesa. El general Hilliard estaba haciendo todo lo posible para que él llegara a Suiza sin contratiempos. *Y una vez que le muestre el último testigo, pensó Robert, cree que va a matarme. Pero al general le espera una sorpresa.*

Robert llegó a la frontera suiza a las cuatro de la tarde. Allí, el coche de la policía francesa se retiró y pasó a escoltarlo uno de la policía suiza. Por primera vez desde que todo había empezado, Robert comenzó a distenderse. *Gracias a Dios que el almirante Whittaker tiene amigos en las altas esferas.* Puesto que el presidente estaba dispuesto a concederle una entrevista, el general Hilliard no se atrevería a hacerle nada. Volvió a concentrarse mentalmente en la mujer de blanco, y en aquel mismo instante oyó su voz. El sonido reverberó en el automóvil.

Apresúrate, Robert. Todos te estamos esperando.

¿Todos? ¿Hay más de uno? Pronto lo averiguaré, pensó Robert.

En Zurich, Robert paró en el Dolder Grand Hotel y escribió una nota para el general que dejó en conserjería.

—El general Hilliard preguntará por mí —le dijo Robert al recepcionista—. Por favor, entréguele esto.

—Sí, señor.

Una vez afuera, Robert se acercó al coche policial que le había dado escolta. Se agachó para hablar con el conductor.

—De ahora en adelante, quiero estar solo.

El conductor vaciló.

—Muy bien, comandante.

Robert volvió a su coche y empezó a conducir hacia Uetendorf y el escenario de la caída del ovni. Mientras conducía, pensaba en todas las tragedias ocurridas por su culpa y en todas las vidas segadas. *Hans Beckerman y el padre Patrini; Leslie Mothershed y William Mann; Daniel Wayne y Otto Schmidt; Laslo Bushfekete y Fritz Mandel; Olga Romanchanko y Kevin Parker. Muertos. Todos muertos.*

Quiero ver el rostro de Janus, pensó Robert, y mirarlo a los ojos.

Los pueblos parecían pasar a toda velocidad, y la prístina belleza de los Alpes contradecía el derramamiento de sangre y el terror que se había iniciado allí. El automóvil se acercó a Thun, y por el cuerpo de Robert comenzó a fluir adrenalina. Frente a él estaba el campo donde él y Beckerman habían encontrado el globo sonda, donde había empezado aquella pesadilla. Robert detuvo el coche a un lado del camino y apagó el motor. Elevó una plegaria silenciosa. Después, bajó del automóvil, cruzó la carretera y se internó en el campo.

Mil recuerdos desfilaron por su mente. La llamada telefónica a las cuatro de la madrugada. «*Se le ordena presentarse ante el general Hilliard en el cuartel central de la Agencia Nacional de Seguridad, en Fort Meade, a las seis de la mañana. ¿Ha entendido el mensaje, comandante?*»

Qué poco había entendido entonces. Recordaba las palabras del general Hilliard: «Tiene que encontrar a esos testigos. A todos». Y la búsqueda le había llevado de Zurich a Berna, Londres, Munich, Roma y Orvieto; de Waco a Fort Smith; de Kiev a Washington y Budapest. Bueno, el rastro sangriento había llegado a su fin, al lugar donde había empezado todo.

Ella le estaba esperando, como suponía Robert, y era exactamente igual a

como había aparecido en su sueño. Los dos se acercaron, y ella pareció flotar hacia él, con una sonrisa radiante en el rostro.

—*Gracias por venir, Robert.*

¿De verdad la había oído hablar, o lo que estaba oyendo eran sus pensamientos? ¿Cómo se le hablaba a un ser extraterrestre?

—Tenía que venir —dijo él, sencillamente.

Aquella escena tenía un aire totalmente irreal. *¡Estoy aquí, hablando con alguien de otro mundo! Deberla estar aterrado, pero jamás me he sentido más en paz que en este momento.*

—Debo prevenirte —dijo Robert—. Vendrán aquí unos hombres que querrán hacerte daño. Sería mejor que te fueras antes de su llegada.

—*No puedo irme.*

Y Robert entendió. Metió la mano izquierda en el bolsillo y sacó el pequeño trozo de metal que contenía el cristal.

La cara de ella se iluminó.

—*Gracias, Robert.*

Él se lo entregó y vio cómo ella lo encajaba en el otro trozo que tenía en la mano.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Robert.

—*Ahora puedo comunicarme con mis amigos. Vendrán a buscarme.*

¿Había algo de amenazador en aquella frase? Robert recordó las palabras del general Hilliard: «Se proponen apoderarse de este planeta y convertirnos en sus esclavos». ¿Y si el general Hilliard estaba en lo cierto? ¿Y si los extraterrestres tenían la intención de apoderarse de la Tierra? ¿Quién se lo impediría? Robert consultó su reloj. Casi era la hora en que debían llegar el general Hilliard y Janus, y en el preciso momento en que Robert lo pensaba, oyó el zumbido de un gigantesco helicóptero Huey que se acercaba.

—*Tus amigos están aquí.*

Amigos. Eran sus enemigos mortales, y él estaba decidido a desenmascarar a aquellos asesinos, a destruirlos.

La hierba y las flores del campo comenzaron a agitarse salvajemente cuando el helicóptero aterrizó.

Estaba a punto de encontrarse cara a cara con Janus. La sola idea lo llenó de una furia asesina. La puerta del helicóptero se abrió.

Por ella apareció Susan.

Capítulo 51

En la nave nodriza, que flotaba a mucha distancia sobre la Tierra, reinaba una inmensa alegría. Todas las luces de los paneles eran verdes.

—*¡La hemos encontrado!*

—*Debemos darnos prisa.*

La enorme nave empezó a girar hacia el planeta que estaba allá abajo, muy lejos.

Capítulo 52

Por un instante, el tiempo quedó congelado, y después estalló en mil pedazos. Robert vio, estupefacto, cómo Susan bajaba del helicóptero. Se quedó allí parada un segundo, y luego empezó a acercarse a Robert, pero Monte Banks, que estaba detrás de ella, la cogió del brazo y se lo impidió.

—¡Corre, Robert! ¡Huye! ¡Te van a matar!

Robert dio un paso hacia ella, pero en aquel momento el general Hilliard y el coronel Frank Johnson bajaron del helicóptero.

El general Hilliard dijo:

—Estoy aquí, comandante. He cumplido mi parte del trato. —Se acercó a Robert y a la mujer de blanco—. Supongo que esta mujer es el undécimo testigo. Estoy seguro de que nos resultará de gran utilidad. De modo que, finalmente, todo ha terminado.

—Todavía no. Usted dijo que traería a Janus.

—Sí, claro. Janus ha insistido en venir a verlo.

Todos se volvieron hacia el helicóptero. El almirante Whittaker se encontraba de pie en la puerta.

—¿Querías verme, Robert?

Robert lo miró, sin poder creerlo, y fue como si sus ojos se cubrieran con

una película roja, como si el mundo se hubiera desplomado sobre él.

—¡No! ¿Por qué...? ¿Por qué, por el amor de Dios?

—No lo entiendes, ¿verdad? Jamás lo has entendido. Te preocupan unas cuantas vidas insignificantes. A nosotros, en cambio, nos preocupa salvar el mundo. Esta Tierra nos pertenece para hacer con ella lo que se nos antoje.

Fijó su mirada en la mujer de blanco.

—Si ustedes quieren guerra, guerra tendrán. ¡Y les venceremos! —Volvió a dirigirse a Robert—. Me traicionaste. Eras mi hijo. Dejé que ocuparas el lugar de Edward. Te di la oportunidad de servir a tu país. ¿Y cómo me pagaste? Viniste a mí gimoteando para que te dejara quedarte en casa y poder estar con tu mujer. —Su voz rezumaba desprecio—. Ningún hijo mío hubiera hecho eso. Debería haber comprendido entonces lo distorsionada que estaba tu escala de valores.

Robert permaneció allí, paralizado, demasiado horrorizado para hablar.

—Yo destruí tu matrimonio porque todavía tenía fe en ti, pero...

—¿Destruyó mi...?

—¿Recuerdas cuando la CIA te envió tras la pista del Zorro? Fui yo quien lo dispuso. Esperaba hacerte entrar en razón. Fracasaste porque el Zorro no existía. Creí que te había enderezado, que renunciarías a tu matrimonio. En cambio, me anunciaste que ibas a abandonar la agencia. En ese momento supe que no eras un patriota, que debías ser eliminado, destruido. Pero primero hice que nos ayudaras con nuestra misión.

—¿Su misión? ¿Matar a todas esas personas inocentes? ¡Está loco!

—Debían ser eliminadas para evitar que sembraran el pánico. Estamos listos para combatir a los extraterrestres. Lo único que necesitábamos era un poco más de tiempo, y tú nos lo has proporcionado.

La mujer de blanco había permanecido allí escuchando, sin decir nada, pero ahora sus pensamientos penetraron en la mente de todos los que se encontraban en el campo:

—*Hemos venido aquí para evitar que destruyáis vuestro planeta. Todos formamos parte de un mismo Universo. Mirad hacia arriba.*

Todos levantaron la vista hacia el cielo. Había allí una enorme nube blanca, y cuando la miraron, cambió delante de sus ojos. Lo que veían era una imagen de un casquete polar, y mientras miraban comenzó a derretirse, y

el agua fluyó hacia los ríos y océanos del mundo, inundando Londres y Los Ángeles, Nueva York y Tokio, y todas las ciudades costeras del mundo en un montaje vertiginoso. La visión se transformó en una panorámica de las tierras de cultivo occidentales, con cosechas quemadas y convertidas en cenizas bajo un sol ardiente e implacable, y los cadáveres de animales muertos diseminados en el paisaje. La escena que tenían ante los ojos volvió a cambiar, y vieron disturbios en China, y hambre en la India, y una guerra nuclear devastadora, y, por último, gente viviendo en cavernas. La visión desapareció.

Hubo un momento de silencio reverente.

—*Ése es vuestro futuro si seguís así.*

El almirante Whittaker fue el primero en recuperarse.

—Hipnosis colectiva —saltó—. Estoy seguro de que usted puede hacernos muchos trucos más. —Se acercó a la extraterrestre—. La llevaré a Washington conmigo. Es mucha la información que podemos extraerle. —El almirante miró a Robert—. Estás terminado. —Se volvió a Frank Johnson—. Ocúpese de él.

El coronel Johnson sacó su pistola.

Susan se soltó del brazo de Monte y corrió junto a Robert.

—¡No! —gritó.

—¡Mátelo! —exclamó el almirante Whittaker.

El coronel Johnson apuntaba con su pistola al almirante Whittaker.

—Almirante, queda usted arrestado.

El almirante Whittaker lo miró con incredulidad.

—¿Qué... qué dice? Le he ordenado que lo mate. Usted es de los nuestros.

—Se equivoca. Jamás lo he sido. Me infiltré en su organización hace mucho tiempo. Buscaba al comandante Bellamy, pero no para matarlo sino para salvarlo. —Miró a Robert—. Lo siento, no pude llegar antes.

El rostro del almirante Whittaker tenía ahora un tono ceniciento.

—Entonces, también usted será destruido. Nuestra organización...

—Ya no tiene ninguna organización, almirante. En este momento, todos los miembros están siendo arrestados. Esto se ha terminado.

Procedente del cielo llegó un estruendo amenazador. La inmensa nave

nodriza se encontraba encima de ellos y en su interior destellaban fulgurantes luces verdes. Enseguida, el aparato había aterrizado. Apareció entonces una nave espacial más pequeña, y después otra, y seguidamente dos más y otras dos, hasta que el cielo pareció llenarse de ellas, y se oyó en el aire un estruendo que se transformó en una música gloriosa que reverberó a través de las montañas. La puerta de la nave nodriza se abrió.

La mujer de blanco se volvió hacia Robert.

—*Ha llegado la hora de marcharme.* —Luego se dirigió al almirante Whittaker, al general Hilliard y a Monte Banks—. *Ustedes vendrán conmigo.*

El almirante Whittaker sacudió la cabeza.

—¡No iré!

—*Sí. No le haremos daño.*

Extendió la mano, y durante unos momentos no sucedió nada. Luego, mientras los demás observaban, los tres hombres comenzaron a andar lentamente hacia la nave espacial, como hipnotizados.

El almirante Whittaker gritó:

—¡No!

Seguía gritando cuando los tres hombres desaparecieron dentro de la nave espacial.

La mujer de blanco se volvió hacia los otros.

—*No les haremos daño. Tienen mucho que aprender. Cuando lo hayan aprendido, serán devueltos aquí.*

Susan abrazaba muy fuerte a Robert.

—*Dile a la gente que debe dejar de destruir el planeta, Robert. Haz que lo entiendan.*

—Yo no soy más que un hombre.

—*Hay cientos de hombres como tú. Todos los días aumenta el número de personas como tú. Un día seréis millones, y tú debes hablar con voz potente. ¿Lo harás?*

—Lo intentaré. Lo intentaré.

—*Ahora nos vamos. Pero os estaremos observando. Y regresaremos.*

La mujer de blanco dio media vuelta y entró en la nave nodriza. Las luces que había en el interior fueron aumentando en intensidad hasta que parecieron encender todo el cielo. De pronto, sin aviso previo, la nave

nodriza despegó, seguida por las naves más pequeñas, hasta que finalmente todas desaparecieron.

«Dile a la gente que debe dejar de destruir el planeta.» De acuerdo, pensó Robert. Ahora sé lo que voy a hacer con el resto de mi vida.

Miró a Susan y sonrió.

LA HISTORIA COMIENZA AQUÍ

Nota del Autor

En la etapa de investigación previa a esta novela, he leído numerosos libros y artículos de periódicos y revistas que citaban a unos astronautas que supuestamente habían tenido experiencias extraterrestres: el coronel Frank Borman, en la *Gemini 7*, dijo haber tomado fotografías de un ovni que siguió a su cápsula. Neil Armstrong, en la *Apollo 11*, vio dos naves espaciales no identificadas cuando se posó en la superficie de la luna. Buzz Aldrin fotografió naves espaciales no identificadas en la Luna. El coronel L. Gordon Cooper encontró un enorme ovni en un vuelo del Proyecto Mercury sobre Perth, Australia, y registró voces que hablaban unas lenguas que, según se demostró más tarde, no correspondían a ninguna de las que se hablan en la Tierra.

Hablé con esos hombres, así como también con otros astronautas, y todos me aseguraron que esas historias eran más apócrifas que apocalípticas, que ellos no habían tenido ninguna clase de experiencias con ovnis. Algunos días después de mi conversación telefónica con el coronel Cooper, él me volvió a llamar. Le devolví la llamada, pero repentinamente se había convertido en una persona inasequible. Un año más tarde, logré conseguir una carta escrita por él con fecha 9 de noviembre de 1978.

Volví a llamar por teléfono al coronel Cooper para preguntarle si la carta era auténtica. Esta vez, se mostró más afable. Me aseguró que lo era, y que, en sus viajes por el espacio, personalmente había presenciado varios vuelos de ovnis. También dijo que otros astronautas habían tenido experiencias similares, pero que se les advirtió que no las hicieran públicas.

He leído una docena de libros que prueban de una manera concluyente que los platillos volantes existen. Y he leído otra docena de libros que prueban de una manera concluyente que los platillos volantes no existen. He visto vídeos que supuestamente son fotografías de platillos volantes y me he entrevistado con terapeutas de los Estados Unidos y del extranjero, especializados en hipnotizar a personas que aseguran haber subido a un ovni. Los terapeutas dicen haber atendido cientos de casos en los que los detalles de las experiencias de las víctimas son sorprendentemente similares, incluyendo marcas idénticas e inexplicables en sus cuerpos.

Un general de las Fuerzas Aéreas que estaba al mando del Proyecto Blue Book —creado por el gobierno de los Estados Unidos para investigar el tema de los platillos volantes— me aseguró que jamás han existido pruebas concluyentes de la existencia de platillos volantes ni de extraterrestres.

Sin embargo, en el prólogo del notable libro de Timothy Good, *Above Top Secret: The Worldwide UFO Cover-up*, el Almirante de la Flota y Comandante Británico de Defensa entre 1971 y 1973, Lord Hill-Norton, señala:

Las pruebas de que existen objetos que han sido vistos en nuestra atmósfera, e incluso en la superficie de la Tierra, que no pueden confundirse con objetos hechos por el hombre ni atribuirse a ninguna fuerza o efecto físico conocido por nuestros científicos, me parecen abrumadoras... Personas cuya credibilidad está fuera de toda sospecha afirman haberlos visto. Resulta

sorprendente que tantas de ellas sean observadores adiestrados, como miembros de la policía y pilotos militares o comerciales...

En 1933, el Cuarto Escuadrón Aéreo de Suecia comenzó una investigación relacionada con una misteriosa aeronave que aparecía en los cielos de Escandinavia, y el 30 de abril de 1934, el general de división Erik Reuterswaerd hizo la siguiente declaración a la prensa:

El examen comparativo de estos informes demuestra que no cabe ninguna duda respecto al tráfico aéreo ilegal sobre nuestras zonas militares secretas. Contamos con muchas declaraciones de personas fiables que describen detalladamente la misteriosa aeronave. Y en todos los casos se observa el mismo comentario; esas máquinas no tienen ninguna identificación visible... La pregunta es; ¿quiénes o qué son, y por qué están invadiendo nuestro espacio aéreo?

En 1947, se solicitó al profesor Paul Santorini, destacado científico griego, que investigara los misiles que volaban sobre Grecia. Sin embargo, su investigación se vio interrumpida: «No tardamos en comprobar que no se trataba de misiles. Pero, antes de que pudiéramos hacer algo más, el Ejército, después de mantener varias conferencias con oficiales extranjeros, ordenó poner fin a la investigación. *Algunos científicos extranjeros volaron a Grecia para mantener una conversación secreta conmigo*». [El énfasis es mío.]

El profesor confirmó que un «velo mundial de ocultamiento» rodeaba el problema de los ovnis porque, entre otras razones, las autoridades no querían admitir la existencia de una fuerza contra la que no tenían «ninguna

posibilidad de defensa».

Entre 1947 y 1952, el Centro de Inteligencia Técnica Aérea recibió aproximadamente mil quinientos informes oficiales de contactos, de los cuales el veinte por ciento figuran en las Fuerzas Aéreas como inexplicables.

Lord Dowding, comandante en jefe del Comando Fighter de la RAF, durante la Batalla de Gran Bretaña, escribió en 1940:

Se han recibido informes de 10 000 contactos visuales con ovnis, la mayoría de los cuales no pueden explicarse por ninguna razón científica. Se les ha seguido el rastro en las pantallas de radar... y las velocidades observadas han sido tan impresionantes como 9000 millas por hora... Estoy convencido de que esos objetos existen y de que no han sido fabricados por ninguna nación de la Tierra. [El énfasis es mío] Por lo tanto, no veo ninguna alternativa a aceptar la teoría de que tienen un origen extraterrestre.

Recientemente, en Elimwood (Wisconsin) la totalidad de los habitantes de la ciudad vio durante varios días unos platillos volantes que cruzaban el cielo.

El general Lionel Max Chassin, que fue ascendido al rango de General en Jefe de las Fuerzas Aéreas Francesas y ocupó el cargo de Coordinador General de la Defensa Aérea, Fuerzas Aéreas Aliadas, Europa Central (OTAN), escribió:

Que se han visto cosas extrañas es algo ya incuestionable... El número de personas pensantes, inteligentes y educadas, en plena posesión de sus facultades mentales, que han «visto algo» y lo han descrito crece día a día.

Está también el famoso Incidente Roswell en 1947. Según informes de los testigos, la noche del 2 de julio fue visto sobre Roswell (Nuevo México) un objeto brillante con forma de disco. Al día siguiente, el administrador de un rancho local y sus dos hijos encontraron restos diseminados en un área muy extensa. Se avisó a las autoridades, quienes confirmaron oficialmente que se habían recuperado los restos de un platillo volante.

Un segundo comunicado señalaba que los restos encontrados pertenecían a un globo sonda, que fue exhibido en una conferencia de prensa. En el ínterin, los verdaderos restos parece que fueron enviados a Wright Field. Según uno de los testigos:

Los cuerpos parecían humanos pero no lo eran. Tenían la cabeza redonda y los ojos pequeños, muy separados entre sí, y carecían de pelo. La cabeza era grande en relación con el cuerpo. La ropa que llevaban era de una sola pieza de color gris. Parecían ser todos del sexo masculino y eran muchos... El personal militar se hizo cargo y nos dijeron que nos alejáramos del lugar y que no habláramos con nadie sobre lo que habíamos visto.

Según un documento obtenido en 1984 de una fuente de inteligencia, el presidente Truman organizó en 1947 un grupo ultra-secreto cuyo nombre en clave era Majestic 12, o MJ-12, para que investigara los ovnis e informara de sus hallazgos al presidente. El documento, fechado el 18 de noviembre de 1952 y clasificado Ultrasecreto/Majic/Confidencial, fue presuntamente redactado por el almirante Hillenkoetter para el presidente electo Dwight Eisenhower e incluye la sorprendente afirmación de que a tres kilómetros del lugar donde se encontraron los restos en Roswell se recuperaron los cuerpos de cuatro extraterrestres.

Cinco años después de su creación, el grupo envió un informe al entonces

presidente electo Eisenhower sobre el proyecto OVNI y la necesidad de reserva absoluta:

Las consecuencias para la Seguridad Nacional son de gran importancia, en tanto los motivos y las intenciones de estos visitantes siguen siendo completamente desconocidos... Es por estas razones, así como por consideraciones tecnológicas internacionales obvias y la necesidad imperativa de evitar a toda costa el pánico general, que el Grupo Majestic 12 considera de forma unánime que deben mantenerse en el nuevo gobierno las más estrictas precauciones de seguridad.

La explicación oficial del rechazo de este documento es que su autenticidad resulta cuestionable.

Se afirma que la Agencia Nacional de Seguridad mantiene en secreto más de cien documentos relacionados con los ovnis; la CIA, alrededor de cincuenta, y la DIA, seis.

El mayor Donald Keyhoe, ex ayudante de Charles Lindbergh, acusó públicamente al gobierno de los Estados Unidos de negar la existencia de los ovnis con el fin de impedir que cundiera el pánico.

En agosto de 1948, un Estado de la Situación ultrasecreto preparado por el Centro de Inteligencia Técnica Aérea sugirió que los ovnis eran visitantes interplanetarios. El general Vandenberg, Comandante en Jefe de las Fuerzas Aéreas, ordenó que se quemara el documento.

¿Existe una conspiración de los gobiernos a nivel mundial para ocultar la verdad al público?

En el breve espacio de seis años, veintitrés científicos ingleses que trabajaban en proyectos del tipo Guerra de las Galaxias murieron en circunstancias dudosas. Todos habían trabajado en distintas áreas de la guerra

electrónica, que incluye la investigación sobre ovnis. Ésta es una lista de los fallecidos y las fechas y circunstancias de su muerte:

1. 1982. Profesor Keith Bowden: muerto en un accidente automovilístico.
2. Julio de 1982. Jack Wolfenden: muerto en un accidente de planeador.
3. Noviembre de 1982. Ernest Brockway: suicidio.
4. 1983. Stephen Drinkwater: se suicidó ahorcándose.
5. Abril de 1983 Teniente coronel Anthony Godley: desaparecido, declarado muerto.
6. Abril de 1984. George Franks: se suicidó ahorcándose.
7. 1985. Stephen Oke: se suicidó ahorcándose.
8. Noviembre de 1985. Jonathan Wash: se suicidó arrojándose de un edificio.
9. 1986. Dr. John Brittan: suicidio por envenenamiento con monóxido de carbono.
10. Octubre de 1986. Arshad Sharif: se suicidó colocándose una soga con nudo corredizo en el cuello, atándola a un árbol y luego acelerando el automóvil a toda velocidad. El suceso tuvo lugar en Bristol, a ciento ochenta kilómetros de su domicilio de Londres.
11. Octubre de 1986. Vimal Dajibhai: se suicidó saltando de un puente en Bristol, a ciento sesenta kilómetros de su hogar en Londres.
12. Enero de 1987. Avtar Singh-Gida: desaparecido, declarado muerto.
13. Febrero de 1987. Peter Peapell: se suicidó reptando debajo de un automóvil en un garaje.
14. Marzo de 1987. David Sands: se suicidó estrellando su automóvil a toda velocidad contra un café.

15. Abril de 1987. Mark Wisner: se ahorcó.
16. 10 de abril de 1987. Stuart Gooding: lo mataron en Chipre.
17. 10 de abril de 1987. David Greenhalgh: se cayó de un puente.
18. Abril de 1987. Shani Warren: suicidio por inmersión.
19. Mayo de 1987. Michael Baker: murió en un accidente automovilístico.
20. Mayo de 1988. Trevor Knight: suicidio.
21. Agosto de 1988. Alistair Beckham: suicidio por auto electrocución.
22. Agosto de 1988. General de brigada Peter Ferry: suicidio por auto electrocución.
23. Fecha desconocida. Victor Moore: suicidio.

¿Coincidencias?

Durante las últimas tres décadas ha habido por lo menos setenta informes de objetos misteriosos en el cielo y un número diez veces mayor de contactos visuales que no se han dado a conocer.

Los informes sobre los objetos voladores no identificados llegan desde centenares de países de todo el mundo. En Gran Bretaña y Estados Unidos se los conoce como *Unidentified Flying Objects*; en Alemania, como *Fliegende Untertassen*; en Francia, como *Soucoupes Volantes*, y en Checoslovaquia, como *Letajici Talire*.

Según el eminente astrónomo Carl Sagan, nuestra Vía Láctea tiene alrededor de 250 mil millones de estrellas, y de éstas, un millón reúne las características necesarias para que exista alguna forma de civilización.

El gobierno de los Estados Unidos niega la existencia de inteligencia

extraterrestre, pero en el Columbus Day de 1992, la NASA activará en California y Puerto Rico radiotelescopios equipados con receptores especiales y sistemas informáticos capaces de analizar decenas de millones de canales de radio simultáneamente, en busca de señales de vida inteligente en el Universo.

Para la NASA, esta misión es un Proyecto de Observación de Microondas, pero los astrónomos la llaman Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre.

Pregunté a dos ex presidentes de los Estados Unidos si tenían algún conocimiento acerca de los ovnis o los extraterrestres, y en ambos casos la respuesta fue negativa. De haber contado con información, ¿me lo habrían dicho? En vista del misterio que rodea el tema, no lo creo.

¿Existen realmente los platillos volantes? ¿Nos visitan habitantes de otro planeta? Gracias a la nueva tecnología que llega cada vez más lejos en el Universo en busca de signos de vida inteligente en el espacio, quizá tengamos la respuesta antes de lo que suponemos.

Muchos de los que trabajan en la exploración del espacio, la astronomía y la cosmología no están dispuestos a esperar esa respuesta y se han lanzado a hacer predicciones por su cuenta. Una de ellas es Jill Tartar, astrofísica empleada en el Ames Research Center de la NASA en Ames (Iowa):

Hay 400 mil millones de estrellas en la galaxia. Estamos hechos de polvo de estrellas, algo realmente muy común. En un Universo lleno de polvo de estrellas, resulta difícil creer que seamos los únicos seres que pueden existir.

9 de noviembre de 1978

Embajador Griffith
Delegación de la isla de Granada en las Naciones Unidas
866 Segunda Avenida, Ap. 502
Nueva York, 10017

Estimado Señor Embajador:

Deseo expresarle mi opinión en torno a los visitantes extraterrestres, denominados popularmente «Ovnis», a la vez que sugerir el procedimiento adecuado a seguir al respecto.

Considero que estos vehículos extraterrestres que visitan la Tierra con su tripulación proceden de otros planetas que gozan de un nivel tecnológico ligeramente superior al alcanzado por nosotros. Mi opinión es que deberíamos contar con una programa coordinado de alto nivel que nos permitiera no sólo recoger y analizar científicamente los datos existentes en todo el mundo acerca de los diferentes encuentros que han tenido lugar, sino también decidir que la mejor manera de tratar con estos visitantes es la amistosa. Cabe la posibilidad de que para ser admitidos como miembros de pleno derecho en esta asociación universal debamos demostrar que hemos aprendido a resolver nuestros conflictos por medios pacíficos y no mediante la guerra. Dicha aceptación significaría para nuestro mundo unas posibilidades de promoción muy importantes en todos los sectores, y sin duda supondría que las Naciones Unidas tienen verdadero interés en encarar este asunto con toda prontitud y de una manera adecuada.

Debo señalar que no soy un experto en la investigación profesional de los ovnis, y que hasta ahora no he tenido el privilegio de viajar en ningún platillo volante ni de conocer a su tripulación. Pero creo que en cierto modo estoy calificado para tratar del tema en tanto que he

estado en los límites de las extensas áreas en las que ellos viajan. Asimismo, en 1951 tuve la oportunidad de observar durante dos días numerosas escuadrillas de diferentes tamaños que sobrevolaban Europa, generalmente de este a oeste, en formación de combate, a una altitud superior a la que podían alcanzar nuestros reactores de caza de aquel entonces.

También deseo destacar que la mayor parte de los astronautas se muestran reticentes a hablar de los ovnis debido a la inmensa cantidad de personas que han vendido todo tipo de historias inventadas y que han falsificado documentos, poniendo en entredicho su nombre y su reputación sin dudarle ni un instante. Los escasos astronautas que han seguido investigando en el campo de los ovnis se han visto obligados a obrar con la mayor cautela. Somos muchos quienes creemos en los ovnis y hemos tenido la oportunidad de ver uno de ellos desde el avión o posado en la superficie de la tierra.

Si las Naciones Unidas deciden seguir adelante con este proyecto y prestarle su credibilidad, es posible que sean muchas las personas calificadas que se decidan a proporcionar ayuda e información.

Esperando recibir noticias tuyas muy pronto, se despide atentamente.

L. Gordon Cooper
Coronel retirado de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos
Astronauta



Sidney Sheldon (Chicago, Illinois, EE. UU. 11 de febrero de 1917 – Rancho Mirage, California, EE. UU. 30 de enero de 2007), hijo de padre judío alemán y madre judía rusa, su verdadero nombre era Sidney Schechtel.

Asistió a la Northwestern University, ya escribiendo por entonces pequeñas obras de teatro. En 1937 marchó a Hollywood, trabajando en la revisión de guiones para películas de serie B. Tras la Segunda Guerra Mundial, se afincó en Nueva York, dedicándose a la escritura de comedias musicales para Broadway y, amparado en el éxito que había obtenido, regresó a Hollywood, donde continuó escribiendo guiones cinematográficos, también acompañados de éxito. También produjo conocidas series de televisión, en ocasiones con seudónimos.

En 1969, ya con cincuenta y dos años, publicó su primera novela *Cara descubierta*, con la que ganó el premio Mejor Primer Novela de los Escritores Norteamericanos de Misterio. Sus obras posteriores también obtuvieron el reconocimiento de crítica y público.

Murió pocos días antes de cumplir 90 años en el Centro médico Eisenhower de Rancho Mirage, por complicaciones derivadas de una neumonía. Su

esposa Alexandra y su hija Mary Sheldon, también escritora, estaban a su lado. Sus restos se encuentran en el Cementerio Westwood Village Memorial Park de Los Ángeles, California.